



Cosecha de Esclavos

Andrew Butcher

Han venido a por ti.
Y no hay escapatoria.

Lectulandia

La enfermedad ha concluido, pero para Travis y su nueva comunidad la lucha por la supervivencia está a punto de entrar en una fase aún más ardua. Por fin se sabe quiénes son los responsables de la muerte de todos los adultos del mundo. Si los adolescentes quieren seguir siendo libres, deberán pelear... pero, ¿cómo? Su causa parece perdida de antemano contra un enemigo implacable; sin embargo, deben encontrar el modo de contraatacar, y rápido, antes de que sea demasiado tarde. Antes de que todos caigan víctimas de la cosecha de esclavos.

Lectulandia

Andrew Butcher

Cosecha de esclavos

La tierra heredada - 2

ePUB v1.0

AlexAinhoa 02.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Slave Harvest*

@Andrew Butcher, 2012.

Traducción: Alberto Morán Roa

Diseño/retoque portada: © Calderón Studio

Editor original: AlexAinhua (v1.0)

ePub base v2.0

Para la gente de Paradox Comics.
¡Me temo que aquí no hay dibujos, pero sí un montón de palabras!

NO DEBERÍA ESTAR ALLÍ



Jessica Lane lo sintió con intensidad. Lo sintió en cuanto vio al muchacho, uno de los estudiantes de Harrington que, en teoría, estaba en el turno de guardia, entrar a la carrera en la sala; en cuanto lo escuchó gritar un desgarrador: «¡Fuera, fuera!». Lo sintió cuando todo el mundo olvidó la fiesta de improviso, dejó de bailar o de beber y se dirigió rápidamente hacia el patio interior con expresión de preocupación, ansiedad y miedo en sus rostros, arrastrándola con ellos como si fuese un pelele. Lo sintió cuando se asomó, confundida y con los ojos entrecerrados, a una noche que había dejado de ser oscura.

Pero cuando lo sintió con más fuerza fue cuando descubrió el motivo.

El cielo estaba lleno a rebosar de naves. Naves alienígenas. A Jessica no le hizo falta ningún curso exprés de tecnología extraterrestre para reconocer su origen. La raza humana jamás había construido algo semejante. Vastas, colosales, atravesando la noche como cuchillas de brillante plata. Su diseño le recordó, dentro de lo que su embotado cerebro era capaz de recordar en aquel instante, a las hoces y guadañas que los granjeros utilizaban para cosechar sus campos dorados. Aquellas naves tenían forma de luna creciente y, por lo que parecía, prácticamente el mismo tamaño, con sus puntiagudos e idénticos extremos separados entre sí por cientos de metros. Eran como cumbres de montañas, como icebergs plateados flotando en un mar celeste, manteniendo su rumbo con absoluto desdén hacia el diminuto grupo de adolescentes que las observaban, apiñados, desde abajo. Tantas naves, innumerables, idénticas. Y los cielos temblaban con el resonar de sus motores y la tierra se estremecía ante su presencia.

De pronto, Jessica cayó en la cuenta de que la mano de Mel estaba estrechando la suya con tanta fuerza que las uñas de su amiga casi le atravesaban la piel. Mel miraba hacia el cielo con los ojos abiertos de par en par y su cabello negro ondeando; la luz alienígena procedente de las naves acentuaba su natural palidez hasta conferirle una blancura fantasmal. A su alrededor se encontraban los amigos y compañeros de Jessica. Tilo se aferraba a Travis como si pensase que los extraterrestres iban a arrebatarlo de su lado. Travis miraba hacia la flota con la boca abierta, pero con una mirada aún desafiante, decidida, como dos esquirlas de acero azul. Antony, cuyo cabello también era rubio pero con unos rizos que recordaban a los de las estatuas de

mármol que había visto en Grecia, se cubría el rostro con el brazo para protegerse del brillo cegador de los motores. Richie Coker parpadeaba con incredulidad mientras abría y cerraba la boca como un pez confundido. Las gafas de Simon Satchwell devolvían el brillante reflejo argento de las naves que los sobrevolaban.

Algunos miembros de la comunidad estaban en silencio, otros no. Se oían gritos de terror, aullidos de pavor y desesperación procedentes de los mayores, y chillidos y agudos alaridos por parte de los pequeños. Las habían visto en el cine. Habían visto naves alienígenas reducir los lugares más representativos del mundo a átomos. Sabían lo que les esperaba.

Y Jessica también. Y por eso no debía estar allí. Quizá no necesitase estar allí. Quizá pudiese cerrar los ojos y aislarse del amenazador y traicionero presente para viajar a otro lugar, a un lugar silencioso, secreto y seguro. Ya lo había hecho antes.

En aquella ocasión, la causa fue la enfermedad. La misteriosa plaga que había barrido el planeta entero, extendiendo una mortal pandemia. Sobre todos los adultos, por los menos. Los adolescentes, los bebés y todos los menores de dieciocho años parecían, sin que hubiese ninguna explicación, inmunes. El Gobierno aseguró que curaría la enfermedad pero no pudo, aunque Jessica ignoraba si debido a que tiraron la toalla o a la muerte de todos sus miembros. El primer ministro, el ministro de Economía, los miembros de la secretaría de Interior y Asuntos Exteriores, todos ellos respiraron aquel aire cargado con el veneno de la plaga. Todas sus distinguidas señorías, acostumbradas al poder, tan complacidas de su autoridad, respirando a duras penas sus últimas bocanadas mientras la enfermedad grababa sus característicos círculos escarlata en su carne como con un cuchillo.

Sin embargo, por muy horribles que hubiesen sido los acontecimientos de aquellos días (había sido testigo de las muertes de quienes solo conocía a través de la televisión, de los fallecimientos de personas de países lejanos y ciudades que nunca había visitado, de vecinos con los que nunca había hablado, muertes que, al fin y al cabo, siempre tenían lugar en la distancia), Jessica estaba convencida de que podía sobreponerse. Podía soportarlo. Siempre y cuando su familia estuviese ahí para protegerla. Siempre y cuando sus padres sobreviviesen.

Pero no fue así.

Descubrir sus cuerpos fue más de lo que pudo tolerar. Jessica no podía soportarlo. Entonces le ocurrió algo, aunque no estaba segura de si tuvo lugar contra su voluntad o con su pleno consentimiento. Solo supo, tras haberse recuperado y después de que Travis y Mel se lo contasen, que se había retraído a su interior, que se había aislado de la realidad bloqueando cualquier pensamiento consciente y sumergiéndose en lo que Travis llamó un trance catatónico. Recordaba vagamente la oscuridad y la sensación de aislamiento, como si estuviese escondida en un armario durante un juego infantil. Su cuerpo siguió funcionando pero sus sentidos se quedaron en aquella

casa; y cuando despertó, cuando regresó al mundo real, había dejado la casa, a sus padres, a Wayvale, allí donde había vivido hasta entonces, atrás. Se encontró en aquel lugar, un colegio privado masculino construido como un castillo en el campo. Harrington. Sus amigos la habían llevado allí. Travis y Mel (descubrió que la idea había sido suya) podían haberla dejado atrás, pero optaron por no hacerlo. Jessica pensó que debía agradecerse. Y una parte de ella así lo deseaba. Significaba que la querían. Sin embargo, a medida que la flota alienígena continuaba llenando el cielo hasta extenderse en el horizonte, como si hubiese echado una red sobre el mundo, la mayor parte de ella seguía pensando que no debía estar allí.

Jessica cerró los ojos como debió haberlo hecho anteriormente, refugiándose una vez más en aquel lugar secreto, pequeño, inconsciente.

Y no pasó nada.

Por mucho que cerrase los ojos, el centelleante brillo de las naves le quemaba a través de los párpados y la obligaba a mirar. La realidad de los alienígenas no podía negarse ni ignorarse. Jessica Lane no tenía escapatoria. No tenía ningún lugar al que huir.

No debía estar allí, pero lo estaba. Y hubiese sido injusto esperar que sus amigos se preocupasen por ella una vez más. Jessica ya no podía permitirse seguir siendo una niña. De algún modo, iba a tener que apañárselas por sí sola.

Al fin, terminó. La última nave los sobrevoló hasta desaparecer, igual que sus predecesoras, hasta que las perdieron a todas de vista y la luz que traían consigo se desvaneció como un espejismo. La noche volvió a su ser, recuperando su fría y apacible oscuridad. El aire volvió a quedar en silencio. La tierra dejó de temblar.

—Trav. —Tilo estaba tan cerca de su rostro que, al susurrar, sus labios le rozaron las mejillas. Sintió cómo temblaba bajo el fino vestido blanco que había escogido de entre la ropa de la comunidad para aquella noche y observó que sus brazos desnudos tenían la piel de gallina—. ¿Qué eran? ¿Qué son?

—Naves espaciales. Parece que tenemos compañía.

—¿Alienígenas? —No es que Tilo necesitase una explicación, sino que apenas podía creer que aquella deducción fuese real—. Pero no... los alienígenas no existen, Trav.

—Pues, a juzgar por los hechos, parece que alguien olvidó comunicárselo, Tilo. —Antony volvió sus verdes ojos, preocupado, hacia Travis—: ¿Te has fijado en que una de las naves ha aterrizado?

Travis asintió, tenso. Al principio pensó que la flota entera iba a aterrizar, pero era obvio que solo estaba ajustando su altitud, por algún motivo. La única nave que había llegado a descender hasta tomar tierra se había ocultado tras las colinas al sur del colegio Harrington. Una distancia prudencial por el momento, pensó Travis, pero no lo bastante lejana.

—La colina Vernham se encuentra a quince kilómetros exactamente —apuntó Antony—. Antes de la enfermedad solíamos celebrar carreras campo a través hasta allí, ida y vuelta. Aunque puede que la nave haya aterrizado unos kilómetros más lejos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Travis.

—Que no tardaríamos mucho en llegar allí.

Ni los alienígenas en llegar aquí, pensó Travis. Intercambió una mirada nerviosa con Antony.

—Lo primero es lo primero. Necesitamos al delegado al mando.

La comunidad al completo se reunió en torno a Antony Clive, alumnos de Harrington y foráneos por igual. Más de sesenta rostros asustados se volvieron hacia él en busca de guía, de apoyo, de decisión. Los niños más pequeños lloraban mientras algunas de las chicas intentaban tranquilizarlos y consolarlos. *Una respuesta más que comprensible*, pensó Antony, *dada la situación*. La responsabilidad del liderazgo recayó sobre él como nunca antes, como una losa. Pero tenía que reunir las fuerzas para soportarla, sacarlas de sí mismo y de aquello en lo que creía. Dependían de él.

—Clive, ¿qué vamos a hacer? —Leo Milton, su asistente, un puesto que ahora compartía con Travis, se recordó Antony, dio un paso adelante, con su pecoso rostro colorado por el nerviosismo—. Tenemos que...

—Adentro, Leo —le ordenó Antony—. Todo el mundo adentro. A la sala de fiestas. Y, por favor, no os preocupéis.

—¿Quién está preocupado? —le murmuró Mel a Jessica—. Aunque si fuese de las que se muerden las uñas cuando se ponen nerviosas, a estas alturas no me quedarían más que muñones en los dedos.

La fiesta había concluido del todo en el interior de la sala. Durante la salida en desbandada hacia los patios interiores que había tenido lugar unos minutos antes, se habían tirado y reducido vasos a añicos, derramado jarras y volcado bancos. Los instrumentos que los músicos habían estado tocando yacían solitarios en el suelo como cadáveres; la pista de baile estaba desierta. Travis pensó que aquella tarde, antes de la llegada de los alienígenas, parecía sacada de un tiempo diferente, de una era distinta, previa a la enfermedad. Tendrían que volver a adaptarse... si es que podían.

—Escuchad. Escuchad todos.

Antony se puso en pie sobre la plataforma en la que cenaban los directores de Harrington. Travis y Leo Milton se colocaron cada uno a un lado, y quizá fuese una coincidencia, pero a medida que todo el mundo se apiñaba a su alrededor, los chicos que habían sido estudiantes de Harrington se situaban en el lado de la plataforma en el que se encontraba Leo, mientras que quienes habían llegado tras el advenimiento de la enfermedad optaban por el de Travis. Salvo por los desolados sollozos de los

niños pequeños, la asamblea estaba en completo silencio.

—Todos sabemos lo que hemos visto ahí fuera. Todos hemos presenciado lo mismo. Naves espaciales, por imposible que parezca, naves espaciales pertenecientes a una raza alienígena, podemos suponer que ocupadas y pilotadas por extraterrestres, seres de otro mundo. Este hecho resulta evidente, no así sus implicaciones. No tenemos ni la más remota idea acerca de su origen o de cuáles son sus intenciones, pero lo que no tenemos que hacer es dejarnos llevar por el pánico. Debemos mantener la calma. Hasta puede que los alienígenas hayan venido a ayudarnos. Quizá su presencia sea exactamente lo que necesitamos para restablecer nuestra sociedad. Pero eso lo haremos mañana. Esta noche no quiero ni una luz encendida. Id a la cama. Id a dormir. Doblaré los turnos de vigilancia. Estaréis a salvo, os lo prometo. Harrington no ha dejado a nadie en la estacada, ¿verdad que no? Travis, Leo y yo discutiremos y decidiremos cuál debe ser nuestro próximo movimiento. Pero lo haremos mañana. De momento, como he dicho, creo que lo más inteligente es que descansemos.

—No creerás en serio que la gente va a ser capaz de dormir, ¿no, Clive? —insinuó Leo Milton en cuanto él y su compañero asistente se hubieron reunido con Antony en el despacho del director—. Tendríamos que haberles contado nuestros planes antes de mandarlos a sus dormitorios, deberíamos haberles transmitido la confianza de que tenemos la situación controlada.

—Sí. —Travis soltó una carcajada burlona—. Que tenemos el control de la situación... Ya. —Con una nave alienígena a media hora de distancia en coche e incontables naves más recorriendo los cielos del mundo (por lo que él sabía), la satisfacción de ver la mirada que le devolvió Leo Milton le hizo sentirse, en parte, avergonzado. ¿Compañero asistente? «Rival» era una palabra mucho más adecuada.

Antony negó con la cabeza y se pasó las manos por sus rubios rizos.

—No, puede que tengas razón, Leo —dijo con un suspiro—. Es lo que deberíamos haber hecho, si al menos supiésemos cuáles son nuestros planes.

—Si al menos supiésemos quiénes son esos alienígenas —dijo Travis— y qué es lo que quieren. Lo que hagamos depende de lo que hagan ellos, de aquello a lo que hayan venido. Si son como E. T. vale, estupendo. Pero si son hostiles...

—¿Y por qué iban a ser hostiles? —Antony formuló la pregunta con el ceño fruncido y un tono de voz a la defensiva—. Una raza lo bastante inteligente y avanzada como para haber dominado los viajes interplanetarios...

—¿Y cómo podemos estar seguros de que son alienígenas, Naughton? —lo desafió Leo—. Esas naves bien podrían ser americanas, rusas o chinas, fruto de una tecnología secreta desarrollada por si se diese una catástrofe global como la enfermedad. Puede que nuestros salvadores viajen a bordo de esas naves y puede que sean humanos.

¿Rival? «Enemigo» era un término que se ajustaba mucho mejor a la realidad.

—No creerás eso de verdad, ¿no, Leo? —Travis le formuló la pregunta con una mezcla de lástima y sorna. Era evidente que el pelirrojo solo había dicho aquello por llevar la contraria—. Tenías los ojos abiertos cuando estábamos en el patio interior, ¿verdad que sí? Son alienígenas. No hay duda.

—Pero ¿y si Leo tuviese...? —Antony se resistía a perder la esperanza—. Si fuesen humanos, eso explicaría que hayan aparecido ahora, para ayudar a los supervivientes de la enfermedad. Puede que alguien haya encontrado una cura y...

—Antony —lo interrumpió Travis—. No. Déjalo... Te estás engañando a ti mismo.

—El problema, Travis —continuó Antony, con un gesto de pesar—, es que si las naves son alienígenas, y sí, de acuerdo, sé que lo son, ¿por qué motivo iban a venir a la Tierra en este preciso instante, cuando la civilización humana está hecha añicos? No puedo creer que sea una coincidencia.

—No —dijo Travis. Sabía por dónde se iba el muchacho. Él había tenido la misma impresión desde el momento en el que llegó al patio interior y miró hacia arriba, solo que no se había atrevido a reconocerlo, como un paciente que se negase a aceptar que el tumor en su interior está creciendo, matándolo lentamente. No cabía duda de que Leo pensaba lo mismo, en secreto. Puede que todos lo pensasen.

—Pero si no es una coincidencia —continuó Antony, sin contemplaciones—, entonces tenemos que asumir que esa era su intención. Si los alienígenas han venido a nosotros en este preciso momento es porque así lo han querido, porque nos han estado observando, vigilando la Tierra. Todas esas naves. Pensad en el esfuerzo necesario para reunir una flota de ese tamaño. Esta movilización ha sido preparada a fondo. Forma parte de un plan. Y si hay un plan de por medio... —La voz de Antony se quebró, al igual que su valor.

—Si hay un plan de por medio —continuó Travis—, significa que los alienígenas conocen la enfermedad. Pero ¿cómo han podido saber de ella? A menos que sean sus autores. —En el momento en el que formuló aquellas palabras sintió que eran ciertas, aunque le provocasen tanto rechazo como miedo—. Estábamos buscando respuestas en el lugar equivocado. Culpamos a los terroristas, a experimentos biológicos que salieron mal... miramos hacia abajo cuando deberíamos haber mirado hacia arriba. La enfermedad no vino de la Tierra. Vino del espacio.

Antony se volvió, como si no quisiese enfrentarse ni a Travis ni a sus conclusiones. Sus ojos buscaron refugio en el retrato del director Stuart, que colgaba de la pared. El director Stuart, el último de Harrington, ya fallecido, el hombre que designó a Antony como delegado. El pintor había capturado a la perfección la actitud serena y confiada del director, puede que como un recordatorio para aquellos que le sucediesen. El director Stuart creía en la decencia, el juego limpio y en conceder a los demás el beneficio de la duda. Y así lo hizo su pupilo.

Antony devolvió la mirada a sus asistentes.

—Puede que tengas razón, Travis —admitió—, pero también puede que te equivoques. Quizá los alienígenas hayan estado observando la Tierra y hayan deseado establecer un contacto pacífico desde hace mucho tiempo. Quizá hasta ahora no lo hayan hecho por miedo a nuestra reacción, al no ver desde el espacio nada más que guerras, terrorismo, odio, violencia, la clase de cosas en las que la raza humana se ha convertido en experta con el paso de los años. Quizá ahora que han visto la masacre provocada por la enfermedad crean que ya es seguro mostrarse ante nosotros. Es posible, ¿verdad? Puede que, después de todo, hayan venido a ayudarnos.

—Es posible, Antony —dijo Travis, poco convencido—, pero que algo sea posible no quiere decir que sea cierto.

El muchacho rubio asintió.

—Y por eso mismo tenemos que asegurarnos. En ese caso, está claro qué es lo que tenemos que hacer a partir de ahora: tenemos que establecer contacto con los alienígenas por nuestra cuenta. Cuanto antes. Al amanecer.

—No estoy de acuerdo, Clive —se opuso Leo Milton—. Lo más razonable es dejar en paz a los alienígenas y preocuparnos en primer lugar por nuestra propia seguridad. Deberíamos quedarnos aquí, en Harrington. Desde aquí podemos defendernos. Ya lo hemos hecho antes.

—Sí, de Rev y sus moteros —le recordó Travis, cáustico—. Bueno, sí, y de un par de tíos montados en coches. Ah, y de un autobús. Si esos alienígenas son hostiles, Leo, creo que tendrán algo más que un puñado de cócteles molotov para tirarnos encima.

—Si son hostiles, Naughton —replicó Leo—, ¿por qué ofrecernos en bandeja de plata para que nos maten?

—Vale, vale —intervino Antony—. La diversidad de opiniones es positiva siempre y cuando estas se expresen con respeto. Por desgracia, no tenemos tiempo para debatir. Como delegado, recomiendo enviar un grupo a la nave de la colina Vernham para establecer relaciones amistosas con sus ocupantes. ¿Qué dicen mis asistentes? ¿Leo?

—Yo digo que no. —Como era de esperar—. Propongo que reforcemos nuestra posición entre estos muros, que fortalezcamos nuestras defensas...

—Y que escondamos la cabeza como un avestruz —concluyó Travis.

—Travis —le reprochó Antony—. Eso no era necesario. Leo tiene el mismo derecho que tú a expresar su punto de vista. Y parece que el tuyo será el voto decisivo.

Travis miró a los dos estudiantes de Harrington. Leo Milton ya estaba mordiéndose el labio inferior, incapaz de disimular su rabia. Sabía perfectamente cuál iba a ser la decisión del recién llegado. Y Travis no lo decepcionó.

—Vayamos a la nave.

A Travis no le sorprendió especialmente que su grupo lo estuviese esperando en el dormitorio que compartía con Richie y Simon, aunque ya hubiesen pasado las doce de la noche y, según las normas, las chicas no tuviesen permiso para ir a los dormitorios de los chicos en ningún momento del día. No obstante, dadas las circunstancias, creyó que aquella excepción estaba justificada. Tampoco dejaba de tener gracia que aún pensase en ellos como «su» grupo, cuando técnicamente todos eran parte de la comunidad de Harrington. Mel, Jessica, Simon y Richie estaban sentados en el borde de su cama en una postura rarísima, como si sus extremidades se hubiesen congelado. Faltaba alguien.

—¡Trav! —Mel se tranquilizó y recuperó la vitalidad en cuanto lo vio llegar.

—¿Dónde está Tilo?

—Está con los pequeños. Enebrina, Sauce y los demás. —Los demás Hijos de la Naturaleza, la familia de ecoactivistas a la que Tilo y los niños habían pertenecido antes de la enfermedad—. Estaban demasiado asustados para dormir sin ella.

—¿Y si te dijese que yo también estoy demasiado asustado para dormir sin ti, Morticia? —preguntó Richie Coker.

—Te diría que te fueses preparando para llevarte un guantazo, Coker —bufó Mel.

—¿Podéis dejar las pullas por una vez? —se quejó Simon, molesto. No paraba de frotarse los pulgares y los índices, aun sin darse cuenta de que lo estaba haciendo—. Este no es momento para bromas. Tenemos que ser serios. ¿Quién sabe lo que pueden...? —Se encogió de hombros, derrotado por su propia pregunta.

—No pasa nada, Simon —Jessica puso su mano sobre la suya—. ¿Habéis decidido algo, Travis?

Y este les contó el plan.

—Al alba, media docena de nosotros irá hasta el lugar en el que aterrizaron los alienígenas. Una vez allí, no creo que tengamos problemas en encontrar la nave y entonces... bueno, supongo que nos presentaremos. O algo así. Tendremos que ver qué pasa una vez hayamos llegado.

—¿Estás seguro de que es una buena idea, Travis? —preguntó Mel, preocupada—. Quiero decir, a mí me suena peligroso. Podría ser..., no sé, ¿estás seguro?

—Tampoco creo que sea cuestión de si es una idea buena o mala, Mel —admitió Travis—. Sencillamente, no tenemos elección. Tenemos que ir ahí y rezar porque nuestros alienígenas no hayan visto *La guerra de los mundos* o *Independence Day*.

—Como si fuese a servir de mucho —gruñó Richie Coker—. Pero entonces, Naughton, ¿solo media docena? ¿Seis? ¿Y ya habéis decidido quiénes van a ser? —Parecía asustado.

—No te preocupes, Richie —dijo Travis con una débil sonrisa—. Tú no estás entre ellos.

—Qué suerte —dijo Mel—. Imagina qué pensarían los alienígenas si al primer ser humano que viesan fuese a Richie Coker, con su gorra de béisbol incluida. —Bajó el tono de voz hasta volverlo más grave—. «Pensé que los monitores habían informado de vida inteligente en la Tierra, capitán.»

—Te estás pasando, Morticia —gruñó Richie mientras tiraba de la visera hacia abajo.

—Entonces, ¿quién va a ir, Travis? —preguntó Jessica. Se sonrojó un poco, aunque nadie llegó a darse cuenta—. ¿Antony...?

—Sí, Antony. Yo. Hinkley-Jones. El chavalito ese, Giles. Y otros dos estudiantes de Harrington a los que no conozco, Tolliver y Shearsby.

—Hinkley-Jones —observó Mel—. Se supone que es nuestro mejor tirador. —Frunció el ceño. Deseó que no hiciese falta utilizar el pequeño arsenal que los miembros de Harrington habían reunido de las granjas y viviendas de la zona.

—Y Giles es el más rápido —añadió Simon—. Por eso lo eligieron como mensajero durante el ataque de Rev. Yo fui su compañero. —Y hasta ese momento había asumido, por error, que Giles era el nombre de pila del muchacho. Resultó que era su apellido: en aquel colegio, las formalidades en el trato tardaban en desaparecer.

Richie se echó a reír.

—A ti tampoco se te da mal eso de salir corriendo cuando toca, ¿a que no, Simoncete? —Simon quiso responder, pero no se atrevió—. Entonces, ¿el idiota pelirrojo ese de Milton no va con vosotros?

—Leo estará al mando hasta que regresemos.

—Dios mío. —A Melanie Patrick no pareció hacerle mucha gracia aquel ascenso de categoría—. ¿Seguro que no hay un hueco para una gótica en tu grupo sexista de machotes, Travis? Vuelve pronto, ¿me oyes?

—Y a salvo, Travis —añadió Jessica, sin quitarle sus ojos verdes de encima—. Y tú también, Antony. Y el resto. Tened cuidado. —Chicos a los que se les daba bien disparar. A los que se les daba bien correr. Parecía que el grupo estaba preparado para encontrar problemas—. Prométeme que tendrás cuidado.

Travis extendió la mano y le acarició la melena rubia.

—Lo prometo —dijo.

Acariciar el pelo de una chica estaba empezando a convertirse en un hábito para él. El de Tilo era mucho más corto que el de Jessica (le contó que se lo dejó así cuando ella y su madre se unieron por primera vez al campamento de los Hijos de la Naturaleza en el bosque). También era de distinto color, de un tono rojizo que a Travis le recordaba al de las hojas de otoño... aunque la diferencia con dichas hojas era que Tilo estaba viva. Puede que sus ojos estuviesen cerrados, pero tenía los labios entreabiertos y su pecho subía y bajaba plácidamente mientras dormía. Quizá el sueño fuese el único estado en el que encontrar paz en aquella pesadilla recurrente en

la que se había convertido el mundo.

Quizá, después de todo, no debiese molestarla.

Pero tenía que verla antes de partir hacia la nave alienígena. Fuera, amanecía; cuando el sol se volviese a poner sabrían algo más acerca de lo que les deparaba el destino. Para bien o para mal. Travis cayó entonces en la cuenta de que, antes de la enfermedad, podían transcurrir meses enteros de su vida en la más absoluta normalidad, sin salirse ni un ápice de sus rutinas diarias, sin ningún cambio, meses que apenas podía recordar porque en ellos jamás tuvo lugar un acontecimiento destacable. Quizá debería haberse esforzado más en hacer de su vida algo especial, que esta contase para algo en aquel mundo que habían dejado atrás. Pero ya no tenía opción. Entonces, en aquel mundo posterior a la enfermedad, un solo día podía concentrar una vida entera y nada permanecía inmutable, de modo que cada precioso instante de vida tenía un significado.

Se preguntó si aquella sería la última ocasión en la que vería a Tilo.

Si así fuese, sería un buen recuerdo. Tilo había juntado dos camas del dormitorio para que los niños pequeños tuviesen sitio para dormir con ella. Enebrina, Sauce, Rosa, Río, Zorro, todos ellos apiñados bajo las mantas. La boca de Travis esbozó una pícara sonrisa. *Había seis en la cama, y el más pequeño dijo...*^[1] No. Mejor no decir nada. No hacía falta. Volvería. Había hecho una promesa y su padre le había enseñado a cumplirlas.

Se inclinó hacia delante y besó a Tilo con suavidad y delicadeza en los labios. Ella suspiró, sin llegar a despertarse. Cuando lo hizo, hacía tiempo que Travis se había marchado.

No cogieron ninguno de los coches. Antony pensó que acercarse por carretera llamaría demasiado la atención y que lo más sensato sería pasar desapercibidos a ojos de los alienígenas («Tengan el número de ojos que tengan», añadió el pequeño Giles), siempre y cuando tuviesen la posibilidad de ocultarse... al menos hasta que se les presentase la oportunidad de inspeccionar de cerca la nave; entonces decidirían qué hacer a continuación. De modo que viajaron a pie y campo a través. No obstante, todos ellos se hicieron con sendas escopetas (salvo Giles, que al ser estudiante de primer curso solo tenía doce años y por lo tanto era demasiado joven para llevar un arma de fuego, aun en la presente crisis) y un montón de munición, que transportaron en bandoleras. No se molestaron en coger los arcos que tan bien les sirvieron para hacer frente a Rev y su banda: lo más probable era que una flecha no tuviese mucho efecto en una nave espacial tan alta como un edificio de veinte plantas. A decir verdad, tampoco es que las escopetas fuesen a provocarles un nudo en la garganta a los alienígenas («Si es que tienen garganta», añadió Giles, «o si tienen cuello»), pero aquellas armas tranquilizaban a los jóvenes, los reconfortaban. Puede que Hinkley-Jones fuese el mejor tirador de Harrington, pero Tolliver y Shearsby le andaban cerca,

o eso le aseguraron a Travis.

Antony mantuvo desde el principio un paso brioso. Por una vez, su ropa no consistía en el uniforme de Harrington y su corbata de delegado, sino en una sudadera y unos pantalones vaqueros como los del resto, de colores oscuros para conseguir algo parecido al camuflaje. Tras haber recorrido cinco kilómetros, Travis descubrió que a duras penas podía seguir el ritmo de los estudiantes de Harrington.

—Eh, Antony —le dijo—, ya sé que estáis acostumbrados a vuestras carreras campo a través por este camino, pero ahora no estamos en una.

—Ah, un alumno de la pública —dijo Antony con una sonrisa—. No estás en forma. Te han faltado oportunidades de participar en competiciones deportivas. Seguro que el Gobierno vendió todos vuestros patios para hacer urbanizaciones.

—Vaya, hombre, pues muchas gracias.

—Perdón, la costumbre de discutir. Supongo que ahora la política ya no es tan importante.

—En eso te equivocas. —Travis consiguió sacar fuerzas, sin saber muy bien de dónde, para alcanzar a Antony y poder seguir el ritmo del alumno de colegio privado—. Es tan importante como siempre, especialmente hoy. Cuando nos encontremos cara a cara con los alienígenas...

—Si es que tienen cara —contribuyó Giles, trotando al lado de sus compañeros mayores.

—Cuando nos encontremos con ellos —continuó Travis—, no será como individuos. Seremos los representantes de la raza humana.

—Como embajadores —afirmó Antony—. A mi padre le hubiese gustado la idea. —Esbozó una sonrisa melancólica—. Ya te he contado que era diplomático, ¿verdad?

—Pero lo que quiero saber... —volvió a interrumpir Giles. Travis pensó que sus profesores debían de estar encantados con él—. Lo que quiero saber es qué aspecto tendrán los alienígenas. Si serán como nosotros, como humanos, con una cabeza más o menos, o si serán monstruos con tentáculos, o si serán robots sin una pizca de carne ni de sangre.

—Creo que podemos ignorar todos esos clichés baratos de películas de ciencia ficción, Giles —dijo Travis. *Aunque ojalá a quien pudiésemos ignorar fuese a ti.*

Antony asintió.

—El meollo de la cuestión no es su aspecto, sino la comunicación. ¿Cómo vamos a comunicarnos con una especie completamente distinta a la nuestra? Piensa en la barrera del idioma. Mi padre una vez me dijo que si puedes entender el idioma de otra persona, puedes entender su forma de pensar. Si compartes palabras, empiezas a compartir ideas, a establecer un área de entendimiento, a forjar una confianza, una cooperación mutua.

—En ese caso, esperemos que hablen inglés —dijo Travis.

—Y si no lo hablan, buscaremos otro modo. —Antony miró con serenidad al despejado cielo del alba—. Sé que hemos tomado precauciones, pero cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que no serán necesarias. Independientemente del idioma que hablen los alienígenas, son una raza civilizada. Tienen que serlo. Solo una cultura avanzada puede desarrollar una tecnología como la de sus naves. Y creo que dichas sociedades abrazan, por su propia naturaleza, los mismos principios: libertad, igualdad, la dignidad de la vida. Compartimos valores, ¿no es así? Con eso bastará para empezar a establecer una relación.

—Suenan bien, Antony... —admitió Travis, queriendo insinuar un rotundo «pero»—. Parece fácil.

—Todo irá bien, de eso estoy seguro. Mi padre siempre creyó en el entendimiento y la negociación. Puedes comunicarte con cualquiera a través de la razón. Respeta a los demás y te respetarán.

A menos que no lo hagan, claro, pensó Travis, pesimista, pero optó por guardarse sus dudas para sí. Pensó en su propio padre. Keith Naughton había sido agente de policía, pero no vivió lo bastante para morir víctima de la enfermedad, como los padres de todos los demás. El suyo había muerto apuñalado en la calle por un matón drogado. No le cabía la menor duda de que primero intentó razonar con aquel yonqui, de que intentó hacerse entender. Pero no funcionó. Discutir y negociar estaba muy bien; todo lo que había dicho Antony acerca del mutuo esto, el común aquello, asumiendo constantemente que todo el mundo era como él, sonaba de fábula, en serio... en un mundo ideal. Travis dejó de creer en un mundo ideal cuando lo sacaron de clase con diez años y lo acompañaron a la oficina del director, donde le comunicaron que su padre había muerto. La enfermedad no hizo más que confirmarle aquello en lo que creía. Que el mundo era imperfecto. Que la vida era una lucha constante. Que aunque esperes lo mejor, aunque lo desees, tienes que estar preparado para llevarte una decepción. Tienes que estar listo para enfrentarte a aquellos que no te respetan a ti ni a nada de lo que amas, que te odian, que no van a molestarse en escucharte cuando hablas, que no tienen ningún interés en tus palabras. Travis creía que cuando te enfrentas a ese enemigo irreconciliable, tienes que plantarte. Tienes que pelear.

Sujetando su escopeta cada vez más fuerte, Travis siguió aproximándose inexorablemente hacia la colina Vernham.

—Debería haberme despertado —dijo Tilo, buscando una explicación en Jessica y Mel—, ¿por qué no me despertó?

—No querría hacerte sufrir, Tilo —sugirió Jessica.

—Bueno, pues no ha funcionado, ¿verdad que no? —Tilo tenía los ojos rojos, como si hubiese estado llorando.

—Travis siempre hace lo que él cree que es lo correcto —suspiró Mel—. A veces

es un rollo, pero Trav es así. Nunca cambiará.

—No quiero que cambie —dijo Tilo—. Quiero que esté aquí.

Y que Antony Clive lo acompañe, pensó Jessica.

Las chicas se encontraban fuera del edificio, en los terrenos del colegio, mirando en la dirección en la que Travis y sus compañeros se habían marchado. Los chicos llevaban fuera dos horas. Mel se acordó de un póster de la gran guerra que vio en una ocasión, en el que una mujer vestida de blanco con el pelo largo y negro (como el suyo, aunque ella nunca vestía de blanco) mantenía una pose dramática en la orilla, esperando, no cabía duda, el retorno de su amante, novio o marido del frente. En el pasado, Mel se había burlado sin piedad de aquella pobre mujer. «Malgastando su tiempo a la espera de que vuelva su hombre», recordó haber dicho. «La muy pava debería buscarse algo que hacer en la vida.» Pensó que eso sí que era irónico.

No obstante, Mel no estaba allí afuera solo por Travis. Ella iba allí donde fuese Jessica.

—¿Cuánto tardarán en llegar? —preguntó Jessica.

—No sé yo si quiero que lleguen cuanto antes —dijo Tilo—, o que ni siquiera lleguen.

—Así que aquí es donde os escondíais —dijo una voz familiar tras ellas. Simon caminaba bajo el arco que conducía al patio interior.

—Sí, escondidas, Simon —contestó Mel, señalando al espacio abierto a su alrededor—. Del todo.

—No estáis dentro —dijo Simon con el ceño fruncido—, que es donde tenemos que estar todos.

—¿Por qué? —El corazón de Tilo se aceleró—. ¿Ha pasado algo?

Simon miró con nerviosismo al cielo, como si tuviese la firme sospecha de que, efectivamente, algo iba a pasar, y que ese algo iba a ser una nave alienígena apareciendo sobre sus cabezas para reducir el colegio Harrington a polvo. La realidad era que Leo Milton había convocado en la sala de fiestas una reunión de asistencia obligatoria para todos los miembros de la comunidad.

—Parece que al pelirrojito le ha faltado tiempo para empezar a mandar —dijo Mel, ácida. Pese a todo, siguió al resto hacia la sala de fiestas.

Jessica, compasiva, puso su mano en el hombro del chico de las gafas.

—¿Cómo lo llevas, Simon?

—Bien —respondió este, lacónico. No quería que Jessica Lane lo tratase con condescendencia. No se preocupaba por él. Si realmente lo hiciese, hubiese votado en contra de que Richie Coker se uniese al grupo. Oh, pero no podía, ¿verdad que no? Jessica Lane no había estado en condiciones de votar desde que abandonaron Wayvale porque estaba completamente fuera de sí, convertida en un zombi, arrastrada por Mel, incapaz de comer por sí misma. De no ser por ellos, Jessica ni siquiera

estaría ahí. Se habría perdido y estaría sola en algún lugar (si es que las chicas rubias con un buen cuerpo están solas por mucho tiempo), desesperada. Y sin embargo, se permitía el lujo de preguntarle cómo lo llevaba él, fingiendo interés con gestitos amables y todas esas chorradas. Seguro que en el pasado solo lo invitaba a sus fiestas porque sus padres conocían (habían conocido) a sus abuelos y se apiadaban de él. Como si fuese un perro callejero o algo así.

En cualquier caso, era una pregunta estúpida. Merecía recibir una mentira por respuesta. Claro que no lo estaba llevando bien. ¿Cómo iba a llevarlo bien? ¿Cómo iba a llevar bien nadie vivir en un mundo tomado por una flota alienígena? Para eso habían venido los ocupantes de aquellas naves, independientemente de lo que dijese los demás: para convertirlos a todos en víctimas. Simon era todo un experto en la materia. Llevaba siendo una víctima toda su vida.

Y ahí estaba su torturador jefe. Richie Coker, apoyado contra la pared al fondo de la sala de fiestas.

—¿Manteniéndote al margen por si Leo estuviese buscando voluntarios, Richie? —le preguntó Mel con sorna al pasar. Richie Coker, de rasgos duros y hoscos... rasgos de criminal, feos, embrutecidos, tocado con aquella estúpida gorra de béisbol. Richie Coker, quien había acosado y atormentado a Simon durante casi todos sus días de vida escolar, quien la noche anterior le había dejado bien claro, de forma violenta, que en adelante iba a recibir el mismo trato que hasta entonces, aunque su colegio hubiese desaparecido y todos los profesores estuviesen muertos. Si la llegada de los alienígenas cambiase de algún modo aquella situación, les estaría muy agradecido.

Entonces se fijó en que Jessica lo seguía mirando con el ceño fruncido, confundida.

—Simon, ¿seguro que estás bien?

—Seguro —dijo él.

—Pero mira esto —dijo Mel, con desaprobación—. Fíjate. Cuando el gato no está...

Leo Milton estaba rondando por la plataforma desde la que Antony solía hablar como si estuviese delimitando su nuevo territorio. Mel, Jessica, Tilo y Simon se quedaron unos metros por detrás de la primera fila de la comunidad allí reunida; quizá Richie estuviese haciendo lo correcto al mantener las distancias.

—¿Ya está todo el mundo? —Leo echó un vistazo de lado a lado de la estancia—. Bien. Tenemos mucho trabajo por delante, así que seré breve e iré al grano. Creo que Clive se equivocó al buscar activamente establecer contacto con estos alienígenas. —El público irrumpió en murmullos—. Quiero que sepáis que esta noche me opuse a esa decisión y me sigo oponiendo. Nuestra prioridad fundamental debe ser nuestra propia seguridad. Lo que tenemos que hacer es reforzar nuestra posición aquí, tras los muros de Harrington, construir barricadas, no puentes, y esperar a que los alienígenas

vengan a nosotros si es que deciden hacerlo, pero debemos estar en condiciones de defendernos si fuese necesario. Por lo tanto, voy a llevar a cabo los siguientes cambios en los turnos de trabajo...

—¡No! —La vehemencia de la respuesta de Jessica la sorprendió incluso a ella misma. Mel se la quedó mirando, atónita. No podía permitir aquello que Leo Milton dejaba entrever en sus palabras—. No puedes hacer eso. No puedes cambiar nada...

Leo Milton escudriñó con frialdad aquel mar de cabezas, todas ellas orientadas hacia Jessica.

—¿Tienes algo que decir, Lane?

De pronto se sintió avergonzada y sus mejillas se sonrojaron con intensidad, pero no podía volver a refugiarse en el silencio. Tampoco era lo que quería.

—Sí. Tú... tú no eres el delegado, Leo. No eres nuestro líder. Nuestro líder es Antony. No tienes la autoridad para cambiar nada sin su consentimiento y él no está aquí para dártelo.

—Precisamente. —Una sonrisa maléfica se perfiló en los labios de Leo—. Y tampoco creo que vaya a regresar.

—¿Qué quieres decir? —Las voces de Mel y Tilo, entre otras, se unieron a la protesta de Jessica. Pero no fueron todas las voces. Ni siquiera muchas. De hecho, Mel cayó en la cuenta de que casi ninguna procedía de los estudiantes de Harrington.

—Regresarán. ¡Todos! —gritó Jessica—. Por supuesto que lo harán. Seguro.

—Eres demasiado optimista. —Leo Milton negó con la cabeza, fingiendo tristeza—. Sellaron su destino en el momento en el que dejaron atrás la protección de Harrington. Desde luego, los que aún estamos aquí debemos seguir adelante haciéndonos a esa idea.

—¿Por qué? —gritó Mel—. ¿Por qué íbamos a hacer algo así? Esto es solo cosa tuya, Leo. Serás...

—No podemos permitirnos esperar el poco probable retorno de Clive. O el de Naughton. No podemos retrasar aquello en lo que debemos ponernos manos a la obra ya.

—Maldito...

—En ausencia de Clive y en ausencia de mi compañero asistente —declaró Leo Milton—, el liderazgo de Harrington pasa, por derecho, a mí. Soy el nuevo delegado.

—Serás miserable. —Pero Mel pudo oír vítores por parte del público.

—Y dejad que os diga una cosa: va a haber unos cuantos cambios en nuestro modo de trabajar y organizarnos —continuó Leo, triunfal—. En primer lugar, ese sinsentido que iba a anunciar Clive ayer por la noche, eso de que iba a cambiar el nombre de la institución a «comunidad Harrington» se acabó. Su auténtico título, su único título, es «colegio Harrington», y así es como lo seguiremos llamando.

—¿Es que no has oído lo que te acabo de llamar, Leo? —gritó Mel.

Simon intentó aplacarla, con los ojos abiertos de par en par por el miedo tras los cristales de sus gafas. *El muy cobarde...*

—Mel, no creo que debas... no creo que debamos montar un escándalo.

—Puede que este no sea el momento, Mel —añadió Tilo. Al igual que Simon, había notado que varias miradas procedentes de los estudiantes de Harrington empezaban a clavarse sobre ellos.

—Y dado que este es el colegio Harrington —anunció Leo Milton—, aquellos que pertenecían a la institución antes de la enfermedad, sus estudiantes, pasarán a tener ciertos privilegios en reconocimiento a este hecho. Es justo, por ejemplo, que seamos nosotros quienes dicemos y garanticemos el cumplimiento de las normas. Pues, después de todo, somos los auténticos miembros de Harrington.

Los estudiantes del colegio estallaron en vítores, más intensos en aquella ocasión, más confiados, con un cierto toque de fanfarronería, de hecho. Mel estaba atónita, especialmente al comprobar que las pocas voces que se oponían a Leo habían sido silenciadas... incluyendo la suya.

—A todos aquellos que buscabais refugio desde la enfermedad... —¿Qué?, se preguntó Mel, anticipando sus palabras, *¿vamos a tener que postrarnos para mostrar gratitud?* A ella no le gustaba nada eso de postrarse—. No os lo negaremos. Sois refugiados y Harrington siempre se ha caracterizado por extender una mano caritativa a aquellos que la necesitaban. Pero tenéis que asumir vuestra posición. No estáis aquí por derecho, sino porque nosotros así os lo permitimos. Por lo tanto, trataréis a los auténticos miembros de Harrington con el respeto que merecen. Acataréis el nuevo orden de las cosas. —Leo Milton clavó su mirada en Mel, Jessica, Tilo y Simon—. O sufriréis las consecuencias.

A medio camino de la colina Vernham, y como si sus miembros se hubiesen puesto de acuerdo, la expedición de Harrington quedó en silencio. Tal vez cayeron en la cuenta de que no tardarían en estar más cerca de la nave que del colegio. Quizá empezaban a preguntarse si los extraterrestres no habrían salido ya de la nave, aproximándose a su expedición a cada instante hasta el punto de encontrarse justo delante de donde estaban, tras ese montículo, tras aquellos árboles.

Era comprensible que Hinkley-Jones fuese en cabeza, avanzando con cautela, vigilante, con la escopeta lista para disparar. Tolliver y Shearsby lo seguían a pocos pasos de distancia, situados a su izquierda y a su derecha respectivamente, de modo que los tres formaban un arco protector en torno a Antony, Travis y el pequeño Giles. Travis pudo ver en los ojos del joven que estaba asustado. Su ridícula cháchara acerca de alienígenas con muchas cabezas o con aceite en lugar de sangre había sido un mecanismo de defensa, un exagerado intento por enmascarar el genuino pánico que sentía ante la posibilidad de encontrarse con criaturas de otro mundo. Travis deseó no haberse enfadado tanto con el muchacho; Giles no merecía más que su comprensión.

En cualquier caso, no apareció ningún alienígena. Tampoco encontraron trampas. Finalmente empezaron a subir por la pendiente densamente arbolada de la colina Vernham. Quizá, al otro lado, encontrarían la nave a sus pies, con sus ocupantes rondando alrededor, respirando el aire de un planeta que no era el suyo. Travis sintió que se le aceleraba el corazón, y no solo por el esfuerzo físico. De hecho, la fatiga fue desapareciendo de su cuerpo: avanzaba con más rapidez, con más resolución. Al igual que los demás. Estaban tan cerca de la meta que a punto estaban de echar a correr. La necesidad de ver excedía su miedo y los impulsaba a seguir adelante.

Hinkley-Jones fue el primero en llegar al otro lado de la colina. Dejó escapar un grito de asombro y se detuvo de golpe, tambaleándose, como si estuviese a punto de caer.

—Está aquí. Dios mío, la hemos encontrado.

Entonces Travis aceleró el paso, recorriendo los escasos metros que quedaban hasta la cima, al borde de la segunda ladera de la colina Vernham, ante una pendiente en descenso que culminaba en un extenso valle, el cual a su vez conducía a una serie de colinas ascendentes. Sin embargo, la pintoresca topografía del lugar no fue lo que capturó la atención de Travis.

Entre la colina en la que se encontraban y el resto estaba la nave alienígena, con su gigantesca hoja en forma de guadaña extendiéndose sobre el valle y el brillo del amanecer refulgiendo sobre su casco plateado.

Su forma recordó a Travis a la siniestra hacha de un verdugo. Antony dijo que era como si la nave estuviese extendiendo sus brazos para envolver el mundo, pero eso no hizo que dejase de esconderse tras un árbol, cosa que sus compañeros ya habían hecho por instinto. Giles empezó a gimotear.

El terreno que rodeaba la nave había quedado calcinado y marcado por su llegada. De algún modo, el tren de aterrizaje había compensado lo desigual del terreno, de modo que esta se asentó sobre el valle con perfecta horizontalidad. Mientras volaba, toda su superficie lucía el mismo tono metalizado y argento, pero en aquel momento la cara interna de aquella curva en forma de luna creciente estaba cubierta por lo que parecían escudos; su sección inferior, de unos doce niveles, brillaba con luces rojas, azules y verdes, como las joyas del tesoro saqueado por un conquistador. Un zumbido sordo de energía emanaba de la nave, pero no se abrieron escotillas ni portales, no se extendieron rampas, ningún tripulante ni ninguna máquina fueron enviados al exterior, a la vista de los jóvenes.

Travis no estaba seguro de si las reticencias de los alienígenas por aventurarse al mundo exterior lo tranquilizaban o lo ponían todavía más nervioso.

—Parece que no quieren que se los moleste —susurró.

—Puede que estén haciendo pruebas —respondió Antony, también en voz baja, como si las orejas de los alienígenas fueran capaces de detectar sonidos mucho más

lejanos que las de los humanos— para determinar si pueden vivir en nuestra atmósfera sin trajes protectores o algo así.

—Clive —susurró Giles—, ¿y si las naves no están tripuladas? ¿Y si son automáticas y las maneja un ordenador?

Antony inspiró profundamente.

—Esa es una de las cosas que tenemos que comprobar. —Se volvió hacia el resto—. ¿Quién viene conmigo?

—¿Ahí... abajo? —preguntó Shearsby, como si aquella propuesta fuese tan absurda como querer tirarse por un precipicio.

—Es a lo que hemos venido —les recordó Antony—. Tenemos que contactar con ellos. Tenemos que comunicarnos.

Antony tenía razón, por supuesto. Travis lo sabía. Pero, como en muchas otras ocasiones, hacer lo correcto no era fácil.

—Voy contigo, Antony —dijo de todos modos.

—Por Harrington —dijo Hinkley-Jones. Tolliver y Shearsby asintieron, nerviosos.

—Yo también voy. —Para el pequeño Giles, quedarse solo era una perspectiva aún más desalentadora que la de encontrarse con un alienígena, independientemente de su aspecto.

—Muy bien, entonces —dijo Antony—. En marcha.

Los chicos empezaron a descender camuflándose tras el espeso follaje; permanecían más cerca unos de otros que hasta entonces. En aquel lado de la colina Vernham, por desgracia para ellos, había más cobertura cerca de la cima que a los pies de la misma. Travis pensó, desconcertado, que era como si los mismos árboles se alejasen de los alienígenas. Los arbustos solo ocultarían al grupo hasta una cierta distancia, a unos pocos metros de la nave. Si aun así eran incapaces de ver a los alienígenas, serían estos los que los verían a ellos, con toda probabilidad. Y eso si los instrumentos de la nave no habían advertido ya su presencia y estaban siguiendo cada uno de sus pasos.

—Llevad las armas a vuestro lado —les conminó Antony— y no hagáis gestos agresivos con ellas. No queremos que los alienígenas piensen que somos hostiles.

—Clive —dijo Shearsby, fascinado por la nave—, no creo que importe lo que ellos piensen de nosotros.

Los árboles revelaron a los jóvenes, como traidores.

La nave dejó escapar un delicado susurro, parecido a un resoplido burlón.

Por encima del coro de luces, una amplia abertura apareció en el casco cuando dos brillantes puertas se deslizaron hacia los lados, revelando unas fauces negras y sonrientes.

—¿Esto es bueno, malo, o qué? —preguntó Shearsby, preocupado.

Una segunda nave salió volando de aquel espacio. Los chicos gritaron de forma automática. Era idéntica a aquella de la que había salido salvo por el tamaño, pero pese a ello seguía siendo más grande y mucho más ancha que cualquier vehículo que Travis hubiese visto hasta entonces. Deseó, poco convencido, que su aparición no tuviese nada que ver con la de ellos, que tuviese otro objetivo.

Ni lo uno ni lo otro.

Los motores brillaron en cada uno de los extremos de la hoja y la nave atravesó el espacio que los separaba hasta quedar suspendida sobre sus cabezas, planeando como un ave de presa.

El pequeño Giles ya había visto bastante. Gritó, con las manos cerradas por el miedo hasta formar dos puños.

—¡Vámonos de aquí! ¡Tenemos que largarnos de aquí! —gritaba Shearsby sin parar.

Pero Antony se mantuvo inflexible.

—No podemos hacer eso. Shearsby, nada de marcharse.

Por absurdo que resultase su gesto, Hinkley-Jones apuntó con su escopeta como durante una de las cacerías en los terrenos de su difunto padre.

—¡No! —Antony sujetó el arma por el cañón y la bajó de nuevo—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Qué te he dicho?

—Pero Clive...

—Puede que esto no sea un ataque. Puede que hayan venido a saludarnos. Tenemos que darles... —*El beneficio de la duda*, iba a añadir Antony.

Hasta que unos paneles plateados se abrieron también en aquella segunda nave, en torno al tren de aterrizaje, y de su interior surgieron otras naves aún más pequeñas, diminutas en comparación con su nodriza, un poco más grandes que un hombre, ovaladas como huevos o vainas, con la mitad inferior de metal y la mitad superior de una sustancia transparente, como cristal. Eran seis.

Como nosotros, pensó Travis, sintiendo un nudo cerrándose en su interior. Empezó a caminar marcha atrás casi sin proponérselo. Todos lo hicieron, incluso Antony.

—No. —Pero el delegado se obligó a sí mismo a detenerse, aun contra su voluntad.

Las vainas volaban en círculos, entre los muchachos y la nave. Estaban pilotadas. Travis pudo distinguir un compartimento a través del cristal, como una especie de cabina, con un piloto sentado en ella, una figura humanoide pero que seguramente no era un hombre.

—Tenemos que hacernos entender. —Antony dejó su arma en el suelo y extendió los brazos, como si se estuviese preparando para ser crucificado—. Tenemos que demostrarles que no somos una amenaza. —Y se separó de sus compañeros.

Travis tuvo que admitir que Antony Clive era muy valiente. Sobre todo si tenía en cuenta que los alienígenas parecían estar cubiertos de los pies a la cabeza por una armadura hermética. Quizá su atuendo no fuese más que un inocente traje espacial o de vuelo, pero a él le recordó a la armadura de un caballero medieval, de un guerrero, reluciente y oscura como hielo negro, excepto una, que centelleaba con el brillo del oro mientras su propietario sobrevolaba a los jóvenes.

—¿Pueden oírme? ¿Entienden lo que digo? —Antony se dirigía a los alienígenas a pleno pulmón—. Por favor, contesten. Solo queremos hablar.

Pero Travis llegó a atisbar los cascos con los que los alienígenas ocultaban sus facciones, recordándole estos a los cráneos de extrañas bestias salvajes, diferentes entre ellos pero todos con colmillos, dientes o cuernos, proyectando la imagen de criaturas que jamás habían poblado la Tierra. Su aspecto no parecía querer transmitir afán de cooperación o deseo de entendimiento.

—Queremos... queremos ser sus amigos. —Pero incluso Antony parecía menos convencido que antes.

Y de pronto, un agujero circular se abrió súbitamente debajo de las cabinas acristaladas de las vainas, brillando con luz blanca. Cañoneras.

—Al diablo —gritó Travis—. ¡Antony!

Hinkley-Jones llevó su escopeta al hombro y el dedo al gatillo.

Pero los alienígenas fueron más rápidos.

Seis haces de energía brillaron simultáneamente desde las vainas. Todos acertaron a Hinkley-Jones, cubriéndolo de una luz cegadora. Los rayos centelleaban como fuego blanco, pero el chico quedó congelado como el hielo. Ni siquiera llegó a gritar. No pudo. Hinkley-Jones, el mejor tirador del colegio Harrington, cayó hacia delante hasta desplomarse contra el suelo y no volvió a moverse más.

Travis abrió la boca de par en par, aterrado, aunque pensó que, después de todo, su misión había sido un éxito. Los chicos querían que los alienígenas se comunicasen con ellos y eso era precisamente lo que habían hecho. Sin ambigüedades.

No habían venido a ayudar. Habían venido a matar.



—¡Corred! —Tolliver y Shearsby ya estaban en marcha después de haber tirado las escopetas al suelo (no harían otra cosa que retrasarlos), ignorando por completo la oportunidad que se les presentaba para demostrar su puntería—. ¡Antony, corre! —gritó Travis mientras cogía a su amigo del hombro.

—No. No —gemía el muchacho rubio, dolido y desesperado.

—Sí.

Pero aquella desesperación no era lo bastante intensa como para quitarle las ganas de vivir. Antony dio media vuelta y echó a correr, dejando sus inútiles armas atrás del mismo modo que Tolliver y Shearsby habían hecho con las suyas. Travis y él corrieron hacia los árboles. La protección ofrecida por estos era su única oportunidad de supervivencia.

—¡Giles! —gritó Antony hacia delante, ya que el joven muchacho los había adelantado a todos—. Corre como el viento. Avisa a Harrington. Avisa a Leo.

Las vainas descendieron. Travis pudo ver la sombra de una de ellas proyectándose sobre la hierba que pisaba. No se atrevió a mirar hacia arriba para verla. *Si miras, puedes tropezar. Si tropiezas, puedes caer. Si caes, y en ese caso no habría ningún «puede», morirás.* Así que solo pudo oír el ominoso chisporroteo de aquel letal rayo mientras se recargaba. Su espalda no era especialmente ancha, pero aun así ofrecía un objetivo lo bastante bueno.

De pronto, viró hacia la izquierda a toda velocidad. Un rayo de energía silbó a su derecha. De haberse encontrado allí, lo hubiese alcanzado, pero falló.

La pendiente empezó a ascender, pero aquello también significaba que la protección de los árboles cada vez estaba más cerca. Travis hizo un último esfuerzo, pese a que sus pulmones y músculos le quemaban tanto que parecían haber sido alcanzados por el rayo de los alienígenas. La vaina que había errado el tiro giró para intentar un nuevo disparo. Antony, a quien alcanzó a ver por el rabillo del ojo, también estaba corriendo en zigzag, manteniendo la distancia con sus compañeros. Giles, que seguía en cabeza, se estaba adentrando en el bosque. Podía conseguirlo. Quizá todos ellos lo con...

Dos rayos de energía idénticos acabaron con el interés de Tolliver en el mundo tras la enfermedad. Shearsby interrumpió su huida para gritar: «¡Robert!». Era la primera vez que Travis oía a un alumno de Harrington llamar a un compañero por su

nombre de pila, y también la última. Un objetivo estático es más fácil de alcanzar que uno en movimiento. Los alienígenas aprovecharon la oportunidad, desviando su atención hacia el nuevo objetivo. Shearsby gritaba antes de que los rayos lo alcanzasen; después, ya no.

Pero aquello había proporcionado a Antony y a Travis un valioso tiempo adicional. Se lanzaron precipitadamente hacia los densos matorrales que rodeaban los árboles, y aunque la vegetación los obligó a reducir la velocidad, las sombras de los vehículos que los perseguían se perdieron bajo las proyectadas por el follaje. Travis rezó por que aquello significase que los alienígenas también los hubieran perdido de vista.

Miró hacia Antony, que se encontraba a unos treinta metros de distancia. El muchacho rubio había cambiado de rumbo y se dirigía hacia Travis. Juntos, se ocultarían de los alienígenas hasta que estuviesen a salvo, momento en el que se dirigirían de vuelta a Harrington. Travis sintió un atisbo de esperanza.

Hasta que los árboles que los separaban explotaron.

Las astillas salieron despedidas en todas direcciones y la fuerza de la detonación derribó a ambos chicos. Al encontrarse bocarriba, Travis no tuvo otra opción que mirar hacia el cielo. Pudo ver las vainas sobrevolando el bosque. Los cazadores estaban llevando a cabo una nueva estrategia: sacar a sus presas a campo abierto destruyendo el entorno en el que se guarecían.

Las armas de los alienígenas brillaron de nuevo, convirtiendo más árboles en columnas de fuego. Los rayos que disparaban habían cambiado de color: eran amarillos, no blancos como los que habían matado a Shearsby, Tolliver y Hinkley-Jones. Aquel dato era importante, pero no tanto como la supervivencia inmediata.

Travis se puso en pie y buscó a Antony. Un humo denso y oscuro nublaba su visión, hasta el punto de ser incapaz de ver al otro chico.

—¡Antony! —No hubo respuesta. No podía estar muerto, ¿verdad? La mente de Travis se negó a contemplar aquella posibilidad.

Pero el que iba a morir sería él, si no se largaba de allí. Los árboles a su alrededor explotaban como si fuesen petardos. No podía quedarse en aquella posición y Antony tampoco lo hubiese querido así. Travis echó a correr hacia delante, hacia el bosque, confiando en que su amigo estuviese haciendo lo mismo.

No tenía que pensar en el dolor que recorría cada centímetro de su cuerpo. Tenía que alejarse del sufrimiento tanto físico como mental, aislar su mente de él. Funcionar por instinto en vez de por lógica. Si estaba siendo cazado como un animal, tenía que responder como tal. ¿O aquello no haría sino confirmar el punto de vista de los alienígenas, que parecían asumir que no eran más que bestias? No. Solo aquellos que atacan y matan sin motivo merecen el nombre de bestias, aunque viajen en naves espaciales.

Travis se adentró en un claro. Craso error. Se había distraído. Había corrido colina arriba sin pensar. Otro error. Si de hacer las cosas mal se trataba, le estaba saliendo de maravilla.

Una vaina alienígena pasó volando sobre él.

La pequeña nave lo golpeó con tanta fuerza como el puño de un boxeador, precipitándose hacia la tierra hasta casi estrellarse contra el suelo antes de volver a tomar altura. Travis gritó de dolor y se tambaleó hacia atrás. Tropezó. Cayó. Sabía lo que aquello significaba.

El alienígena que iba a matarlo vestía una armadura dorada. El rayo que iba a acabar con él estaba formándose, brillando en el interior de la cañonera. No tenía escapatoria. Contuvo el que iba a ser su último aliento.

El rayo de energía impactó a quince centímetros a la izquierda de su cabeza.

Aún seguía con vida. Estaba vivo. Y así es como tenía intención de continuar, así que rodó a un lado con renovadas fuerzas y se puso en pie de un salto. Parecía que el alienígena de la armadura dorada no era lo que se dice un tirador de primera. Travis corrió de nuevo bajo la protección de los árboles, consciente de que la mejor idea sería no darle una segunda oportunidad. Y quizá solo se tratara de su optimista imaginación, pero parecía que la vaina no lo perseguía y los alrededores no estaban ardiendo tras recibir el impacto de un rayo amarillo.

A menos que hubiese acelerado hasta adelantarlo. Eso explicaría que Travis pudiese ver, a través del follaje que cubría la cima de la colina Vernham, una de las vainas.

La vaina que estaba persiguiendo a Giles.

Travis dejó escapar un quejido de abatimiento. Podía ver al muchacho entrar y salir corriendo de la arboleda, desesperado, descorazonado. Parecía que estaba llorando. El alienígena estaba jugando con él, podría haber acabado con el sufrimiento de Giles una y otra vez ante los ojos de Travis. Estaban jugando con vidas humanas. *Cabrón*, maldijo Travis.

—Cabrr...

Un placaje de rugby lo hizo caer de rodillas.

—Al suelo y callado, ¿o es que quieres que te vean? —Le encantó volver a oír aquella voz.

—Antony, ¿cómo has...?

—Pues igual que tú, corriendo como alma que lleva el diablo. He encontrado un escondrijo.

—Vale, pero... —Travis se volvió una vez más hacia la agitada y lejana figura del muchacho—. Giles...

Antony también miró en esa dirección, con gesto adusto.

—Corre —lo apremió, en voz baja pero con firmeza—. Corre, Giles, como nunca

antes has...

Pero el alienígena debió de aburrirse. El rayo blanco brilló. El juego llegó a su inevitable conclusión.

—Por aquí. Travis, por aquí. —Antony le tiró del brazo—. Después iré a por nosotros. He encontrado... —Un agujero en la tierra. Un hoyo lo bastante profundo como para acoger a unos cuantos cuerpos, de modo que podían ocultarse bajo una capa de hojas y ramas. Que fue exactamente lo que hicieron Antony y Travis—. No podemos correr más que ellos, pero tenemos que hacerles creer que hemos escapado. Nos esconderemos aquí; confiemos en que piensen que nos han perdido la pista.

Tumbado bocabajo, Travis oteó a través de la cortina de ramas hacia el lugar en el que Giles había caído. La vaina seguía flotando sobre él, vigilante.

—¿A qué espera? ¿A comprobar que ha muerto?

—No. A eso. —Antony señaló con el índice hacia el cielo.

La nave de la que habían surgido las vainas sobrevolaba la colina Vernham. Un haz circular de luz blanca y de un diámetro mucho mayor al de las vainas brotó de su tren de aterrizaje. Aquella manifestación de tecnología alienígena parecía más pacífica, casi serena. El haz partió de la nave hasta llegar al suelo, cayendo sobre el lugar en el que descansaba Giles. Y lo levantó.

—Pero ¿qué...? —Travis se sentía aterrado y fascinado al mismo tiempo mientras contemplaba aquel cuerpo inerte flotando en el aire, abrazado por la luz.

—Es un rayo tractor. Se lo están llevando.

—Pero ¿para qué querrían su cuerpo? ¿Para diseccionarlo? —Travis se arrepintió de haber pronunciado aquella palabra en el momento en el que salió de su boca. Aquella idea le daba ganas de vomitar.

—Puede... puede que Giles no esté muerto. Puede que ninguno de ellos lo esté. —El optimismo típico de Harrington. El cuerpo de Antony empezó a recuperar el color paulatinamente.

—¿En qué te basas? —le preguntó Travis, esperanzado.

—Puede que los rayos blancos solo paralicen. No vi sangre ni nada parecido en los cuerpos de Hinkley-Jones y los demás, y los alienígenas utilizaron...

—Rayos amarillos cuando se pusieron a deforestar la zona. Es posible, supongo.

—Por desgracia, a cada respuesta le sigue una pregunta.

—¿Qué quieres decir?

El cuerpo de Giles desapareció en la panza de la nave y el rayo tractor se desvaneció. Antony miró fijamente a su compañero.

—Si estoy en lo cierto, Travis... ¿para qué nos quieren vivos?

—Vale, o sea que a partir de ahora solo los que lleven americanas grises tendrán derecho a opinar acerca de cómo deben ir las cosas, serán los únicos con derecho a llevar armas, y el resto tendremos que saber cuál es nuestro lugar, quedarnos

calladitos y no aspirar a cambiar las cosas en Harrington —bufó Mel, asqueada—. Leo acaba de montar lo que en el viejo mundo se conocía como un golpe de Estado. ¿Y sabéis qué? —Mel miró a Tilo, a Jessica, a Simon, y vuelta al principio. Prácticamente ignoró a Richie—. No pienso tolerarlo.

—¿Y qué vas a hacer? —Simon no apartó la mirada de la puerta del dormitorio. Estaba cerrada a cal y canto y hecha de macizo roble inglés, pero aún temía la posibilidad de que alguien estuviese escuchando al otro lado. Conspirar le hacía sentirse incómodo.

—Largame, eso es lo que voy a hacer —dijo Mel—. Voy a ir a buscar a Travis y a Antony para hablarles de las libertades que se ha tomado el bueno de Leo en su ausencia.

—Pero sus partidarios están vigilando todas las puertas —observó Jessica.

—Nadie tiene permiso para salir —añadió Tilo.

—Por su propia seguridad... —Mel imitó la voz de Leo con sorna—. Mientras tenga lugar la presente situación de emergencia. Por favor..., si hasta suena como un político. Si no fuese por la enfermedad, creo que en treinta años más o menos Leo Milton podría dirigir este país. Pero no te preocupes, Jessie. Dudo que los chicos de las americanas puedan tener controladas todas las puertas. Y lo peor de todo es que realmente hay una emergencia. Esas naves están pilotadas por alienígenas. Deberíamos estar unidos y formar un único frente en vez de dividirnos en facciones. Pensé que después de la enfermedad solo quedaría un tipo de personas: supervivientes. Pero parece que me equivoqué.

—Solo necesitas a dos personas —comentó Simon con amargura— para que una de ellas sea la víctima.

—Mel, aunque vayamos a por Travis y Antony —intervino Tilo—, ya se encontrarán en la nave.

—Si la nave sigue donde creemos que está —replicó Mel—. Es perfectamente posible que estén regresando hacia aquí y que vuelvan con las manos vacías y, en ese caso, dudo muchísimo que Leo vaya a extender la alfombra roja a sus pies..., no ahora que ha conseguido hacerse con el poder. —Caminó hasta la ventana—. Así que, como decía, yo me largo. ¿Alguien se une?

Tilo asintió.

—Hubiese ido con Travis desde el principio, si me lo hubiesen permitido.

—No creo que tengamos ninguna otra opción —dijo Jessica—. Antony corregirá esta situación.

—¿Simon? —preguntó Mel.

El corazón de Simon había estado latiendo a toda velocidad durante aquella reunión clandestina organizada a toda prisa. Él prefería esconderse en los rincones de la vida, pasando desapercibido para que, con suerte, nadie lo persiguiese. No estaba

acostumbrado a defenderse ni a defender a otros, a elegir bandos, pero tampoco le gustaba lo más mínimo la idea de quedarse aislado en Harrington, sin el respaldo del resto del grupo.

—Yo también voy —dijo.

—¿Richie? —preguntó, como si apenas le importase su respuesta.

—De todos modos, nunca quise tener nada que ver con este colegio para niños pijos —gruñó Richie Coker, lo que los demás interpretaron como un «sí».

—De acuerdo. —Mel caminó con decisión hasta la puerta del dormitorio—. En ese caso, no tenemos tiempo que perder.

—Espera —dijo Tilo—. No puedo largarme así como así y abandonar a Enebrina y a los demás. Otra vez no. —El recuerdo de su huida del campamento de los Hijos de la Naturaleza, dejando atrás a los niños, todavía la avergonzaba.

—No nos conviene retrasarnos por un montón de críos llorones —protestó Richie—. No soy un puñetero canguro.

—Seguro que los niños de todo el mundo se alegran de ello —dijo Mel—. Recogeremos a Brina por el camino, Tilo. Ahora, en...

Mel abrió la puerta del dormitorio. Leo Milton se encontraba en el pasillo que se extendía ante ellos, acompañado por varios estudiantes de Harrington. Llevaban los uniformes del colegio. Y escopetas.

—¿Y adónde creéis que vais, exactamente? —preguntó Leo.

La nave del rayo tractor partió casi inmediatamente después de abducir el cuerpo de Giles. Travis y Antony, recogidos todo lo posible en aquel escondrijo provisional, temían que las vainas siguiesen buscándolos o, peor aún, que continuasen destrozando el bosque. Por suerte, resultó ser un miedo infundado. No volvieron a disparar aquellos rayos amarillos. Las puertas del tren de aterrizaje de la nave grande se abrieron y las vainas regresaron al interior. Después, la nave en forma de luna creciente aceleró hasta perderse de vista. Parecía que los alienígenas tenían asuntos más importantes que atender en otro lugar. Travis deseó que ese «otro lugar» fuese Marte.

Aun así, los dos adolescentes esperaron hasta que se hizo de noche antes de abandonar su refugio. Las largas horas de inmovilidad les pasaron factura: los miembros de los muchachos estaban agarrotados y sus músculos, débiles hasta quedar casi inválidos. También notaron que no habían comido o bebido nada desde que abandonaron Harrington, y aún tenían una caminata de quince kilómetros por delante para volver al colegio.

—Cuanto antes nos pongamos en marcha... —dijo Antony.

—Sí —continuó Travis, apenado—. Antes podremos decirles a los demás que estamos acabados.

Porque aquella era la única conclusión a la que podía llegar después de haber

vivido el que era, sin duda, el día más catastrófico desde la llegada de la enfermedad. Sus consecuencias prometían ser tan vastas y devastadoras como las de la pandemia. Puede que incluso más, consideró Travis. El virus solo llegó a infectar a los adultos, mientras que todos los menores de dieciocho años eran inmunes, inexplicablemente, a sus estragos, pero aquella invulnerabilidad no se extendía al armamento alienígena. Dado que su capacidad de defensa se basaba en unas cuantas escopetas y fusiles de tres al cuarto, la amarga realidad era que la comunidad de Harrington (y lo más seguro es que cualquier otra comunidad de supervivientes en el mundo) estaba a la entera merced de los alienígenas. Y, a juzgar por los actos que habían tenido lugar hasta entonces, los extraterrestres parecían andar algo justos de misericordia. Todo aquello no significaba que Travis fuese a claudicar dirigiéndose hacia la nave nodriza con las manos en alto o lanzándose contra una vaina... no, rindiéndose no haría justicia al espíritu de su padre, o a su propio sentido de lo que era lo correcto; pero tampoco se hacía ilusiones con respecto al resultado de cualquier resistencia contra aquellos invasores. Estaba más preparado que nunca para plantar batalla, pero lo más seguro era que, de tener lugar, se tratase de la última.

Era probable que Antony estuviese pensando lo mismo. Desde luego, permaneció encerrado en sí mismo (lo cual no era habitual en él) durante todo el trayecto de regreso a casa. Los dos caminaron en el más absoluto silencio.

Cuando al fin alcanzaron a ver el colegio Harrington, ya debía de haber pasado la medianoche. El corazón de Travis latió con fuerza, no solo por el hecho de ver aquel familiar edificio almenado, cuya silueta bañada por la luz de la luna se asemejaba más que nunca a la de un castillo, sino al recordar quiénes estaban en su interior. Se moría de ganas de volver a ver a las chicas, de volver a ver a Tilo. Siguió caminando, esta vez a mayor velocidad.

—Aquí pasa algo raro. —El preocupado tono de Antony hizo que se detuviese en seco.

—¿Qué...?

—No hay luces encendidas. —Y era cierto. Harrington no era más que una enorme masa de oscuridad, como una mancha de tinta—. Siempre dejamos algunas luces encendidas para montar guardia. Y de hecho, ¿dónde están los guardias?

Travis sintió que su pulso se aceleraba todavía más, y no por un buen motivo precisamente. Antony, por supuesto, tenía razón. Prácticamente se encontraban a las puertas del colegio y hasta entonces nadie les había llamado la atención. ¿Dónde estaban los guardias? Desde luego, Leo no habría prescindido de los guardias aquella noche en particular.

—Dios mío, Travis, ¿y si los alienígenas han estado aquí?

Pero Travis ya había echado a correr. Se acordó de las vainas de antes. ¿Para qué perder el tiempo peinando una colina en busca de dos humanos extraviados habiendo

presas mucho más fáciles a poca distancia? Abandonó la arboleda a la carrera hasta llegar a la sombra proyectada por el edificio principal, cuya negrura parecía advertir del peligro. Pudo oír a Antony tras él.

—Travis, ten cuidado. No sabemos qué encontraremos. Deberíamos pensar antes de...

Pero solo podía pensar en una cosa: ¿dónde estaban sus amigos?

Travis cruzó a toda prisa el arco que separaba los dos recintos de Harrington. Todas y cada una de las puertas que conducían al interior del edificio estaban abiertas como bocas aterrorizadas. Entró corriendo y gritó:

—¿Hola? ¿Puede oírme alguien? ¡Contestad! ¡Soy yo, Travis!

—¿Leo? ¿Hay alguien? —continuó Antony—. ¿Hay alguien aquí?

No, al parecer. Los gritos de los chicos reverberaron entre los muros de piedra. En los pasillos del edificio solo había oscuridad, silencio y desolación.

—Travis, tenemos que ir a la sala.

—Ve tú. Yo voy a los dormitorios. —Si sus amigos se encontraban en algún sitio, sería allí. Se dirigió hacia la escalera.

—Vale. Espérame, Travis. No debemos separarnos.

—No tengo tiempo para esperar —dijo una única vez, volviendo la cabeza por encima del hombro—. Así que date prisa. —Y echó a correr por el pasillo hacia el dormitorio de las chicas. Las puertas estaban cerradas, como si la estancia albergase un secreto. Pero lo único que tenía que hacer era abrirlas y se vería recompensado con la presencia de Tilo, Jessie y Mel dormidas en sus camas, porque el único problema sería que el generador había dejado de funcionar y que Leo Milton no solo no lo había arreglado, sino que el muy incompetente había olvidado apostar guardias en el colegio. Eso sería todo. Un fallo mecánico y otro humano. Nada relacionado con los alienígenas. De ningún modo. No lo permitiría.

Las chicas habían desaparecido. Nadie había pasado la noche en aquellas camas.

—No, no, no... —Travis accionó el interruptor de la luz: nada. Pero era una buena señal, ¿cierto? Quizá el generador se hubiese averiado, después de todo. Y si había acertado en eso, aún había esperanza de...—. Antony, tenemos que comprobar las otras...

Pero Antony no se encontraba tras él. No había podido dejarlo tan atrás. Travis se detuvo en seco.

—¿Antony?

Regresó al pasillo, volviendo sobre sus pasos, envuelto por una oscuridad casi absoluta.

Había alguien allí, a unos metros de distancia, como si la oscuridad de la noche se hubiese solidificado hasta tomar forma.

No era Antony.

Porque los alienígenas habían visitado Harrington. Y al menos uno de ellos seguía allí.

Se trataba de una figura cubierta por una armadura del color del azabache y el petróleo, con la cabeza de una bestia salvaje y feroz, avanzando implacable hacia él. Una figura con un arma en la mano derecha, tan oscura como la armadura de su propietario, parecida a una pistola con el cañón hexagonal. Apuntada hacia Travis.

—¿Qué has hecho con la gente que había aquí? —La ira se impuso al miedo—. ¿Puedes entenderme? ¿Qué les has hecho?

El alienígena disparó su pistola, un acto que podía considerarse tanto una acción como una respuesta. Travis solo tuvo tiempo de comprobar el color del rayo de energía que lo golpeó. Blanco. Y no era en absoluto caliente sino frío, gélido, tanto que hizo que Travis dejase de sentir su cuerpo hasta el punto de no notar siquiera las baldosas del suelo al caer. No podía sentir nada a medida que se sumergía en una oscuridad más intensa que la de la noche.

Pelea, se apremió a sí mismo. No te rindas. No cierres los ojos.

El alienígena se alzó ante él. El modo en el que ladeó la cabeza denotaba curiosidad hacia el hecho de que Travis permaneciese consciente.

—¿Qué... miras...?

El alienígena tocó un botón situado en su cuello. Entonces, las fluidas y orgánicas líneas de su casco se endurecieron, aplanaron, y por último se retrajeron desde su garganta hacia arriba, como una persiana levantándose, deslizándose sobre su cráneo hasta quedar echadas sobre la nuca como una capucha.

Travis agradeció tener el cuerpo dormido hasta el punto de no poder estremecerse al contemplar el aspecto de aquel ser.

Su cabeza carecía completamente de pelo y era de un color blanco enfermizo, como si fuese un cráneo desprovisto de carne; cubierta por una piel de un tono tan fantasmal que parecía que le hubiesen extraído toda la sangre y tan estirada sobre el hueso que podría decirse que en el planeta de los alienígenas anduviesen cortos de piel y tuviesen que aprovechar la que había al máximo. Una densa protuberancia se extendía por la frente de lado a lado, acentuando su aspecto agresivo y ensombreciendo sus profundos ojos. De hecho, parecía que era a los ojos adonde se había trasladado toda la sangre de la criatura: eran de un color rojo intenso, como burbujas carmesíes, sin pupilas, iris ni, irónicamente dada la ausencia de pigmentación de los alienígenas, blanco. Aquel color recordó a Travis las cicatrices rojas y circulares que aparecían en los cuerpos humanos, la marca de la enfermedad. Los restantes rasgos eran igual de desagradables. Las orejas eran poco más que muñones de cartílago situados a ambos lados de la cabeza con un corte creciente, la nariz podría ser la de un boxeador de los pesos pesados con más peleas de las recomendables en su haber y la boca carente de labios parecía una herida que no

hubiese llegado a curarse.

—Puedo... verte... —jadeó Travis.

El alienígena abrió la boca hasta formar algo parecido a una sonrisa.

—No por mucho tiempo —dijo en perfecto inglés.

Lo cual hubiese provocado alguna reacción por parte de Travis, de haberse mantenido consciente por más tiempo.

El hecho de no sentir dolor era una mejoría. Travis esperaba sufrir una agonía atroz a medida que recuperara sus sentidos, pero no notó ningún efecto a consecuencia del ataque del alienígena.

Salvo por el hecho de que ya no se encontraba donde antes.

—Travis, ¿estás bien? —Antony estaba arrodillado a su lado, observándolo con preocupación.

—Así que nos han cogido a los dos...

—Eso me temo.

—Por lo menos tenías razón en lo del rayo blanco. Y en cuanto a si estoy bien...

—Travis se sentó en el suelo sobre el que había estado tendido—. Bueno, «bien» es un concepto relativo.

Dedujo su ubicación con solo echar un vistazo. Estaba en una habitación rectangular sin ningún tipo de adorno, del tamaño de un salón grande, con las paredes cubiertas de aquel metal argento que tanto parecía gustar a los alienígenas. Un breve zumbido resonaba en la estancia y sentía tenues movimientos bajo sus dedos apoyados en el suelo. Estaban a bordo de una nave alienígena, probablemente la del rayo tractor, y estaban volando. El contexto de su viaje, así como lo espartano de su estancia, evidenciaban su nueva condición. La habitación en la que se encontraban podía describirse acertadamente como una celda. Eran prisioneros.

Y eso significaba, casi con total seguridad, que los demás también lo eran. Significaba que Tilo, Jessica, Mel y todos los demás estaban vivos, hasta Hinkley-Jones y el pequeño Giles. Travis se puso en pie. Se sintió fortalecido, para su sorpresa. Pero con sentirse vivo le bastaba.

—¿No sabrás cuánto tiempo llevo fuera de combate?

—Supongo que unas horas. Mira ahí. —Antony dirigió la atención de Travis hacia una línea ubicada en una de las paredes de la celda. Desde lejos, el panel parecía formado por el mismo metal que el resto de la estancia, pero al mirarlo de cerca descubrió que era transparente. Fuera brillaba la luz del sol; de hecho, estaban sobrevolando las colinas y el bosque que rodeaban el colegio Harrington—. Yo tampoco llevo mucho tiempo consciente. Cuando recuperé el sentido, todavía estábamos en tierra.

—Me temo que no hay premio por adivinar adónde nos dirigimos —dijo Travis, sombrío.

—Si nos llevan a la nave nodriza, eso podría jugar a nuestro favor. —Un tímido entusiasmo se adivinaba en el rostro de Antony.

—¿Quieres decir que el resto también puede encontrarse ahí? Así debería ser. —Travis reconoció la colina Vernham ante ellos—. Una vez juntos, podríamos fugarnos o algo así, encontrar un arma que podamos utilizar contra las criaturas. Vi a una de ellas, Antony, a la que me disparó. Sin el casco. Deben de ser nativos del planeta de los feos.

—No quería decir eso. Quiero decir que si nos llevan a la nave nodriza, puede que tengamos la oportunidad de hablar con su líder, su capitán, su comandante, intentar que entre en razón, explicarle...

Travis se dirigió a su amigo con descarnada incredulidad.

—¿Explicarle qué, Antony?

—Que todo esto es un malentendido...

—¿Crees que cazarnos a todos con esas vainas, quemar la mitad de la colina Vernham, puede que secuestrar a toda la población de Harrington... ha sido fruto de un malentendido? —Travis negó con la cabeza, incrédulo—. Creo que saben lo que hacen, Antony, y por qué, y eso no es nada bueno.

—¡Y no es necesario! —gritó Antony—. Podemos convivir con esta gente...

—No son gente, Antony, no como nosotros.

—No les suponemos ninguna amenaza.

—En eso tienes razón.

—No hay motivos por los que estar enfrentados. No tiene sentido. Si tan solo pudiésemos hablar con su líder, discutir la situación como seres razonables, estoy seguro de que podríamos llegar a algún acuerdo aceptable que...

—Antony. Antony. —Travis no podía soportar seguir escuchándolo. Puso la mano sobre el hombro de su amigo y lo zarandeó—. Escúchame. Cállate y escúchame. Eso no va a pasar. No va a funcionar. Tienes que afrontar los hechos. No sé lo que quieren estos alienígenas, pero desde luego no es amistad, cooperación ni tolerancia. No podemos negociar con ellos. Solo podemos combatirlos.

—Pero mi padre solía decir que...

—Tu padre está muerto, Antony. Todos nuestros padres lo están. Y el mundo en el que vivíamos también está muerto. Pero nosotros estamos vivos y, si quieres que sigamos estándolo, tienes que afrontar la realidad de que las reglas han cambiado para siempre. Tienes que aceptar los hechos y cambiar con ellos o no nos podrás ayudar, Antony... ni a ti mismo. ¿Entiendes?

—Pero, Travis, todo en lo que creía... —Los ojos del desolado Antony se llenaron de lágrimas, como si estuviese de duelo—. Si todo es inútil, si nada sirve para nada, ¿para qué sirvo yo?

Y Travis sintió lástima por su amigo. Quizá había sido demasiado duro. Pero

podía remediarlo.

—¿Quieres saber para qué eres bueno? ¿Y lo tienes que preguntar? Eres Antony Clive, delegado del colegio Harrington. Todavía eres el líder, Antony. Te necesitamos. —*Y ahora mismo*, pensó mientras la nave sobrevolaba la cara más alejada de la colina Vernham hacia su estacionada nodriza, cuyas puertas, las que habían visto anteriormente, se abrieron con expectación.

Antony también cayó en la cuenta de que se estaban aproximando a su destino.

—De acuerdo. De acuerdo. —Asintió e inspiró profundamente, intentando recuperar la calma—. Si me necesitáis, allí estaré. Y Travis... gracias.

—No hay problema —dijo Travis con sinceridad—. Pero escucha, hay algo más, hay otra cosa que aún no te he contado. Cuando vi al alienígena sin casco, también lo escuché hablar. Dios sabe por qué, pero hablan inglés.

—¿En serio? —Antony se esforzó en devolver la confianza a su voz. Había mostrado debilidad ante Travis. Aquello merecía una reprimenda. Los delegados del colegio Harrington no debían mostrar debilidad ante nadie—. Entonces podemos hacernos entender.

Los dos adolescentes permanecieron cerca del panel transparente a medida que la nave se deslizaba a través de la abertura de la nodriza, como un pedazo de comida devorado por unas fauces. Inmediatamente después, se detuvo sobre lo que claramente eran los hangares. Travis alcanzó a ver una nave como la que había abducido a Giles, rodeada por alienígenas vestidos con armaduras rojas y sin cascos. Su concepto de la fisonomía alienígena no mejoró con respecto a su anterior encuentro al ver aquellos cráneos blancos y desnudos y aquellas frentes protuberantes; no le sorprendió que la primera reacción de Antony al ver el aspecto de sus captores fuese de repulsa.

—Mi padre solía decirme que nunca hay que juzgar por las apariencias —dijo con frialdad. Aquel corte carmesí que tenían por boca... Aquellos lívidos ojos rojos—. Quizá en eso también estuviese equivocado.

De todos modos, no tuvieron demasiado tiempo para quedarse mirando a los alienígenas. De pronto, el panel transparente pareció deslizarse al interior de la pared, retrayéndose entre esta y el techo hasta desaparecer por completo.

Travis dio un paso atrás, sorprendido.

—Pero ¿qué...?

—No es la pared lo que se está moviendo —cayó en la cuenta Antony—. Son el suelo y el techo los que se están moviendo hacia abajo, a través del hangar.

Y estaba en lo cierto. Travis sintió el descenso en el estómago y a través de las suelas de sus zapatillas.

—Celda y ascensor, todo en uno. Entonces, ¿adónde nos llevan? ¿A la planta baja, a la libertad?

—Sea adonde sea, ya hemos llegado —murmuró Antony.

La celda-ascensor dejó de moverse. Una puerta se abrió donde los chicos pensaban que no había más que una pared.

Ante ellos se extendía lo que parecía ser una celda idéntica a la suya, aunque más profunda, más grande, llena de cuerpos amontonados, en cuclillas o tirados en el suelo con la apatía que caracteriza a los reos. Algunos vestían americanas y pantalones de traje. Había algunas mujeres.

Una de ellas tenía los rasgos de un hada y el cabello pelirrojo y corto.

—Los prisioneros de la Tierra entrarán a la celda adyacente de inmediato.

Travis y Antony no necesitaban que una voz incorpórea y alienígena se lo indicase. Atravesaron la puerta en un segundo, gritando de alivio y alegría. La puerta se cerró tras ellos, fundiéndose con el entorno, pero apenas se dieron cuenta. Al cabo de un instante, Tilo estaba en los brazos de Travis, con su cuerpo y sus húmedos labios oprimidos contra los suyos, y durante aquel instante, nada importó.

Richie Coker se alegraba, más o menos, de volver a ver a Naughton. No tanto como la hippie, por supuesto, que se le pegó como una lapa en cuanto cruzó aquella puerta que no estaba allí hace un minuto. Tampoco tanto como los miembros del harén de Travis: Morticia y Jessica Lane también se pusieron a besuquearlo (¿cómo demonios lo hacía Naughton?). No, a Richie Coker no le iba eso de demostrar abiertamente sus emociones, ni siquiera a través de escuálidos apretones de manos como el que Simoncete compartía con Naughton en aquel momento. La mejor opción, la más segura, era guardarse los sentimientos para uno mismo... de modo que nadie los pudiese pisotear. Así que se limitó a saludar a Naughton con un breve ademán vagamente afable cuando este volvió la mirada hacia él.

—¿Estás bien, Richie? —preguntó como si realmente estuviese interesado.

—Tirando. —Intentó que pareciese que no le importaba. Pero sí, se alegraba, más o menos, de volver a ver a Naughton.

Y también estaba celoso, en parte, aunque no tenía motivos para sentirse así. Era más grande que Travis Naughton, más alto, más fuerte y había pateado más cabezas. Nadie vacilaba a Richie Coker... o al menos así era antes de que llegase la enfermedad. Pero, para ser sincero, sí que tenía un motivo para envidiar a Naughton, una situación que no le resultaba nada natural a Richie. Los otros chicos apreciaban a Naughton; lo respetaban, querían ser como él (aunque fuesen más altos). Era obvio por cómo respondieron ante su reaparición: joviales, alegres, lanzando vítores en torno a él y al niño rico, aunque la mayoría solo conociese a Travis desde hacía un par de semanas. ¿Por qué? ¿Qué tenía Naughton para provocar aquella reacción? Richie no lo entendía. De haber sido él el que hubiese vuelto a aparecer tras un periodo de ausencia, la reacción hubiese sido de frío desinterés en el mejor de los casos, de abierta decepción en el peor. En aquel momento, a nadie le importaba que

estuviese allí, compartiendo celda con el resto. Con la probable excepción de una persona, por supuesto. Travis Naughton.

Richie dio la espalda a la muchedumbre. De estar en Wayvale, se encontraría con un montón de colegas. Él sería el líder y exigiría respeto, que le sería concedido. La gente hubiese hecho lo que él hubiese ordenado. Pero solo porque los demás estarían demasiado asustados de que les fuese a dar una tunda si no obedecían. Para ser sincero, sabía que era así como funcionaba. Pero los chicos seguían a Naughton... lo estaban siguiendo ahora mismo, lo obedecían, dejaban que los liderase, no por miedo o por amenazas, sino por su propia voluntad, porque de algún modo los inspiraba con sus buenas acciones, su confianza en sí mismo y aquellos ojos azules capaces de ver tu interior. Había magia en Travis Naughton, una autoridad, aquello que la directora Shiels definía como integridad, algo que hechizaba a todo aquel que entraba en contacto con ello. Y eso aterraba a Richie Coker. Porque él también estaba cayendo víctima de esa influencia. En parte. Un poquito. Para ser sincero.

Se alegraba de ver a Naughton vivo. Sin matices. Se alegraba. Porque parte de él quería ser Travis Naughton.

—¿Verdad que sí, Richie? —Era la voz de Morticia, llevándolo de vuelta al grupo.

Se volvió hacia los demás, fingiendo estar a otra cosa.

—¿Qué? ¿Verdad que qué?

—Le estoy contando a Trav lo que sucedió en el colegio. Nos encerraron en el dormitorio, ¿verdad que sí? Leo y sus chicos con americana nos pusieron bajo arresto domiciliario, como los muy pijos lo llamaban, como si fuésemos unos delincuentes. —Los ojos azules de Mel brillaron cuando dirigió su mirada hacia el derrotado Leo Milton, abatido y desconsolado sobre el suelo—. Porque éramos una influencia disruptiva. ¿Eso es lo que dijo, verdad que sí? Dijo que podíamos desmoralizar al resto de la comunidad. Menudo montón de chorradas. Deberías haber dejado a una chica al mando, Antony. ¿Cómo te sientes ahora que eres tú el que está encerrado, Leo? Eso sí que desmoraliza, ¿verdad?

—Ya es suficiente, Mel —dijo Travis—. Nos hacemos a la idea.

—Te lo dije —añadió Richie—. No se puede confiar en ninguno de estos pijos uniformados.

—Eso no es cierto. —Desde luego, Jessica parecía sentir que uno de los alumnos de Harrington era digno de su confianza. Después de saludar a Travis, dio un abrazo de bienvenida a Antony. Sus brazos no se estrecharon en torno a su cuello, pero aun así lo acercaron lo bastante como para que sus cuerpos estuviesen en contacto—. Lo que Leo hizo es solo culpa de Leo. De nadie más.

Travis estaba de acuerdo.

—Teniendo en cuenta lo que ha ocurrido desde entonces, supongo que ya no es

tan importante.

—No hubiésemos podido defendernos de los alienígenas ni en libertad —dijo Tilo—. Se abalanzaron sobre Harrington disparando esos rayos en cuestión de minutos. Creo que no llegamos a causar ni una sola baja.

—Ni siquiera el Ejército hubiese podido detenerlos —gimió Simon.

—El Ejército no está aquí, Simon —dijo Travis—. Estamos solos. Y así es como tendremos que apañárnoslas.

—¡Naughton! —Richie no pudo contener una sonora carcajada de incredulidad—. Ahora sí que estás flipando. ¿De verdad crees que podemos plantarles cara a estos tíos?

Travis volvió su mirada al chico de la gorra de béisbol.

—Si no nos defendemos, Richie, caeremos.

Y Richie Coker permaneció en silencio. No era la primera vez que la convicción y la resolución de aquella mirada azul lo dejaba sin palabras, incluso sin aquellas que solo tenían cuatro letras.

En cuanto a Antony, había permanecido sumido en sus pensamientos durante la conversación, pero parecía haber tomado una decisión.

—Es importante —dijo llanamente, con aplomo.

—¿Antony? —Jessica jamás había visto antes aquella expresión, mezcla de ira y amargura, en su rostro.

—Lo que ocurrió en Harrington, lo que hizo Leo, es importante. Es importante porque constituye una traición. Eres un sucio Judas, Leo, ¿lo sabías? —Miró fijamente a su asistente con los puños cerrados e ira en sus ojos.

Leo, haciendo un alarde de sensatez, se puso en pie.

—No te acerques a mí, Clive.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? Los cobardes como tú no peleáis cara a cara, ¿verdad que no? Esperáis a que alguien os dé la espalda antes de apuñalarlo.

—Antony. —Jessica cobijó uno de los puños del chico en su mano, intentando tranquilizarlo—. ¿Travis?

Travis se interpuso entre el delegado y el que iba a ser su sucesor.

—No es el momento ni el lugar.

—¿Por qué lo hiciste, Leo? —preguntó Antony de todos modos—. No es que me hayas traicionado a mí; has traicionado todo aquello que defiende Harrington. El deber. La justicia. La confianza.

—No soy yo el traidor, Clive —contestó Leo—. Tú lo eres. Fuiste tú el que traicionó los valores de Harrington dejando entrar a toda esa gente —dijo mientras hacía un gesto desdeñoso hacia el grupo de Travis y quienes habían llegado tras ellos—. Plebeyos. Ignorantes. Chicas. Niños llorones. Harrington nunca fue un lugar para ellos. Los auténticos miembros de Harrington son mejores que ellos, y si tú ya no

estabas dispuesto a conservar aquello que era realmente bueno de nuestro colegio, pues yo sí lo estaba.

—¿Tú? —Antony se abalanzó sobre el pelirrojo, sujetándole de la solapa de su chaqueta a la vez que la retorció—. Leo, eres una desgracia para este uniforme.

—No me toques, Clive —le advirtió su ayudante.

—Vale, vale, ya basta —intervino Travis a la desesperada, soltando la mano de Antony de la americana de Leo—. Pensaba que en los colegios privados se promovía la madurez. Yo que vosotros pediría que me devolviesen el dinero. Echad un vistazo a vuestro alrededor y recordad dónde nos encontramos. En una celda. En el interior de una nave alienígena. Y vosotros aquí, discutiendo acerca de quién es digno y quién no de un edificio que puede que no volvamos a ver jamás. Venga ya. Abrid los ojos. —Extendió el mensaje a todos los ocupantes de la celda—. Y esto también va para los que apoyaron el pequeño golpe de Leo. No es cuestión de clases. No es cuestión de bandos. Estamos juntos en esto y si lo olvidamos, ya podemos olvidarnos también de todo lo demás.

Antony miró a su alrededor. Los rostros de los miembros de la comunidad, ya fuesen estudiantes de Harrington o foráneos, estaban impregnados de abatimiento y angustia, y miedo. Y le avergonzó pensar que su enfrentamiento con Leo Milton posiblemente hubiese contribuido al malestar general. Los niños más pequeños sollozaban. Enebrina, Rosa y sus pequeños amigos se aferraban desesperadamente a Tilo. Menudo delegado que había resultado ser.

—Tienes razón —dijo—. Lo siento. —Escuchó a Leo murmurar algo parecido.

—Bien. —Travis estaba escudriñando la celda cuando una expresión de sorpresa se dibujó en su rostro. El número de prisioneros allí encarcelados y su comprensible alegría al reunirse con sus amigos más próximos le habían hecho pasar por alto un detalle—. ¿Dónde están Giles y Hinkley-Jones? ¿Y Tolliver? ¿Y Shearsby? —Ninguno de sus compañeros capturados estaba presente.

—No los hemos visto —dijo Jessica—. ¿Quieres decir que todavía no los han liberado?

—Los alienígenas los capturaron antes que a nosotros —dijo Antony—. Y antes que a vosotros.

—Puede que los hayan metido en otras celdas, Trav —sugirió Tilo.

—Puede —admitió Travis—, pero me gustaría saber el porqué.

Pero la respuesta (si es que la había) tendría que esperar. Las paredes, el suelo, el techo, de pronto se convirtieron en pantallas. Los pálidos y hostiles alienígenas contemplaban inmisericordes a los prisioneros desde seis direcciones distintas. Los niños pequeños chillaron. Enebrina se aferró a la mano de Tilo con más fuerza que nunca. Algunos de los adolescentes de más edad se estremecieron ante aquella visión.

Travis se quedó exactamente donde estaba. *El rostro del enemigo*, pensó. Le

devolvió la mirada a los alienígenas intentando aparentar que no tenía miedo. Confió en que diese resultado. Quiso que su gesto fuese desafiante.

Aquellos ojos carmesíes ni siquiera repararon en él.

—Prisioneros terrícolas. —La voz de los alienígenas llevaba la sangre y el invierno de un mundo sin sol impresos en ella—. Yo, Shurion, del linaje de Tyrion de los cosechadores, soy el comandante de esta nave.

Antony abrió la boca para decir algo, pero luego se lo pensó mejor.

—Obedeceréis implícita e inmediatamente las órdenes que os demos tanto yo como los miembros de mi tripulación o seréis castigados. A bordo de esta nave solo hay un castigo para la desobediencia, y es la muerte.

—Ay Dios, ay Dios, ay Dios, ay Dios. —Travis oyó gemir de forma entrecortada a Simon. Comprendió cómo se sentía.

—Hijos de la Tierra, sabed esto. Vuestras antiguas vidas han terminado. Vuestro planeta y vuestros padres os han sido arrebatados. Los seguirán vuestros nombres, vuestras identidades, hasta vuestro sentido de la individualidad, pues a partir de ahora no tendréis otro valor que el que otorguemos por vuestras cabezas y no tendréis otra razón de ser que la de servir. Asumid esta realidad o vuestro sufrimiento será prolongado y duro. Sabed, Hijos de la Tierra, que para vosotros «libertad» es ahora una palabra carente de significado. A partir de este momento pertenecéis a los cosechadores. Sois de nuestra propiedad. Sabed además que somos esclavistas y que de este día en adelante hasta el último superviviente de la enfermedad, todo niño de la Tierra, es nuestro esclavo.



Esclavos. Travis tuvo que hacer un esfuerzo para asumir lo que implicaban las palabras del comandante Shurion. Eran esclavos. No iban encadenados, apiñados bajo la cubierta de un barco esclavista, fétido y podrido, que los condujese a través del vasto océano a una lejana tierra extranjera, sino que estaban encerrados en celdas plateadas, abducidos de su mundo natal, prisioneros y condenados a un viaje sin retorno a través de las insondables profundidades del espacio. Los detalles cambiaban; los hechos seguían siendo igual de bárbaros.

En el interior de la celda, un quejido colectivo empezó a tomar forma, un sonido que había reverberado por los siglos, provocado por las atrocidades perpetradas por el hombre cada vez que una raza o nación subyugaba o explotaba a otra, una cacofonía de desesperación que trascendía el tiempo y el idioma. Espartaco lo hubiese reconocido como respuesta al látigo romano, al igual que los africanos de las plantaciones de algodón o en las junglas de Haití. Era una expresión de desaliento más amarga que la propia muerte.

—Trav. —Era Tilo. Tenía la mirada desencajada por la desesperanza; la mirada de un animal enjaulado—. Travis, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé. —¿Qué podían hacer?—. Algo. No te rindas, Tilo. No te rindas nunca.

—Ahora seréis procesados —anunció el comandante Shurion—. Debemos determinar si sois lo bastante fuertes a nivel físico, emocional y psicológico para sobrevivir al destino que os aguarda. El procesamiento tendrá lugar de inmediato. Lo diré una vez más: obedeced las instrucciones sin dilación o este será el último día de vuestras vidas.

La imagen de Shurion se desvaneció. Las pantallas volvieron a tomar el aspecto de las paredes de la celda.

Los niños pequeños no podían dejar de llorar. Tilo tuvo que soltar a Travis para consolar a Enebrina y a los demás pequeños a su cargo. Mel la sustituyó y lo abrazó. Un clamor de angustia e ira golpeó los muros como un puño, pero no tuvo ningún efecto. Leo Milton había vuelto a echarse sobre el suelo; estaba sentado con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en las manos. El rostro de Simon transmitía más terror del que hubiese podido expresar con palabras. Richie Coker, después de años jugando a ser el matón, pasó a convertirse en víctima. Antony, con Jessica a su

lado, estaba gritando algo, intentando imponer algo de calma, algo de orden. En vano.

Solo cuando la voz de uno de los cosechadores cortó el aire como un cuchillo, quedó la mayoría en silencio. Tilo acalló a Enebrina, a Rosa y a Sauce, acariciándoles el pelo con sus manos temblorosas.

—Empieza el procesamiento —dijo aquella voz carente de entonación—. Se abrirán dos puertas. Los hombres pasarán por la de la izquierda. Las mujeres pasarán por la de la derecha.

—Travis. —Mel le estrechó la mano—. Dios mío.

—Eres fuerte, Mel —le dijo, recalcando sus palabras—. Sé fuerte para Jessie y Tilo.

—Lo seré. —Aunque en aquel momento, con las lágrimas manando de sus ojos, no se sentía fuerte.

—¡No pueden separarnos! ¡No pueden hacer eso! —Tilo se volvió hacia Travis, aterrorizada—. Tenemos que permanecer juntos.

—No podemos, Tilo. No podemos hacer otra cosa que obedecer a todo lo que nos digan. No me iré por mucho tiempo. Estaremos juntos de nuevo antes de lo que imaginas. Estoy convencido.

Ella lo abrazó con fuerza, posesiva, rodeada por sus brazos.

—No voy a dejar que te vayas. No, esta vez no.

Mel miró hacia Antony y Jessica. Bueno, en realidad, solo hacia Jessica. En cualquier caso, Antony estaba liado con un grupo de alumnos de Harrington presa del pánico. Extendió la mano y Jessie se la estrechó.

—Estaremos bien —le aseguró a la muchacha rubia—. No dejaré que te pase nada, Jess.

—Empieza el procesamiento. Se abrirán dos puertas. Los hombres pasarán por la de la izquierda. Las mujeres pasarán por la de la derecha.

En el muro opuesto al que había permitido a Travis y Antony acceder a la otra celda empezaron a aparecer dos aberturas, materializándose en el metal como de la nada. Se abrieron de par en par. Más allá, según parecía, más celdas.

—Parece que vamos a seguir juntos un rato más —le dijo Richie a Simon sin estar muy seguro de por qué. La única respuesta de Simon fue dejar caer la cabeza, desolado.

Los prisioneros no se movieron hacia ninguna de las dos puertas. De hecho, estaban alejándose de ellas.

Antony se acordó de un trabajo que hicieron sobre el Holocausto para la asignatura de Historia. Los hombres a la izquierda, las mujeres a la derecha. Cada fibra de su cuerpo pedía a gritos que se revelase contra las órdenes de los cosechadores, pero al mismo tiempo no tenía la menor duda de que las amenazas del comandante Shurion eran ciertas. No podían negarse a obedecer.

—¡Escuchad! ¡Escuchad todos! Tenemos que cruzar esas puertas. Tenemos que seguir vivos. Así que en marcha...

—¡Antony! —Jessica se zafó de los brazos de Mel para estrechar la mano de Antony. Mel se quedó mirando su mano abierta y vacía—. Ten cuidado. Cuídate. Por favor.

—Tú también —le dijo Antony—. Jessica. —El dolor que transmitían sus ojos le partió el corazón. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo hermosos que eran.

—Cuidaré de ella —aseguró Mel.

Travis deslizó los dedos por el pelo de Tilo hasta acariciarle la mejilla, el cuello y los hombros.

—¿Ves? No estaremos muy lejos. Solo nos separará una pared. No nos va a pasar nada malo, pero tienes que ir con Jessie y con Mel.

—Lo sé. Lo sé. —Pero mientras decía esas palabras, negaba con la cabeza.

—También tienes que cuidar de Enebrina, Sauce y Rosa.

—Lo sé. Venid, pequeñas. —No esperaron a que lo dijera dos veces. Se aferraron a Tilo como se aferrarían a su propia madre.

—Yo me llevaré a Río y a Zorro. Chicos. —Los pequeños cogieron la mano de Travis entre sollozos—. Tilo, te veré pronto.

—Más te vale —dijo ella.

—Tilo, en marcha. —Mel parecía haber tomado el mando del pequeño grupo de chicas que formaban parte de la comunidad de Harrington—. Tenemos que... Nos vemos, Trav. —Y se dirigieron, a su pesar, hacia la puerta de la derecha.

—Travis, Antony, cuidaos —dijo Jessica.

No os volváis, pensó Travis. *No nos deis la espalda*. Mientras pudiese verles las caras, las chicas estarían a salvo. Pero Tilo, Jessica y Mel se volvieron y se adentraron en la siguiente celda sin que Travis pudiese hacer nada al respecto.

—Travis, tenemos que ponernos en marcha —dijo Antony mientras señalaba la puerta de la izquierda.

Travis asintió. Le había prometido a Tilo que no tardaría en volver a verla y cumpliría su promesa, independientemente de lo que tuviese que hacer para ello... como, por ejemplo, adentrarse en aquella celda. Y cuando el último chico, que por azar resultó ser Leo Milton, hubo atravesado el umbral, la puerta se cerró tras ellos.

Había pocas chicas, así que su celda, idéntica a la que acababan de dejar atrás, ofrecía espacio de sobra. Los chicos tendrían que apretujarse un poco más.

—Muy bien, chicas. —Tilo se agachó para abrazar a las tres pequeñas a su cargo—. No ha sido tan malo, ¿a que no? No tenemos que preocuparnos, ¿verdad?

Jodie, una guitarrista que había abandonado su pueblo, Midvale, para unirse a Harrington, consoló a otro grupo de niñas pequeñas tal como lo hacía Tilo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Mel.

—Continúa el procesamiento —dijo una voz incorpórea.

—Tenías que preguntarlo —observó Jessica con una débil y valiente sonrisa.

—Todos los prisioneros se quitarán toda la ropa y la depositarán en el suelo. Deberán estar desnudos para la próxima etapa del procesamiento.

—¿Qué? ¿Quieren que nos desnudemos? —Tilo parecía más ofendida que asustada.

—Son hombres —murmuró Mel—. Por supuesto que sí.

—Sin embargo —observó Jessica—, no creo que hagan esto solo para deleitarse, como tampoco creo que tengamos nada que decir al respecto. —Y se quitó el jersey por la cabeza.

—Supongo que tienes razón —dijo Tilo mientras se desabotonaba la blusa—. Niñas, ¿os da vergüenza quitaros la ropa?

Las pequeñas empezaron a desvestirse, a regañadientes pero resignadas.

—Bueno, habrá que mirar el lado bueno —observó Mel con una sonrisa nerviosa intentando no mirar hacia Jessica, cuyos vaqueros, zapatillas y calcetines estaban ya apilados junto al jersey en un pequeño montón en el suelo—, por lo menos Travis y los demás no están aquí.

—Pues a mí sí me gustaría que estuviesen —dijo Tilo mientras se quitaba el sujetador—. Muy bien, Brina. Muy bien, Sauce. Sí, es gracioso que estemos sin ropa, ¿a que sí?

—Mel, ¿a qué esperas? —le preguntó Jessica con la ropa interior en la mano y el ceño fruncido hacia su amiga—. ¿Por qué no te desvistes?

—Ya voy, ya voy. —Y empezó a desabrocharse los botones—. Soy lenta, nada más.

—No tienes que avergonzarte —le dijo Jessica.

—Tú eres la que no tiene que avergonzarse —replicó Mel, nerviosa.

—Me pregunto si los chicos estarán pasando por lo mismo —dijo Tilo.

Y así era, y para algunos, desvestirse delante de otros era una experiencia de lo más desasosegante. La mayoría de estudiantes de Harrington, acostumbrados a las duchas comunes, se quitó la ropa con rapidez y pulcritud. Travis también, ya que no estaba tan preocupado por su ropa como por las fases posteriores del procesamiento o (y aquel era un pensamiento aún más desalentador) cuál sería el destino que los cosechadores reservarían a aquellos que no fuesen lo bastante fuertes a nivel físico, emocional o psicológico para superar la prueba.

Richie recuperó parte de su antigua fanfarronería. Estaba bastante orgulloso de su cuerpo comparado con el de los demás. Clive, el niño pijo, podía ser un poco imbécil pero tenía una buena definición, para ser honesto, así como unas buenas proporciones, posiblemente fruto del entrenamiento, pero los otros chicos eran unos blandengues. La pecosa constitución de Pelirrojo Milton no le auguraba ningún éxito

con las chicas en el futuro. En cuanto a Naughton, podía resultar inspirador con sus palabras y sus ojos, pero la hippie o Morticia no estarían tan impresionadas con todo lo demás. No, Richie no tenía que preocuparse mucho por el físico: era más alto que los demás, más fuerte... y todo eso. Se dejó la gorra de béisbol puesta como prueba de su reencontrada confianza.

Pero Simon estaba sufriendo. Recordó una ocasión, para su vergüenza, en la que a la edad de seis o siete años algunos de sus compañeros del colegio lo inmovilizaron contra el suelo de la clase cuando la profesora se había marchado, sujetándolo y riendo, e iban a bajarle los pantalones y los calzoncillos para comprobar de una vez por todas si Simon Satchwell el Simplón era un chico hecho y derecho o, como ellos sospechaban, no. Si la profesora no hubiese vuelto a por algo que había olvidado, se hubiesen salido con la suya. Simon nunca olvidó aquella sensación de degradación y humillación que lo acompañó durante mucho tiempo. Y estaba sintiéndola una vez más. Desnudo, delgado, encogido y tembloroso aunque en la celda no hiciese frío, se tapó las vergüenzas con las manos mientras sus ojos abiertos de par en par no dejaban de llorar tras los cristales de sus gafas.

—Simon. —Travis andaba buscándolo, con los pequeños Río y Zorro siguiéndolo de cerca—. Intenta mantener la calma. Sé fuerte.

—¿Para qué? Ya estamos muertos. —La desolación en su voz era casi palpable.

—No, no lo estamos. Y tampoco lo estaremos si cumplimos sus normas. —Travis clavó su mirada en Simon, como si pudiese insuflarle coraje solo con su fuerza de voluntad—. El comandante Shurion dijo que querían esclavos. Podemos aferrarnos a eso. Los esclavos muertos no sirven para nada. Nos mantendrán con vida si no nos pasamos de la raya.

—Travis, ¿cómo puedes estar seguro?

—Confía en mí.

—Los prisioneros deben estar desnudos para la siguiente fase de procesamiento —repetía la voz de los cosechadores—. Deben quitarse los sombreros. Deben quitarse las gafas.

—Pueden vernos —observó Travis, mirando alrededor por instinto. Los muros, lisos, no le proporcionaron ninguna pista—. Nos están observando.

—¿Quieren que me quite la gorra? —protestó Richie—. Qué cabrones.

Pero había oído a Travis intentando animar a Simon. Eso de no pasarse de la raya era un buen consejo. Se despidió de su gorra de béisbol a regañadientes.

—No, me niego —se resistió Simon—. No puedo quitarme las gafas... no puedo apañármelas sin las gafas. No veré nada.

No era el único chico con gafas, por supuesto, pero la orden de quitárselas le había afectado mucho más que al resto, hasta el punto de dejarlo paralizado. Desnudo y prácticamente ciego, Simon sería completamente vulnerable, estaría más

desamparado que nunca.

—Tienes que hacerlo, Simon. Ahora —lo apremió Travis con todo el tacto posible. Su paciencia no era tan ilimitada como a él le gustaría—. Nos están observando.

—Pero no podré ver nada. No sabré qué hacer.

—Yo te lo diré. Quédate a mi lado. Te guiaré.

Simon se llevó la mano a las gafas lentamente, entre sollozos.

—Vale, Travis, pero no... no es... esto no está bien.

—Eso no te lo voy a discutir —dijo Travis.

Los ojos de Simon estaban hinchados y enrojecidos. Dejó las gafas junto a su ropa.

—Prométeme que no me dejarás atrás, Travis.

—Nunca lo he hecho hasta ahora, ¿verdad?

—Travis —le advirtió Antony. En la pared más alejada empezó a aparecer una puerta—. ¿Cómo de profunda es esta maldita nave?

—Continúa el procesamiento. Los prisioneros entrarán en el pasillo.

Y es que, por primera vez, el umbral no conducía a otra celda. El pasillo era largo, estrecho, completamente desprovisto de cualquier adorno, y parecía terminar en una pared despejada. Los chicos se adentraron en el pasadizo con inquietud.

—Quédate conmigo, Simon —le dijo Travis. Richie tampoco estaba muy lejos.

En cuanto todos hubieron entrado en el pasillo, la puerta tras ellos siguió el ejemplo de sus iguales y desapareció, reemplazada por metal pulido e inmaculado. Al mismo tiempo, docenas de puertas se abrieron a ambos lados del corredor, separadas entre ellas por una distancia mínima.

—Continúa el procesamiento. Los prisioneros escogerán una puerta y permanecerán ante ella.

—No. —Simon volvió a entrar en pánico—. También van a separarnos. No se lo permitas, Travis. No puedo quedarme solo.

—Simon, cálmate. Tranquilo. Estás asustando a Río y a Zorro. —Estos miraban a Simon con ansiedad—. No pasa nada, chicos. Mirad, lo único que tenemos que hacer es entrar ahí dentro durante un rato. Elegid una puerta —dijo mientras conducía a los pequeños al fondo del pasillo—. Simon, cuanto antes pasemos por el procesamiento, antes nos reunirán con el resto en las celdas. Incluidas las chicas, creo. —Hizo una pausa—. ¿Te gusta esa puerta, Zorro? Muy bien, Río, tú quédate a su lado. Venga, es un juego divertido. Simon, tú ven a la que está a mi otro lado.

Los chicos tomaron posiciones hasta que todos se encontraron de cara a una puerta, tal y como les indicaron. Richie optó por una adyacente a la de Simon y Antony permaneció a su lado.

—Están acostumbrados a manejar cifras altas —le dijo este último a Travis, al

fijarse en que sobraban una docena de puertas, y eso que en el pasillo había unos treinta prisioneros—. Como mínimo debe de haber otra zona idéntica a esta en la nave... para las chicas. Asumiendo que el procesamiento sea igual para todo el mundo.

—Ya se lo preguntaremos... —contestó Travis—, cuando las veamos. —Se negó a formular la frase con un «si».

—Continúa el procesamiento. Cuando las puertas de las celdas de evaluación se abran, los prisioneros entrarán inmediatamente en las mismas y seguirán las instrucciones de los evaluadores.

Travis sintió su corazón latir con fuerza cuando todas las puertas del pasillo se abrieron al mismo tiempo. Le revolvió el pelo a Río.

—Portaos bien. —Su animosa sonrisa también iba dirigida a Zorro—. Os veré pronto.

—Buena suerte a todos —dijo Antony, como un capitán de la gran guerra a punto de enviar a sus hombres a tomar una colina—. Travis...

—Igualmente —contestó Travis—. Richie. Simon.

—Travis, por favor...

Y el lloroso ruego de Simon fue lo último que oyó antes de cruzar la puerta. Se adentró en una habitación mucho más pequeña que cualquiera de las que había visto hasta entonces en la nave de los cosechadores. La estancia tenía forma de cono, disminuyendo gradualmente de tamaño hasta llegar al techo, de donde colgaban cables parecidos a telas de araña, y vibraba con una electricidad que Travis podía sentir a través de las plantas de sus pies. Estaba llena de ordenadores, escáneres y pantallas en las que se veían siluetas asexuadas de seres humanos, y ocupada por dos cosechadores masculinos, vestidos con la misma armadura que los alienígenas que había visto en el hangar.

—Avanza, esclavo —gritó uno de ellos, con tono irritado.

El alienígena que había hablado, uno de los «evaluadores», lo miraba con evidentes aires de superioridad, casi con repulsa. *Pues deberías mirarte al espejo de vez en cuando*, pensó Travis. Su colega parecía más divertido por la desnudez de Travis y los detalles de su cuerpo.

—Quédate aquí, esclavo —dijo—. Coloca aquí los pies.

Se refería a dos depresiones en el suelo ubicadas en el centro exacto de la habitación, justo debajo de su punto más alto. Los pies de Travis encajaron fácilmente en ellas, aunque hubiese preferido que no le dejaran las piernas tan separadas.

—Estira los brazos, esclavo. Levántalos hasta que queden a la altura de tus hombros.

Travis se puso colorado por la humillación, pero no le quedaba otra opción que

obedecer. Los evaluadores se pusieron a trabajar. Uno ante él, el otro detrás, le colocaron unas correas parecidas a cables en torno a los brazos para que no pudiese bajarlos a los lados aunque quisiese. Cayendo desde el techo, las correas parecían los hilos de un titiritero; y Travis, la marioneta. Sus tobillos estaban firmemente sujetos allí donde había puesto los pies. A continuación, los alienígenas pegaron finos cables a su cuerpo, brillantes hilos de metal terminados en discos adhesivos que colocaron sobre sus sienes y garganta, sobre su corazón, sus pulmones y otros órganos vitales, las palmas de sus manos, sus músculos, sus bíceps, sus pectorales, sus gemelos, sus muslos. Y en otras partes, también. Le dolió pensar que Tilo, Mel y Jessica estarían recibiendo el mismo trato. Los alienígenas lo manejaban como si no tuviese dignidad o personalidad, como si no fuese nada. Como si fuese un esclavo.

Con los cables a su alrededor, Travis parecía un insecto atrapado en el corazón de una tela de araña.

Supuso que le estaban colocando sensores de algún tipo. Se atrevió a preguntar para asegurarse.

—¿Qué vais a hacerme?

—Silencio, esclavo —ordenó el primer evaluador.

—Serás sometido a ciertos estímulos. —Su colega resultó ser más amable—. Nuestros instrumentos pueden diagnosticar fácilmente tu estado físico, pero antes de invertir recursos en transportarte a nuestro mundo natal para ponerte a la venta, también necesitamos evaluar tu estado mental y emocional. Debemos asegurarnos de que estás capacitado tanto a nivel físico como psicológico para soportar las condiciones que te esperan. Esclavo.

—Me llamo Travis —declaró.

—Tú no tienes nombre —dijo el cosechador.

Aquello no sonaba nada bien. Travis hubiese cerrado los puños si los sensores que habían colocado en las palmas de sus manos no se lo impidiesen. Se dio cuenta de que su respiración se había vuelto más entrecortada a causa de los nervios. Las siluetas humanas de las paredes empezaron a parpadear, como si estuviesen cobrando vida. Los ordenadores comenzaron a reunir lecturas, midiendo la aceleración de su ritmo cardíaco y el aumento de actividad de sus glándulas sudoríparas a medida que el miedo empezaba a manifestarse a nivel físico, manando de cada uno de sus poros. Se sentía como un experimento. Pero no como un esclavo. Había jurado no sentirse así jamás.

—Prepárate para la evaluación. —El cosechador más hablador de los dos colocó un visor ante los ojos de Travis y lo ciñó a su nuca. Era negro, pero el adolescente podía ver todo a su alrededor, con la misma claridad y los mismos colores que antes. Pudo ver que su desdeñoso evaluador se había dirigido hacia un panel de instrumentos en la pared y que estaba introduciendo información a través de este. Su

colega hizo lo mismo.

El zumbido que sonaba por encima de Travis fue ganando intensidad. Miró hacia arriba y gritó. Era como si acabasen de abrir el grifo de una ducha y lo estuviesen rociando con sangre. No era sangre, por supuesto. Ni siquiera era un líquido, aunque le picaba al contacto con la piel. Una especie de foco había descendido desde el techo y estaba bañando a Travis con una macabra luz carmesí. Pero solo a él. La nueva fuente de luz creó un cono dentro del cono, y el mundo de Travis se volvió de color rojo.

Por un momento.

Después se encontró a sí mismo en un hospital, en la sala de espera. Identificó el lugar al ver a los médicos, las enfermeras y los celadores, así como a varios pacientes.

Estaban todos muertos.

Se encontraban amontonados en los asientos, o apilados contra las paredes, o hechos un ovillo en el suelo, todos ellos con la carne marcada por los letales círculos de la enfermedad. Todos muertos. El corazón de Travis se encogió de terror y angustia. Era como el hospital de Wayvale, adonde había ido cuando su madre aún estaba viva. De hecho, era el hospital de Wayvale. De algún modo, los cosechadores lo habían transportado de vuelta a casa.

¿Y atrás en el tiempo? No. Dudó que viajar en el tiempo fuese posible, incluso con tecnología alienígena.

Se desplazó a través de salas cuyas camas estaban ocupadas por cadáveres y pasillos tan atestados de muertos que se estrechaban.

No entendía nada. ¿Cómo podía estar allí? ¿Cómo...? Miró hacia abajo para poder verse. Seguía desnudo, y sus pies, aunque parecían libres de nuevo, no podían moverse y seguían a la misma distancia el uno del otro que en la celda de evaluación. Sus brazos seguían extendidos a la altura de los hombros. No había ni rastro de los sensores en su cuerpo y el visor había desaparecido. Mientras flotaba sobre los muertos como un ángel sin alas, Travis intentó mover los miembros. No pudo. Aunque no fuese capaz de verlas, seguía firmemente atado con correas. Porque no había ido a ninguna parte. Seguía a bordo de la nave de los cosechadores. Y aquel lugar no era el hospital de Wayvale. Era un hospital genérico, un entorno de realidad virtual, un entorno holográfico diseñado para evaluar su respuesta al daño emocional. Estaban analizando su respuesta al genocidio de su especie. Estaban midiendo su reacción frente al asesinato. Y mientras Travis continuaba su forzosa inspección por aquella morgue en la que se había convertido el hospital, los alienígenas estarían infligiendo el mismo sufrimiento a los demás.

Se preguntó si sería racional o perdonable el hecho de odiar a una raza entera.

No muy lejos de allí, Jessica estaba llorando. No podía resistirlo y no podía parar. No tanto por lo que estaba presenciando, los grandes fosos llenos a rebosar de cuerpos, los soldados con trajes protectores y máscaras rociándolos con gasolina como si estuviesen regando el jardín, prendiendo el combustible, incinerándolos a cielo abierto. No lloraba por eso, por muy insoportable que fuese. Sabía que aquel grotesco panorama no era real. Puede que lo fuese semanas atrás, pero había quedado atrás. Sin embargo, los cadáveres de hombres y mujeres arrojados desde camiones del Ejército hasta las fosas comunes no hacían más que recordarle la pérdida de sus seres queridos. Veía el rostro de su padre en el de cada hombre; el de su madre en cada mujer. Había visto a sus padres muertos, juntos y marcados por los repugnantes anillos rojos de la enfermedad. Y ahí estaba ella entonces, abierta de piernas, desnuda y desvalida. Una esclava, como dijeron aquellos asquerosos alienígenas albinos. Obligada a recordar, forzada a revivir una pérdida abrumadora. Y no estaba segura de poder soportarlo.

Los hologramas empezaron a cambiar hasta mostrar una nueva imagen. Las grandes ciudades del mundo se desdibujaban ante los ojos de Antony. Londres, Nueva York, París. En llamas. La catedral de Saint Paul era un infierno, al igual que el Empire State y el Louvre. La estatua de la Libertad exhalaba fuego por la boca y de sus ojos brotaban llamas. Las naves extraterrestres, las guadañas que habían cortado los días de la humanidad como si fuesen espigas de trigo, sobrevolaban las ciudades. Los vehículos de los cosechadores. Los heraldos de la muerte. Antony lloró de impotencia y rabia. No solo habían arrebatado vidas, habían acabado con su contexto: con el orden, la estructura, seguridad y estabilidad de las cosas. Gobiernos. Instituciones. Leyes. El pegamento de la sociedad. Erradicados en semanas. Todo lo que quedaba para los supervivientes era la anarquía, el caos, el salvajismo, la esclavitud. Quería recuperar su colegio. Quería recuperar las normas. Hubiese hecho cualquier cosa por disfrutar de la seguridad que proporcionaban.

Richie siempre había despreciado las normas y a aquellos que se adherían a ellas. Había que hacer lo que a uno le apeteciese, y si eras fuerte, podías hacer un montón de cosas. Los cosechadores eran fuertes. Los vio emerger de sus naves nodrizas, volando a bordo de aquellas vainas como un enjambre de langostas tan numeroso que llegaba a oscurecer el cielo, y a pie, marchando en implacables formaciones de batalla, dejando las huellas de sus botas sobre el débil suelo terráqueo. Filas de soldados rodearon a Richie, que a su vez era incapaz de escapar. Lo aplastarían sin titubeos, lo destrozarían sin vacilar. Llevaba toda la vida engañándose a sí mismo, creyéndose fuerte. No lo era. Nunca lo había sido. Y Richie Coker sintió miedo.

Simon, que había dejado la Tierra atrás, también lo sintió. Había sido arrojado al espacio sin nave, sin traje y sin ningún aparato con el que respirar, pero en la realidad virtual nada de aquello parecía necesario. A su alrededor se extendía la inabarcable

oscuridad del espacio. A distancias incalculables, a años luz, las estrellas nacían de erupciones de hidrógeno, las galaxias se esparcían como polvo, como granos de arena. La inmensidad del universo lo intimidaba, lo desmoralizaba. Su propia insignificancia lo aterraba. No era nada, una mota, un punto en el ojo del cosmos, incluso menos. Nunca había importado, para nadie. Vivo, nadie lo quería. Muerto, nadie lo echaría de menos. La noche infinita del espacio era la oscuridad de su propia desesperación, y Simon lloró.

Tilo ahogó un grito. Los planetas cuyas superficies había rozado eran increíbles. Ciudades en el cielo sobre océanos de magma. Civilizaciones talladas en las paredes rocosas de montañas a cientos de kilómetros de altura. Paisajes dorados, rojos y azules. Mundos con tres soles y mundos sin ninguno. Los productos de una creación que iba más allá de lo comprensible por su madre o por los Hijos de la Naturaleza. ¿Era aquello lo que los esperaba, tales maravillas? Y los seres vivos pertenecían a miles de especies distintas. Criaturas pétreas, enormes y grises. Criaturas de aire, apenas sustanciales, bailando bajo la luz como rayos de sol. Razas con alas de murciélago, con caparazones de cangrejo, con picos de pájaro, con escamas de pez, feas y preciosas, y extrañas. *Vida*, pensó Tilo. Incluso a las puertas de la muerte. En algún lugar, de algún modo, la vida saldría adelante. Con toda su diversidad, su variedad y su esplendor. Y ella también saldría adelante. Tilo viviría y lo haría al máximo.

Los alienígenas no impresionaron a Mel. Al principio la sobresaltaron, al igual que su *tour* holográfico por la galaxia, pero comprendía lo que estaba pasando y eso la ayudó a distanciarse de las imágenes que se sucedían ante ella. Aquellas eran las razas a las que los cosechadores ya habían conquistado, a las que ya habían esclavizado, así que no había ningún motivo para temerlas. Eran los perdedores del universo. Resultaba obvio que el procesamiento no era más que un método para comprobar si sería capaz de sobreponerse al sentimiento de separación que sus captores esperaban que sintiese. Sería capaz de hacerlo. Lo conseguiría. Incluso aunque aquellos bichos de los tentáculos y las bocas con forma de rastrillo acabasen siendo sus compañeros de celda. Ella no era ninguna niña llorona y quejica. Mel podía cuidarse sola. Se sobrepondría. Siempre y cuando tuviese a Jessica a su lado. Y a Travis. Siempre y cuando los dos estuviesen con ella.

Y más allá de los hologramas, pero en el interior de las celdas, los evaluadores comprobaron las lecturas, extrajeron conclusiones, elaboraron perfiles. La mujer con el pelo largo y negro: perfectamente capaz de sobrevivir gracias a su fuerza de voluntad, pero también susceptible de volverse insolente; el castigo físico cuando fuese necesario curaría aquella tara. La mujer con el pelo corto y rojizo: respondía de forma positiva a nuevas experiencias, sugiriendo capacidad de adaptación y una mente abierta; con el tiempo podría llegar a olvidar la vida que llevaba en su planeta

natal y aceptar su nueva existencia sin reparos. El hombre que sollozaba: de escaso valor físico, demasiado emocional, propenso a la depresión y con pocas posibilidades de salir adelante en sus nuevas circunstancias. El hombre de pelo corto: poseedor de un físico impresionante, pero extremadamente limitado a nivel intelectual, apropiado para sencillas tareas manuales y nada más; las minas estelares pagaban bien por especímenes como él. El hombre rubio: le costaría superar la pérdida de su hogar y la destrucción de su modo de vida, pero se trataba, en esencia, de un conformista poco dado a rebelarse una vez familiarizado con sus nuevas expectativas y patrones de conducta; un mandado, un fiel cumplidor de las normas. La mujer rubia: de dudosa estabilidad emocional, pero físicamente robusta, la hembra más deseable del grupo de acuerdo a los estándares de belleza humanos; podría resultar atractiva y exótica como meretriz. El hombre de pelo castaño: considerable habilidad para dominar y controlar sus miedos; notable determinación y disciplina; con muchas opciones de resultar rentable en el mercado adecuado, debía ser sujeto a estrecha vigilancia y su tendencia a la autodeterminación, eliminada.

—Evaluación completada. Procesamiento completado.

Travis volvió a oír la voz de los cosechadores antes de verlos. Al instante, el cosmos desapareció y se encontró de vuelta en la realidad. También se acabó la luz roja. El segundo evaluador le quitó el visor.

—Menudo viajecito. —Travis no quería que los alienígenas imaginasen que se había asustado, pero todavía le quedaba algo de miedo en el cuerpo. Si el examen había concluido, ya debían de tener los resultados—. ¿Cómo lo he hecho?

—En algunas culturas telepáticas —bufó el primer evaluador—, un esclavo sin lengua es una posesión muy valorada. Ten cuidado, no vaya a ser que tu verborrea te convierta en candidato a tal posición.

Travis pensó, mientras apretaba los dientes, que por lo menos aquellas palabras sugerían que los cosechadores estaban pensando en venderlo. Lo que significaba, a su vez, que iban a mantenerlos vivos. Es decir, que aún tenían una oportunidad de escapar. Ojalá supiese cómo.

La puerta de la celda de evaluación se abrió. Por ella entró un tercer cosechador. Travis no estaba seguro de quién se sorprendió más ante aquella, según parecía, inesperada intromisión, si él o los dos evaluadores. Los segundos se pusieron todavía más pálidos, aunque costase notar la diferencia dada la pigmentación natural de su piel. El motivo de su reacción era un misterio; su evidente sorpresa, no.

El recién llegado vestía una armadura dorada.

—Lord Darion. —El primer evaluador se golpeó el pectoral con el puño derecho e inclinó la cabeza—. Es un honor recibirlo.

—Seguro que sí —dijo el cosechador vestido de dorado.

—¿En qué podemos servirlo, lord Darion?

—Para empezar, continuando con su trabajo.

Los evaluadores obraron con rapidez, quitando los sensores del cuerpo de Travis, liberándolo de correas y ataduras. No hubo ninguna objeción cuando dejó caer los brazos.

Así que el color de la armadura estaba ligado al rango y el dorado denotaba una posición superior. Quizá el oro simbolizase el valor y el estatus por toda la galaxia. ¿Y acaso era él el guerrero de los cosechadores que no consiguió capturarlo en la colina Vernham? El visitante ya no llevaba el casco personalizado (que Travis hubiese reconocido al instante), por lo que le resultaba imposible corroborar su identidad. De hecho, dudó que pudiese diferenciar a los alienígenas a partir de su aspecto físico. Pero ese tal lord Darion podría ser aquel guerrero. ¿Se acordaría el cosechador de él?

¿Sería ese el motivo por el que se encontraba allí?

Cuando lord Darion dirigió su mirada a Travis, no hizo ningún gesto que denotase familiaridad. Quizá, eso sí, una mueca de lástima.

—Ha terminado el procesamiento, ¿no es así? Entonces el terrícola puede vestirse.

—Por supuesto, lord Darion. —El primer evaluador, que reservaba su desprecio para quienes le resultaban inferiores, se dirigió a un panel tras una de las siluetas. Pulsó un botón y este se separó en dos mitades, revelando un pequeño compartimento. El alienígena extrajo su contenido, una túnica y unos pantalones, ambos doblados, y botas, grises como la ropa. Le entregó la indumentaria a Travis—. Póntelos, esclavo.

Travis obedeció de buena gana. Aquella vestimenta no era lo que se dice un traje a medida, pero era cómoda. La túnica y los pantalones no parecían haber sido vestidos por nadie en el pasado, y las botas olían a cuero nuevo. Quizá los cosechadores elaborasen los uniformes para sus esclavos mientras llevaban a cabo el procesamiento.

—Podéis marcharos —dijo lord Darion a los evaluadores.

—Pero lord Darion, ¿y el esclavo...?

—Exijo una entrevista en privado con el terrícola. Yo mismo lo devolveré a las celdas cuando haya acabado con él.

—Sí, lord Darion. —Los dos evaluadores hicieron el saludo protocolario, llevándose el puño al pecho y agachando la cabeza.

Ambos abandonaron la celda.

Vestido de nuevo, Travis se sintió mucho más confiado, menos vulnerable. ¿O acaso se estaba engañando a sí mismo? ¿Acababa de mejorar la situación o solo había empeorado?

—Vendrás conmigo —dijo el cosechador.

—¿Seguro? —*Arriésgate. A ver qué contesta.*

—Vendrás. —El alienígena extrajo un arma de una cartuchera a la altura de su muslo. Travis ya había visto aquel modelo antes, aunque la pistola que le disparó en Harrington era negra, no dorada—. O en esta ocasión, no fallaré.

Simon estuvo a punto de echarse a llorar de alivio cuando le entregaron la ropa para que se vistiese. Ya que, según parecía, el procesamiento había concluido, quizá lo peor ya hubiese pasado. Por Dios, eso esperaba. Ojalá le hubiesen devuelto las gafas. Los alienígenas que lo evaluaban no las mencionaron y él no se atrevió a preguntar por ellas.

Los pasillos de la nave por los que estaba siendo conducido parecían llenos de una especie de niebla. Supuso que lo llevaban a las celdas. Con Travis y Antony. Con las chicas.

Tenía razón en lo de las celdas.

—Entra, esclavo —le ordenó el evaluador que tenía detrás, y él no necesitó la motivación adicional de ser encañonado con un arma de energía para obedecer. Pero era una celda distinta a aquellas en las que había estado alojado, por así decirlo, anteriormente, algo que pudo deducir hasta con su limitada vista. Estaba tan despejada y vacía como el resto, pero el techo estaba compuesto por paneles y la estancia era más bien pequeña.

Quizá se tratase de un espacio para grupos más reducidos.

Con él había otras ocho personas. Travis no estaba. Ni Antony. Ni Mel, ni Jessica, ni Tilo. Ninguno de los niños al cuidado de Tilo. Ni siquiera Coker. Sus compañeros de celda estaban sentados o tumbados con desgana en el suelo, todos ellos vestidos con las mismas ropas grises. El único miembro del grupo al que Simon conocía por su nombre era un estudiante de Harrington llamado Digby. Digby estaba un poco rellenito, al igual que un par de niños encarcelados con él. Y varios de ellos habían llevado gafas. Y uno estaba tosiendo sin hacer mucho ruido en una esquina. Y las únicas dos chicas presentes eran canijas y pálidas y se abrazaban la una a la otra como si esperasen lo peor.

No eran las únicas. Simon sintió el miedo trepándole por la columna. Nunca se había hecho la menor ilusión acerca de su desarrollo físico o su potencial. Y tampoco es que sus compañeros de celda pareciesen de los que se eligen en primer lugar cuando se están formando equipos de fútbol. Recordó las ominosas palabras del comandante: «Debemos determinar si sois lo bastante fuertes para sobrevivir a lo que os espera».

Entonces, ¿qué pasaría si había sido enviado a la celda de los débiles?

—Digby. Digby, ¿dónde está Travis?

El chico de Harrington negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Y Antony? ¿Has visto a Antony? ¿Y a Jessica Lane?

—Solo estamos nosotros, Satchwell —contestó Digby, apesadumbrado.

—No. —Y Simon supo el motivo.

—Prisioneros terrícolas. —Otra vez la voz átona de los cosechadores—. Habéis sido juzgados como incapaces de soportar las dificultades de una vida de esclavo. Habéis fallado el procesamiento. Por lo tanto, ya no nos sois de ninguna utilidad.

—No... no podéis...

—Por lo tanto, rezad a los dioses de vuestra gente para que reciban vuestras almas.

—¡No! —gritó Simon—. ¡No!

—Vais a morir.



Es complicado tener la cabeza despejada con un guerrero alienígena encañonándole a uno en la espalda con un arma de energía, pero Travis hizo lo posible por ello. El conocimiento podía resultar clave para sobrevivir. Por lo tanto, mientras lord Darion lo conducía a través de los pasillos de la nave de los cosechadores, el adolescente tuvo los ojos bien abiertos y las ideas en su sitio.

Un par de cosas que considerar. Visto de cerca era evidente que, después de todo, lo que llevaban los alienígenas no eran armaduras como las del rey Arturo, no eran trajes de hierro. Si el material del que estaban hechas era metal, se trataba de una aleación desconocida en la Tierra. Ligera y flexible, se parecía más bien al kevlar, como las armaduras que llevaban los antidisturbios cuando los veía por las noticias o en programas de televisión. Estaba casi seguro de que los cosechadores llevaron protecciones de metal en algún punto de su historia antigua, pero los avances tecnológicos habían convertido aquellas primitivas protecciones en obsoletas mucho tiempo atrás. El hecho de que su actual indumentaria aún rindiese homenaje a la protección de antaño le pareció a Travis propio de una cultura militarista y obsesionada con la tradición y el legado, orgullosa de su pasado marcial. Sería una estupidez esperar compasión de los cosechadores.

Por otra parte, estaba empezando a ubicarse. Lord Darion lo estaba conduciendo en la misma dirección, y al rato la naturaleza de los pasillos cambió. Las duras superficies metálicas pasaron a estar teñidas de azul conforme dejaban las celdas atrás. Las puertas dejaron de aparecer y desaparecer al antojo de los cosechadores, pasando a comportarse de una forma mucho más convencional y quedándose quietas donde debían. Había anotaciones en lenguaje alienígena escritas en las paredes: Travis no entendía su significado, obviamente, pero reconoció su parecido con las marcas en el extraño cilindro que Antony le llevó a ver tras su llegada al colegio Harrington, el cilindro que había atravesado las paredes de la granja en su descenso a la tierra. Pensaron que provenía de una potencia extranjera; entonces Travis cayó en la cuenta de que en realidad era de origen extraterrestre.

Otros alienígenas pasaron ante ellos, vestidos de rojo la mayoría y unos pocos de negro; todos ellos saludaron a lord Darion llevándose el puño al pecho y bajando los ojos en señal de respeto, sin siquiera pensar en, o atreverse a, preguntar qué hacía un cosechador conduciendo a un esclavo terrícola por una zona de la nave que,

evidentemente, ya no era la sección de las celdas. No se encontraron con ningún otro alienígena vestido de dorado.

Subieron en un ascensor que los conduciría, pensó Travis, al puente de la nave o a una especie de sala de interrogatorios. En cualquier caso, pudo ubicar las celdas de los esclavos en el centro y en torno a los niveles inferiores de la nave, lo cual era una buena noticia: cerca de la tierra había más posibilidades de escapar, en caso de que se presentase la oportunidad. Y así sería.

Las puertas del ascensor se abrieron a otro pasillo completamente desierto. Tenía menos puertas y estas se encontraban a más distancia unas de otras. Darion se detuvo ante una de ellas.

—Ábrete —dijo.

—Bienvenido, lord Darion —contestó la puerta, obedeciendo con diligencia.

—Entra, terrícola —dijo el cosechador, con un tono más propio de una solicitud que de una orden, por lo que le pareció a Travis.

—¿Adónde?

—A mis aposentos. Por favor.

Los cuales, por sorprendente que fuese, realmente invitaban a pasar. Travis esperaba una decoración espartana, una austeridad propia de barracones, pero la habitación en la que entró era cálida y acogedora. Tenía sillas cómodas, una mesa con comida y agua, un escritorio con un ordenador integrado, una ventana tintada que se extendía desde el suelo hasta el techo con vistas al valle... Travis incluso pudo ver una de las puntas de la nave asomando por la derecha. Varias puertas conducían a otras habitaciones, pero el aspecto más notable era la decoración. La estancia estaba llena de sorprendentes y hasta surrealistas objetos y obras de arte, pequeños la mayoría de ellos, pero todos intrincados y delicados, elaborados con precisión, sensibilidad y cariño. Un casco que podría haber llevado Aquiles, esculpido en cristal del color del jade. Miniaturas de criaturas que sin duda existían en algún lugar pero que jamás vivieron en la Tierra, algunas de ellas titilantes, como hechas a partir de luz insustancial. Jarrones que cambiaban de color y forma, buscando por sí mismos una perfección inalcanzable. Una de las paredes estaba cubierta de imágenes de mundos lejanos en los que se retrataban los distantes planetas que Travis había visitado brevemente a través del holograma durante el procesamiento. El cuadro central, animado, mostraba a dos soles gemelos trazando arcos por un cielo escarlata, condensando días en segundos, sobre un paisaje lleno de vida. Travis concluyó que ninguno de aquellos artefactos era el producto de la creatividad de los cosechadores, pues los esclavistas de la Tierra nunca habían sido famosos por su amor al arte, por lo que le resultaba incongruente que Darion hubiese convertido sus aposentos en una galería. Travis se preguntó por qué habría hecho algo así.

Se volvió hacia el alienígena. No podía estar seguro, obviamente, pero lord

Darion le parecía joven, más joven que el comandante Shurion, más joven que los evaluadores, como de unos veintitantos años, si es que la edad de los cosechadores era comparable a la de los humanos. Los otros alienígenas con los que se había encontrado Travis le sacarían, como poco, diez o quince años. Así que pertenecían a generaciones distintas.

—Ahí tienes un cuarto de baño —le indicó el alienígena—. Puede que quieras utilizarlo. La comida que he hecho preparar también es para ti.

Travis se dio cuenta de lo sediento y hambriento que estaba, pero aun así fue cauteloso con respecto a las viandas.

—¿Por qué?

—¿Crees estar en posición de hacer tales preguntas, terrícola?

No le faltaba razón. Así que Travis aprovechó la hospitalidad de Darion. Bebió a tragos algo parecido a un zumo y se abalanzó sobre la comida, una carne similar a un filete. El alienígena no le quitó los ojos de encima y siguió apuntándolo con el arma, como si el castigo por no terminarse el contenido del plato fuese de lo más severo.

—¿Cómo te llamas, terrícola? —preguntó Darion cuando el prisionero hubo terminado.

—¿Quieres saber mi nombre? —Travis no pudo evitar ponerse a la defensiva.

—Yo soy Darion, del linaje de Ayrion de las Mil Familias.

—¿Qué es esto, una especie de truco? ¿Por qué me has traído aquí? ¿Querías ablandarme con esta comida? ¿Dónde están mis amigos?

—Tus amigos están en las celdas para esclavos —dijo Darion—, y tus sospechas son comprensibles. Sin embargo, esperaba que nuestra conversación fuese, al menos, civilizada.

—¿Civilizada? ¿Después de lo que nos habéis hecho? —Tener el estómago lleno alimentó la rabia de Travis—. O estás loco, o para los cosechadores esa palabra tiene otro significado.

El alienígena suspiró.

—Quizá, ya que estás tan preocupado por tus amigos, deberías volver con ellos.

Idiota, pensó Travis para sí. Tenía que controlar la ira, mantener sus emociones bajo control. Aprovecharse de aquella inesperada entrevista. Darion debía de tener sus motivos. Tenía que descubrir cuáles eran. Escuchar y aprender.

—Travis —dijo rápidamente—. Me llamo Travis Naughton.

—Travis Naughton. —Darion asintió, agradeciendo el gesto—. Si bajo mi subyugador, Travis —dijo, refiriéndose al arma de energía—, ¿puedo confiar en que no intentes nada imprevisible?

—¿Quieres decir, si intentaré escapar?

—Fracasarías.

—Ya he huido de ti antes. O de alguien como tú. En la colina.

—Pero ahora no estamos en la colina —dijo Darion—. Pantalla, muéstrame los criotubos.

La cuarta pared de la habitación, completamente desprovista no ya de arte alienígena, sino de cualquier tipo de adorno, demostró la razón de su sencillez. De pronto, Travis se encontró mirando a otra parte de la nave, una sección de carga, al parecer. Una ingente cantidad de cilindros largos y transparentes estaban alineados por cientos, conectados entre ellos por otros tubos más estrechos y unidos a altas paredes en las que parpadeaban instrumentos, los cuales a su vez monitorizaban los cilindros por algún motivo que Travis no podía imaginar. Todos aquellos receptáculos parecían vacíos. Pero no era así: con una orden de Darion, la pantalla los guió a través de aquel lugar. Varios tubos estaban ocupados.

Por fin supo dónde estaban Giles, Hinkley-Jones, Tolliver y Shearsby.

Llevaban puesta una única prenda gris parecida a un mono de trabajo y descansaban bocarriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, y los ojos y boca cerrados. Parecía que estuviesen en el interior de un ataúd. Con el tiempo, pensó amargamente, lo desearían.

—Pantalla, pausa —dijo Darion, con un tono casi piadoso.

—¿Qué les has hecho?

—Tus amigos están siendo almacenados en un estado de animación suspendida en el interior de los criotubos —explicó el cosechador—, listos para ser transferidos a una de nuestras naves esclavistas más grandes que orbitan la Tierra. Una vez llenas, esas naves los transportarán al mercado de esclavos de nuestro mundo natal para su venta. Ese es el destino final que os espera a todos vosotros. Observa cuántos criotubos quedan por llenar.

Travis lo vio. Y se estremeció.

—¿Por qué me enseñas esto?

—Es fundamental que reconozcas lo desesperado de vuestra situación, Travis Naughton.

Quiso responder que nunca había que perder la esperanza. Pero, como sospechaba, esa altiva afirmación no solo resultaría contraproducente sino que, dada su posición, no sonaría convincente en absoluto.

—¿Voy a necesitar mi subyugador? —El adolescente negó con la cabeza—. Me alegro. —Darion devolvió el arma a su funda.

—Van a... quiero decir, mis amigos, los que están en los criotubos... ¿van a estar bien?

—Para ellos es como si estuviesen durmiendo. No sufrirán ningún daño. A los cosechadores no les gusta estropear la mercancía.

—¿Mercancía? —Travis dejó entrever su amargura a través de su tono—. Somos personas, Darion. —Omitió el título del alienígena a propósito. Darion no pareció

darse cuenta, o quizá no le importó.

—Para mi gente sois esclavos, y los esclavos son mercancía. Mercancía valiosa, cierto, pero al final, poco más que cargamento.

—Vosotros enviasteis la enfermedad, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Entonces sois unos bastardos. Todos vosotros.

Darion miró hacia otra parte, como si sus ojos carmesíes no quisiesen entablar un debate sobre aquel asunto bajo la mirada azul de Travis.

—Pantalla, apágate.

—¿Sabes cuántas muertes habéis causado? ¿De cuánto dolor y sufrimiento sois responsables? ¿Cómo podéis...? Y esto ni siquiera es nuevo para ti, ¿verdad que no? Habéis hecho esto antes, ¿a que sí? —Travis, al menos durante aquel rato, ni siquiera estaba enfadado, sino horrorizado, incrédulo y atónito por la magnitud de los acontecimientos—. ¿Cuántas veces? ¿Cuántos mundos?

—Muchos —reconoció el cosechador—. Así funciona mi raza. Viajamos por la galaxia en busca de planetas cuyos habitantes son adecuados para la esclavitud. Una vez hemos identificado a nuestras víctimas, eliminamos a la población adulta con enfermedades, un método mucho más eficiente que las guerras abiertas en las que solíamos embarcarnos. Nuestros científicos diseñaron el núcleo biológico del virus cosechador... lo personalizaron, si lo prefieres, para que su virulencia estuviese limitada a la especie dominante de cada mundo objetivo; la enfermedad, como tu especie la llamó, solo afecta a la fisiología humana. —Darion hablaba lentamente, sin mostrar placer u orgullo—. Así, cuando consideramos que es el momento de descubrirnos y descender de las estrellas, los únicos supervivientes de la población indígena, los únicos que podrían resistir nuestra llegada, son jóvenes e inmaduros, están traumatizados, desorganizados e indefensos. Son esclavos, listos para ser cosechados por nuestros recolectores. Ya has visto cómo funcionan. Son las naves del rayo tractor que despliegan las vainas de batalla.

—Ah, sí, vaya si los vi —dijo Travis—. Seguro que estáis muy orgullosos.

Darion volvió a mirar al adolescente y en su mirada solo había vergüenza.

—Esclavitud y muerte, Travis —dijo, apesadumbrado—. Ese es nuestro camino.

—¿Y qué pasará cuando nosotros también empecemos a desarrollar la enfermedad y a morir? —Travis dejó escapar una socarrona carcajada—. Eso le quitaría valor a vuestra mercancía. ¿O es que vuestros fantásticos científicos ya han desarrollado algo para que no cumplamos los dieciocho? Pero me da que no lo han hecho, ¿verdad que no? Eso sería prolongar la vida y solo parecen interesados en eliminarla.

—No es necesario manteneros jóvenes —dijo Darion—. La enfermedad no os supone ningún peligro.

—¿Ni siquiera cuando tengamos edad para contraerla?

—No entiendes cómo funciona, Travis. Deja que te lo explique... La enfermedad es, básicamente, un virus aerotransportado que se adhiere a las células del huésped, como cualquier otro, como el de vuestra gripe, por ejemplo. Sin embargo, mientras que otros virus no disciernen entre huéspedes y atacan a todas las células con las que entran en contacto, el virus cosechador se comporta de otro modo. Ha sido diseñado a nivel biológico...

—Por vuestros científicos —interrumpió Travis, socarrón—. Les gusta mantenerse ocupados, ¿eh?

—Por nuestros científicos, sí. —Si el sarcasmo fuese una enfermedad, Darion sería inmune a ella—. Diseñados a nivel biológico para atacar exclusivamente a aquellas células que iguallen o excedan una determinada edad.

—¿Y cómo hace eso? ¿Le pregunta educadamente a la célula cuántos años tiene?

—El envejecimiento de cualquier organismo se debe a un deterioro celular. El virus cosechador ha sido programado mediante nanotecnología para medir el grado de degradación de las células con las que entra en contacto. Vuestros cromosomas, las estructuras que transportan vuestros genes, están protegidos en los extremos por lo que vosotros llamáis telómeros.

—Esto es como volver al colegio —protestó Travis, como si no le interesasen las explicaciones del alienígena—. También nos explicaron lo que era la esclavitud. — Pero en realidad estaba escuchando atentamente, absorbiendo cada palabra.

—Con el paso del tiempo, los telómeros se desgastan y acumulan daños, de modo que la célula pasa a ser más vulnerable y menos saludable... provocando el envejecimiento del organismo. El objetivo inicial del virus cosechador es examinar el estado de los telómeros de su huésped: su grado de decadencia revela la edad del objetivo, de modo que si estos se han deteriorado a partir de cierto punto, el virus está programado para atacar la célula, infectándola, dando lugar a los síntomas de la enfermedad y conduciendo, de forma inevitable, a la muerte. Ni siquiera nosotros poseemos una cura. Como ya habéis aprendido, la edad aproximada a la que las células humanas se vuelven vulnerables a la enfermedad es de dieciocho años. Pero, como te he dicho, Travis, no tenéis que preocuparos sobre qué os ocurrirá cuando seáis vosotros los que cumpláis dieciocho. Si los telómeros del huésped son lo bastante sanos como para resistir el primer contacto con la enfermedad, el virus deja de ser letal, permitiendo al cuerpo desarrollar una inmunidad del mismo modo que vuestras vacunas os ayudan a defenderos de las enfermedades nativas de vuestro planeta.

—Entonces puedo seguir preparando la fiesta de mi decimoctavo cumpleaños — dijo Travis—. Pero deja que te diga una cosa: a ti no te pienso invitar.

—No espero que hagas otra cosa que odiarme, Travis —dijo Darion—. Yo

sentiría lo mismo, de estar en tu lugar.

Esa no era la reacción que Travis esperaba. Aún tenía sus reservas con respecto a Darion, pero parecía existir la posibilidad de que aquel cosechador vestido de oro fuese distinto al resto en algo más que el color de su armadura.

—Parece que sabes un montón de cosas sobre la Tierra —dijo Travis.

—Por necesidad. Una vez seleccionamos un mundo para esclavizar, nos preparamos durante años, años de estudio y observación desde el espacio antes de estar listos para golpear. Por ejemplo, hablo fluidamente doce idiomas terrestres.

—¿Y cómo sabéis tanto de la biología humana? Eso no podéis aprenderlo desde el espacio.

—Mediante abducciones —dijo Darion—. Y experimentos.

Travis se estremeció.

—Y supongo que enviasteis la enfermedad a la Tierra en cilindros. Encontramos uno.

—Correcto. Son dispositivos lo bastante pequeños como para no llamar la atención de vuestras autoridades hasta que fuese demasiado tarde.

—¿Y los ojos voladores? —Recordó la historia de Tilo, que afirmó haber visto un globo volador de metal mientras buscaba provisiones en Willowstock, un ojo que flotaba en el aire, observándola. No la creyó entonces; ahora, sí—. ¿Qué son, instrumentos de vigilancia?

Darion parecía sorprendido.

—Me temo que no te entiendo, Travis —afirmó llanamente.

Lo cual también dejó confundido al adolescente. Asumiendo que el ojo existía, si no lo habían fabricado los cosechadores, ¿quién, entonces?

—¿A qué te refieres? —preguntó Darion.

—No es... no es nada. —*Cambia de tema*—. Todavía... con tantas distracciones, todavía no sé qué hago aquí. ¿Qué quieres de mí, Darion?

—No quiero nada, Travis. —El cosechador miró con nerviosismo hacia la puerta—. Estás aquí por la misma razón por la que permití, deliberadamente, que escapases de mi vaina de batalla.

Así que después de todo había sido Darion el que disparó. Falló a propósito.

—¿Y cuál es esa razón? —preguntó Travis, con el corazón desbocado.

—Que quiero ayudarte.

—Nací en una de las Mil Familias de la raza de los cosechadores —dijo Darion—. La élite social y política de mi gente. Crecí en un mundo privilegiado y próspero, con el derecho a llevar la armadura dorada, que es el símbolo visible de la clase gobernante. Como puedes comprobar, Travis, en nuestra sociedad la posición es hereditaria, pero no porque queramos mantener el poder en manos de una minoría privilegiada como hace vuestra aristocracia. Creemos que todas las cualidades que

conforman nuestro carácter son hereditarias, que las llevamos en los genes, en el linaje. Creemos que somos nosotros los que damos forma a la sociedad y no al revés. O por lo menos, eso es lo que nos enseñan a creer. Estas son las ortodoxias que se espera que todo cosechador acepte como verdades evidentes y supremas.

»En tu cultura, los filósofos debaten acerca de si los individuos son el producto de la naturaleza o de la crianza, ¿no es así? Si cada ser humano tiene su destino predeterminado desde el momento en el que nace, si su comportamiento y su personalidad están escritos en un plan divino, o quizá en vuestro ADN, inmutable e ineludible; o si, en vez de eso, sois moldeados por la miríada de influencias aleatorias a la que la vida os somete: las personas, los lugares, los acontecimientos, como una escultura tallada por un artista que no tiene ningún objetivo particular en mente. Bueno, en la cultura de los cosechadores tales discusiones serían consideradas sacrílegas. El primer artículo de nuestra fe es que hay personas superiores e inferiores... así como pueblos. No nacemos iguales. Ese nunca fue el objetivo. El universo se divide en gobernantes y gobernados, amos y esclavos, y el nacimiento dicta a qué clase pertenece el individuo por derecho.

»Las Mil Familias son las descendientes de los primeros héroes de nuestra raza, los grandes guerreros que fundaron la nación de los cosechadores hace milenios. Su fuerza, nobleza y valor viven en nosotros, fluyendo por nuestras venas... estas venas. Eso dicen. Mi venerada sangre es la de Ayrion, del que cuenta la leyenda que, en lugar de morir a causa de una enfermedad o de viejo, cabalgó solo hasta el campamento enemigo y acabó con doscientos de ellos por sí mismo antes de verse abrumado por su número y morir. Como ves, Travis, se espera mucho de mí.

»Mi nacimiento me sitúa en la senda de convertirme en un guerrero orgulloso y despiadado, pero si bien en ocasiones solo me queda la opción de combatir y he sido adiestrado en las artes de la batalla al igual que el resto de cosechadores, cuando peleo ni me enorgullezco ni, eso espero, me muestro despiadado. Reniego de aquello que se espera de mí. Preferiría vivir en paz que en guerra, prefiero crear a matar y he elegido un rumbo distinto para mi vida del que se esperaría de un descendiente del gran Ayrion. Soy alienólogo, Travis, dedicado al estudio de las culturas que mi raza de saqueadores ha conquistado. Pero la alienología no está libre de prejuicios, por supuesto; no fue creada para perseguir el conocimiento o beneficiarse de un entendimiento superior. Mi labor es meramente política. Mis descubrimientos e investigaciones deben estar de acuerdo con la percepción de superioridad de los cosechadores sobre otras especies inteligentes. En otras palabras, yo y mis compañeros alienólogos tenemos la tarea de demostrar científicamente la inferioridad cultural, social y racial de los pueblos que esclavizamos, reafirmando por lo tanto el derecho de los cosechadores a considerarse la auténtica raza dominante.

Travis había permanecido en silencio durante el discurso de Darion hasta

entonces, pero se vio en la necesidad de hablar.

—¿Y eso te hace feliz? —Él creía que no.

—No, pero de no ser por las aplicaciones propagandísticas de la alienología, mi padre nunca me hubiese permitido dedicarme enteramente a ella. Mi padre es un comandante de la flota, Travis. Es quien dirige toda la operación en esta zona. Es un hombre importante. Sin su permiso, nunca hubiese llegado a conocer tan bien el arte, la literatura y la cultura, los sistemas de creencias de los mundos que he visitado. Y nunca hubiese podido aprender lo que estos me han enseñado.

—¿Y qué te han enseñado, Darion? —dijo Travis.

—Que toda vida es hermosa. Que todas las culturas son dignas de existir. Que no hay absolutos. Que la diversidad nos enriquece. Que estar expuestos a nuevas ideas, a nuevas perspectivas, a nuevos puntos de vista, aumenta y mejora nuestra capacidad de entendernos a nosotros mismos. Toda vida es preciosa... bajo ningún concepto debería ser erradicada como si tal cosa.

Travis estudió al cosechador con curiosidad, a conciencia. Por primera vez, con su piel blanca como un cráneo y sus ojos rojos, Darion, del linaje de Ayrion, parecía un poco menos alienígena y un poco más humano.

—He aprendido a respetar y a admirar a quienes hemos esclavizado —continuó—. Fíjate en este fantástico objeto, por ejemplo. —Cogió el cristal del color del jade, parecido a un antiguo casco griego, de la estantería y se lo entregó al muchacho.

—Muy bonito. —Travis quiso decir algo diplomático, pues el arte nunca le había llamado demasiado la atención. El objeto era muy ligero.

—Es un yelmo de los recuerdos del planeta Lacrima, empleado durante la meditación y la oración. Según la tradición de Lacrima, quien lo lleve puede entrar en comunión con los espíritus de los seres queridos muertos, cuyas almas residen en el cristal.

—¿Sí? —Travis reaccionó con escepticismo. Su experiencia le decía que los muertos seguían donde se los dejaba, ya fuese en la tierra, en una urna para cenizas o en un ataúd, vestidos con sus últimas ropas. No hubiese tenido que ir muy lejos para encontrar a un montón de seres queridos muertos, descansando allí donde la enfermedad los había dejado—. Bueno, cada uno que piense lo que quiera —dijo mientras devolvía el artefacto al cosechador.

—Una creación hermosa para simbolizar una creencia hermosa. —El tono de Darion se tornó amargo—. Pero ¿cuántas almas habrá enviado entre gritos mi propia gente al interior del cristal? —Devolvió el yelmo de los recuerdos a su estante—. Pero no todos somos asesinos despiadados. Entre nosotros existe un movimiento disidente, opuesto a la esclavitud y al militarismo. De momento es pequeño y sus actividades se limitan a pequeños actos de protesta en los rincones más remotos del imperio de los cosechadores, pero cada vez contamos con más apoyos entre los

jóvenes, incluso en círculos influyentes. Un día, quizá, el movimiento sea lo bastante fuerte como para dar comienzo a una revolución y terminar con las injusticias y los inmorales principios sobre los que se asienta la civilización de los cosechadores.

—Entonces, lo que me estás queriendo decir... —Travis se inclinó hacia delante—. ¿Es que eres parte de ese movimiento?

—Me gustaría, pero... —La voz de Darion se quebró a causa de la vergüenza—. Simpatizo con él. Estoy de acuerdo con sus loables objetivos, especialmente la abolición de la esclavitud, pero... me temo que no soy lo bastante valiente como para entregarme en pleno a la causa. No soy propenso a la acción, pese a mi linaje. No concibo la idea de entrar en un conflicto directo con mi propia gente.

—Entonces, ¿por qué estamos hablando? —preguntó Travis, consternado.

—Porque tampoco puedo quedarme de brazos cruzados viendo sufrir a los inocentes. Travis, estamos hablando porque tengo que ayudaros a ti y a tus compañeros terrícolas a escapar.

—Te escucho.

—He estado comprobando los datos del procesamiento mientras los iban recabando. De entre todos los prisioneros, Travis, eres el que ha sido identificado como aquel con más madera de líder. Por eso te he escogido. —Darion empezó a caminar por la habitación como si, de pronto, se estuviese quedando sin tiempo.

Era evidente a ojos de Travis que estaba atezado por los nervios, lleno de dudas y, para rematar la faena, que se trataba de un cobarde confeso. Y, pese a ello, lord Darion era la mejor baza (la única) que tenían para escapar.

El adolescente tampoco mostraba signos de una exultante confianza.

—Cuando haya explicado mi plan —iba diciendo el cosechador—, te llevaré a la celda de contención principal. Los terrícolas que capturamos ayer fueron introducidos en los criotubos inmediatamente después del procesamiento para corroborar que los sistemas que debían mantenerlos con vida funcionaban correctamente. Shurion no se molestará en ponerlos al resto en animación suspendida hasta que tengamos más prisioneros a bordo, lo que nos proporciona una oportunidad, sobre todo si tenemos en cuenta que en las celdas de contención no se lleva a cabo una vigilancia rutinaria.

—Estás de broma. —Travis arqueó las cejas, sorprendido.

—Las razas esclavizadas son consideradas inferiores, incapaces de llevar a cabo un intento serio de fuga —dijo Darion.

—Excelente. Será un placer demostrarle al comandante Shurion que se equivoca. Darion esbozó una atribulada sonrisa.

—La arrogancia de mi raza jugará a vuestro favor. Volviendo al plan, puedo infiltrarme en el ordenador central de la nave desde aquí mismo y deshabilitar el sistema de seguridad de vuestras celdas. La puerta se abrirá automáticamente.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Me temo que solo unos segundos, o podrían rastrear el origen de la interferencia. Y fuera habrá un guardia. Tendréis que estar listos.

—Dime cuándo y lo estaremos —dijo Travis, concienciado.

—Lo haré. También te mostraré los planos de la nave en la pantalla y la ruta más corta hasta la salida. Pero aun así, vuestro éxito sigue dependiendo por completo del factor sorpresa.

—Eso es mejor que nada, Darion.

—Y no debes decir a nadie quién soy, Travis, ni siquiera a tus mejores amigos. Comprenderás que, en caso de que volviéseris a ser capturados, ni siquiera mi linaje impediría que se me encontrase culpable de alta traición.

—No te preocupes. No diré ni media palabra.

—Gracias. Y si alguno de vosotros..., quiero decir, aquellos que escapéis debéis contactar con las autoridades que aún quedan en vuestro planeta.

—¿Qué autoridades? —El corazón de Travis se aceleró una vez más—. Todos los adultos han muerto, ¿no es así?

—Parece que no todos —reveló Darion—. No sabemos cómo, pero al parecer algunos adultos terrícolas han sobrevivido a la enfermedad. Las naves esclavistas están encontrando focos de resistencia desperdigados, sufriendo ataques aislados, aunque mi padre y el resto de comandantes de la flota ya se están ocupando de erradicarlos. Si podéis, Travis, localizad uno de estos grupos que todavía no han sido capturados. Habladles de lo que te he contado acerca de los cosechadores revolucionarios. Si vuestros compatriotas y nuestros disidentes llegan a unirse, de algún modo, puede que todavía podamos garantizar el futuro de tu planeta.

Sonaba bien. Sonaba esperanzador. Y Travis necesitaba sentir esperanza. Pero también tenía que ser cauteloso, por el bien de los demás. Porque, ¿y si aquella oferta de ayuda resultaba ser, después de todo, una trampa? ¿Y si Darion no conspiraba contra su propia gente, sino a su favor? En el caso de que aún quedasen adultos capaces de defenderse de los invasores, ¿no estaría dejándolos escapar a él y a los demás para después seguirlos o rastrearlos hasta que, sin darse cuenta, acabasen conduciendo a los cosechadores hasta la misma resistencia? ¿Y si...? Aquella era la pregunta definitiva. ¿Cómo podía estar seguro?

No podía, por supuesto. Tenía que ser una cuestión de confianza. ¿Confiaba en Darion o no?

—¿Travis? —El cosechador se dirigía a él con curiosidad—. ¿Te encuentras bien?

Y Travis pensó en el cuidado y el mimo con el que Darion había cogido el yelmo de los recuerdos de Lacrima, como si fuese un bebé, un niño. Toda vida es hermosa. ¿Confiaría en él o no?

—Enséñame los mapas —dijo Travis.

La celda de contención era grande, y aunque, al igual que las demás, carecía de

mobiliario, en dos de las paredes había hileras de literas rectangulares que se extendían en filas horizontales y verticales, pudiéndose llegar a las más altas subiendo por unas hendiduras en el metal que formaban una especie de peldaños. Una tercera pared, en un alarde de consideración por parte de los cosechadores de lo más inusual, teniendo en cuenta las recientes experiencias de los adolescentes durante el procesamiento, daba acceso a unos lavabos. Parecía que los prisioneros allí encarcelados iban a pasar una temporada en aquella celda en particular. Travis confió en que fuese una temporada más breve de lo que los esclavos esperaban.

Sus amigos se apiñaron a su alrededor, aliviados y felices por su reaparición. Tilo volvió a caer en sus brazos. Mel, Jessica y Richie estaban cerca de él, también Antony. Todos con las mismas túnicas y pantalones grises. Procesados.

—Travis, ¿dónde has estado? —preguntó Mel—. Estábamos preocupados. Pensábamos que te habrían hecho algo.

—No exactamente. Y ya estoy aquí —la tranquilizó, abrazando mientras tanto a Tilo a la vez que la besaba con cariño—. ¿Soy el último?

—Lo cierto es que no. —Antony frunció el ceño.

Claro que no.

—Simon —dijo Travis, avergonzado de sí mismo por no haberse dado cuenta inmediatamente de la ausencia del chico.

—Y no solo Simon —dijo Antony—. Digby. Cunningham. Pates. Faltan nueve en total. —Su tono de voz era grave, como el de un agente de policía leyendo los nombres de un grupo de desaparecidos a los que no se esperaba encontrar con vida.

—Puede que estén en otra celda, ¿no? —Jessica probó con algo de optimismo.

—Pero ¿por qué iban a hacer eso, Jessie? —preguntó Mel—. ¿Por qué iban a poner a la mayoría en una celda y a un puñado en otra? Aquí aún sobran camas.

—No lo sé. Gracias a Dios, no soy uno de esos monstruos. No sé cómo piensan.

—Puede que Simoncete y el resto aún estén en procesamiento. —La aportación de Richie fue dubitativa y sorprendentemente empática.

Travis la respaldó.

—Es verdad. Puede que así sea. Estoy seguro de que enseguida los meterán aquí, con el resto. Lo que será una buena noticia, porque no os vais a creer dónde he estado y por qué.

—No nos hagas adivinarlo, Trav —dijo Mel con impaciencia—. No está la cosa para juegos. Estamos en una celda.

—No por mucho tiempo —dijo Travis—. Sé adónde llevan los pasillos que hay más allá de estas cuatro paredes. Sé dónde hay una escalera que nos conducirá a la planta baja de la nave y cómo salir de ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Antony.

—¿Y qué más da? —gruñó Richie.

—He conocido a alguien. He encontrado un aliado, un cosechador en el que podemos confiar.

—¿Y cómo se llama ese alienígena? —quiso saber Antony.

—Lo siento, Antony, pero eso sí que no te lo puedo decir. —Y mientras Travis compartía, entusiasmado, los detalles de su plan de fuga, no se fijó en cómo los rasgos del muchacho rubio se tornaban graves y amargos.

A decir verdad, Darion prefería pasar su tiempo a bordo de la nave recluido en sus aposentos, rodeado por las obras de arte de una docena de planetas, a confraternizar con su gente. Por lo menos su actitud distante no solo entraba dentro de lo esperable debido a su rango, sino que hasta contaba con el beneplácito de los demás, lo que reducía la necesidad de socializar al mínimo. Pero aun así estaba obligado a dejarse caer de vez en cuando por el comedor de oficiales o el puente de la nave, hacia donde le conducía el ascensor en aquel momento. Su condición aún le exigía mantenerse en contacto con el comandante de la nave.

Shurion estaba sentado en su silla de mando y vestido, como siempre, con su uniforme completo, compuesto por una armadura negra ornamentada y una toga del color del ébano con incrustaciones de oro. El puente tenía forma de hoz para reflejar el diseño general de la nave, de modo que la ventana que se extendía desde el suelo hasta el techo ofrecía una vista panorámica del valle que se encontraba ante ellos, rodeado por colinas. El personal técnico, vestido de rojo, se ocupaba de los ordenadores; varios guerreros ataviados de negro aguardaban expectantes, listos para ejecutar cualquier orden procedente del comandante Shurion. El sillón de mando se encontraba en el centro mismo del puente, y podía, cuando era necesario, elevarse gracias a un sistema hidráulico para que el comandante disfrutase de una mejor perspectiva de las operaciones que allí se llevaban a cabo. Solo se hacía uso de aquella función durante las batallas o en momentos clave del vuelo. Sin embargo, Shurion mantenía el sillón a su máxima altura prácticamente en todo momento, incluyendo aquel preciso instante. Darion sospechaba que lo hacía porque le gustaba mirar a la gente por encima del hombro.

—¡Ah, lord Darion! —exclamó desde su privilegiada posición en cuanto apareció el alienólogo—. ¡Ya está aquí!

—Así es, comandante Shurion. Aquí estoy.

—Veo que ha conseguido despegarse de esos artefactos toscos y primitivos, esos torpes intentos de cultura alienígena, ¿verdad? —Lanzó una mirada maliciosa hacia abajo en dirección a los guerreros—. Cultura alienígena... términos contradictorios, desde luego. —Los soldados respondieron a la ocurrencia de su superior con una sonrisa.

—De hecho, he estado traduciendo un manuscrito del filósofo Tyreetes del planeta Gamelon —le informó Darion—. En concreto, un pasaje particularmente

difícil en el que se lee: «Oh, recipiente del mayor de los ruidos, qué escaso es tu saber, qué vacuo hasta tu más jactancioso clamor».

—¿Se supone que eso tiene algún significado, lord Darion? —preguntó Shurion, desdeñoso.

—Por supuesto que no, comandante Shurion —contestó Darion con tono inocente—. No tiene sentido. Ya está usted familiarizado con los sinsentidos, ¿no es así? Y qué afortunados somos de que la mayoría de las obras de Tyreetes ardiesen durante la cruzada de nuestro ejército cosechador, en la que las bibliotecas de Gamelon ardieron hasta los cimientos. Y hablando de ello... —Darion miró sin disimulo desde el sillón de mando hasta el suelo.

—Oh, por supuesto. Perdóneme, lord Darion —se disculpó Shurion con frialdad. Tocó un botón ubicado en uno de los reposabrazos y la silla descendió hasta una posición más convencional. Según la tradición de los cosechadores, nadie, ni siquiera un comandante de alto rango como Shurion, tenía permiso para mirar por encima del hombro a un miembro de las Mil Familias—. Pero, dígame, ¿dónde se encuentra ahora ese tal Tyreetes?

—Murió hace dos siglos.

—Ah, ¿sí? Qué pena. Me hubiese gustado compartir con él una reflexión filosófica de mi cosecha. —Shurion se puso en pie—. El único alienígena bueno es el alienígena esclavizado.

Los guerreros no disimularon su risa. A los Corazones Negros, como les gustaba llamarse a los soldados cosechadores más combativos, les encantaba el comandante Shurion. Lo cual era una de las razones por las que Darion los despreciaba. Los Corazones Negros lo adoraban por su crueldad, su insensibilidad y su absoluto desprecio por toda vida alienígena, los mismos aspectos por los que Darion lo odiaba. Pero nunca había revelado sus verdaderos sentimientos y jamás podría hacerlo. Si bien era el superior social de Shurion, en el contexto de una operación esclavista el comandante superaba en rango hasta a un miembro de las Mil Familias. Cada nave de la flota de los cosechadores portaba el nombre de un héroe del pasado, escogido por el comandante designado. Shurion optó por llamar «Furion» a la suya. Furion, que condujo a su gente en el primer asalto interplanetario en busca de esclavos, poniendo la primera piedra de los siguientes mil años de historia de los cosechadores. Ese detalle lo decía todo del comandante Shurion. Y Darion siempre fue consciente de ello. La callada enemistad entre él y el comandante era completamente recíproca.

—Supongo que ha estado... ocupado, lord Darion, con uno de los esclavos terrícolas —afirmó Shurion.

—Efectivamente —admitió el cosechador más joven, con toda la calma de la que consiguió hacer acopio, a la vez que evitaba la inquisidora mirada del comandante—. Quiero entrevistar a todos los prisioneros posibles, comandante, antes de que los

destine a los criotubos. Lo que aprenda de ellos me ayudará en mi investigación sobre la cultura terrícola.

—Alienología —gruñó Shurion—. Ah, sí. Vuestro padre debe de estar orgulloso.

—Mi padre, el comandante de la flota Gyrion de las Mil Familias —dijo Darion, casi por accidente—, lo está. Hay muchas formas de servir a nuestra raza.

—Eso he oído. Pero ¿no le preocupa, lord Darion, que de tanto verse inmerso en productos de culturas impuras e inferiores, al asociarse voluntariamente con gentes primitivas e ignorantes, quede usted mismo, con el paso del tiempo, corrupto por sus ridículos dogmas y sus desacreditadas creencias? ¿No corre riesgo el alienólogo de acabar mancillado por el alienígena?

Darion esbozó una fugaz sonrisa.

—Somos lo que somos por nacimiento, comandante Shurion, aunque estoy seguro de que no necesita que se lo recuerde. Nada puede alterar eso. Aquellos con los que entro en contacto... —Y en aquella ocasión sí miró a Shurion cara a cara—. No pueden influir en nuestra naturaleza. Pero gracias por interesarse en mi trabajo. Supongo que sus quehaceres también marchan sin complicaciones.

—Así es. —El orgullo que Shurion sentía por sus propios logros era muy superior al placer que obtenía al burlarse de Darion. Ya que el tema había salido a colación, se dirigió altanero hasta la ventana y miró al exterior, sabiéndose el amo de todo cuanto abarcaba la vista—. Los exámenes y barridos preliminares ya están completos. Mañana a esta misma hora los recolectores funcionarán a plena potencia. Todo marcha según el plan.

—Bien —dijo Darion—. Espero que siga siendo así. —Pero no era el plan de Shurion el que tenía en mente.

No durmieron mucho, por supuesto, pero Travis insistió en que lo hiciesen. Ocurrió lo mismo con la comida: aunque la situación de los jóvenes no invitaba al apetito, cuando les trajeron comida, distribuida por unos cosechadores vestidos con armaduras azules, acompañados por guardias ataviados de negro que portaban subyugadores en sus manos, Travis animó a todos a comer todo lo que pudiesen. Necesitarían contar con todas sus fuerzas cuando llegase el momento.

Les habían quitado los relojes, al igual que toda la ropa que llevaban al entrar en la nave, y no había nada parecido en la celda. No obstante, dedujeron que era de noche, o al menos la hora de dormir, cuando las luces se apagaron. La única iluminación pasó a ser la fantasmal luz blanca de unas hileras que delimitaban el contorno de la celda.

Simon y los demás chicos que no aparecieron tras el procesamiento seguían desaparecidos. Travis intentó descubrir su paradero consultando a los guardias. De haberle hecho la pregunta a una pared, hubiese obtenido el mismo resultado.

La preocupación por su destino, por el destino de Simon, fue uno de los factores

que lo mantuvieron en vela. Otro era la presencia de Tilo compartiendo cama con él.

—Por favor —le rogó—. No tenemos que... no estaría bien hacer algo aquí, pero precisamente porque estamos aquí no quiero pasar esta noche sin ti, Travis. ¿Podemos, no sé, solamente estar juntos? ¿Podrías abrazarme? ¿Te parece mal?

—Tilo. —Susurró su nombre con suavidad—. No se me ocurre una idea mejor.

Y ni siquiera se desvistieron... nadie lo hizo. Y la abrazó y besó hasta que se quedó dormida y cuando en sueños gimió y lloró en varias ocasiones, él estaba ahí para consolarla y acariciarla para que no se despertase. Y pensó en Tilo, en Jessica y en Mel, que tenían que haber pasado por el procesamiento, lo cual ya era bastante humillante para un chico, pero para una chica... Le ponía enfermo que las chicas hubiesen tenido que pasar por semejante experiencia, no haberlo podido impedir le hacía hervir la sangre. Esos cabrones de los cosechadores tenían mucho de lo que responder.

Apagaron las luces para indicar que era de noche. Así que cuando estas regresaron, supuso que era de día.

Todos salieron de la cama de un salto y se dirigieron precipitadamente hacia Travis y Antony en busca de liderazgo.

—Solo tenemos que conservar la calma —aconsejó Antony—. Cuando los guardias vengan a traernos el desayuno, no sospecharán nada.

—Recordad lo que os he dicho —añadió Travis—. Mi contacto me dijo que después del desayuno de los prisioneros hay un cambio de guardia. Con suerte, los nuevos guardias no estarán tan preparados y organizados como en otras ocasiones. Entonces será cuando bloquee los sistemas de seguridad. Y nosotros tendremos que estar listos.

Tilo estaba arrodillada al lado de Enebrina y de los otros cuatro niños a su cargo.

—Cuando yo os avise —les explicó con seriedad—, quiero que os cojáis de la mano y que os agarréis muy fuerte pase lo que pase, ¿me habéis entendido?

—Sí, Tilo —dijeron los niños, obedientes.

—Bajo ningún concepto os separéis de mí. Yo no os soltaré. Os lo prometo.

El desayuno, unas gachas insípidas e incoloras, fue visto y no visto. Travis pensó que la comida era muchísimo mejor en la habitación de Darion, que era donde rogaba que se encontrase el descendiente de Ayrion en aquel instante, sentado ante su ordenador, preparado para traicionar el recuerdo de su ilustre antepasado.

La celda pasó a estar ocupada únicamente por los prisioneros una vez más. El cambio de guardia era inminente. Todo el mundo permaneció quieto, congregado en torno a la puerta. La tensión crepitaba en el aire como electricidad.

Y Antony escuchó a Travis exhortando a todos a mantenerse unidos, a seguirlo. Sabía cómo salir. Su nuevo y anónimo aliado cosechador le había mostrado una ruta a través de la cual huir. Solo a él. Travis iba a dirigirlos a todos y era una situación que

no debería molestar al delegado del colegio Harrington porque era por el bien de todos. Pero le molestaba. Un poco. Chicos a los que conocía desde hacía años caían a los pies del recién llegado. En tiempos de necesidad, las lealtades cambian. Leo Milton intercambió una mirada con él y le lanzó una débil y amarga sonrisa.

—Naughton. —Era Richie—. Cuando salgamos... cuando se abra la puerta, tú no te pares. No te preocupes por nada. Te cubriré las espaldas. Si quieres. Puedo ocuparme de eso.

—Gracias, Richie. —Travis asintió, agradeciendo el gesto—. Asegúrate de cubrirte también la tuya.

—Jessie —dijo Mel mientras estrechaba la mano de su amiga con urgencia—, hay algo que tengo que decirte.

—Cuando hayamos salido de aquí, Mel —le contestó Jessica—. Cuando estemos a salvo. Entonces podrás contarme cualquier cosa.

—Te tomo la palabra. —La chica morena abrazó a la rubia, estrechándola con fuerza.

Travis no le quitó la mirada de encima a la puerta, esperando a que se abriese, mientras murmuraba:

—Listos. Listos.

Tenía que ocurrir en aquel momento. Tenía que ocurrir. Darion tenía que haber accedido al ordenador de la nave si podía, si era todo lo que afirmaba ser, si decía en serio lo que prometió. Porque siempre estaba ese peligro, ese miedo a que en el último minuto, en el último segundo, el cosechador no fuese capaz de reunir el valor para...

La puerta se abrió, tan silenciosa como un secreto.

—Trav —dijo Mel.

Y la alarma se disparó.



Aquella aguda sirena no podía ser otra cosa. Era la alarma, reverberando por toda la nave. Travis tuvo una visión de innumerables cosechadores vestidos de negro portando subyugadores.

Parecía que el factor sorpresa iba a ser incluso más breve de lo que habían temido.

Entonces será mejor que le saquemos partido.

—¡Ahora! ¡Ahora! —dijo, conduciendo a la gente hacia el pasillo.

Se toparon con dos guardias que parecían recién incorporados a su turno, sorprendidos por el estridente alboroto primero, por la aparición de docenas de terrícolas corriendo en masa hacia ellos después. Los arrollaron. Travis estaba encima de uno de los guardias antes de que este pudiese sacar su subyugador de la funda. Propinó un puñetazo a aquella cara de enfermizo color blanco impulsado por la inercia de su cuerpo y la rabia que corría por su sangre, derribando al alienígena y haciendo que se precipitase contra el suelo. Siguió golpeando una y otra vez aquella carne, pálida hasta la náusea, hasta que de la nariz manó sangre del color de los ojos del cosechador, que ni siquiera pudo hacer uso de la protuberancia de su frente para defenderse. La rabia y el desprecio alimentaban el deseo de venganza de Travis, fortaleciéndolo. Parte de él quería seguir golpeando al guardián por placer, por pura satisfacción. Sin embargo, su parte más racional concluyó que una paliza prolongada resultaría contraproducente para la oportunidad de escapar que se presentaba ante los muchachos y, en cualquier caso, era innecesaria. El cosechador se había golpeado la cabeza contra el suelo de metal al caer. Ya estaba inconsciente.

También lo estaba su compañero, golpeado hasta perder el sentido por un grupo de miembros de Harrington. Antony se apropió del subyugador del segundo guardia. Travis se hizo con el de su víctima.

El arma le proporcionó una inyección de confianza. Se puso en pie y miró a ambos lados del pasillo. No había cosechadores a la vista. Pero Simon y los otros ausentes podrían encontrarse en algún lugar cercano. O puede que estuviesen en otra planta. ¿Habría abierto Darion las puertas de todas las celdas? Simon quizá se encontrase libre, pero asustado, en el pasillo del piso superior, o quizá del inferior. No había forma de saberlo. No había forma de ayudarlos. Travis le había prometido a Simon que no lo dejaría atrás. *Nunca lo he hecho hasta ahora, ¿verdad?*

Lo acababa de hacer.

—Travis, ¿adónde? ¿Adónde tenemos que ir? —le preguntó Antony con premura.

Simon no era el único que dependía de él: había gente a su cargo, gente que en aquel instante tenía más posibilidades de salvarse de los criotubos y la esclavitud. Travis esperó que Simon entendiese lo ocurrido, si algún día lo descubría, y pudiese perdonarlo. En ocasiones, no quedaba más alternativa que la traición.

—Muy bien, ¡en marcha! —Travis vio la puerta de la celda cerrarse de forma inocente tras él. Darion no mintió cuando dijo que solo podría tener la puerta abierta durante unos segundos, pero con eso era suficiente. Él ya había cumplido con su parte. Ahora eran ellos los que tenían que hacer la suya.

La escalera de mantenimiento más cercana estaba al fondo y a la izquierda de la sección de las celdas.

Justo donde había cuatro guardias cosechadores. No estaban lo que se puede llamar distraídos, sino corriendo hacia los fugitivos. Armados. Y mucho más acostumbrados a manejar un subyugador que Travis y Antony.

La primera andanada redujo el número de los jóvenes en cuatro.

Rayos blancos. Seguían sin querer dañar el cargamento. *Puede que eso le dé una ventaja a la mercancía*, pensó Travis con amargura. Apuntó con su subyugador y disparó. El arma no retrocedió lo más mínimo. Su rayo, preciso y uniforme, alcanzó la armadura negra de su objetivo. Y parecía que los cosechadores eran tan vulnerables a sus propias armas como cualquier otra especie.

Antony también abatió a un guardia. Los supervivientes devolvieron el fuego disparando a los dos adolescentes armados. Travis se tiró al suelo y el rayo de energía pasó sobre él, dejando inconsciente a un chico al que él mismo había convencido para que se uniese a Harrington hace una semana, un chico que confiaba en él. Más remordimientos para luego. Travis no le dio al cosechador otra oportunidad de causar bajas.

Al otro lado del pasillo, Antony fue apartado de la línea de fuego del último guardia gracias a un empujón de Oliver Dalton-Booth, el estudiante de Harrington que quería ser médico. Mientras se desplomaba, ignorando que su sacrificio había permitido a Antony acabar con su último enemigo, le pareció que en lugar de médico debería contentarse con ser esclavo el resto de su vida.

—¡No! —protestó Antony—. Oliver.

—Lo sé —dijo Travis—. Pero Antony, no podemos ayudarlos.

De pronto, desde la retaguardia del grupo, se escucharon gritos y restallidos de los subyugadores simultáneamente. Más cosechadores se aproximaban a los jóvenes, abatiéndolos. Enebrina y los demás niños chillaron. Tilo avanzó sin separarse de ellos, esperando sentir en cualquier momento el frío y paralizante impacto del subyugador, que era el nombre por el que Travis se había referido a las armas.

Entonces Travis dio media vuelta y, con ayuda de Antony, intentó abatir a los alienígenas que se aproximaban... pero era imposible apuntar en condiciones con los niños aterrados corriendo hacia ellos y chocando contra sus cuerpos, atropellándolos mientras intentaban huir, presos del pánico, del alcance de los cosechadores. Algunos no lo consiguieron.

—¡Travis, vete! —le gritó Antony—. Tienes que irte. Yo los contendré.

—No seas idiota, te...

—Largaos de aquí los dos. —Era Leo Milton. Él y otros estudiantes de Harrington se habían armado gracias al segundo grupo de guardias caídos—. Los demás os necesitan. —Disparó hacia los cosechadores—. A mí no me necesitáis. Los contendremos todo el tiempo que podamos.

—Leo...

—Eres el delegado, Clive —afirmó Leo Milton—. Siempre lo has sido.

—Gracias. Buena suerte, Leo —dijo Antony.

—Sí, gracias, Leo —añadió Travis. Porque en aquel momento no importaba que el pelirrojo le cayese bien, o viceversa. Leo Milton estaba plantando cara y aquello siempre era admirable. Asintió hacia Leo con respeto. Pero solo por un instante.

El sonido de los rayos de los subyugadores se fue alejando conforme el resto de los fugitivos, unos veinte, corría hasta tomar la curva del pasillo. Ante ellos, lo que solo podían ser unos ascensores; al lado de estos, una puerta con palabras escritas en la lengua de los cosechadores.

—Las escaleras —dijo Travis—. O eso espero. —Apretó el botón y la puerta se hizo a un lado, revelando unas escaleras de metal que se extendían hasta conducir a las plantas superior e inferior—. Gracias a Dios. —O a Darion. Hasta entonces, el cosechador había cumplido su palabra—. Venga, adentro. Rápido. Rápido —dijo mientras conducía al grupo al rellano.

—¿No iríamos más rápido cogiendo el ascensor? —preguntó alguien.

—Solo conseguiríamos que nos capturasen antes —respondió Travis de inmediato—. Aunque cupiésemos todos, seríamos como patos de feria ahí dentro. Seguimos adelante con el plan. No esperarán que tomemos las escaleras porque creen que ni siquiera sabemos cuál es la puerta que conduce a ellas. Las indicaciones están escritas en cosechador. —Travis cerró la puerta cuando todos la hubieron cruzado.

—Pero ¿estás seguro de que estas son las escaleras correctas, Trav? —inquirió Mel—. Como has dicho, las indicaciones están en cosechador.

—Estoy seguro. Las de bajada llevan a las plantas de mantenimiento. A los estabilizadores.

—¿Los qué?

—Las cosas que mantienen anclada la nave. Hay compuertas de acceso al exterior para los técnicos. Al contrario que las salidas principales, en teoría no están vigiladas.

—En teoría —repitió Mel, sin parecer muy convencida.

—¿Qué está pasando? —exigió saber el comandante Shurion desde el puente. Había abandonado su sillón de mando para amenazar hasta casi llegar a las manos a una de las pantallas. Su ira se reflejaba en cada una de las profundas arrugas que surcaban su abultada frente.

El guardia que informaba al comandante desde la celda de los esclavos parecía querer estar mucho más lejos de lo que se encontraba, de vuelta en el mundo natal de los cosechadores, quizá.

—Ha habido un problema con la seguridad de la celda de contención principal, señor. Ha debido de ser una especie de corte de energía. Los esclavos terrícolas han escapado.

—Soy consciente de eso, Clyrion —gruñó Shurion—. Como también lo soy de que aún no los has vuelto a poner bajo vigilancia.

—Hemos detenido a algunos... a muchos de ellos, señor —se atrevió a decir el guardia.

—Ni «algunos» ni «muchos» significa «todos», Clyrion —observó Shurion, ácido—. Espero que, por lo menos, no haya habido problemas con la celda de desechos.

—Todos los sistemas han vuelto a la normalidad, señor. Parece que el corte fue extremadamente localizado. La celda de desechos no se vio afectada.

—Bien, Clyrion —dijo Shurion mientras le lanzaba una mirada fulminante—, pues a menos que quieras unirte a quienes están encarcelados en ella, te sugiero que busques y vuelvas a capturar a los prisioneros terrícolas que aún siguen libres.

—Sí, señor. Ahora mismo, comandante Shurion —concluyó, aliviado de poner fin a la transmisión.

—Mientras tanto... —Shurion dio la espalda a la pantalla para dirigirse hacia el puente—. Pasamos al nivel dos de alerta defensiva. —Entrecerró los párpados hasta que sus ojos se convirtieron en finos hilos de sangre—. Hay algo que está claro: los terrícolas no han actuado solos.

Cuando los el resto de los jóvenes llegaron al final de la escalera, la alarma cambió de tono y pasó a sonar solo cada cinco segundos.

—¿Eso significa algo, Travis? —preguntó Tilo.

—Puede —dijo Travis—. Pero no pienso pararme a preguntárselo al próximo cosechador que veamos. —El grupo se aproximó al unísono a una puerta cerrada que había ante ellos. Todos bajaron la voz por instinto—. Escuchad, ya casi estamos. Al otro lado de la puerta debería de estar el área de mantenimiento de los estabilizadores. Solo habrá técnicos, de los que visten de rojo. Puede que no haya guardias. Con suerte, los técnicos ni siquiera irán armados.

—Sí, y ya puestos, nos darán un apretón de manos y nos enseñarán la salida —

murmuró Mel.

—Bueno, nosotros sí estamos armados. —Travis mostró su subyugador—. Y lo único que tenemos que hacer es abrirnos paso a través de la planta. Debería de haber una escotilla enfrente, a unos treinta metros, activada como cualquiera de estas puertas, así que el que llegue primero la abre y después echamos a correr hacia los árboles. Podemos conseguirlo.

—Travis y yo ya lo hemos hecho antes —añadió Antony para subir los ánimos.

Sí, y acabasteis aquí igualmente, pensó Mel. Miró a Jessica. Eso no iba a ocurrirles a ellas.

—Os cubriremos con los subyugadores —dijo Travis—. ¿Listos?

Jessica miró hacia arriba en dirección a la escalera.

—Supongo que no tiene sentido esperar a Leo.

—¿Os acordáis de lo que os dije sobre cogernos de la mano? —susurró Tilo a los niños—. Pues ahora es cuando más fuerte tenéis que sujetaros.

—Tilo, tengo miedo —gimió Enebrina.

Tilo sonrió, comprensiva. Ella también.

—Libertad —dijo Travis mientras apretaba con la palma de la mano el botón de la pared—, allá vamos.

Antony y él abrieron fuego en el instante en el que cruzaron el umbral, incluso antes de fijar un objetivo. Vieron de refilón bancos de ordenadores, equipos de seguimiento, maquinaria en varias fases de reparación, todo ello bañado por una luz roja que recordó a Travis a las inclemencias del procesamiento. Era tarea de la tripulación operar aquellos instrumentos y los técnicos se afanaban en ello. Eran un montón. Antony prácticamente chocó con uno cuando entró de golpe en la sala y el impacto del rayo de su subyugador catapultó a aquel desafortunado hasta dejarlo a medio camino de la compuerta, que estaba ahí, según lo prometido. A la vista. Travis estuvo a punto de querer a Darion. Y los técnicos no eran ni guardias ni guerreros. Reaccionaron con lentitud a aquella súbita invasión. Travis y Antony despacharon a un par más cada uno antes de que los cosechadores respondiesen con idéntica violencia.

Hasta los técnicos estaban armados con subyugadores.

Pero los jóvenes ya se encontraban en la sala de mantenimiento, corriendo a toda prisa hacia la salida. Richie se detuvo brevemente para agacharse y coger el arma de un alienígena caído; Mel hizo lo mismo. El fuego de cobertura de los fugitivos se multiplicó por dos.

—Quédate conmigo, Jessie —gritó Mel.

Los técnicos se escudaron tras la maquinaria, las estaciones de trabajo y los ordenadores. Pasaron a ser mucho más difíciles de alcanzar, aunque los adolescentes fuesen mejores tiradores que ellos.

Jodie, la músico, fue la primera en llegar a la compuerta. Tanteó en busca del mecanismo de apertura. El haz de un subyugador la encontró antes.

Jessica tuvo mejor suerte... y a Mel cubriéndole la espalda. La compuerta se abrió con un siseo quejoso. La luz pura y saludable del sol de primavera llenó la estancia, cegando a Jessica. El brillo. El cielo. La libertad, tan cercana.

—¡Corre, Jess, corre! —Mel no se limitó a protegerla sino que la sacó a empujones. Los haces de los subyugadores pasaban por encima de su cabeza hasta impactar en las paredes o el marco de la compuerta. Alguien cayó a su izquierda. Jessica echó a correr.

Y le encantó volver a sentir la tierra bajo sus pies, aunque estuviese calcinada y desprovista de hierba. Era como si le proporcionase fuerza, valor y coraje, como si la animase a escapar, como si quisiese que todos fuesen libres de los cosechadores. O quizá, como se le ocurrió a Jessica mientras corría (y fue una posibilidad que le sorprendió), la auténtica fuerza estuviese en su interior.

Tras ella, Tilo conducía a los cinco niños a través de la escotilla abierta mientras Travis, Antony, e incluso Richie, mantenían a los técnicos a distancia disparando sus subyugadores sin parar. Los niños gritaban, pero no se soltaban: Brina estaba aferrada a una mano, con Rosa y la pequeña Sauce a su izquierda; los chicos, Río y Zorro, pegados a su mano derecha. Travis les gritó que echasen a correr y eso mismo hicieron. Tilo vio a Jessica y a Mel correr hacia los árboles que cubrían la ladera de la colina Vernham, separada de sus amigas por un puñado de miembros de Harrington. Los chicos también se pusieron en marcha, disparando a sus espaldas para disuadir cualquier intento de persecución, pero sin molestarse mucho en apuntar, no fuesen a tropezar y caer.

—Que nadie se pare —dijo Travis—. Ya casi hemos llegado.

Pero Tilo no confiaba en los «casis». ¿Cuántas veces, a lo largo de su vida, había estado su madre «casi» segura de que habían encontrado un lugar adecuado en el que quedarse, cuántas veces se había sentido «casi» integrada en esta o aquella comunidad *new age*? ¿En cuántas ocasiones había decidido, antes o después, que aquel lugar no era exactamente lo que andaba buscando, que tenía que marcharse llevándose a Tilo con ella, dejando atrás a los amigos que estaba haciendo, conduciendo a su hija a la incertidumbre y la soledad? ¿Cuántas veces había estado «casi» a punto de confiar en alguien solo para perderlo de un modo u otro?

Odiaba los malditos «casis».

Y los técnicos cosechadores tampoco iban a dejarlos escapar. Abandonaron la nave, no para perseguirlos, sino para seguir disparando sus armas. Al no tener que correr podían escoger sus objetivos y apuntar con más precisión.

Un miembro de Harrington gritó y se quedó rígido al ser alcanzado por el haz de

un subyugador. La última chica que no formaba parte del grupo de Travis sufrió el mismo destino; su brazo paralizado quedó extendido hacia el bosque que ya jamás alcanzaría.

Y Tilo había sido una tonta. Tenía que haber pensado en ello. Dejar que la pequeña Sauce, la más joven de los niños a su cargo (¿Cuántos años tenía? ¿Cinco? ¿Seis?) estuviese en uno de los extremos del grupo era una invitación al desastre. Sus piernas eran muy pequeñas. Apenas podía mantener el ritmo de los demás.

Fue tan inevitable como trágico: al final, Sauce tropezó. Cayó. Rosa soltó la mano de Enebrina para no dejar de estrechar la de Sauce. Enebrina chilló como si le hubiesen arrancado el brazo de cuajo. Tilo frenó, no sabiendo qué hacer.

—¡Sauce! ¡Rosa!

Los subyugadores dejaron a las dos niñas dormidas.

—Dios mío.

—Tilo, no puedes... —Travis no tenía por qué decirle lo que no podía hacer. Ya lo sabía.

No podía salvar a los niños. Solo podía «casi» salvarlos.

Las manos de Río y Enebrina se escurrieron de las suyas, por lo que se encontró agarrando aire. Los niños echaron a correr hacia las pequeñas, hacia las armas. Y fueron abatidos antes de haber recorrido diez metros. Sin embargo, Enebrina lo consiguió, y parecía a punto de arrodillarse al lado de los cuerpos inconscientes de su hermana y de la pequeña Sauce antes de que el impacto de un subyugador la cubriese de luz blanca, tras lo cual se desplomó sobre el resto.

Alguien cogió la mano de Tilo. Era Travis.

—No podemos hacer nada por ellos. Pero aún podemos salvarnos.

Y Travis tuvo que guiarla, ya que los ojos de Tilo estaban tan llenos de lágrimas que apenas podía distinguir aquello que la rodeaba. Solo podía ver a Enebrina, a Rosa, a Sauce, a Río y a Zorro postrados en el suelo, desamparados, perdidos. Y dudó que los volviese a ver.

—Vamos, ¡vamos! —gritaban Jessica y Mel a pleno pulmón desde la protección de los árboles, como si aquella fuga fuese una carrera y el bosque, la línea de meta. Pese a ello, Tilo no se sintió una ganadora cuando ella y Travis entraron como una exhalación en la arboleda, siendo recibidos por los brazos de las chicas. Antony no iba muy rezagado. Tras él, Richie Coker. Y eso era todo. Los seis. Todos con un subyugador, salvo Jess y ella.

—Estamos fuera de su alcance —observó Mel, sin aliento—. Y no vienen a por nosotros.

—Puede que de momento no —dijo Travis entre jadeos—, pero ¿y si envían un recolector o nos echan encima esas vainas? Será mejor que sigamos en marcha.

Seguir en marcha, pensó Tilo con amargura. *Ya casi estamos*. Era la historia de su

vida.

Al principio Darion pensó que lo más sensato sería permanecer en sus aposentos durante la alerta defensiva, fuera del camino de Shurion; podía comprobar a través de la pantalla si Travis Naughton se encontraba entre los terrícolas que habían vuelto a capturar, y eso es lo que se disponía a hacer. Sin embargo, después de pensarlo, concluyó que sería más seguro, más apropiado para un miembro de las Mil Familias sin nada que ocultar, dirigirse derecho al puente y exigirle al comandante Shurion una explicación por aquel imperdonable e insólito fallo en la seguridad que había resultado en la pérdida de valiosa mercancía.

—Mi padre recibirá estas noticias con gran consternación —añadió cuando, poco después, se encontraba cara a cara con Shurion en el puente. No estaría de más recordarle al comandante su intachable linaje.

—Remitiré mi informe al comandante de la flota Gyryon en su debido momento, lord Darion —gruñó Shurion—. Delo por hecho.

—¿Incluirá garantías de que se están dando todos los pasos necesarios para recuperar a los terrícolas que aún están en libertad? —Entre los cuales, como comprobó Darion con gran alivio, se encontraba Travis Naughton.

—Solo nos queda por capturar a media docena de fugitivos —dijo Shurion, dirigiéndose al alienólogo con condescendencia—. Mi prioridad es garantizar la seguridad a bordo de la Furion.

—Me alegra oírlo —dijo Darion con sorna—. Asumo, por lo tanto, que en el futuro no tendrá lugar ninguna otra fuga en masa.

—Eso depende, lord Darion.

—¿Ah, sí? ¿De qué, comandante Shurion?

—La tecnología de los cosechadores no falla así como así —aseveró el comandante—. Se hicieron las pruebas pertinentes en los sistemas de seguridad de las celdas: funcionan a la perfección, lo que significa que fueron deshabilitados de forma temporal e intencionada por alguien a bordo de esta nave. Además, el hecho de que los esclavos hayan encontrado el camino hasta el área de mantenimiento por sí mismos, fruto del azar, resulta del todo increíble, ¿no es así, lord Darion?

—Puede —admitió Darion, sintiéndose a la defensiva.

—Lo que implica que contaron con ayuda. Lo que a su vez significa que hay un traidor en mi nave, lord Darion, un cosechador que ha optado por ponerse del lado de esos sucios y apestosos esclavos contra su propia gente, contra su propia raza. —Los ojos carmesíes del comandante brillaban de rabia—. ¿Quién podrá ser, me pregunto?

—No tengo ni idea, comandante Shurion —dijo Darion, intentando aparentar calma. El corazón le latía con fuerza. Con miedo, sí, pero por extraño que fuese, con renovadas fuerzas, con orgullo—. Pero estoy seguro de que no tardará en encontrar al villano.

—Puede contar con ello, lord Darion. —Y Shurion se volvió—. Y cuando descubra la identidad del traidor —añadió mientras miraba hacia atrás—, deseará no haber nacido.

Al final, acabaron por no poder correr más. La adrenalina podía retrasar los efectos de la fatiga, pero no anularlos.

—No hay señales de ellos..., no creo que nos estén siguiendo —jadeó Antony, lo que el resto del grupo interpretó como un permiso para desplomarse sobre el suelo a coger aire. Ni siquiera Travis se opuso.

—Descansaremos aquí. —Se encontraban en una exuberante floresta que, en las circunstancias previas a la enfermedad, hubiesen encontrado preciosa. La luz del sol se reflejaba en los abatidos rostros de los adolescentes; los insectos se afanaban en los quehaceres de sus cortas vidas, inconscientes de que la Tierra había pasado a tener nuevos amos—. Vamos a hacer... una pausita de nada. Solo unos minutos. Luego tenemos que ponernos otra vez en marcha.

—¿Adónde, Trav? —Mel estaba tumbada bocarriba con las piernas separadas—. ¿Adónde vamos a ir, si se puede saber?

—De vuelta a Harrington, por supuesto. —Apoyado en un árbol como un soldado herido, Antony aún tenía fuerzas para sostener su convicción—. ¿Adónde si no?

—No hay nadie en Harrington, Antony —observó Mel—. Salvo nosotros, todo el mundo está... —No pudo completar la frase. Nadie lo hizo por ella.

—Harrington es el último lugar al que esperarían que fuéramos después de haber sido capturados allí —dijo Antony, más para sí que para los demás—. Así que ahí es adonde iremos. Estaremos a salvo en Harrington. Podemos tomar decisiones, reagruparnos...

Travis estaba más ocupado pensando en el lugar del que venía el exhausto grupo que en cualquiera al que se fuese a dirigir. El recuerdo de aquellos a quienes había dejado atrás lo perseguía. Vio que Tilo se sentía igual. La pelirroja se había hecho un ovillo sobre el lecho del bosque. *Como un animal frágil y asustado*, pensó Travis. Sintió una inyección de ternura hacia ella, quizá incluso de algo más que ternura. Se arrastró hasta la chica y se tumbó a su lado, pegando su cuerpo al suyo, ajustándose a la curvatura de su espalda y envolviéndola con sus brazos. Tilo se acurrucó en él. Sus mejillas estaban cubiertas por rastros de lágrimas. Sin embargo, Travis seguía queriendo besarla.

—Siento lo que les ha pasado a Enebrina y al resto, Tilo —la consoló—. Sé lo mucho que significan para ti. No podías haber hecho más.

—Eso no hace que me sienta mejor, Travis —dijo, afligida, aunque agradecía tanto la compasión como el contacto físico—. Solo hace que sea más consciente de lo inútil que soy.

—Eso no es cierto. Para nada. Pero no podemos hacer milagros, por mucho que

nos esforcemos. Solo podemos intentarlo. Puede que no ganemos, pero al menos no tiraremos la toalla. Seis de nosotros hemos conseguido escapar. Seis más de los que parecía al principio.

—¿Y qué les pasará a Brina, a Rosa y a Sauce, Travis? —Tilo tembló, no queriendo pensar en ello—. Las meterán en esos criotubos de los que nos hablaste, ¿verdad? Si no ahora, pronto. Y luego las llevarán al espacio, las condenarán a la esclavitud...

—No, Tilo. —Travis intentó consolarla.

—Puede que ni siquiera los mantengan juntos. Puede que despierten totalmente solos. Y todo porque no pude sujetarlos.

—No.

—Sí. Porque dejé que se soltaran. —El sufrimiento de Tilo la estaba destrozando—. Travis, no me sueltes nunca, ¿vale? Nunca.

—No lo haré —prometió. Y lo dijo en serio. Pero claro, eso también se lo había prometido a Simon.

—¿Qué crees que les habrá pasado a Simoncete y al resto? —dijo Richie, como si le hubiese leído la mente a Travis.

—Como si te importase —gruñó Mel sin levantarse—. No soportabas a Simon, Richie. En el colegio, abusabas de él día sí y día también.

Richie se puso colorado.

—Sí, pero... —Debería haberle dado una bofetada a Morticia por faltarle al respeto en público de esa manera, recordándoles a todos lo que había sido. Los demás lo miraron con asco, como si fuese un pedazo de mierda o algo parecido, como si no quisiesen tenerlo cerca. Por una vez, hasta Naughton.

—Es un poco tarde para hacerse la Madre Teresa, grandullón —se burló Mel—. Para empezar, eres del sexo opuesto.

—Cállate, Morticia. —Se puso en pie de golpe. No era un pedazo de mierda. No lo sería—. Cierra esa boca o... —Y no lo hizo a propósito, pero lanzó su mano derecha hacia ella, como si quisiese apuntarle con el dedo índice o algo por el estilo. Aún sostenía el subyugador.

—¿O qué? —Mel se incorporó hasta quedar sentada, enfrentándose a él—. ¿Vas a hacerles el trabajo a los cosechadores y dispararme? Qué bien. Eh, ¿y si tiro mi arma y pongo las manos en alto para ponértelo más fácil?

—Mel, no seas tonta —dijo Jessica de pronto, para desilusión de la chica morena.

—Jessie tiene razón —añadió Travis—. Nada de broncas. No creo que Richie quisiese...

—Eh, Naughton —replicó Richie—. No hace falta que me defiendas.

Y se marchó sin mediar palabra, enrabiado y con el ceño fruncido. ¿Por qué estaba saliendo todo mal? Pensaba que había hecho un buen papel durante la fuga.

Había cogido un arma cuando podía haberse limitado a huir. Había contenido a los cosechadores junto a Naughton y ese niño pijo de Clive. Había ayudado. Y pensaba que lo mínimo que podían hacer los demás era mostrar un poco de agradecimiento, mostrar algo de gratitud hacia Richie Coker, algo de respeto. Había pensado que hasta Travis le daría las gracias. Pero, por algún motivo, las cosas no habían salido según lo previsto. Todas las buenas acciones de las últimas horas no conseguían compensar los últimos años de Richie Coker. Era culpa de Satchwell. Estuviese donde estuviese en aquel momento, el bueno de Simoncete se las estaba cobrando todas juntas.

Simon escuchó la alarma, por supuesto, pero no tenía ningún modo de saber qué estaba ocurriendo fuera de la celda... aunque seguramente fuese algo malo. Varios de sus compañeros empezaron a gemir o a llorar como mascotas asustadas por unos fuegos artificiales; el gordito de Digby se tapó las orejas. Simon no se hubiese sentido más abandonado ni aunque se encontrase solo en la celda.

¿Y si aquella incesante cacofonía no era una alarma, después de todo? ¿Y si era la señal que daba comienzo a la ejecución de los ocupantes de aquella celda, a la que los cosechadores habían condenado a Simon el día anterior? ¿Y si era eso? Simon no había dormido ni un minuto desde que apagaron las luces, no atreviéndose siquiera a cerrar los ojos por si los alienígenas escogían aquel momento para entrar en la celda con intención de ejecutarlo. Pero entonces no apareció ningún cosechador, como tampoco apareció en aquella ocasión. Quizá se habían pensado dos veces el destino de los fracasados. Pero el hecho de que no les hubiesen dado ni comida ni agua desde el procesamiento parecía indicar lo contrario.

Aún no estaban muertos. Simon tenía la certeza de que, si Travis estuviese con él, hubiese sacado alguna conclusión inspiradora de ello. Seguían vivos y mientras hay vida, hay esperanza, o algo parecido. Travis hubiese creído en aquella afirmación y hubiese actuado en consonancia, pero la vida de Simon había sido un poco diferente. Él nunca había tenido esperanza.

¿Y dónde estaba Travis? Debería estar de camino, al rescate. Lo había prometido...

Al cabo de un rato, la alarma cambió de tono y pasó a sonar con menos frecuencia. Después, se detuvo por completo. De algún modo, el silencio era peor que el ruido. Inspiraba terror y desesperación, y proyectaba sobre ellos la sombra de la muerte.

Simon se sentó con la espalda apoyada contra la pared, con las rodillas flexionadas y los brazos rodeándolas, agachando la cabeza, desconsolado. ¿Cuánto tiempo les quedaba? ¿Los matarían en grupo o uno a uno, mientras el resto miraba y esperaba su turno? Quizá los cosechadores fuesen tacaños y quisiesen ahorrar

munición y comida matando de hambre a sus indeseados prisioneros. *En algunos casos, pensó Simon con crudeza mientras miraba a las dos chicas delgadas, no pasará mucho tiempo hasta que suceda.*

La puerta se abrió. Entraron dos guardias cosechadores con las armas desenfundadas.

Simon dejó escapar un quejido de terror, se puso en pie y se alejó junto al resto de los cautivos hasta que sus espaldas tocaron la pared más alejada de la celda, que les impedía seguir huyendo. Había llegado. El último instante de sus vidas. Pensó en sus abuelos, a quienes había dejado muertos en sus camas; en sus padres, a los que nunca conoció; en el sufrimiento y la soledad que había padecido durante años. Simon sollozó.

Quizá lo mejor fuese que los cosechadores disparasen y...

—Tú. —Uno de los guardias estaba señalándolo a él—. Tú, esclavo.

—¿Yo? —Simon apenas podía hablar.

—Ven con nosotros.

Iban a matarlos uno a uno. Y en otro lugar. Quizá tenían una celda diseñada para ese propósito. No tardaría en descubrirlo.

Simon avanzó a duras penas, con las piernas atenazadas por el miedo hasta casi quedar inmóviles. Sus sollozos casi se habían convertido en una lúgubre risa nerviosa. La primera vez que lo elegían el primero para algo e iba a ser para acabar con su vida. Con eso estaba todo dicho.

No miró atrás cuando los guardias lo condujeron al pasillo. No conocía a la gente con la que compartía celda.

—¿Adónde... adónde me lleváis? —Su voz temblaba tanto como su cuerpo.

Los cosechadores ni se dignaron a contestar. Quizá pensaron que le harían un favor permaneciendo en silencio. Quizá pensaron que aún no había deducido que lo conducían a su muerte.

Pese a verlo todo borroso por no llevar las gafas puestas, Simon se fijó en que los pasillos habían pasado a ser de color azul, distintos a los de la zona en la que se encontraban las celdas. Lo metieron en un ascensor, que los condujo hasta una planta superior. Por algún motivo, sin saber muy bien por qué, imaginó que las ejecuciones tendrían lugar en las plantas inferiores. Otro pasillo, algo distinto. Una puerta ante la que detuvieron a Simon.

¿Le aguardaría la muerte al otro lado?

—Guerreros Myrion y Varion con el esclavo terrícola, señor —anunció uno de los guardias, y la puerta se abrió.

Al otro lado no había ningún instrumento de ejecución. No había horcas, sillas eléctricas ni rayos desintegradores. Era una habitación, amueblada y decorada con un estilo minimalista, como si sus ocupantes rechazaran el concepto de esparcimiento.

Simon creyó reconocer al cosechador de la túnica que se encontraba en aquella estancia. Su corazón se saltó un latido.

—Pasa, muchacho —le dijo el comandante Shurion, acompañando sus palabras con un gesto.

Una invitación a la que, evidentemente, Simon no se podía negar. Los guardias no lo acompañaron al interior. La puerta se cerró, dejándolo solo con el comandante de los cosechadores.

—¿Sabes quién soy? —preguntó este con naturalidad.

—Com... eres el... comandante Shurion.

—Exacto. —Y, por extraño que fuese, el cosechador sonrió, separando los labios hasta revelar un surco carmesí—. Pero yo no sé quién eres.

—Soy... soy Simon. Simon Satchwell.

—Simon Satchwell. Bien —dijo el comandante Shurion con aprobación—. Y esto es tuyo, ¿verdad, Simon Satchwell? —Sujetaba las gafas de Simon—. Por favor, pónelas. —Esperó mientras el adolescente obedecía—. Quiero que, de ahora en adelante, lo veas todo con claridad.

—No sé... —Simon estaba confundido, pero confundido era mejor que muerto.

—Crees que soy tu enemigo, ¿verdad, Simon? —dijo Shurion con un gesto de decepción.

—No... no...

—Me temes, ¿verdad? Pero no tienes que tenerme miedo. —Volvió a sonreír, mostrando su boca escarlata—. No soy tu enemigo, Simon. Soy tu amigo.

Los cosechadores habían vuelto a visitar el colegio Harrington. Tenían que haber sido ellos. ¿Quién si no hubiese sido capaz de reducirlo a escombros?

Vieron las columnas de humo desde la lejanía, brotando de un espacio vacío en el que antes se erigían sólidas rocas hasta formar la imagen de un castillo, una figura que proclamaba la intención del colegio de resistir el asedio del cambio y sobrevivir, prevalecer, mantener intactos los valores que se transmitían en el interior de sus muros. Pero esos muros habían caído. La roca había sido hecha pedazos. El sol se ponía tras las colinas.

Antony profirió un grito indefinido, a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad.

—No. ¡No! —Y echó a correr hacia lo que en el pasado fueron los terrenos del colegio.

—¡Antony, espera! —le gritó Travis—. Puede que aún haya cosechadores...

Pero al muchacho rubio no le importó. No tenía otra opción que hacer exactamente lo que estaba haciendo. Los demás podían quedarse donde estaban o seguirlo.

Optaron por lo segundo.

Y encontraron el colegio reducido a humeantes ruinas, saqueado de arriba abajo. Su tejado había cedido, doblándose en los extremos, bajo la tremenda presión que tuvo que soportar. Sus orgullosas ventanas estaban hechas añicos. El arco de la entrada, de poderosa presencia, estaba roto y desmoronado. Los libros de la biblioteca habían sido incinerados, las camas de los dormitorios hechas astillas, las escaleras machacadas, la sala de fiestas devastada. En el despacho del director, los retratos de quienes ocuparon el cargo en el pasado estaban esparcidos por el suelo, dañados más allá de cualquier posible restauración. En todo el colegio Harrington no quedaba nada que se pudiese salvar.

Antony Clive, su último delegado, cayó de rodillas ante los escombros, desolado, asestando puñetazos al montón de grava en el que se había convertido la carretera. Travis y los demás se detuvieron a poca distancia de él. Travis pudo oírlo gemir, como si estuviese de duelo por la muerte de un padre. Quizá, de algún modo, así fuese. Echó a andar hacia su amigo. Jessica lo detuvo.

—Déjame a mí —dijo ella.

—¿Jess? —Mel frunció el ceño sin moverse de su sitio.

Pero Jessica había visto a Travis consolando a Tilo mientras los demás descansaban. Entonces quiso ir con Antony, abrazarlo, pero temía que pudiese parecer presuntuoso y le preocupaba hacer algo mal. En aquel momento, nada de eso le parecía importante. Y aunque así fuese, en su interior bullían sentimientos que nunca antes había experimentado, sentimientos a los que no podía resistirse, que la apremiaban a ir con Antony.

Se arrodilló a su lado, lo abrazó, oprimió su mejilla contra la suya, sus cabellos rubios a juego.

—Antony, lo siento muchísimo.

—Se acabó, Jess —dijo el chico con frialdad—. Se acabó. Lo han destruido todo.

—Antony...

—Harrington no era solo un colegio para mí. No era solo un edificio. Era algo más. Era... —A Antony le costaba encontrar las palabras—. Era lo que significaba, lo que defendía. Un modo de vida íntegro. Certeza. Moralidad. Decencia. Una visión de cómo tenían que ser las cosas. Y me lo han arrebatado, me han quitado todo aquello en lo que creía. No me queda nada. —Suspiró—. No espero que lo entiendas.

—Pero te entiendo, Antony. Más de lo que piensas. Yo me sentí igual cuando vi a mi madre y a mi padre tumbados en su... cuando vi lo que les había hecho la enfermedad. La enfermedad violó mi casa y los mató, a mi madre y a mi padre, y me robó la vida que ellos me habían proporcionado y me sentí como si no pudiese seguir adelante. Sentí que no me quedaba nada. Me sentí como tú.

—¿Sí? —Antony miró a Jessica, suplicante.

—Si Travis y Mel no hubiesen estado a mi lado, no sé qué hubiese... pero lo

estuvieron. Y ahora soy yo la que está a tu lado, Antony. Quiero ayudarte. Deja que te ayude. —Extendió su mano abierta. Antony la tomó, la estrechó. Le gustó sentirla—. Porque ahora creo que nada de lo que tenemos puede perderse del todo. Mis padres están muertos, pero al mismo tiempo siguen conmigo. Aquí. —Y oprimió las dos manos sobre su corazón.

—Hablas de gente, Jessie —dijo Antony con prudencia—, y de recuerdos.

—Es más que eso. Quiero vivir de acuerdo con lo que mis padres me enseñaron. Me enseñaron un buen camino. Y si tú vives de acuerdo con lo que te enseñaron en Harrington, entonces Harrington tampoco se habrá perdido, ¿verdad que no?

Antony esbozó una débil sonrisa.

—Eres muy especial, Jessica Lane, ¿lo sabías?

Mel los observaba mientras pensaba: ¿*Qué?* Jessie estaba abrazando a Antony Clive. Pero bueno, solo lo estaba consolando. Nada más. Consolarlo entraba dentro de lo aceptable. Al menos no se estaban besando. Todavía.

Richie negaba con la cabeza, perplejo. Nunca le había gustado aquel colegio para niños pijos, críos de papá con sus americanas grises, pero ahora que se encontraba en ruinas sentía una especie de vergüenza, como si hubiese contribuido a su destrucción. Sobre lo que antaño fue el patio de juegos yacían los cadáveres del ganado de la comunidad, ennegrecidos y quemados. Aquello no era necesario. Cabrones alienígenas. ¿Y los patos que nadaban en el estanque del patio interior, Romeo y Julieta, y sus amigos palmípedos, con aquellos nombres pomposos que les habían puesto los niños pijos? Tenían que estar calcinados. Richie había bromeado acerca de comérselos en el pasado. Entonces deseó no haberlo hecho.

—No tenemos nada que hacer aquí —dijo Travis, apesadumbrado, con Tilo a su lado. Pensó en todas las películas de invasiones alienígenas que había visto en el cine, en las que la Casa Blanca, el Big Ben, el parlamento y la torre Eiffel eran destruidos. Escogidos por el director del film por su valor simbólico, evidentemente. Pero una invasión alienígena de verdad no era cuestión de símbolos, sino de sufrimiento y pérdida, de contemplar la devastación de aquellos lugares que conoces y amas, lugares en los que podías sentirte seguro. De no volver a casa, de no volver a casa jamás—. Antony, no podemos quedarnos...

—No tenemos que quedarnos aquí, Travis. —Antony se puso en pie con renovadas fuerzas y Jessica a su lado—. Podemos llevarnos este lugar con nosotros.

—¿Por qué no vamos a Willowstock? —propuso Tilo, mirando al horizonte en busca de la dirección adecuada—. Travis, podríamos escondernos en casa de tus abuelos hasta que... —Pero sus palabras se vieron interrumpidas por un súbito alarido.

—¿Tilo? —Travis siguió su mirada. Todos los hicieron.

Tilo no mentía acerca del globo volador con forma de ojo. Todos podían verlo.

Flotaba a unos cuatro metros de distancia de Tilo y a algo más de dos del suelo. Era una esfera metálica del tamaño aproximado de una pelota de fútbol y brillaba con los últimos rayos de sol. La lente circular devolvió la confundida mirada a los adolescentes, tal como Tilo había descrito.

Travis le debía una disculpa a su amiga. Pero tendría que esperar.

—Esta unidad ha sido enviada para convocaros —dijo el ojo con una voz robótica femenina—. Venid conmigo si queréis sobrevivir.



Era extraño. Tras haber demostrado que tenía la capacidad de hablar, hasta entonces insospechada por Tilo, el ojo volvió a permanecer en silencio y no dijo ni media palabra. Parecía como si pensase que alejarse de los adolescentes y dirigirse hacia el bosque para luego detenerse, expectante, era un acto que hablaba por sí solo.

—¿Qué hacemos, Trav? —preguntó Mel—. ¿Lo seguimos?

—Sí, claro. Derechitos a la trampa de los alienígenas —gruñó Richie.

—No sabemos si es de los cosechadores. Si saben dónde estamos, ¿por qué iban a molestarse en tendernos una trampa pudiendo atacarnos? —Tilo estaba atónita—. Cuando lo vi por primera vez, no sé si a este o a otro igual, cuando lo vieron Brina y los demás niños, no atacó. Solo se quedó mirando.

—¿Tú qué piensas, Antony? —intervino Jessica.

—No lo sé.

—Pues yo sí —decidió Travis—. Cuando le hablé de ojos voladores a nuestro aliado cosechador, parecía no tener ni idea de lo que le estaba diciendo. No creo que supiese nada. Ese ojo no es alienígena. Deberíamos hacer lo que quiere y seguirlo.

—Si tú lo dices, Trav —dijo Mel—. Pero vamos a tener los subyugadores estos a mano, ¿verdad?

El grupo se acercó con precaución a la esfera y en cuanto lo hizo, esta siguió avanzando, atrayéndolos. Los adolescentes permanecieron en un silencio absoluto mientras el ojo los conducía a través del bosque, lejos de las ruinas del colegio Harrington y, por suerte, en la dirección opuesta a la colina Vernham. Pasó el tiempo. Cayó la noche. Los árboles se convirtieron en figuras siniestras y amenazadoras en la oscuridad, pero el orbe brilló con una intensa luz verde, como una estrella de guía.

Tras varias horas, e incluso más kilómetros de extenuante caminata, el globo de metal se detuvo ante una colina despejada. Al no verse bloqueada por follaje alguno, la luz de la luna bastaba para revelar que no había nada de extraordinario en aquella ubicación...

—¿Para qué demonios se ha parado? —protestó Richie.

—Igual se ha quedado sin gasolina —dijo Mel.

Hasta que la propia colina empezó a dividirse en dos.

—Dios mío. —Travis dio un involuntario paso atrás. Le vinieron a la mente imágenes de tumbas y del día del Juicio Final, en el que la tierra se abriría de par en

par para liberar a los muertos por el mundo. En el interior de la colina había una abrumadora oscuridad y, por un momento, le inspiró miedo.

Tilo le estrechó la mano con fuerza mientras la tierra temblaba. Ella pensó en el rey Arturo. Su madre le había contado aquella leyenda en muchas ocasiones, narrándole que Arturo y los gloriosos caballeros de la Mesa Redonda no estaban muertos ni perdidos, sino dormidos, vagando bajo una colina como la que tenían ante ellos, esperando a que tuviese lugar la hora más oscura de Albión para despertar y cabalgar juntos, brillando con la luz de la Justicia, para derrotar a todos los enemigos de Inglaterra. Por cómo se lo contaba su madre, Arturo y sus nobles compañeros regresarían como guerreros de la Madre Naturaleza, para librar a los hombres de la corrupción del materialismo y reunirlos con la pureza de la tierra, y la luz que irradiarían sería verde como el alma del bosque.

Pero cuando apareció, la luz de aquella colina resultó ser blanca y fruto de la electricidad, no de un espíritu. Tilo se sintió algo decepcionada, pero vio en el rostro de Travis que él se sentía aliviado.

Después, los seis pudieron ver el túnel.

—Nuestro pasaje al País de las Maravillas —suspiró Jessica.

—Pues como vea a un maldito conejo blanco —prometió Richie a la vez que apuntaba con su subyugador—, le pego un tiro que lo dejo frito.

—Esta unidad ha sido enviada por el Enclave —dijo el ojo—. Seguid a esta unidad para descontaminaros.

—¿Enclave? —Travis frunció el ceño—. ¿Qué es el Enclave?

Pero el ojo recordó una vez más que no era una boca.

Los adolescentes se adentraron en el túnel, un amplio anillo de cemento y acero con tubos de luz y gruesos cables como resbaladizas anacondas negras. La suave pendiente los conducía hacia abajo, tierra adentro. Tras ellos, la entrada volvió a tomar la apariencia de la colina. No podían regresar... y tampoco avanzar mucho. Al cabo de unos cien metros, el pasaje tocó a su fin, bloqueado por un muro hecho de una especie de cristal o plástico reforzado. Solo tenía una escotilla cerrada a cal y canto.

—Cuando se abra la escotilla primaria, esta unidad os solicitará que entréis —dijo el ojo—. Después se os darán más instrucciones.

—Fijo —refunfuñó Richie—. ¿No os da la impresión de que ya hemos pasado por esto antes?

—Se llama *déjà vu*, Richie —dijo Jessica.

—Sí, lo que tú digas...

—Escotilla primaria. Descontaminación. Enclave. —Travis se volvió, emocionado, hacia los demás—. Esto es una base. Una de nuestras bases. Tiene que serlo. Ya os conté que aún había unidades militares capaces de plantar cara a los

cosechadores. Esta tiene que ser una de ellas. —Sonrió—. Tenemos una oportunidad.

—Así que es el Ejército —dijo Richie, preocupado—. El Ejército británico de toda la vida. —Su madre quería que se alistase en el Ejército... o en cualquier cuerpo, a decir verdad. Pensaba que un poco de disciplina militar podría enderezarlo y sacarlo del callejón sin salida al que se dirigía su vida: alcohol, violencia, drogas. Él le dijo lo que pensaba de aquel plan sin medias tintas. En una frase. Con dos palabras. Le había fallado a su madre y entonces, cuando ya era demasiado tarde, deseó no haberlo hecho. Lo deseó de todo corazón.

Antony y Jessica parecían contentos ante la perspectiva de que se fuese a restablecer la autoridad de los adultos, pero Tilo se acordó del joven soldado con el que Fresno y ella se encontraron en el bosque cuando vivían con los Hijos de la Naturaleza. Optó por pegarse un tiro antes que seguir vivo y afrontar aquello que se aproximaba... la enfermedad, como acabó descubriendo. Recordó a los otros soldados equipados con máscaras de gas llevándose el cuerpo en silencio. Puede que fuese un poco prematuro formarse grandes expectativas acerca de quienes residiesen en el Enclave.

Aun así, Tilo no tuvo ningún reparo en cruzar la escotilla en cuanto esta se abrió con un giro, como el tapón de una botella. Todos lo hicieron. A más de uno le preocupó el hecho de que el ojo no los acompañase. La voz que los instó a entrar en la esclusa secundaria (idéntica a la anterior) era masculina, menos mecánica, pero, de algún modo, también menos reconfortante. Sobre todo cuando les indicó que tendrían que quitarse la ropa.

—¿Otra vez? —protestó Mel, furiosa—. Pero bueno, ¿es que vivimos en un mundo de mirones o qué?

Pero en aquella ocasión la experiencia no fue tan desagradable. Era un sencillo protocolo de descontaminación. Los adolescentes debían pasar en turnos desde la esclusa secundaria hasta la cámara de descontaminación, donde dejarían todas sus ropas y efectos personales antes de recibir una vigorosa ducha con agua tratada químicamente. Después, les entregarían ropa nueva y estarían listos para entrar en el Enclave. No se mencionó la palabra «procesamiento» ni una sola vez. A Mel no le gustaba la idea de tener que entregar las armas, pero tampoco parecía tener otra opción. Uno a uno, el grupo al completo cruzó al otro lado.

Su nueva indumentaria no era muy distinta de la anterior. Botas y ropa de combate color caqui.

—Es como si el color hubiese desaparecido del mundo —dijo Jessica, entristecida.

Mel se estaba oliendo las puntas húmedas de su cabello negro.

—No sé de qué estará hecho el champú que nos han obligado a echarnos, pero huele como... —Arrugó la nariz, asqueada—. Por decirlo con suavidad, no hubiesen

conseguido venderlo antes de la enfermedad.

Travis no hizo ningún comentario. En la habitación en la que se encontraban había dos puertas, una que conducía a las cámaras de descontaminación y otra que, presumiblemente, llevaba al propio Enclave. Miró fijamente a la segunda. Recordó las palabras de Darion acerca de establecer contacto entre la resistencia humana y los rebeldes cosechadores. Si él, Travis, pudiese alcanzar ese objetivo, su libertad estaría justificada. Habría conseguido algo, marcar una diferencia. Y puede que la culpa que lo atormentaba por haber dejado a Simon y a los demás atrás desapareciese de una vez.

La segunda puerta se abrió. Un hombre escoltado por dos soldados y vestido con el uniforme de un capitán del Ejército apareció en la estancia lentamente, encorvado. Debía de tener sesenta años como mínimo, puede que mucho más. Su pelo era gris y lacio. Su bigote recordaba a una mancha de carbón. Profundas arrugas surcaban su rostro. Le recordó a Travis al mariscal de campo Montgomery, de la segunda guerra mundial, como si Monty nunca hubiese muerto, sino que solo hubiese envejecido, manteniéndose vivo gracias a los lejanos y desdibujados recuerdos de su glorioso pasado.

—Soy el capitán Gerald Taber, oficial del enlace militar —dijo el hombre—. Bienvenidos al Enclave.

El capitán Gerald Taber prosiguió:

—Somos una instalación científico-militar de alta seguridad, sellada herméticamente y completamente autosuficiente, parte de una red de bases parecidas a esta. Existimos para proporcionar soluciones militares y científicas y garantizar la continuidad de la administración en caso de catástrofes globales y cataclismos como el que ha tenido lugar.

Travis pensó que era como si estuviese leyendo un folleto o una orden memorizada durante años. ¿Habría imaginado el capitán Taber que llegaría el día en el que tendría que pronunciar aquellas palabras? Tras la enfermedad, con naves de los cosechadores sobrevolando los cielos, ¿tendría esperanza en las respuestas que se esperaban de él y sus colegas?

Porque, desde luego, el Enclave resultaba impresionante. Travis tuvo que admitirlo mientras Taber conducía a los adolescentes a través de la base. El techo abovedado, fruto de retirar tierra y roca; los brillantes arcos de acero que soportaban el peso de la colina; la enorme burbuja de cristal que garantizaba que el suministro de aire se mantuviese impoluto. El nivel superior seguía un diseño abierto, de modo que cuando los adolescentes cruzaron un pasillo central pudieron ver la prodigiosa cantidad de equipamiento militar que había a cada uno de los lados, incluyendo jeeps, camiones de transporte de suministros y algo parecido a tanques; sin embargo, cómo saldrían dichos vehículos al exterior en caso de que fuese necesario era un misterio.

Travis se sentía como si hubiesen ido a parar al set de rodaje de la última película de Bond. Sí, la verdad es que tenía una apariencia impresionante.

Pero las apariencias engañan.

Había un montón de munición y muchísimas armas, pero por lo que parecía, no mucha gente para manejarlas. Un puñado de soldados aquí, otro grupo allá, jóvenes, y sin afeitar la mayoría, intrigados todos ellos por los recién llegados, intentando aparentar indiferencia, secretismo o confianza. Pero había miedo en sus ojos. Travis lo comprendió. No los criticaba por ello. Él tampoco era inmune al miedo. ¿Quién lo era? Pero... empezaba a pensar que acabar con los cosechadores no iba a ser una tarea tan sencilla como contarles a los militares supervivientes todo lo que sabía y sentarse a esperar mientras ellos hacían todo el trabajo. ¿Y si no estaban a la altura de las circunstancias? En el pasado tendía a pensar que como un adulto era mayor que él, tenía que ser necesariamente más sabio. Y puede que eso aún fuese cierto, en parte. Pero Travis también sabía que el hecho de que los adultos fuesen mayores no los hacía perfectos. No los hacía infalibles. Y, desde luego, no los hacía invulnerables.

Había aprendido todo aquello gracias a la enfermedad. Y al cuchillo entre las costillas de su padre.

Su mirada se fundió con la de Tilo. Sintió que su amiga tenía las mismas reservas.

Antony, por otra parte, parecía encantado de ver todo lo que Taber le mostraba. Travis pensó que quizá estuviese trasladando su lealtad hacia el colegio Harrington al Enclave.

—¿Y hay más niveles además de este, capitán Taber? —preguntaba el muchacho rubio.

—Así es, señor Clive —dijo Taber, que tras las presentaciones insistió en mantener las formalidades en el trato, algo que a Antony le pareció estupendo—. Hay otros dos niveles además de este. Aquí tenemos el arsenal y el área de entrenamiento. Por debajo de nosotros se encuentran las instalaciones científicas y de investigación, los laboratorios, la sala de reuniones y nuestro centro de monitorización y comunicaciones. Por último, sobre nosotros están los dormitorios y el área de descanso. Ya tenemos unas habitaciones preparadas para ustedes, pero antes de que les lleve a ellas quiero que conozcan a nuestra directora científica, la doctora June Mowatt.

Se trataba de una mujer que debió de ser joven allá por la década de los cincuenta, del mismo modo que sus ropas hubiesen estado de moda por aquel entonces. Su pelo estaba cubierto por una capa gris, como de polvo, y daba la impresión de que su piel hubiese ido perdiendo hidratación con el tiempo hasta conferirle una apariencia seca y marchita; pero sus ojos, protegidos tras unas gafas con montura de concha, aún

conservaban la vivacidad. Su mirada dejaba entrever una actitud amistosa mientras estrechaba las manos de los adolescentes, a medida que entraban en la sala de reuniones.

—Sentaos, por favor —dijo ella, señalando una docena de sillas situadas en torno a una gran mesa circular—. Ya podéis descansar. Sé que ha sido un día muy duro.

—Ojalá solo hubiese sido un día —murmuró Mel.

La doctora Mowatt también se sentó, al igual que Taber.

—En primer lugar, debo disculparme por los rigores y las molestias causadas por nuestro protocolo de descontaminación. No es lo que se dice muy agradable, ¿verdad que no? No obstante, espero que entendáis por qué es necesario. La enfermedad es un virus. Tenemos que asegurarnos de que no encuentra el modo de llegar al interior del Enclave.

—Por supuesto —dijo Antony a la vez que asentía—. Lo entendemos, ¿no es así? Es una medida de precaución muy sensata.

—¿Pero nos van a devolver nuestras armas? —quiso saber Mel.

—El armamento alienígena está siendo estudiado por mi equipo de científicos. Obviamente, tenemos que aprender todo lo posible sobre la tecnología extraterrestre para, con suerte, poder contrarrestarla.

—Subyugadores —dijo Travis. Y no le gustó nada el «con suerte» de la señora Mowatt—. Los cosechadores llamaron subyugadores a esas armas.

—Ah, ¿sí? —La científica y el militar intercambiaron miradas cómplices—. Entonces, Travis, ¿dices que los alienígenas se llaman cosechadores a sí mismos?

—Hablan inglés. —¿Los miembros del Enclave no habían llegado siquiera a descubrir eso?—. Hablan el idioma de la parte del mundo en la que han aterrizado, en función de dónde lleven a cabo sus operaciones para capturar esclavos.

El capitán Taber carraspeó y negó con la cabeza.

—¿Esclavos? —La doctora Mowatt parecía impresionada—. Dios mío.

—Sí, esclavos —continuó Travis—. Están esclavizando a todos los jóvenes del planeta... o ese es su objetivo, al menos. Quiero decir, no... ¿no lo sabían?

—Hemos visto naves pequeñas sobrevolando las ciudades y los pueblos —dijo el capitán Taber—. Y de esas naves salían vainas que abatían a los niños.

—Recolectores —matizó Travis—. Y vainas de batalla.

—Y también hemos visto a los alienígenas... a los cosechadores llevarse los cuerpos de los niños, pero no tenemos ni idea de qué hacen a continuación. Asumimos que estaban muertos.

—Eso pensamos nosotros al principio, ¿verdad, Travis? —dijo Antony, al rescate de Taber.

—Pero si los daban por muertos —razonó Tilo—, si creían que los cosechadores estaban matando a los niños, ¿por qué no intentaron detenerlos? Tienen munición y

hombres.

—Tilo, no sabemos si la doctora Mowatt y el capitán Taber no lo han intentado ya —intervino Jessica.

—Por favor. Por favor. —La doctora Mowatt levantó las manos, pidiendo calma.

—No estoy seguro de si este lugar es mejor que el colegio para niños pijos —le susurró Richie a Mel.

—Tenéis que entender nuestra posición —dijo la directora científica—. Estoy segura de que el capitán Taber os habrá informado de nuestro cometido original. La existencia de los Enclaves, tanto este como el resto de instalaciones distribuidas por todo el país, era alto secreto, por supuesto. El objetivo era que, en caso de que tuviese lugar un desastre de semejante magnitud que amenazase con desestabilizar por completo la sociedad, las bases se comunicarían entre ellas y tomarían el mando, restablecerían el orden, prevendrían la anarquía y proporcionarían ayuda. Esa era la teoría.

—Ahora viene un «pero», ¿a que sí? —farfulló Mel.

—Me temo que sí, Melanie —reconoció la doctora Mowatt abiertamente—. Al final, el pánico que afectó a la población general también se infiltró en los Enclaves. Ni siquiera nuestros procesos de descontaminación nos aislaron de él. Varios de nuestros soldados perdieron los nervios...

—Cosa de la que me avergüenzo —apostilló Taber sin mostrar un ápice de empatía.

—Y huyeron de la base. Para estar con sus familias. Para alertar a los medios de lo que estaba ocurriendo. Tendrían sus motivos, pero por muy válidos que estos pudiesen parecer, no podíamos permitir que esa gente se pusiese en contacto con la sociedad. Nos vimos obligados a tomar medidas para traerlos de vuelta.

—¡Yo vi a uno de esos! —exclamó Tilo—. Cuando estaba con... apuesto a que era uno de ellos, alguien de aquí, porque no paraba de decir que se acercaba el fin. Y se suicidó.

—Hubo un incidente de esas características, efectivamente. Pero gracias a la disciplina impuesta por el capitán Taber y el sentido del deber entre mi equipo de científicos, salimos mejor parados que la mayoría. Durante el punto álgido de la enfermedad, varios Enclaves fueron pasto de la rebelión. No se llevaron a cabo los protocolos correctos de acceso. La integridad de esas bases se vio comprometida y el personal acabó contrayendo la enfermedad. Poco después, las comunicaciones entre nosotros y los demás Enclaves se cortaron. Por lo que sabemos, puede que seamos el único Enclave operativo.

—Pues sí que es una mala noticia —aceptó Mel—. Sobre todo, y no quiero sonar borde, si tenemos en cuenta que tampoco parecéis muy operativos, que se diga.

La doctora Mowatt asintió, comprensiva.

—Me temo que hemos sufrido ciertas... bajas —dijo—. Patrullas que no regresaron, individuos que abandonaron las instalaciones en secreto para no volver jamás... Ahora hemos establecido una rutina de vigilancia de todas las salidas para evitar futuras pérdidas de recursos humanos. La verdad es que ahora somos menos de cien, entre soldados y científicos, cuando deberíamos ser en torno a mil para poder funcionar a pleno rendimiento. Tenemos que adecuar nuestras ambiciones a ese hecho. Y nuestros problemas giran en torno a que ninguno de nosotros puede salir al exterior sin llevar un traje de protección.

—¿Así que por eso optáis por quedaros bajo tierra? —El tono de Travis tenía cierto componente acusador.

Pero la doctora Mowatt no pareció detectarlo.

—Ahora entendéis por qué disponemos de poca información. Si no fuese por los ojos vigía...

—¿Los qué? —Mel no estaba segura de haber oído correctamente.

—Los ojos voladores. Son robots de vigilancia. Los llamamos ojos vigía. De no ser por ellos, hubiésemos estado ciegos todo este tiempo. Pero ahora, gracias a vosotros seis —dijo la doctora Mowatt con una amplia sonrisa—, puede que tengamos un modo de ver más allá.

—Vimos cómo os capturaron —reveló Taber—. Y cómo escapasteis.

—¿Y no se os pasó por la cabeza, no sé, echarnos una mano o algo así? —Travis estaba francamente sorprendido.

—Los ojos vigía no tienen capacidad ofensiva —dijo Taber—. Y no tenía sentido enviar a nuestras tropas, a riesgo de sufrir bajas y de alertar a los alienígenas de nuestra presencia, sin tener garantías sólidas de éxito.

—¿Y no pensasteis sencillamente que lo correcto en esa situación era ofrecer ayuda a quienes la necesitan? —insistió Travis.

—Una posición muy idealista pero ingenua, señor Naughton —dijo Taber a la vez que movía su oscuro bigote—. Lo correcto y lo incorrecto no son consideraciones relevantes para un militar. La superioridad en el campo de batalla es el único factor determinante en la guerra.

—Y puede que vosotros seáis quienes nos proporcionen esa superioridad —apuntó la doctora Mowatt—. Todos vosotros. Por eso hicimos que el ojo vigía os siguiese y, cuando juzgamos que la situación era segura, que entrase en contacto con vosotros y os trajese aquí. Habéis estado en el interior de una nave alienígena. Tenéis información sobre los cosechadores que nosotros no poseemos. Podéis ayudarnos a hacer lo correcto. —Miró a Travis—. ¿Lo haréis?

—Pero si no hubiésemos escapado tras haber sido capturados —dijo—, si no pudieseis sacar ningún provecho inmediato de nosotros, si solo estuviésemos luchando por sobrevivir ahí fuera, nos hubieseis ignorado, ¿verdad que sí? Nos

hubieseis dejado en las cariñosas manos de los cosechadores.

—No hubiésemos tenido otra elección —afirmó la doctora Mowatt.

Siempre hay elección, pensó Travis.

—¿Nos ayudaréis? —reiteró la directora científica.

Aunque en aquel momento no la tenían, independientemente de las deficiencias del Enclave. Travis esperó hablar por todos.

—Por supuesto —dijo.

Simon no podía creerlo. En un momento se encontraba languideciendo en una celda, esperando ser ejecutado, y al siguiente estaba allí, disfrutando de la clase de comodidades que solo imaginaba que existiesen en el Savoy u otro hotel de lujo, no a bordo de una nave alienígena, especialmente para el disfrute exclusivo de alguien que ni siquiera había llegado a la categoría de esclavo. Tenía que tocarlo todo continuamente (la silla acolchada, la decorada mesa en la que habían dispuesto un succulento banquete para su deleite) para asegurarse de que lo que lo rodeaba era sólido, sustancioso, y no una ilusión o una extensión de los hologramas que había visto durante el procesamiento. Todo era real.

Y era al comandante Shurion al que debía agradecer aquel súbito cambio en su suerte.

Fue él quien admitió que había sido un error por su parte haber dejado a Simon con el resto. Simon no tenía que estar en aquellas celdas y deseó que pudiese perdonarlo por su error y que se pusiese cómodo en los nuevos aposentos a los que lo habían acompañado, donde podría comer algo y relajarse. El comandante le dijo que hablaría más tarde con él.

Y lo cierto es que había sido tan razonable, tan cercano, que Simon empezó a pensar que los oficiales de los cosechadores no eran los únicos que habían emitido un juicio equivocado. Quizá el comandante Shurion tuviese razón, después de todo.

Simon se sentó a la mesa y probó unos cuantos platos. Solo fue plenamente consciente del hambre que tenía cuando empezó a comer. También tenía mucho sobre lo que pensar y una imperiosa pregunta que responder. ¿Por qué? ¿Por qué lo habían llevado allí?

Quizá los cosechadores trataran a los seres humanos de un modo distinto. Quizá los alienígenas no estuviesen tan obsesionados con aspectos superficiales como la apariencia, el desarrollo físico, el hecho de llevar gafas o el haber besado, o no, alguna vez a una chica. Quizá fuesen capaces de ir más allá de los aspectos superficiales y ver lo que subyace.

Quizá el comandante Shurion apreciase más a Simon que el resto de los adolescentes. Quizá por eso lo había llevado a aquel lugar, para negociar algún acuerdo entre los humanos y los cosechadores. Quizá los rigores que había tenido que sufrir hasta entonces no eran más que un malentendido y, después de todo, había sido

escogido para ayudar a restablecer la situación.

Eso estaría bien, ¿verdad? Simon Satchwell restableciendo la situación. El pobre Simoncete, salvándolos a todos. Simon el Simplón elevado de perdedor a líder. Simon empezó a sentir cierto orgullo mientras seguía comiendo y bebiendo aquel líquido que sabía un poco a champán. Haría que Coker mordiese el polvo. Y Travis, Travis lo miraría con agradecimiento y admiración. Porque ellos seguían en las celdas; pero él, Simon, no. Había sido elegido.

Merecía respeto, siempre lo había merecido y, por lo que parecía, al fin iba a tener aquello que tanto había anhelado.

Prácticamente los mandaron a la cama, como si fuese parte de un ritual.

—¿No es hora de que te acuestes, Melanie?

Mel había dado aquella costumbre por perdida, como los demás aspectos del viejo mundo. Pero en cuanto Travis decidió por todos que harían lo correcto y ayudarían al Enclave en la medida de lo posible (¿Le sorprendió que lo hiciese? Por supuesto que no), la doctora Mowatt les dijo que ya podían marcharse y que habría una reunión a la mañana siguiente, ya que, como afirmó: «Seguro que os vendrá de maravilla una buena noche de descanso». Hora de acostarse, vaya.

Pero Mel jamás podría pasar una buena noche.

No era que la cama, que se encontraba en una pequeña habitación en la tercera planta del Enclave, no fuese cómoda. Estaba tumbada sobre ella, completamente vestida, y lo cierto es que lo era; al igual que la cama del dormitorio de Harrington, que también era bastante aceptable. Lo que no le permitía caer rendida era su mente, sus recuerdos. Un recuerdo en concreto.

Ella, en las escaleras de su casa. Su padre, el viejo Gerry Patrick, aquel grosero y violento mamarracho, respirando con dificultad a causa de la enfermedad. Su padre, persiguiéndola escaleras arriba. Agarrándola de la muñeca... Lo había hecho tantas veces, eso de sujetarla hasta dejarle marcas. Se giró, se volvió, dio un manotazo para liberarse. Y lo consiguió. Y su padre se inclinó hacia atrás, perdió el equilibrio, se escurrió, cayó, se desplomó sobre el recibidor. Se rompió el cuello. Murió.

En el mundo real estaba muerto, pero seguía vivo en sus sueños, como Freddy Krueger pero sin los cuchillos en los dedos. Las acusaciones que su padre le lanzaba eran más afiladas que cualquier cuchillo: «Me dejaste morir, Melanie. Querías que muriese. Me mataste, acabaste con tu propio padre». No le permitiría dormir. No podía dormir. Especialmente cuando, que Dios la ayudase, aquellas palabras fantasmales tenían algo de verdad. No lo mató deliberadamente, no lo empujó. La muerte de su padre había sido un accidente. Pero... se alegraba de que hubiese muerto. Y lo más deprimente de todo era que, si su mente seguía viéndose plagada de recuerdos de su padre, al que aborrecía, ¿por qué apenas recordaba a su madre, a la que amaba?

Qué injusto podía llegar a ser el mundo.

Mel rodó hasta quedar de lado, flexionó las rodillas y las abrazó. En el pasado, en momentos solitarios como aquel, hubiese encontrado consuelo en la fotografía en la que salían Jessica y ella, que tenía escondida y a salvo en su dormitorio, como una carta de amor. La fotografía en la que ambas se abrazaban en una fiesta. La fotografía en la que ambas sonreían, reían, felices (o en su caso, olvidando temporalmente la tristeza). La que podría ser de un novio con su novia, si ella o Jessie fuesen un chico. Y Mel agradecía que Jessie no lo fuese.

Chicos. Los chicos se parecían demasiado a su padre. Ellos también le podían hacer mucho daño. Con una o dos excepciones, por supuesto. Como Travis. Porque confiaba en Travis... aún lo quería, como en el pasado. Lo intentó con él. Salieron juntos. Lo besó, pero no funcionó. No se sentía bien. Hasta las manos de Travis le recordaban a las de su padre cuando la tocaba. A veces pensaba cómo sería que fuese Jessie la que la tocara de ese modo... Jessie tampoco tenía novio pese... pese a ser preciosa. ¿Por qué sería?

Mel deseó tener la foto con ella, pero la había perdido. Estaba en el bolsillo de sus pantalones vaqueros, de los que se deshizo antes del procesamiento. Seguían allí, por supuesto, a menos que los cosechadores hubiesen quemado las ropas de los cautivos (cosa que resultaba bastante probable). Incinerada, perdida para siempre como el mundo que le habían arrebatado, despojándole de su última esperanza de ser feliz.

Pero Jessica seguía allí. Jessica estaba a tan solo unos metros de distancia, saliendo de su habitación. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaría haciendo en aquel momento, sola? ¿Ya se habría quedado dormida? ¿O estaría despierta, tumbada al igual que Mel, o dando vueltas por la habitación, o sentada, con la mirada perdida y sus ojos verdes apagados? ¿Estaría sola? ¿Estaría triste? ¿Cómo no iba a estarlo?

¿Le gustaría que llamasen a la puerta y que fuese su amiga?

Quizá la pérdida de la fotografía le hubiese hecho un favor a Mel. ¿Qué sentido tenía mirar como alma en pena un retrato del pasado, una imagen plana y sin vida hecha de productos químicos y tinta de colores? Jessie, la auténtica, estaba cerca. Mel solo tenía que dar, ¿cuántos, cien pasos? Y podría verla. ¿Por qué no? ¿Por qué esperar? Sonaba muy agorero, pero mañana podían estar todos muertos.

Mel bajó los pies de la cama y se levantó. Sintió que le temblaban un poco las piernas.

Jessie se alegraría de verla. Su rostro se iluminaría, como hacía siempre que algo le agradaba. E invitaría a Mel a pasar y a sentarse. En las sillas. O en la cama.

Mel salió al pasillo. La luz eléctrica desprendía un brillo cegador, como el de un interrogatorio. Mel se sentía vulnerable bajo ella.

Y Jessie se sentiría infeliz, visiblemente dolida, y diría algo como que no podía seguir adelante, que no podía afrontar sola la cruda realidad de aquel angustioso

mundo. Y Mel le diría que no tenía por qué hacerlo. Que no estaba sola.

Por lo rápido que le iba el pulso, se diría que los cien pasos que separaban su dormitorio del de Jessica eran cien mil.

Y abrazaría a Jessica y Jessie se lo permitiría. Y Jessie apoyaría la cabeza sobre su hombro y sus cabellos; negro y rubio, parecerían muy distintos cuando sus mechones se entrelazasen, pero no importaría. Y Mel pronunciaría el nombre de Jessica y Jessie la miraría a los ojos y se verían con toda claridad la una a la otra y entonces lo sabría. Jessie lo sabría.

Mel se detuvo ante la puerta de Jessica. Le costaba respirar. Llamó. Le temblaba la mano.

Y en su fantasía, Mel la besaría. Y Jessica...

Pero claro, puede que ya estuviese dormida. Puede que hubiese echado el cerrojo.

—¿Quién es? —No estaba dormida.

—Mel.

—Pasa.

El cerrojo no estaba echado.

Y Mel entró y Jessie estaba sentada en la cama, sola.

—Mel. —Su rostro no se iluminó—. Parece que esta noche soy de lo más popular.

Porque no estaba sola en la habitación. Alguien estaba sentado en la silla.

Y Mel sintió que el corazón le dio un vuelco y no pudo contener las lágrimas, tan amargas como fútiles.

—Hola, Mel —dijo Antony Clive.

Si Mel hubiese estado en el pasillo unos minutos antes, se hubiese topado con Tilo dirigiéndose hacia la habitación de Travis y hubiese visto la expresión de desconcierto en el rostro de la chica. Tilo había decidido ir a visitar a Travis a aquellas horas, una decisión que no esperaba tener que tomar por sí misma. Esperaba que fuese él quien la hubiese invitado.

Aún había muchas cosas que no sabía, o que no alcanzaba a comprender, acerca de su novio. Cosa que tampoco es que le sorprendiese. Solo lo conocía desde hacía unas semanas y, teniendo en cuenta los rigores de la vida desde la enfermedad, especialmente tras la llegada de los cosechadores, no habían tenido mucho tiempo para charlar con tranquilidad y despejar incógnitas. Cuando recordó que la primera reacción de Travis al encontrarla en la casita de sus abuelos fue pegarle un puñetazo en la boca, pensó que era sorprendente no ya que se llevasen bien, sino que fuesen pareja. Pero, al fin y al cabo, estaban juntos porque Tilo sabía de Travis todo lo que necesitaba para mantener aquella relación: que lo quería.

De hecho, lo quiso desde el primer momento.

En Harrington le dijo que tendría que esperar y ella accedió, aunque a

regañadientes. En Harrington. Antes de que llegasen los alienígenas. Antes de que estos redujesen el colegio a cenizas. Tilo no veía ningún motivo por el que esperar. No había tiempo que perder. Era lo que sintió durante el procesamiento, que la vida era misteriosa, fascinante, valiosa. Había que vivir la vida y disfrutar del momento. Tenía que estar con Travis ahora mismo. En todos los sentidos. Seguro que él sentiría lo mismo.

Vale, ya sabía que Travis podía llegar a ser un poco intenso. Era plenamente consciente de que el asesinato de su padre lo había marcado de forma más permanente que cualquier herida física, del mismo modo que la enfermedad los había marcado a todos. Por ello, Travis lo veía todo en términos absolutos, en blanco y negro. Conceptos abstractos como la moralidad eran muy importantes para él (aunque ella tampoco se desvivía por ser mala, ni nada de eso). Poseía convicciones y el valor para defenderlas. No es que a Tilo le volviese loca su cuerpo: era el sentido del deber de Travis, su fuerza interior, lo que más le atraía de él, las cualidades que más apreciaba. Quizá fuese porque a ella también le gustaría tenerlas. Pero ir a por él con tanta decisión tampoco es que fuese de cobardes, ¿verdad? ¿Cómo iba a estar mal lo que quería hacer? La noche anterior, en la celda, necesitaba consuelo y Travis se lo proporcionó. Pues aquella noche era ella la que quería proporcionarle algo a cambio, y con creces.

Solo que no hubo respuesta cuando llamó a la puerta.

—Travis, ¿estás ahí? Soy yo, Tilo. —Empujó la puerta y esta se abrió; Travis no la había cerrado correctamente. Y supo la razón por la que no respondió a su llamada en cuanto oyó el susurro de la ducha, procedente del baño. Tilo cerró la puerta con una sonrisa en los labios hasta que oyó el clic; interrumpirlo no sería una buena idea. Ofrecerse a frotarle la espalda, por otra parte...

Incluso sin la cascada de agua manando de la ducha y el repiqueteo que producía contra las paredes transparentes del cubículo, Travis no hubiese reparado en la llegada de Tilo. Estaba pensando en otra cosa.

En la nave de los cosechadores. En aquellos a quienes había dejado atrás. En aquellos a quienes había fallado.

Darion lo había escogido a él, en teoría, por su potencial para el liderazgo. Bueno, pues quizá el juicio del alienólogo fuese tan escaso como su valor. Quizá debería haber buscado más a fondo para dar con un aliado que lo ayudase a llevar a cabo con éxito su versión de ciencia ficción de *La gran evasión*. Antony, quizá, o incluso Leo Milton. O Mel; no había ningún motivo por el que imponer limitaciones sexistas sobre los candidatos. Alguien que fuese capaz de huir llevando consigo a más de cinco compañeros.

Travis pensó en el rastro de cuerpos inconscientes que se formó desde la celda hasta los bosques. Pensó en Simon y en aquellos que habían sido dejados atrás sin

una oportunidad de conseguir la libertad. Debería haberlo hecho mejor. Su padre lo hubiese hecho mejor. Él, Travis, había decepcionado a su padre, a su recuerdo. Se sentía avergonzado.

De ahí que se estuviese dando una ducha. No es que le hiciese falta por higiene; tras el proceso de descontaminación del Enclave, estaba más limpio que nunca. Había otra clase de manchas en él que necesitaban otro tipo de limpieza, pero aquel sentimiento de culpa no podía irse con agua y jabón. Travis lo intentó de todos modos. No estaba funcionando.

Pero, al menos, quizá tuviese la oportunidad de redimirse. El Enclave tenía armamento capaz de hacer daño a los cosechadores. Lo que parecía faltarles a sus miembros era la voluntad de hacerlo. Daba la impresión de que Taber y Mowatt se conformaban con guarecerse en su fortaleza subterránea y observar la cacería de los cosechadores desde una distancia segura mientras lamentaban su suerte. Quizá se debía a que eran mayores, a que habían vivido más de medio siglo en un mundo que había desaparecido y los había dejado varados. El tiempo y las circunstancias limitaban su futuro. Pero Travis aún tenía décadas por delante, al igual que los demás, y no estaba dispuesto a pasar esos años siendo un esclavo. Pelearía por ellos. El Enclave proporcionaría las armas; él, la voluntad para usarlas.

De pronto, alguien entró en el baño. Una sombra se perfiló al otro lado de la pared del cubículo.

—¿Quién...? —Travis abrió la puerta con brusquedad.

—¿Hay sitio para alguien más ahí dentro? —dijo Tilo con una sonrisa.

—Tilo, pero ¿qué...? —Ella no le quitaba los ojos de encima.

—Ya veo que estoy demasiado vestida, pero eso tiene arreglo. —Y empezó a desabotonarse la túnica.

—Tilo, ¿qué crees que estás haciendo?

Y cuando vio a Travis coger una toalla y enrollársela en torno a la cintura, Tilo supo que las cosas no iban a ir según lo previsto. Deseó que fuese con ella con quien se estuviese enrollando.

Él cerró el grifo de la ducha.

—¿Cómo que qué estoy haciendo? Vaya, la verdad es que no es la bienvenida que esperaba, Travis.

—Venga, vamos a la otra habitación. —Travis la condujo hasta allí, goteando—. ¿Cómo has entrado?

—La puerta estaba abierta. ¿Quieres que me vaya?

—No, claro que no. —Travis supo por su tono de voz que Tilo estaba molesta, lo cual no era justo. No debería haberle sorprendido de ese modo. Tenía cosas en las que pensar—. Solo que no te esperaba... es tarde.

—Hora de irse a la cama —dijo Tilo—. Ya lo sé. ¿Quieres que te ayude a secarte,

Trav?

Extendió la mano para tocarle el pecho. Travis le cogió de la muñeca antes de que lo alcanzase.

—Es una oferta tentadora, Tilo, pero ahora no es el momento.

—¿Que no es el momento? —Si lo que quería aquella noche era repetir las palabras de Travis, lo estaba haciendo de maravilla—. Pero contigo nunca es el momento, ¿verdad que no, Travis? ¿Cuándo va a ser un buen momento para ti y para mí? ¿Quieres que pida cita?

—No seas infantil, Tilo —contestó Travis, molesto.

—¿Que no sea infantil? Recuerdo que me prometiste que nunca me dejarías. —Liberó la mano—. ¿En qué ha quedado eso, eh? Es como si no quisieses que nos tocásemos.

—Eso no es verdad.

—Y justo cuando podemos, resulta que no es el momento...

—Pero es que no lo es, Tilo —replicó Travis—. No es el momento. No lo será mientras nuestros amigos estén presos en esa nave de los cosechadores. No lo será mientras podamos salvarlos si actuamos con rapidez. Puede que aún no los hayan metido en los criotubos. Antes les fallé, pero...

Tilo negó con la cabeza, enfatizando el gesto.

—No le has fallado a nadie, Travis. Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—¿Sí? Pues si eso es lo mejor que puedo hacer, menuda mierda.

—No digas chorradas. Sin ti, Trav, ninguno de nosotros lo hubiese conseguido. Venga, no tienes que machacarte tanto. No es sano. Mira, déjame... —En aquella ocasión extendió las dos manos hasta depositarlas sobre sus hombros y apretó, acercó su cuerpo al suyo, rozó sus labios con los de él.

Y él dio un paso atrás.

—No puedo, Tilo. Ahora no. No debemos... ¿Cómo podemos pensar en nosotros cuando los cosechadores están ahí fuera capturando y esclavizando a jóvenes como nosotros? Tenemos que combatirlos. Tenemos que detenerlos.

—Y estoy de acuerdo, pero...

—No podemos andar con distracciones personales, Tilo. Tengo que... tenemos que dedicar todos nuestros esfuerzos a lo que de verdad importa.

—O sea, a salvar el mundo, ¿no? —Tilo se rió con sorna—. ¿Es eso, Travis? ¿Quieres salvar el mundo? No creo que haya nada más importante. Sé muy bien qué es eso de querer salvar el mundo. He vivido la mayor parte de mi vida con gente que no quería otra cosa. Con los Hijos de la Naturaleza, para empezar. La mayoría quería conseguirlo sentándose en mitad del bosque mientras les crecía la barba, comiendo bayas y pidiendo subvenciones. No cambiaban nada y jamás lo harían, pero te diré una cosa de ellos, Trav, al menos sabían para qué querían salvar el mundo.

—No he...

—Por la gente, Travis. Les preocupaba la gente. Es la gente la que da forma al mundo. Y lo que sienten las personas cuando están enamoradas, lo que hacen dos personas por amor, eso es lo que hace que el mundo sea bueno, lo que hace que merezca la pena salvarlo. El amor... Que tú y yo, Trav, estemos juntos esta noche, que es lo que quiero y por lo que estoy aquí, es algo más que una distracción personal, ¿no? Quiero decir, si le das la espalda a ese deseo, ¿qué sentido tiene combatir a los cosechadores? Por favor, Travis, quiero estar contigo. No hagas que me marche.

Bajó la mirada, pero su voz era firme e inflexible.

—No estaría bien, Tilo. No me sentiría... lo siento.

—¿Que lo sientes? —dijo ella con un suspiro mientras se abotonaba la túnica—. Ya. Yo también. Nos vemos mañana, Trav.

No quería que se marchase así, sin entenderlo. Quería explicarle la situación y que se pusiese en su lugar. Tenía que pensar en los demás, antes incluso que en sí mismo. Tenía responsabilidades. Tenía que ser un líder. Era cuestión de prioridades. La quería, pero...

Ella ya no estaba ahí para escucharlo.

Cuando la puerta se abrió, Simon esperaba que se tratase de un miembro de la tripulación de la nave trayéndole el desayuno. No fue así. Era el comandante Shurion.

—Buenos días, Simon —dijo el cosechador—. Espero que hayas dormido bien.

—Sí, señor, muchas gracias, señor. —Simon parpadeó tras sus gafas. Shurion aún conservaba una pátina de educación pero había algo distinto en él aquella mañana, su tono de voz era más frío y su mirada tenía un brillo metálico.

—Si estabas esperando el desayuno, me temo que antes tengo que enseñarte algo. Pensé que no sería una buena idea que comieses antes de verlo.

Aquello no terminaba de sonar bien. Simon tragó saliva.

—Pantalla, celda de desechos, un minuto antes de la eliminación.

El muchacho tragó saliva una vez más cuando, a la orden de Shurion, una de las paredes mostró el interior del lugar en el que estuvo recluido. ¿La celda de «desechos»? En su interior se encontraba Digby, andando en círculos como alma en pena. El chico de la esquina seguía tosiendo... también podía oírlo. Las dos chicas delgaduchas seguían abrazadas la una a la otra. Aunque, quizá, no por mucho tiempo. *¿Un minuto antes de la eliminación?*

—Vas a ser testigo de lo que ocurrió ayer por la tarde —dijo Shurion—. Mientras comías aquí mismo. Agradece, mi joven amigo, no haberte encontrado allí cuando ocurrió. —Y señaló con su dedo, blanco como un hueso, la pantalla.

—Lo agradezco, comandante Shurion, señor. —Simon asintió, enérgico, como si intentase sacudirse las gafas de encima—. Vaya si lo agradezco. —Empezó a frotarse

los pulgares y los índices con nerviosismo, en silencio, temeroso, mientras contaba los segundos de la cuenta atrás—. ¿Qué...? Bueno, si se me permite la pregunta, ¿qué ocurrió ayer por la tarde? —Pensó que le gustaría estar preparado.

—Observa —le ordenó el comandante Shurion.

Entonces empezó a sonar un zumbido constante en la celda de desechos. Aquel imprevisto sonido sorprendió a los ocho internos tanto como a Simon, al que la resonancia le recordó a un motor en marcha. Aumentó de volumen, poco a poco, en un ominoso *crescendo*.

Los internos intercambiaron palabras entre ellos. Simon no pudo entender qué decían exactamente, pero sí el tono. Ansiedad. Pánico. Alarma. Digby caminó más deprisa, recorriendo aquel círculo perpetuo con más agitación. El chico de la esquina se puso en pie como pudo. Las chicas se abrazaron aún más fuerte.

—¿Qué... qué va a...? —A Simon el miedo le había dejado la boca seca.

Todos los paneles que componían la celda empezaron a brillar y a adquirir color, luciendo un tono rosado como el de una chica en su primera cita. A Simon le pareció que aquel incesante y cada vez más intenso zumbido se concentraba en dichos paneles, como si procediese de ellos.

Y el tono rosado se convirtió en un rojo escarlata, como si algo en su interior estuviese sangrando.

Los prisioneros empezaron a gritar. Tenían motivos para ello. E incluso entonces le parecieron ridículos a Simon: eran como mimos escenificando terror, representando desesperación. Solo que ninguno estaba fingiendo. Y por lo que parecía... estaban sudando. Sudaban como si los paneles fuesen soles. Aparecieron oscuras manchas de humedad en sus ropas. El chico que tosía empezó a jadear. Y Digby aporreó la puerta con los puños.

Sus ropas se estaban quemando.

El zumbido sordo golpeó los oídos de Simon como si fuese una infinita secuencia de golpes, hasta el punto de ensordecerlo. Miró hacia el comandante Shurion. El alienígena estaba contemplando los acontecimientos de la celda de desechos sin mostrar ninguna emoción, como si estuviese viendo una colonia de hormigas rociada con insecticida.

Digby, pensó Simon. *Dios mío*. Porque sabía lo que iba a ocurrir. Los paneles carmesíes brillaban con intensidad, haciéndole daño a los ojos. El apoteósico estruendo advertía de una liberación inminente de energía. Estaban muertos en la celda de desechos. Llevaban muertos horas mientras él, Simon, dormía. Y, aunque deseó no haberlo hecho, pensó: *Mejor ellos que yo*.

Y Digby murió una vez más en la pantalla, que inmortalizó su inmolación. Su túnica y pantalones grises ardiéron súbitamente, envueltos en llamas, y su pelo prendió, al igual que sus extremidades y su cabeza. Digby estaba ardiendo. Y el chico

que tosía. Y las chicas, quemándose juntas como dos muñecos gemelos en una fogata. Todos ellos resplandecían en llamas. Y gritaron hasta que sus cuerdas vocales acabaron incineradas, pero Simon agradeció no poder oírlos.

Se le revolvió el estómago. Shurion había tenido una buena idea al guardar el desayuno para después.

Pero al menos le ahorraron el macabro espectáculo de ver ocho cadáveres calcinados. A medida que las llamas se disipaban, sus cuerpos siguieron el mismo camino, disolviéndose hasta desaparecer, desintegrados. Digby y los demás se convirtieron en borrones oscuros cuyas formas apenas recordaban a las de seres humanos, en sombras y humo. En átomos flotando en el aire.

Se habían ido.

Simon se quedó mirando la celda de desechos, que quedó vacía. El color de los paneles desapareció. Pudo oír su propia respiración entrecortada y el bombeo de su ajetreado corazón, pues una vez hecho su trabajo, el zumbido había dejado de sonar. Hasta entonces, Simon creía saber lo que era el terror, pero como todas las desgracias de la vida, el terror era ladino, versátil e ingenioso hasta el extremo: podía tomar infinidad de formas. Y todas y cada una de ellas eran más de lo que Simon Satchwell podía soportar.

—Eliminación —resumió el comandante Shurion—. Es el destino de los alienígenas para los que no podemos encontrar ningún uso. Pensé que querías estar al corriente de ello antes de que empecemos a charlar, Simon. Pantalla, apagar.

—Pero... comandante Shurion, señor, ¿y mis otros amigos? —preguntó Simon. Si le hubiese ocurrido lo mismo a Travis...

—Tus otros... ¿amigos? —dijo Shurion, con un tono de voz que dejaba entrever que sabía algo que aún no quería revelar—. Siéntate, Simon. Y no tengas miedo. El destino de tus compañeros no será el mismo que el tuyo.

Gracias a Dios, pensó Simon. *Gracias a Dios*. Haría cualquier cosa por no morir así. Lo que fuese.

—Seguramente estés pensando que los cosechadores son una raza cruel, despiadada y atroz, ¿verdad?

—Eh... —¿Cómo iba a contestar a eso y seguir vivo al día siguiente?

Por suerte, parecía que el cosechador le había formulado una pregunta retórica.

—De ser así, es que no comprendes la naturaleza del universo. Los sistemas de creencias que han adquirido el nombre de moralidad, conceptos como el bien o el mal, lo justo o lo injusto, no suelen ser más que falsas justificaciones de un grupo para imponerse sobre otro. Así ha sido en incontables ocasiones en tu propio planeta, ¿verdad que sí, Simon? Ocurre lo mismo por toda la galaxia. La realidad, no obstante, es que si un pueblo quiere sobrevivir y prosperar, solo hay una cualidad relevante y esa cualidad es la fuerza. La única diferencia que divide a toda la creación es la que

separa a los fuertes de los débiles. Toda especie, toda raza, todo ser vivo nace para ser o uno u otro, cazador o presa, amo o esclavo. Los cosechadores no tardamos en aceptar aquella ineludible e innegable verdad en una etapa temprana de nuestra historia y nos hicimos fuertes. Aceptamos la realidad y nos convertimos en amos. Somos vuestros amos, Simon.

Este inclinó la cabeza. No estaba en posición de contradecir al alienígena. Nunca había estado en posición de contradecir a nadie.

—La raza humana ha demostrado ser genéticamente inferior a nosotros. Sois débiles y habéis sido conquistados. Habéis demostrado que solo servís para ser esclavos y en esclavos os convertiréis. Con contadas excepciones. Como las de quienes resultan ser demasiado débiles hasta para llevar a cabo sus funciones de esclavos... Estos son eliminados, como has podido comprobar. Pero otros prosperarán, aquellos en los que percibimos un potencial, aquellos en los que nuestros instrumentos detectan una serie de características que encontramos positivas, cualidades que pueden llegar a convencernos, con el tiempo, de que quien las posee no se cuenta entre los débiles, sino entre los fuertes, como nosotros. Solo un reducido grupo de afortunados se encuentra en esa posición privilegiada y tú eres uno de ellos.

—¿Qué? —¿Y aquello era bueno? Desde luego, sonaba bien. «Privilegiado» siempre sonaba bien. ¿Significaba eso que iba a vivir? ¿Qué tenía que hacer para seguir vivo?

Shurion esbozó una débil sonrisa.

—El procesamiento nos enseñó mucho sobre ti, Simon. Sospecho que has tenido una vida difícil, ¿no es así? Sospecho que tus iguales nunca te apreciaron o te comprendieron, ¿cierto? Puedo ver la lucha continua que ha sido tu vida, Simon. Infravalorado. Subestimado. ¿Puede que incluso convertido en víctima? ¿Atormentado? El objetivo de todas las burlas. De todas las bromas.

Tenía razón en todo, por supuesto. Y Simon no quería echarse a llorar allí mismo, no en aquel momento, delante del comandante Shurion, pero hasta sus propias lágrimas ignoraban sus deseos.

—Te has visto obligado a recorrer un camino solitario, ¿no es así, mi joven amigo? Y durante muchos años. Los demás te excluyeron, ¿me equivoco? Te convirtieron en unapestado, tus iguales te rechazaron sin llegar a conocer tu auténtica valía. Pero yo sí la veo, Simon Satchwell, y te ofrezco la oportunidad de unirte.

—¿A... vosotros? —Simon estaba confundido. Su mente era un caos de emociones, amargura, dolor, odio, compañeros a cuya presencia ya estaba acostumbrado—. No entiendo.

—Demuestra tu lealtad hacia nosotros, Simon, y nosotros te seremos leales.

—¿Cómo? Quiero decir... —Era un truco. Tenía que serlo. Shurion quería aprovecharse de su debilidad y engañarlo. Travis se hubiese negado a escuchar una

palabra más. Tenía que hacer lo que Travis. Travis jamás lo hubiese abandonado. Era a Travis a quien debía lealtad—. No puedo... —gimió Simon. Pero ¿y si la única alternativa era la celda de desechos?

—Ah, qué valiente por tu parte decir que no puedes, Simon —reconoció Shurion, asintiendo con su blanca cabeza en señal de admiración—. Qué noble. Hice bien en escogerte. Crees que has de ser leal a quienes llamabas amigos en el pasado, ¿no es así?

—Sí.

—Crees que si te alías con nosotros habrás traicionado a tus amigos, ¿no es así?

—Sí... sí.

—Pero no son tus amigos, Simon. Y son ellos los que te han traicionado a ti.

Simon no le creyó. No quería creer lo que el comandante Shurion pasó a contarle. El problema no era que hubiesen tramado una fuga. Era lo esperado. Y no le extrañó que hubiese sido Travis quien la instigó e inspiró. Pero que hubiesen buscado su propia libertad abandonando a Digby y al resto a su suerte era algo que no pudo aceptar. Al principio. Pero el comandante Shurion insistió en que así había sido. Le dijo a Simon que habían contado con ayuda. Un cosechador traidor les había enseñado cómo huir de su celda. Sabiendo eso, podrían haber buscado en otras celdas hasta dar con la de Simon y sus fallecidos compañeros. Si hubiesen querido. Si se hubiesen molestado. Pero no fue así. Huyeron para salvar su propio pellejo. No se preocuparon por Simon. Así lo habían demostrado.

—No... no —se resistió Simon—. No me lo creo. —Travis no lo abandonaría. Le había prometido que no lo haría. Y si había incumplido su promesa, bueno, entonces no sería mejor que el resto. No sería mejor que Coker. ¿Qué haría Simon si todo aquello era cierto?

Entonces Shurion le mostró fragmentos de la fuga en la pantalla, en la que vio a gente que él reconocía; a Mel, a Jessica, a Travis, a Tilo, a Antony Clive y a Coker, fuera de la nave y corriendo hacia el bosque. Otros caían abatidos mientras aquellos a quienes él había considerado erróneamente sus amigos, sus únicos amigos, conseguían escapar. Y Travis, Mel, Coker y Clive estaban armados. Deberían haberlo rescatado. Los subyugadores les hubiesen dado tiempo suficiente para ello. Eso dijo el comandante Shurion.

—O quizá el traidor que tengo entre mi tripulación le sugirió liberar a quienes se encontraban en la celda de despojos y tus... —Hizo una pausa—. Tus amigos rechazaron la oferta. Quizá pensaron que solo los retrasarías. Independientemente de cuál fuese el curso de los acontecimientos, sus acciones hablan por sí mismas, mucho más alto que sus proclamas de lealtad, mi joven amigo. La verdad es que te abandonaron. No les debes nada.

Y después de todo, Travis se había llevado a Richie Coker consigo. Una vez más

había preferido a Coker. Aquello sí que era grave. No tenía perdón. Travis tenía que descubrir la magnitud de su error.

—Aún no hemos capturado al cosechador traidor del que te he hablado —aseguró Shurion con los ojos llenos de rabia—. He interrogado a los terrícolas que capturamos de nuevo, pero afirman que solo el llamado Travis Naughton conoce su identidad.

Por supuesto, pensó Simon con amargura. Travis lo sabía todo. Incluyendo cómo comportarse como un amigo... siempre que le conviniese. Y eso era imperdonable.

—Así es como puedes ayudarme, Simon. —La voz de Shurion se adentró en la conciencia de Simon como una serpiente—. Y como puedes ayudarte a ti mismo. Así es como puedes demostrar que eres lo bastante fuerte para ser amigo de los cosechadores. Necesito saber el nombre del traidor.

—Pero ¿cómo voy a descubrirlo si...?

—Voy a liberarte, Simon. Encuentra a Travis Naughton. Haz que te dé su nombre. Tu recompensa por llevar a cabo este pequeño cometido será grande, pues si finalizas la misión con éxito te libraré del cautiverio que aguarda a tu especie y pasarás de esclavo a amo.

Eso sí que sería un cambio, ¿verdad? Nada menos que de esclavo a amo. Eso le supondría una gran lección a Travis. Se la supondría a todos. La tarde anterior estaba en lo cierto: el comandante Shurion había visto lo que él era realmente. Pero, pese a ello...

—Quiere que sea un espía —dijo Simon. Dicho así, sonaba muy mal.

—Nuestro agente —le corrigió Shurion, y la verdad es que sonaba mejor—. Mi agente. Nadie conoce nuestro pequeño plan salvo tú y yo, así que nadie puede advertir al joven Travis. Estoy depositando mi confianza en ti, Simon. ¿Cuándo fue la última vez que uno de tus mal llamados amigos hizo eso?

No le faltaba razón. Lo habían dejado atrás para que muriese. No tenían perdón. Deberían haberlo sabido, deberían haber sabido qué suerte lo esperaba. Cabrones. Coker. Clive. Las chicas. Chicas a las que nunca había gustado, no, ni siquiera a Jessica Lane. Cabrones.

—¿Qué me dices, Simon?

Y Travis. Travis por encima de todos. Travis más que cualquiera de ellos. Dijo una cosa. Hizo otra. Le hizo promesas que no tenía intención de mantener, promesas que en realidad eran mentiras. Cabrón. Maldito cabrón.

—¿Jurarás una nueva lealtad? ¿Te convertirás en agente de los cosechadores?

Simon ya había experimentado suficiente dolor y sufrimiento en su vida. Ahora le tocaba a otro. Le tocaba a Travis. Lo que había hecho era imperdonable. No quería morir y no moriría. Miró al comandante Shurion fijamente a los ojos, sacando algo parecido al coraje del dolor y la rabia que le provocaba aquella injusticia. Y con un

sencillo y simple además, aceptó.

Desde aquel momento, Simon Satchwell sería un aliado de los cosechadores.



Los misiles aparecieron de la nada.

En un instante, la nave de los cosechadores se perfilaba ante el cielo despejado bañada por el sol a las afueras de un pueblecito vacío, como si fuese parte del paisaje de la campiña inglesa. Al siguiente, la calma matinal quedaba hecha pedazos por el estruendo de los misiles, que surgieron de improviso en su viaje hacia el suelo.

Solo tenían un objetivo.

Pero la nave de los cosechadores no parecía inmutarse por la destrucción que pudiesen causar. Mantuvo su altanero silencio mientras los misiles se aproximaban cada vez más, rechazando la oportunidad de defenderse. Se limitó a esperar, con su argenta estructura brillando bajo el sol.

Quienes programaron los misiles hicieron un buen trabajo. Ninguno de ellos iba a fallar su objetivo.

Y así fue. La salva golpeó a la nave con una andanada de detonaciones tan potente que la tierra tembló y los edificios colindantes explotaron, como si quisiesen mostrar su solidaridad con la nave alienígena. Resultó ser un gesto innecesario.

Los misiles, tan llenos de ruido y furia, no causaron el menor efecto. Ni siquiera hicieron una muesca en la poderosa hoz de la nave de los cosechadores, ni una marca, ni un rasguño. Quizá el titilante y crepitante brillo azul que cubría toda su superficie tuviese algo que ver.

—Es un escudo de energía —dijo la doctora June Mowatt, aunque los seis adolescentes ya habían llegado a la misma conclusión—. Hace que la nave sea completamente invulnerable, inmune a todo daño. —Eso también lo habían visto con sus propios ojos. La doctora Mowatt cruzó los dedos ante la gran pantalla de la sala de reuniones, ante la cual estaban reunidos los siete, acompañados por el capitán Taber—. Poco después de que el bombardeo fracasase, los cosechadores enviaron varios de sus... ¿dijiste que se llamaban recolectores? Eso, sus recolectores. Asumiremos que rastrearon el origen de los misiles y se vengaron. También supondremos, a juzgar por el hecho de que ya apenas se llevan a cabo ataques contra los alienígenas, que las ofensivas de estos han resultado ser mucho más eficaces que las de nuestros compatriotas. —Apagó la pantalla y orientó su asiento hacia la mesa—. Cuando ayer os conté que no hemos restablecido las comunicaciones con ninguno de los otros Enclaves, omití explicaros que nuestros motivos van más allá de los

puramente técnicos. Somos bastante reacios a restaurar la comunicación por si el Enclave con el que contactemos resulta estar tomado por los cosechadores, que de este modo sabrían de nuestra existencia. Aún no estamos listos para combatirlos.

—Pues más vale que lo estéis... con todo respeto —dijo Travis, a quien los demás encontraron un poco más tenso de lo habitual aquella mañana—. Y pronto. O no tendremos nada por lo que pelear porque ya será demasiado tarde. Ni siquiera acabaremos en criotubos.

—Señor Naughton, sería una locura entablar combate con el enemigo cuando nuestras armas no pueden penetrar su escudo defensivo —dijo el capitán Taber—. Sería un desperdicio de hombres y municiones. Los sacrificios sin propósito no ganan guerras.

—Tampoco quedarse sentado sin hacer nada —dijo Travis con brusquedad.

—Tranquilo, Trav. —Mel le masajeó la espalda. Le sorprendía que Tilo no estuviese sentada al lado de Travis, pero la pelirroja había optado por sentarse al lado de Richie Coker, al otro lado de la mesa—. Al capitán Taber tampoco le falta razón, ¿no te parece?

—Ah, ¿y a mí? —replicó Travis—. La nave de la grabación no era en la que estuvimos capturados. ¿Cómo sabemos si la nave de Shurion también tiene esos escudos?

—Si me permites, Travis —intervino Antony—, creo que la respuesta del capitán Taber sería: «¿Y cómo sabemos que no los tiene? ¿Qué sentido tiene equipar unas naves con escudos y otras no? Hasta la última de ellas debe de estar esperando un posible ataque».

Travis resopló con escepticismo.

—Pues tal y como están las cosas por aquí, el comandante Shurion se va a llevar una decepción.

—Entiendo sus sentimientos, señor Naughton —dijo Taber—, pero no puedo autorizar una acción y poner en peligro las vidas de mis hombres sin saber de antemano cómo neutralizar el escudo de los alienígenas.

—Imagino que eso es algo en lo que ya estarán trabajando sus científicos, ¿no es así, doctora Mowatt?

—Mis científicos están trabajando en muchas cosas —aseguró la doctora con orgullo—. En turnos, las veinticuatro horas del día. Entre otras, intentando identificar la naturaleza de la energía empleada por los cosechadores en sus escudos. Buscando el modo de devolverles el golpe. —Miró a Travis por el rabillo del ojo—. Incluso intentando encontrar una cura para la enfermedad. Contamos con información que nos enviaron unos compañeros que trabajaban en una instalación del desierto... antes de morir. Encontraron cerca de la base uno de los cilindros que ahora sabemos que trajeron el virus a la Tierra. Sus descubrimientos nos han sido de ayuda pero, salvo

por momentos como el «eureka» de Arquímedes, el progreso científico lleva tiempo.

—Tiempo que los alienígenas emplean en cosechar esclavos —dijo Travis con mala cara—. Miren, puede que tengan razón en que no sería correcto montar una operación a gran escala ahora mismo, eso lo acepto, pero mientras tanto habrá algo que podamos hacer, ¿no? Miren todo el espacio que tenemos aquí abajo, los pasillos enteros llenos de habitaciones vacías en la planta de los dormitorios. ¿Por qué no las llenamos? ¿Por qué no hacemos que vuestros ojos vigía traigan a los jóvenes aquí para que podamos cuidar de ellos? Así los salvaríamos de convertirse en esclavos. Eso podemos hacerlo, ¿no?

—Es una idea estupenda, Trav. —Mel le dio unas palmaditas en el brazo.

—Sí que lo es —corroboró Jessica—. Aunque tengamos que compartir habitación.

—Pues en la mía que no se acople nadie —gruñó Richie, con los brazos cruzados a la defensiva.

—¿Quién iba a querer? —replicó Mel.

Antony no dijo nada.

Tilo miró a Travis con una expresión en la que se mezclaban la decepción y el resentimiento con el deseo físico y una reticente admiración, pero solo lo miró durante un instante antes de que sus ojos se dirigiesen hacia un punto de la mesa que, al parecer, merecía un estudio más detenido.

—Podríamos hacer lo que propone, señor Naughton —admitió Taber a regañadientes, pero a nadie le sorprendió la llegada del «pero», mucho menos a Travis—, pero el Enclave no está diseñado para acoger un influjo constante, infinito, a efectos prácticos, de refugiados, muchos de los cuales serían muy jóvenes y precisarían cuidados y atenciones que no podríamos proporcionar...

—O sea, que no —interrumpió Travis—. Está al mando, capitán Taber, no se corte y dígalo. No tiene por qué continuar. No va a salvar a los chicos de los cosechadores.

—Salvaremos a los chicos cuando podamos derrotar a los cosechadores —respondió Taber—. No antes. La presencia de niños en este momento sería una distracción que no podemos permitirnos.

Tilo se echó a reír por un instante, dejando escapar una carcajada amarga.

—Perdón —dijo—. Es que la palabra «distracción» me mata.

—¿Estás bien, Tilo? —preguntó Jessica.

Tilo asintió, aunque la muchacha rubia no las tenía todas consigo. Aquel día notaba mucha tensión en torno a la mesa, en el grupo. Para empezar, Travis no acostumbraba a comportarse de ese modo. El fondo del mensaje era genuinamente suyo, pero normalmente no buscaba tanto la confrontación. Y él y Tilo no hacían más que mirarse el uno al otro. ¿Habían cortado o algo así? Y Mel también parecía

incómoda, como si tuviese otra cosa en la cabeza. Jessica llegó a dudar que su amiga se hubiese sentado a desayunar con ella y con Antony de no haberla llamado. Y Mel había abandonado su habitación minutos después de llegar, escasos minutos antes de que también lo hiciese Antony. Quizá quisiese hablar o algo así. En el otro extremo de la mesa, Richie seguía tan reservado como siempre, aunque Jessica sintió que la actitud del antiguo matón estaba exacerbada aquella mañana. Puede que Richie hubiera esperado que alguien llamase a su puerta para charlar la noche anterior y nadie lo hizo.

Solo Antony parecía igual que siempre. ¿O no? ¿Eran imaginaciones suyas o había un abismo abriéndose entre Antony y Travis? Esperó equivocarse. Travis y Antony eran los chicos más importantes de su vida. A uno lo quería como a un hermano. Al otro, Antony... ¿cómo se sentía con respecto a Antony? Jessica esbozó una débil sonrisa, prueba de que empezaba a aceptar algunas posibilidades que antes no hubiese admitido, y concluyó que sería mejor bajar de las nubes y centrarse de nuevo en lo que se estaba discutiendo en torno a la mesa.

—Le prometí que no revelaría su nombre. —Era Travis el que hablaba.

—Ni siquiera a nosotros —espetó Antony, con un cierto tono de crítica.

—Pero eso era para que, si capturasen a alguien durante la fuga, no le diese esa información a Shurion. La situación ha cambiado desde entonces. Supongo que es más importante que sepáis quién nos ayudó. Se llama Darion y puede que sea nuestra única esperanza.

—Así que Darion —dijo Antony—. ¿Es tu nuevo mejor amigo, Travis?

—Lord Darion, del linaje de Ayron de las Mil Familias —apuntó Travis—, por si queréis utilizar su título completo. Y puede que sea el mejor amigo de cualquiera de nosotros, Antony.

—En ese caso, es vital que nos cuentes todo lo que sepas sobre este tal lord Darion, Travis, ¿no es así, capitán Taber?

—Desde luego, doctora Mowatt —dijo Taber—. Por lo tanto, sugiero que estos jóvenes nos presenten sus informes ahora mismo, empezando por el señor Naughton.

—Estupendo —celebró Richie—. Otra vez el primero, querido líder.

Y Jessica se fijó en que Antony frunció el ceño.

—Todos los demás podéis marcharos —dijo la doctora Mowatt—. Aprovechad para descansar un poco, ¿por qué no? Relajaos. O podéis utilizar las instalaciones de recreo, si así lo deseáis.

—¿Esta es una base militar y científica o un gimnasio con pretensiones? —le murmuró Mel a Jessica mientras abandonaban la sala.

—Os llamaremos cuando os necesitemos —les informó la doctora Mowatt.

—En ese caso, tómate tu tiempo, Trav. —Mel se despidió con un ademán.

Y eso pretendía. Puede que no estuviese bien, que fuese un gesto cobarde por su

parte, pero dado lo tensa que había sido su despedida la noche anterior, Travis pensó que prefería retrasar todo lo posible el momento de encontrarse de nuevo a solas con Tilo.

—Bueno, capitán Taber, doctora Mowatt —dijo—. ¿Por dónde quieren que empiece?

Shurion informó al comandante de la flota Gyrion de que los prisioneros habían escapado de sus celdas. Normalmente, le gustaba estar sentado en su sillón de mando, en todo lo alto, ataviado con las vestiduras ceremoniales de los pies a la cabeza cada vez que tenía que entablar conversación con alguien que le superaba en rango. Pensaba que de ese modo estaba haciendo una afirmación ante su tripulación, demostrando que Shurion, del linaje de Tyrion, no se dejaba intimidar por nadie y que él mismo había conseguido, por sus propios medios, estar a la altura de cualquiera, independientemente de su nacimiento. Sin embargo, en aquella ocasión pensó que lo más aconsejable sería mantener el encuentro entre el comandante de la flota y él en privado. Si iba a ser amonestado, Shurion no quería que su tripulación fuese testigo.

Su decisión resultó ser acertada. La noticia no le gustó nada al comandante de la flota Gyrion. Su capa y armadura doradas brillaban a medida que su imagen llenaba la pantalla de la pared; el uniforme negro de Shurion parecía vulgar y ramplón a su lado.

—¿Una fuga? ¿Bajo nuestra supervisión? —Los ojos carmesíes de Gyrion brillaban de rabia.

—Intento de fuga, comandante de la flota —apuntó Shurion, restando gravedad a la situación—. Todos los esclavos terrícolas salvo seis fueron inmediatamente capturados y ya han sido dispuestos en los criotubos para su transpor...

—Entonces lo que me quieres decir es que aún hay seis alienígenas fugados, ¿no es así, Shurion? —preguntó Gyrion, hosco—. Seis motivos de vergüenza para ti y la Furion.

—Lord Gyrion, huyeron gracias a uno de los nuestros, un despreciable traidor que...

—Y por tu propia incompetencia, ¿no es así, Shurion?

—Rechazo la acusación de incompetencia, mi señor —dijo con toda la humildad que pudo.

—¿Por qué? Eres el comandante de la Furion, ¿no es así? —afirmó Gyrion—. De momento, al menos. —Shurion se tragó la rabia que le provocaban las implicaciones de aquella afirmación—. La responsabilidad de seleccionar la tripulación recae sobre ti, con la excepción de todo aquel que pertenezca a las Mil Familias, como mi hijo, por supuesto. Por ende, como comandante, has permitido que haya un traidor a bordo de tu nave, Shurion. Tuya es la responsabilidad.

—Sí —se vio obligado a admitir Shurion contra su voluntad, a regañadientes—,

mi señor.

—Sea quien sea esa alimaña —murmuró Gyrion con una voz tan fría como el filo de una cuchilla—, ha debido de contactar con el movimiento disidente. Débiles, lamentables sensibleros hasta el último de ellos. Criminales y cobardes. Deberíamos arrancarles sus corazones, a ver si son tan grandes como ellos dicen. —Sus dedos blancos temblaban, como si deseara llevar a cabo aquella amenaza él mismo—. ¿Qué medidas has adoptado para detener a este delincuente, Shurion?

—He reclutado a uno de los terrícolas, mi señor, como espía. Descubriré el nombre del traidor del único esclavo que lo conoce, uno de los pocos que aún siguen en libertad. Parece que son amigos. El terrícola confiará en nuestro informador. Y además...

—Ya basta —bufó Gyrion—. Es suficiente. ¿Dices que has reclutado a uno de los terrícolas? ¿Depende la pura y orgullosa raza de los cosechadores de sucios alienígenas para dar con nuestros propios criminales? ¡Por los dioses de las Mil Familias...!

—Quizá haga falta un traidor para capturar a otro traidor, comandante de la flota —sugirió Shurion.

Gyrion gruñó, sarcástico.

—Puede que sí, Shurion. Ya puedes rogar porque así sea.

—¿Qué quiere decir, mi señor?

—Un comandante realmente honorable ya hubiese dimitido de su cargo después de la debacle que ha tenido lugar en la Furion. Hasta un oficial no perteneciente a las Mil Familias debería estar al corriente de ello, comandante Shurion.

—Soy consciente de mis responsabilidades, mi señor. —Y aunque una de ellas era tratar con el debido respeto a sus superiores, Shurion apenas podía contener su ira hacia el soberbio, petulante y condescendiente comandante de la flota—. Mi deber es enmendar la situación a bordo de mi nave. Ruego que me permita seguir en mi puesto para poder llevar a cabo esta tarea.

—Hmm... —Gyrion gruñó, poco impresionado—. En mis tiempos, cuando era joven, el puesto de comandante de una nave esclavista solo podía serle otorgado a un miembro de las Mil Familias. En aquellos días, la calidad se daba por supuesta. Por aquel entonces no había fugas en masa de alienígenas ni traidores entre nosotros. Esto es lo que pasa cuando se nos convence para relajar la justa rigidez de nuestra jerarquía social, aunque sea un poco.

Shurion apretó los puños. Deseó que Gyrion ni viese ni registrase el gesto.

—Retirarte del cargo sería una medida prematura, Shurion —afirmó el comandante de la flota, aunque no parecía del todo convencido—. Pero aun así, vas a ser puesto a prueba. Quiero que captures al traidor. Tenemos que dar un ejemplo tan sangriento con él que llenemos de miedo los cobardes y corruptos corazones de sus

compañeros de la disidencia. Si tienes éxito y encuentras al renegado, Shurion, todo te irá bien.

—Prometo que le enviaré la cabeza del traidor si eso es lo que desea, mi señor.

—Más te vale, Shurion, si sabes lo que te conviene. Pues si fracasas, será la tuya la que envíe.

Shurion esperó con prudencia hasta que el comandante de la flota concluyó la entrevista antes de soltar todo lo que tenía guardado. Y cuando así fue, no se contuvo. Aulló de rabia, aporreó la mesa con los puños. Era blanca, así que podía valer como sustituta de la gorda e hinchada cara de Gyrion. ¿Cómo podía atreverse alguien a hablarle así? ¿Cómo se atrevía, aunque fuese un miembro de las Mil Familias, a reprenderlo y humillarlo de ese modo? A él, a Shurion del linaje de Tyrion, que había conseguido ascender hasta la posición de la que disfrutaba combatiendo con uñas y dientes. A él no le habían regalado su estatus, como al comandante de la flota. Se lo había ganado, con sangre y sudor, se había sacrificado por él, había dedicado cada fibra de su cuerpo a ello. Y Shurion sabía que era digno de él. Merecía estar donde estaba. De hecho, merecía más. Merecía ser comandante de la flota en lugar de Gyrion, no estar al mando de una nave esclavista, sino de diez, de cien, de mil. ¿Y qué derecho tenía un patán moribundo como Gyrion a negarle que hiciese realidad todas sus ambiciones?

Pues tenía todo el derecho, de acuerdo con la ley de los cosechadores. Derecho de nacimiento. Derecho de sangre. El derecho que todas las élites de los planetas que había visitado Shurion insistían en perpetuar para mantenerse en el poder y no tener que compartirlo con otros, independientemente de sus méritos personales. Shurion miró hacia abajo, a su armadura y sus ropas, el uniforme que indicaba a los otros cosechadores quién era y cuál era su posición. En el pasado le enorgullecía haber añadido a su uniforme negro la capa de comandante y que ambos hubiesen sido adornados con oro, el color de las Mil Familias, para simbolizar la alta estima en la que lo tenía su gente. Pero entonces, aquellos brillantes adornos parecían burlarse de él, rodeando su cuerpo como si fuesen cadenas. Porque indicaban que había llegado a la cima de su carrera; no podía subir más alto. Por encima de él solo estaban las Mil Familias, de posición inalcanzable y poder e influencia imposibles para alguien que no vistiese una armadura completamente dorada.

No era justo. No había derecho. Y además, gracias a las traicioneras artimañas de un maldito disidente, podían arrebatarle a Shurion todo lo que había conseguido. Bueno, pues se aseguraría de que eso no ocurriese. De un modo u otro, encontraría al traidor.

Y se lo haría pagar.

—Pareces preocupado, hijo —observó Gyrion desde la pared en la que extendía la pantalla—. ¿Te pasa algo?

—No, padre, por supuesto que no —mintió Darion—. Es solo que... me preocupa el incidente de los terrícolas, y con el traidor aún libre... ¿Qué más dijo el comandante Shurion acerca de ese espía terrícola?

La tarde estaba transcurriendo llena de desagradables sorpresas para Darion. Primero, su padre había interrumpido sus estudios en un intento por ser sociable después de haber terminado con Shurion. Después, supo que el comandante de la Furion iba a enviar a uno de los amigos de Travis en una misión para descubrir el nombre del cosechador renegado. Bueno, era un nombre con el que Darion estaba bastante familiarizado. Igual que su padre.

Darion sintió un escalofrío al enterarse de las noticias. La situación había dado un giro que no había anticipado ni sopesado. No era muy probable, pero ¿cuáles serían las consecuencias si el informador de Shurion conseguía dar con el grupo de Travis Naughton y descubriría su nombre? La tortura. Y la muerte. Pero, por algún motivo, y si bien aún estaba asustado, Darion no se arrepintió de lo que había hecho. Seguía estando orgulloso.

—¿Padre? ¿Te ha dado el comandante Shurion detalles sobre ese espía?

Gyrion se encogió de hombros.

—No es más que un terrícola. ¿No es suficiente con esa información? ¿Por qué quieres saber más, Darion?

—Por nada —dijo con calma—. Solo esperaba que el comandante hubiese escogido bien a su agente, eso es todo.

—Imagino que Shurion deseará lo mismo —dijo Gyrion con una críptica risa—. ¿Seguro que no estás preocupado por nada? —Por lo que le respondió, Darion lo estaba—. Hmm. —Su padre inclinó la cabeza como si conociese lo bastante bien a su hijo como para saber que no era así—. Creo que no estás siendo del todo franco conmigo, Darion. Y creo conocer el motivo.

—¿Ah, sí? —Darion lo dudaba. Ojalá su padre se despidiese y lo dejase pensar.

—Necesitas compañía, ¿verdad? Tiene que ser duro estar recluido durante tanto tiempo, lejos de tus semejantes.

—Tienes razón, padre —dijo Darion, con una desganada sonrisa—. Tienes toda la razón. ¿Cómo lo has adivinado?

—Soy tu padre, Darion. No puedes ocultarme nada. Te dije que a ti, como representante único de las Mil Familias, te resultaría duro estar rodeado de inferiores durante meses.

—Efectivamente, padre —recordó Darion—. Debería haberte escuchado. —Pero lo que deseaba con toda su alma era dejar atrás hasta el último representante de las Mil Familias (salvo a uno), y, a poder ser, para siempre. Un detalle que consideró impropio de comentar a su padre en aquel momento—. Quizá debería ser transferido al Ayrion III.

—No, no. —Gyrion rechazó de plano la idea de que su hijo se le uniese a bordo de su buque insignia—. No tendría sentido en medio de una operación esclavista. Pero creo que puedo ayudarte. El Ayrion III está estacionado a las afueras de la ciudad terrícola conocida como Oxford, como bien sabes. La ciudad está a punto de ser cosechada mientras hablamos, así que aún no han empezado las operaciones de alienología. Lo que significa...

Pese a los peligros de su situación, Darion sintió que el corazón le daba un vuelco ante la expectativa.

—Que puedo prescindir de uno de mis alienólogos durante un tiempo, así que imagino que podría convencer a alguien para que te venga a visitar, para recordarte la civilizada sociedad de la que has estado alejado. —Gyrion hablaba con la indulgencia de un padre—. ¿Te gustaría eso, hijo?

—Desde luego —dijo Darion.

Y más valía que pronto. Si se retrasaba demasiado, Darion recibiría a las visitas en una celda.

Tenía que actuar con rapidez. Mientras Travis desglosaba su informe. Antes de que Mowatt y Taber llamasen a nadie más. Mientras pudiese contar con que Antony y Jessica estarían cerca.

Mel no estaba orgullosa de lo que planeaba hacer, pero sintió que no le quedaba otra opción. No podía permitir que Jessie se implicase con el antiguo delegado del colegio Harrington, no del modo en el que tenía todos los visos de que iba a suceder: de forma romántica.

Odiaba esa palabra, «romanticismo». Era un fraude, una mentira. El romanticismo en aquellos días (en los previos a la enfermedad, en todas partes) significaba un par de botellas de sidra barata y un chaval baboso y lleno de granos metiendo mano debajo de la camiseta o la falda... con el consentimiento de la chica. El romanticismo significaba olvidarse de quién eras realmente, abdicar tu independencia para consentirle los caprichos y las fantasías a alguien. El romanticismo era la antesala del desengaño y la infelicidad. Pero Mel estaba empezando a divagar.

No era que Antony fuese una mala persona. No lo conocía desde hacía mucho tiempo (aunque, por supuesto, tampoco Jessie), pero parecía majó, un chaval decente. Mel tenía que reconocer que no parecía dispuesto a hacer daño de forma deliberada a Jessica. Pero seguía siendo un varón. Seguía siendo un chico. Y los chicos se convertían en hombres, y los hombres en padres, en padres como el suyo, así que en lo que se refería a las relaciones con chicas, los chicos llevaban las malas noticias en el ADN. Mel solo quería hacerle un favor a Jessica, salvarla de sus impulsos. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde. ¿Y si Antony se había quedado en el cuarto de Jessica el día anterior a pasar la noche, a aprovecharse de la naturaleza dulce y

confiada de su mejor amiga? No. Lo dudaba. Por su experiencia con chicas que lo habían hecho con sus novios (o, como solía suceder después, exnovios), estas solían dar algunas señales características después, tenían una actitud un poco más altanera que antes, como si supiesen un secreto que tú no. Y Jessie no se había comportado de ese modo aquella mañana. Mel aún tenía la oportunidad de garantizar que su amiga no se comportaría de ese modo durante ninguna mañana en un futuro próximo.

Solo tenía que actuar con rapidez.

—¡Eh, Jessie! —Alcanzó a la chica rubia mientras regresaban a los dormitorios, tras abandonar la sala de reuniones—. ¿Podemos... —comenzó a preguntar en voz baja— hablar un rato?... —Después, articulando las sílabas en silencio—: En privado.

—Por supuesto. —Jessie tenía claro que a Mel le pasaba algo—. Te veo en un rato, Antony. —Él había estado acompañándola al mismo ritmo, con tanta precisión que parecían coreografiados—. ¿Qué pasa? —preguntó cuando las dos chicas se quedaron solas.

—Nada, es solo que... ¿podemos hablar? —Mel adoptó su expresión de pequeña niña desamparada, que había desarrollado expresamente para sus profesores masculinos cuando no había hecho los deberes—. Es que... no hemos hablado desde Harrington y necesito quitarme unas cuantas cosas de la cabeza.

—Tú y yo —dijo Jessica, mostrando su acuerdo—. ¿Quieres que vayamos a tu cuarto?

Estrechó la mano de su amiga y Mel se sintió pletórica y asqueada consigo misma al mismo tiempo, a partes iguales.

—Sí, pero escucha, debería... esta mañana no me ha dado tiempo a ducharme antes del desayuno.

Jessica olfateó el aire.

—Y yo que pensaba que solo era el aire reciclado del Enclave —bromeó.

—¿Me das un rato para darme una ducha primero? Pásate, no sé, en quince o veinte minutos.

A Jessica le parecía bien esperar, ya fuesen quince minutos o veinte, pero claro, Mel no tenía intención de ducharse en ese tiempo. En lugar de eso, en cuanto cerrase la puerta, se pondría en contacto con Antony. Gracias a Dios por el sistema de comunicación interna del complejo. Y gracias a Dios también, Antony ya se encontraba en su cuarto aunque, a juzgar por el motivo por el que Mel agradecía aquel hecho, quizá Dios no tuviese nada que ver con ello.

Antony escuchó atentamente. ¿Así que Mel tenía algo importante que decirle? ¿Pero no por la comunicación interna? ¿Tan delicado era el asunto? ¿Sobre Jessica? ¿Y si podía pasarse inmediatamente por el cuarto de Mel?

Ya estaba de camino. Porque, como Mel comprobó con el corazón en un puño, se

preocupaba honestamente por Jessica. Igual que ella.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Jess? —preguntó el chico rubio en cuanto Mel le dejó pasar a su cuarto. Estaba ansioso, lo cual ayudaba. Significaba que no se había dado cuenta en absoluto de que su huésped no cerró la puerta del todo, dejándola sensiblemente entornada.

Jessica no tardaría en llegar.

—Ven y siéntate conmigo, Antony. —Mel lo condujo de la mano—. A la cama. A mi lado.

—Pero ¿Jessica está bien? No querría que estuviese... no sé, mal. ¿Qué era eso importante que tenías que decirme, Mel?

—Es algo sobre lo que ocurrió en Harrington, Antony —dijo Mel, haciendo que el chico frunciese el ceño, confundido—. ¿Te acuerdas de la fiesta? ¿La noche que llegaron los cosechadores?

—Claro que la recuerdo, por supuesto, pero no... —«No me siento cómodo», podría haber dicho. No se sentía a gusto sentándose en la cama al lado de Melanie Patrick, sintiendo sus rodillas tocando las suyas, aunque el cabello de Mel parecía más lustroso y oscuro que nunca, y sus ojos eran de un azul cautivador, y su túnica estaba dispuesta de un modo que revelaba su pálida piel, como crema, y en el pasado, no hace mucho tiempo, hubiese dado su brazo derecho (o el izquierdo, estaba dispuesto a negociar) para encontrarse en aquella posición... como en la fiesta.

—Me pediste salir a bailar, ¿te acuerdas? —preguntó Mel—. Y yo te rechacé.

Y Antony lo recordaba, vaya que sí; la mayoría de chicos reservaban su lóbulo frontal exclusivamente para catalogar los rechazos..., pero que le mencionase aquel momento lo dejó aún más perplejo.

—Pensé que querías contarme algo sobre Jessica.

—Mentí —admitió Mel—. Es sobre mí. Y sobre ti, Antony.

—Pero no pensé qué... ¿de qué estás hablando? —Empezaba a sentirse incómodo.

—Debería haber bailado contigo. Fue una estupidez por mi parte decirte que no. Ahora me doy cuenta. Me doy cuenta de muchas cosas.

—¿Ah, sí? —Y cuando Mel apretó las rodillas y deslizó la mano sobre su muslo, mientras se inclinaba hacia él hasta el punto de sentir su cálido aliento sobre la piel y no poder ver más allá de sus ojos, fue entonces cuando se sintió realmente incómodo.

—Te quiero, Antony.

—Pero... —Retrocedió—. Me siento halagado, Mel, pero...

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes unos labios muy apetecibles, Antony?

—Pues es demasiado tarde, Mel.

—¿Demasiado tarde para decirte que tienes unos labios muy apetecibles?

—Demasiado tarde —dijo mientras le quitaba la mano de encima de su pierna— para hacer algo así. Lo siento. Lo siento de verdad, pero no... ya no siento hacia ti lo mismo que en aquel momento.

—¿Ah, no? —preguntó Mel, haciéndose la despistada. Por supuesto que no lo sentía. Y ella sabía por qué.

—No. Eres una chica fantástica, Mel, muy guapa y todo eso, pero... —Puede que en el pasado hubiese soñado con encontrarse en esa situación, pero la chica con la que quería estar entonces era rubia y tenía los ojos verdes, y en cualquier caso había mucho más en ella que un físico bonito, mucho más, y quería explorar y descubrir todos sus matices. Así que Mel, en realidad, no había mentido. Realmente, aquello tenía que ver con Jessica—. Mira, será mejor que me vaya. —Y empezó a ponerse en pie.

—No puedes. Todavía no. —Mel se levantó antes que él y lo sujetó por los hombros—. No hasta que...

Alguien llamó a la puerta.

—¿Mel? Soy yo. —Una voz procedente de la puerta. Los quince o veinte minutos ya habían pasado.

Y era demasiado tarde para echarse atrás. Mel estaba decidida. Envolvió a Antony en un sofocante abrazo de oso, juntó sus labios a los suyos como si estuviesen pegados con cola y tumbó al sorprendido chico sobre la cama. Y cerró los ojos para no tener que ver la expresión de dolor y desolación de su mejor amiga cuando Jessica abriese la puerta.

Mel lamentó no haberse podido tapar las orejas, además. El grito de su sorprendida amiga no le sentó nada bien a su autoestima.

—Mel, ¿qué estás haciendo? —Tampoco sus palabras. Mel esperaba que hubiese empezado con un «Antony, ¿qué estás haciendo?». Había una diferencia—. ¿Qué está pasando aquí?

Antony se la quitó de encima de un empujón y Mel rodó sobre la cama hasta quedar bocarriba. El chico intentó ponerse en pie por segunda vez y, en aquella ocasión, lo consiguió.

—Jessica...

—Jessie, no ha sido culpa mía. —Mel adoptó una actitud de mancillada inocencia—. Apareció de la nada diciendo que tenía algo importante que decirme...

—¿Qué? —preguntó Antony con incredulidad—. Eso fue lo que me dijiste tú a mí.

—Y después se me echó encima, Jess. No paraba de sobarme.

—Me trajiste aquí mintiéndome y luego fuiste tú la que se me echó encima.

—Está mintiendo, Jessie. No puedes confiar en él. —Mel se incorporó en la cama—. Ya has visto por ti misma lo que estaba pasando, ¿no?

Jessica negó con la cabeza y parpadeó como si quisiese quitarse una mota del ojo.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

Antony miró hacia Mel, enfadado y dolido.

—¿Qué estás tramando, Mel? ¿Qué clase de juego...? —Después se volvió hacia Jessica, suplicante—. Todo esto es... no entiendo a qué está jugando Mel, Jessica, pero te prometo que no había venido por ella. No haría algo así.

—Vaya que sí. Es un chico, ¿no? —Mel también se puso en pie—. Son todos iguales. Van a por todo lo que lleve falda... o pantalones, siempre y cuando sea una mujer. No puedes confiar en ninguno de ellos, Jess. Sabes que siempre le he gustado.

—Pensaba... —dijo Jessica sin alterar su tono de voz, a la vez que dejaba de mirar a Mel para volver sus ojos hacia Antony— que estabas empezando a sentir algo por mí.

—Y así es —declaró el chico—. Es lo que siento. Y esperaba que tú sintieses lo mismo, así que, ¿por qué iba a fastidiarlo haciendo algo así, Jessica, liándome por las buenas con alguien que pensaba que era tu amiga? —Recalcó la última parte, acusando a Mel—. Jamás te haría daño. Esto es una especie de trampa retorcida. No has aparecido justo ahora por accidente, ¿verdad que no? Dime.

—No lo escuches, Jess —dijo Mel, burlona—. Está mintiendo. No lo necesitas ni a él ni a ningún chico...

—Jessica, créeme.

—¡Ya vale! Los dos. —La voz de Jessica restalló como el chasquido de un látigo. Era firme, autoritaria. Sonaba como si supiese exactamente lo que quería. Mel pensó que aquel tono no era propio de Jessica. En sus ojos brillaba una confianza que en el pasado, cuando Jessie vivía en su cómoda y segura casa con sus agradables y protectores padres, no llegaba ni a destello. Las circunstancias habían cambiado y Jessica Lane había cambiado con ellas—. No pasa nada, Antony. Te creo.

Mel sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Que lo crees a él? Jessica, ¿antes que a mí? Pero... no, no puedes. Hemos sido amigas durante años.

—Y precisamente por eso sé cuándo estás mintiendo, Mel —dijo Jessica, grave—. Y por eso no entiendo lo que estabas intentando hacer aquí. ¿Querías separarnos? ¿Por qué querrías hacer algo así? ¿Por qué no iba una amiga a querer ver feliz a la otra?

—Y quiero que seas feliz, Jessie. —Las lágrimas empezaron a asomar por los ojos de Mel—. Por eso... No puedes ser feliz con Antony. No es su culpa. Los chicos...

—Mel. —Jessica pronunció su nombre como si fuese el de alguien que hubiese muerto recientemente—. Han pasado muchas cosas terribles. Ha habido muchos cambios. Pero jamás pensé que tú cambiarías. Pensé que estarías ahí para mí. Pensé

que seríamos amigas para siempre. Pero parece que «para siempre» no dura tanto como parece.

—No digas eso, Jess. Lo siento...

—Antony, creo que ninguno de los dos debemos estar aquí. —Y se dirigieron hacia la puerta. Juntos.

—Tienes que aclararte, Mel —le recomendó Antony, sin el menor atisbo de odio en su voz. Mel deseó que lo hubiese. Se lo merecía.

—Jessie, por favor, no te vayas. No te vayas con él...

Pero lo hizo.

Mel se quedó tumbada sobre la cama durante lo que pudieron ser horas. Su gran plan había resultado ser un rotundo y sonado fracaso. En vez de separar a Jessica de Antony, sin pretenderlo, los había unido aún más. La ironía era una auténtica perra. Ella, Mel, era a la que Jessica había dado la espalda, y no estaba segura de cómo iba a afrontarlo. Sin Jessica en su vida, tendría que buscar a fondo otros motivos para seguir adelante.

Cuando la puerta tembló al recibir una serie de golpes, deseó que fuese Jess la que llamaba. Pero no lo era. Era Tilo.

—Mel, ¿estás ahí dentro?

—No.

—Venga. Mueve el culo, perezosa. ¿A que no sabes quién ha venido?

—El puñetero Winston Churchill.

—Simon Satchwell, recién fugado de la nave de los cosechadores.

Mel se puso en pie, salió y fue con Tilo a la sala de reuniones, donde los demás se encontraban ya a la espera de que Simon concluyese el proceso de descontaminación. Ella no podía esconderse en su habitación indefinidamente, por mucho que así lo quisiese, y por lo menos el centro de atención sería Simon y no ella. Se preguntó si sería capaz de mirar a Jessica a los ojos, si Jessica la miraría a ella y, de ser así, si lo haría con asco.

Tilo no paraba de hablar mientras caminaban.

—Pues eso, que el ojo vigía encontró a un chico vagando por las ruinas de Harrington y envió las imágenes al centro de seguimiento y resulta que llevaba las mismas ropas que nosotros antes de llegar aquí, el uniforme gris de esclavo de los cosechadores. Así que Mowatt y Taber se interesaron y le enseñaron la grabación a Travis, que seguía dando el parte, y Travis les dijo que era Simon y lo dejaron entrar en el Enclave porque creían que uno de nosotros podría darles información valiosa. Pero Taber no estaba convencido, así que Travis le dijo que o dejaba entrar a Simon o se largaría, y que estaba seguro de que los demás lo seguiríamos. Igual fue un poco presuntuoso.

—Lo dudo —dijo Mel.

—Vamos, que Taber cedió y el ojo vigía se puso en marcha y guió a Simon hasta aquí. Parece que estaremos todos juntos de nuevo otra vez.

—Me alegro tantísimo.

—Mel, ¿puedo preguntarte algo? Conoces a Travis desde hace mucho, ¿verdad?

—Desde antes que a nadie —afirmó Mel—, excepto a Jessica.

—¿Alguna vez te has enfadado con él?

—Un montón de veces.

—¿Y has seguido enfadada?

Mel sonrió, pese a sus problemas.

—Nunca.

Tilo suspiró, como si admitiese una especie de derrota.

—Eso pensaba.

Travis pensó que Simon, a cuyo alrededor se congregó todo el mundo en la sala de reuniones, tenía buen aspecto. Se alegraba de volverlo a ver. Se quitó un peso de encima; era como si alguien hubiese atendido a sus ruegos.

—Después de ser procesado —narró Simon—, me devolvieron las gafas y me encerraron en una celda a mí solo, no sé por qué. Eso de estar aislado no me gustó un pelo, la verdad. Entonces, la puerta se abrió de pronto y empezó a sonar la alarma, y yo no sabía qué hacer. Así que salí al pasillo y vi que no había nadie, ni guardias, ni cosechadores, ni vosotros.

—Estaríamos en otra planta o algo así —dijo Travis—. Nuestro amigo cosechador, Darion, desconectó los sistemas de seguridad.

Simon esbozó una débil sonrisa.

—Viene bien tener amigos en las altas esferas, Travis. Así que Darion, ¿eh?

—Queríamos encontraros a ti y al resto, Simon, de verdad. Pero, como ya te hemos dicho, no teníamos tiempo. Desde entonces, no ha pasado un minuto en el que no me haya sentido fatal por no poder buscarte. No sé si podrás perdonarme.

Simon pensó que Travis sonaba algo desesperado. Debía de estar cargando con una gran culpa. Merecía cargar con ella. Lo que había hecho era imperdonable.

—Te entiendo, Travis —dijo, sin embargo, como concediéndole su perdón—. Todos tenemos que tomar decisiones, ¿verdad? Y a veces, esas decisiones son duras. No creo que haga falta que pidas disculpas. Al final conseguí salir, ¿no? Aquí estoy.

—Sí. —Richie miraba a Simon como con incredulidad, sintiendo una admiración que hasta entonces había considerado inconcebible—. ¿Cómo te las apañaste para escapar, Simoncete? Y encima, solo. No me puedo creer que lo hayas conseguido.

Porque eres un pedazo de mierda sin cerebro, pensó Simon.

—Estoy seguro de que tú también hubieses podido, Richie —dijo—, si te lo hubieses propuesto. —*Si alguna vez te propusieses algo, pedazo de imbécil*—. Sencillamente, me alejé de los cosechadores. Se me da bien eso de alejarme de la

gente. Tuve un montón de práctica en el colegio. Debo admitir que esperaba que hubiese guardias, pero debían de estar persiguiéndoos. Así que, de algún modo, me ayudasteis a escapar, Travis.

—Es muy generoso por tu parte que lo veas así, Simon —dijo Travis, a la vez que asentía.

—Me escondí en una especie de almacén —dijo Simon, siguiendo con su mentira—. Y en la pared había un plano de la nave. Lo utilicé para encontrar la salida. Me llevó tiempo y, obviamente, no quería correr el riesgo de que me encontrasen, pero por suerte estaba oscuro y finalmente encontré la escotilla de salida o lo que fuese. Regresé a Harrington. Y ya sabéis el resto.

—Increíble —dijo Richie con una sonrisa—. Simon, nunca pensé que diría esto, pero estás hecho un todo un hombre.

Cierra la maldita boca.

—En ningún momento —continuó Simon— dejé de pensar en vosotros. Quería volver a veros. —Y agradecía que el comandante Shurion no le hubiese entregado aquel dispositivo de comunicaciones para contactar con él, como quería al principio: hubiese aparecido durante el proceso de descontaminación, revelando a quién debía lealtad. Pero ya tenía el nombre. Darion. Descubriría más si fuese necesario y después, lo único que tenía que hacer era buscar el modo de contactar con el comandante de los cosechadores. No debería de ser muy difícil. Después de todo...

—Simon, eres tan valiente. —Jessica le dio un abrazo y lo besó, pero no en los labios—. No sabía que...

—Ah, Jessica... —Simon guiñó los ojos tras sus gafas—, hay un montón de cosas de mí que no sabes.



Había pasado la mayor parte de la noche en vela hasta tomar aquella decisión, pero por la mañana, Darion había concluido que no haría nada en absoluto. Habría quien encontraría irónica aquella situación: horas de deliberación y, al final de todas ellas, despreocupación. Pero quienes así pensasen no estarían familiarizados con Darion, nacido del linaje de Ayrion de las Mil Familias. El joven alienólogo era de naturaleza reservada y reflexiva, no era un hombre de acción; su crianza había tenido como objetivo enseñarle a valorar y preservar las cosas tal y como estaban, a no cuestionarlas y a no plantearse cambiarlas. A Darion le había costado un esfuerzo monumental ayudar a los terrícolas. Alterar su conducta habitual otra vez estaba, probablemente, más allá de sus posibilidades.

Además, quedarse quieto donde estaba y seguir con su vida tenía sentido desde el punto de vista táctico. Shurion podría interpretar cualquier cambio súbito en su ya establecida rutina como un acto incriminatorio... Darion estaba seguro de que el comandante sospechaba de él y creía que era el traidor, así lo deseaba. Permanecer a bordo de la Furion también le permitía seguir de cerca las operaciones esclavistas, para comprobar meticulosamente si entre los terrícolas cosechados por los recolectores se encontraba Travis Naughton.

Resultaba útil que los terrícolas tuviesen pelo, al contrario que su propia raza, para la que un aspecto hirsuto denotaba salvajismo y era una muestra clara de inferioridad. También era de gran ayuda que el pelo de los terrícolas fuese de una gama tan amplia de colores, de lo contrario Darion apenas hubiese podido distinguir a los alienígenas entre ellos. Aún no había visto a Travis, de pelo castaño, aunque eso no significaba necesariamente que el chico no hubiese sido capturado, con o sin sus compañeros de fuga. La cifra de prisioneros continuaba subiendo, hasta aproximarse al centenar. El procesamiento continuaba sin pausa y la información que proporcionaba iba a parar a los voraces bancos de datos de la Furion. Los criotubos no paraban de ocuparse y las celdas estaban llenas. En las proximidades estaba construyéndose un complejo para contener a los terrícolas hasta que fuese su turno de ser procesados. Por lo que Darion sabía, Travis podía encontrarse languideciendo en su interior.

Pero lo dudaba. Creía en lo que afirmaban los datos del procesamiento. Si la tecnología de los cosechadores había determinado que Travis Naughton era un líder, aceptaba sin rechistar la veracidad de aquella estimación. No es que dependiese por

completo de los ordenadores: su evaluación personal del terrícola respaldaba aquel análisis. Aun en cautividad, Travis había demostrado ciertas cualidades que Darion reconoció como propias de un líder: rebeldía, confianza en sí mismo, fuerza de voluntad. Cualidades que envidiaba, cualidades que temía no poseer. Así que tenía fe en que Travis no se dejaría capturar de nuevo, hasta confiaba en que sería más listo que el agente de Shurion, aunque el espía se las apañase para entrar en contacto con él. Darion no tenía nada que temer a ese respecto. Una vez descartada la amenaza del traidor, no tenía nada que temer en absoluto. Shurion... Estaba en la puerta, activando el sistema de comunicación y solicitando permiso para entrar.

La confianza del alienólogo se evaporó como el agua en un desierto. Shurion nunca había entrado antes en sus aposentos. Dudaba que se tratase de una visita de cortesía. Si aparecía escoltado por guardias, significaba que todo había terminado.

Sin embargo, no podía dejar al comandante esperando en el pasillo. Ordenó a la puerta que se abriese.

—Comandante Shurion. Qué sorpresa. —Darion dejó escapar una risa nerviosa, aliviado. Shurion estaba solo.

—Pero no muy agradable, ¿no es así, lord Darion? —El cosechador, ataviado de negro, se adentró en la habitación. Su gesto era casi tan oscuro como su armadura.

Era evidente que Darion aún tenía que ser cauteloso. Sintió sus músculos tensarse, sus dedos temblar.

—No sé a qué se refiere.

—¿Quizá esperaba otra visita? Por ejemplo, la del visitante de la que se me ha informado esta mañana que vendría de un momento a otro a la Furion, procedente de la Ayrion III.

—¿Ah, sí? —Ya tardaba en llegar—. Bien, en ese caso, comandante Shurion, agradecería que me explicase qué hace aquí, ya que tengo preparativos que hacer.

—Seré breve, lord Darion —dijo Shurion, lacónico—, y seré franco. No apruebo la presencia a bordo de cualquier nave, mucho menos a bordo de una a mi mando, de un visitante como el que estamos a punto de recibir. No creo que sea apropiado y si tuviese alguna autoridad a ese respecto, la impediría.

—Pero mi padre le supera en rango.

—Es mi deber y un honor seguir las órdenes del comandante de la flota Gyrion —dijo Shurion, como si le hubiesen arrancado aquellas palabras bajo tortura—. No obstante, puede que tanto usted, lord Darion, como su compañero quieran pasar su tiempo juntos en otro lugar que no sea esta nave.

Vaya que sí, pensó Darion. Aquella podía ser una inesperada ventaja.

—¿Tiene alguna ubicación en mente, comandante Shurion? —preguntó.

—Hay un emplazamiento terrícola de considerable tamaño, para los primitivos estándares de este planeta, claro, cerca del campamento de esclavos. Pertenece a una

familia de aristócratas terrícolas, por lo que tengo entendido. Ya hemos retirado los cadáveres. Pueden dirigirse ahí. —Shurion pronunció la última frase con todo el desdén que se atrevió a transmitir—. Ningún cosechador decente se plantearía siquiera residir entre los miserables y escuálidos muros de una cultura atrasada, por supuesto, pero por algún motivo dudo que a dos alienólogos como ustedes les preocupe lo más mínimo ese detalle. De hecho, imagino que se sentirán como en casa —dijo mientras miraba con condescendencia las obras de arte alienígenas, las miniaturas de formas de vida ajenas a los cosechadores, las vasijas cambiantes—, dada la malsana decoración con la que encuentra aceptable adornar este sitio.

—Estos artefactos son una parte vital de mis estudios —se defendió Darion—, como ya sabe, comandante Shurion.

El comandante dirigió su mirada hacia el yelmo de los recuerdos de Lacrima. Cruzó la habitación hasta llegar a él.

—Estas abominaciones —masculló—, son los restos sucios y viciados de sociedades conquistadas e impuras. Me ofende el mero hecho de mirarlos. Tocarlos —dijo mientras levantaba el brillante cristal verde con expresión de asco— me pone enfermo.

Alarmado, Darion mostró sus manos a modo de advertencia.

—Por favor, comandante Shurion, ese objeto es extraordinario.

—¿Extraordinario? Estas atrocidades deberían estar extintas. ¿Cómo puede rodearse de semejante corrupción, lord Darion? Creo que hasta constituiría una ofensa criminal, un acto contra los cosechadores.

—Tonterías, comandante Shurion. Le he dicho que, por mi trabajo como alienólogo, necesito...

—No necesita acumular esta vil chatarra en sus aposentos, lord Darion, eso lo sé. —Shurion entrecerró sus ojos escarlata y lo miró como un depredador—. Guarda estos objetos porque así lo quiere. Podría decirse que tal acto está motivado por una retorcida admiración hacia estos miserables y grotescos ornamentos...

—Tonterías. Y ahora, por favor, comandante Shurion, el yelmo de los recuerdos...

Shurion sonrió sin una pizca de humor.

—Por supuesto que son tonterías, lord Darion, porque si no lo fuesen, también me vería tentado a pensar que su dueño podría ser lo bastante tonto e iluso como para llegar a simpatizar con razas impuras e inferiores como la de los terrícolas. Y si llegase a creer eso...

—Tenga cuidado con lo que dice, comandante Shurion —protestó Darion a la desesperada, con el corazón bombeando a toda velocidad a causa del miedo—. Recuerde quién soy. Pertenezco a las Mil Familias, al linaje de Ayrion el Temerario. No olvide su lugar.

—Oh, nunca olvido mi lugar, lord Darion —dijo Shurion, críptico—. Y disculpe mis especulaciones. No tenía intención de acusarlo a usted personalmente, por supuesto. Sé perfectamente que las Mil Familias están más allá de toda crítica.

—Sí, bueno, acepto sus disculpas. Pero, por favor, comandante, si pudiese soltar el yelmo de los recuerdos...

—¿Esto? ¿Que lo suelte? Por supuesto, lord Darion —dijo Shurion, complaciente, antes de liberar el yelmo de sus manos.

—¡No! —gritó Darion.

Pero las leyes de la gravedad no obedecieron siquiera a la orden de un descendiente del gran Ayrion. El yelmo de los recuerdos de Lacrima cayó sobre el suelo de metal con un estrépito, convirtiéndose en mil añicos, mil esquirlas de cristal, como lágrimas de jade.

—¡No! —protestó Darion.

—Oh, qué patoso soy. —Shurion negó con la cabeza, fingiendo arrepentimiento—. Pero al menos ya tiene algo con lo que entretenerse hasta que llegue su visita, lord Darion: volverlo a juntar. Disculpe.

El comandante se marchó, pero Darion apenas se dio cuenta. Adoraba el yelmo de los recuerdos. Se lo había puesto en muchas ocasiones, esperando que las almas de los lacrimeses muertos hablasen con él a través de su brillante cristal. Hasta entonces, nunca lo habían hecho. Ya nunca lo harían.

Cayó al suelo de rodillas. Sintió que temblaba de forma incontrolable, poseído por una furia desmedida hacia la insolencia e ignorancia de Shurion, aterrado ante la hostilidad y sed de venganza del comandante. No podía haber el menor atisbo de duda. Shurion jamás se hubiese atrevido a hablarle del modo en el que lo había hecho a menos que tuviese serias sospechas de que Darion era el traidor. Solo su rango protegía al joven cosechador de un interrogatorio formal. Pero su antagonista no tenía pruebas. Mientras todo siguiese así, Darion estaba a salvo. Aunque tampoco es que se sintiese seguro en aquel momento, postrado en el suelo de sus aposentos con los fragmentos del yelmo de los recuerdos esparcidos a su alrededor.

El intercomunicador volvió a sonar. Había alguien fuera. ¿Sería Shurion, que habría regresado con pruebas, guardias y una orden de arresto? ¿Habría estado jugando con él antes?

Darion se puso en pie tambaleándose. Tenía la garganta seca.

—Puerta, abrir. —Y cuando la puerta obedeció, gritó. Pero no de miedo. De alegría. Porque la silueta que estaba en el umbral no era la del comandante Shurion sino la de otra persona, aquella a la que esperaba ver.

Dyona.

En el Enclave, la respuesta de Jessica al encontrar a Mel en la puerta fue menos entusiasta.

—Oh. Eres tú. No esperaba... Después de lo de ayer... ¿Qué quieres?

—Hablar. Explicarme, a poder ser. —Había buenas noticias y malas noticias. Buenas noticias: Antony no estaba en la habitación de Jessica con ella; estaba sola. Malas noticias: la expresión en el rostro de Jessica, sombría, cerrada, a la defensiva. Mel apenas podía soportar aquel gesto—. ¿Por favor?

—No tenemos tiempo. Mowatt y Taber quieren que vayamos a la sala de reuniones.

—En media hora. Creo que es tiempo suficiente.

—Puede que sí, pero la verdad es que últimamente crees unas cosas rarísimas sobre según qué cosas, ¿no te parece, Mel? Como sobre la amistad, por ejemplo.

—Por favor, Jessie. Precisamente porque somos amigas.

—O lo éramos —la corrigió Jessie. Suspiró—. Vale, puedes pasar, pero será mejor que merezca la pena, Mel.

Al menos sería la verdad. Se acabó tramar y engañar. Mel le había dado muchas vueltas, pero sentía que en aquel momento solo le quedaba ser honesta. Completamente honesta. Sin importar las consecuencias.

—Gracias, Jessie —dijo mientras entraba en el cuarto de su amiga. ¿Cómo iba a empeorar las cosas todavía más de lo que ya estaban? Quizá si Jessica supiese cuáles eran sus verdaderos sentimientos...

—¿Y bien?

—Perdón. Por lo de ayer. Por lo de Antony y yo. No tiene... no tiene nada que ver con él. Lo que dijo era todo cierto. Lo engañé para que me acompañase a mi cuarto. Le dije que viniese. Y lo preparé todo para que cuando llegases, nos pillases juntos.

Aquella confesión confundió a Jessica, más que sorprenderla. Pensaba que conocía a Mel mejor que a nadie, con la posible excepción de Travis, pero a la chica a la que había visto el día anterior con Antony, la chica que se encontraba ante ella rogándole, tenía el cuerpo de Mel, pero lo que estaba diciendo, cómo se estaba comportando... eso Jessica no lo podía entender.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Es que te gusta Antony, después de todo?

Mel rió sin ganas.

—Daría igual si me gustase. No estaba interesado en mí. Y la única chica en la que está interesado, Jess, se encuentra en esta habitación. Pero no, no me gusta. Lo que ocurrió no tiene que ver con Antony y conmigo. Es entre tú y yo.

—¿Entre nosotras? —Jessica empezó a sentirse alarmada. Un poco.

—Sí, quería que Antony y tú os separaseis antes de empezar como pareja.

—¿Porque pensabas que me haría daño? Eso es lo que dijiste...

Y ojalá fuese así de sencillo, un deseo de sobreprotección mal entendido por parte

de Mel y nada más; si solo fuese eso quizá podrían superarlo, pasar página, olvidar aquella escena de mal gusto que tuvo lugar el día anterior. Jessica así lo deseó, pero...

—Eso es lo que dije, sí, y lo decía en serio —reconoció Mel—. Pero esa no es la razón principal por la que no soportase veros a Antony y a ti juntos, Jessie, o pensar en vosotros como novio y novia. Con él, o con cualquiera. Con cualquier chico.

—No... no te sigo.

—¿No? Seguro que sí. —Estaba a punto de tener lugar el momento crítico. Mel sabía que en el próximo minuto, su vida cambiaría para siempre—. Estoy celosa, Jessie. Celosa de pensar en ti con cualquier otra persona.

—¿Por qué? —No es que quisiese saberlo, pero tenía que saberlo.

—¿No es obvio? ¿No lo has sabido siempre, en el fondo...? Porque quiero estar contigo, Jessie. Porque no puedo quitarte de mi cabeza. Siempre estoy pensando en ti. Porque mientras duermo, sueño contigo. Porque te adoro. Porque te quiero. Porque... no quiero conformarme con ser tu amiga, Jess, ni siquiera tu mejor amiga. Quiero ser algo más que eso. Quiero... —Y dio un tentativo paso al frente.

Jessica dio dos hacia atrás.

—¿Jessie?

—No, Mel.

—Mel.

Y Jessica recordó cuando vivía en su casa, en los días en los que la gente aún tenía casa, y padres, y tardes en familia enfrente de la tele. Y en el programa que estaban viendo había dos chicas besándose, y papá negó con la cabeza, desaprobando la escena y diciendo que aquello no debería estar permitido, que estaba mal, que no era natural. Lo llamó lesbianismo, lo llamó homosexualidad, y dijo que hoy en día no podías poner la televisión sin que los productores televisivos liberales (que no creían en los valores familiares y que seguramente fuesen homosexuales) te lo pusiesen en las narices para presentar aquella inmoralidad sexual como normal, como algo de lo que enorgullecerse. Pues bien, pues no lo era, dijo papá. Las parejas del mismo sexo, las relaciones del mismo sexo, eran algo de lo que avergonzarse; y la gente implicada en ellas también debería hacerlo. Mamá añadió que era una política intencionada del Gobierno para corromper las mentes de los jóvenes, para erosionar los estándares morales y para atacar el concepto de decencia, ¿y no sería mejor cambiar de canal para que Jessica no tuviese que ver eso?

—No digas que no, Jessie. —En el presente, Mel seguía rogando—. Te quiero.

—Deberías... —Dieciséis años de educación hicieron valer su autoridad—. Debería darte vergüenza, Mel.

—¿Qué? —Mel pareció doblarse, a punto de venirse abajo como si le hubiesen clavado un cuchillo en el corazón y lo hubiesen retorcido.

Jessica, sin embargo, se mantuvo firme.

—¿Por qué dices esas cosas? ¿Por qué tienes que decir las?

—Porque son la verdad, Jessie.

—Eso es irrelevante. Me da igual. No lo sabía y estaba mejor así. Porque ahora que me has obligado a oír esas cosas no puedo olvidarlas y nos han cambiado, Mel. Nos cambian a las dos. Ahora tengo que tomar decisiones al respecto. Ya no podemos ser lo que siempre fuimos. Ojalá no hubieses abierto la boca.

—Por favor, no... no me mires así.

—¿Y cómo quieres que te mire? —objetó Jessica—. ¿Cómo voy a mirarte después de lo que me has dicho?

—No estoy avergonzada, Jessie. —Aunque, bueno, durante algunas noches oscuras que pasó despierta y sola...—. ¿Por qué iba a estarlo? Lo que siento por ti es maravilloso, es emocionante, es...

—Aberrante —concluyó Jessica por ella—. Es aberrante, Mel. —Aunque la verdad es que, vistas las cosas en su conjunto si es que tal cosa era posible, ¿sería un crimen si...?—. Me cuidaste, ¿verdad que sí? Mientras estaba en esa especie de trance.

—Por supuesto que lo hice. Jess, escúchame...

—Travis dijo que no me dejaste sola ni un momento, que no permitías que nadie más... ¿Por qué, Mel? ¿Me querías exclusivamente para ti? ¿Como una muñeca? ¿Como si fuese un juego?

—Jess, no fue así...

—Nunca había pensado en ello, pero después de esta pequeña revelación, tengo motivos para ver la situación de un modo muy distinto, ¿no te parece, Mel? Le da una nueva perspectiva. ¿Me dabas de comer, verdad? Attendías todas mis necesidades. ¿Me metías en la cama por las noches? A tu lado.

—Jessie, por favor...

—¿Me quitaste la ropa?

—Jess...

—No, no quiero saberlo. No quiero pensar en ello. Es... sucio.

—No es sucio.

—Pues yo creo que sí. —Y por un momento, en el rostro de Jess se dibujó una gran tristeza—. ¿Por qué has tenido que arruinar nuestra amistad, Mel? La has arruinado justo cuando más nos necesitábamos la una a la otra. Serás... imbécil.

—No. Jess. Escucha. —Le entró pánico. La situación empezaba a escapársele de las manos—. Siento que me hayas... Lo siento. No... escucha, olvida lo que he dicho. No he dicho nada. No quería... era una broma. Me alegra que te guste Antony. A mí también me gustan los chicos. No volveré a hablar de ello. Por favor... no me odies, Jessie. No me odies.

Pero, sin tener en cuenta los sentimientos de Mel, Jessie se dio media vuelta,

protegiéndose de ella. Su voz era fría como la piedra.

—Ahora mismo no puedo mirarte. Me voy a la reunión. —Se dirigió hacia la puerta.

—Por favor, Jessie, no te vayas así. No me dejes...

Sola. En el silencio de la habitación de Jessica. Mel cerró los ojos, pero aun así las lágrimas encontraron el modo de salir. Sintió que le dolía el corazón. Cada respiración le suponía un esfuerzo que, en aquel momento, no estaba segura de que mereciese la pena. Había terminado. Del todo. Había hecho que Jessica se largase a la sala de reuniones cuando lo que quería era que cayese en sus brazos, algo que ya no ocurriría. Jamás. Si no podía estar con Jessie, no estaría con nadie.

Quizá no reinase el silencio en la habitación, después de todo. Porque Mel estaba segura de poder oír, desde algún lugar, la risa de su padre muerto.

Cuando Mel no apareció en la sala de reuniones a tiempo y el mensaje del capitán Taber a través del sistema de comunicaciones no obtuvo respuesta, Jessica dijo que quizá se había ido a dormir. Según ella, Mel no tenía muy buen aspecto la última vez que la vio. Estaría estresada. O sería «ese día del mes».

Taber carraspeó. Independientemente del paradero de la señorita Patrick y del motivo de su ausencia, deberían continuar sin ella. Él y la doctora Mowatt tenían algo que mostrar a los jóvenes, algo en lo que el señor Naughton, dada su impaciencia por devolverles el golpe a los cosechadores, estaría particularmente interesado.

Los Josués.

—Quizá debería ir a comprobar que Mel se encuentra bien —le propuso Travis a Jessica mientras se dirigían a la planta superior.

—Seguro que no le pasa nada —dijo la chica, enfadada porque la confesión de Mel (que era, sin duda, el motivo de su ausencia) la hubiese empujado a mentir a sus amigos. Mel tenía mucho de lo que responder—. Vamos a ver qué son esos Josués.

—¡Tanques! —Richie se mostró pletórico al verlos—. ¡Son puñeteros tanques, de los de verdad!

Los seis adolescentes se detuvieron, junto a Mowatt y Taber, cerca de dos hileras de vehículos idénticos.

—El vehículo de asalto Josué —declaró el capitán Taber con orgullo—, es mucho más que cualquier otro tanque con el que esté familiarizado, señor Coker.

—¡Joder, cómo mola! —exclamó Richie, entusiasmado—. Vamos a darles una buena a esos puñeteros alienígenas.

—¿Por qué se llaman «vehículo de asalto Josué», capitán Taber? —preguntó Antony con educación.

—¿Han leído la Biblia, no es así? —contestó el militar—. Con la ayuda de Dios, Josué derribó las murallas de Jericó. Gracias a la tecnología armamentística británica, nuestros Josués pueden derribar los muros de cualquier lugar, destrozarse cualquier

defensa, destruir cualquier barrera y derrotar a cualquier oposición, incluyendo a esas malditas naves de los cosechadores.

—¿De verdad?, pensó Simon. Más información interesante para el comandante Shurion.

—¿Incluyendo los escudos que protegen las naves de los cosechadores? —preguntó Travis deliberadamente.

Taber ignoró la pregunta, también intencionadamente. Y Travis solo contó doce Josués, que deberían enfrentarse a cientos de naves esclavistas. ¿Cómo iban a suponer la menor diferencia aquellos tanques con ínfulas? Taber se estaba engañando a sí mismo si imaginaba que derrotaría a los cosechadores con unas cuantas escopetas de feria de mayor calibre. Pero entonces Travis recordó otro pasaje de la Biblia. El de David y Goliat. Quizá debería tener un poco de fe. Quizá los Josués serían sus hondas.

—Se habrán fijado —dijo Taber, enfrascado en su papel de comercial—, que los VAJ se desplazan sobre orugas, como otros modelos de tanques, aunque también habrán observado que las ruedas están ocultas bajo los faldones de acero reforzado del vehículo, por lo que son menos vulnerables. Las placas de la oruga tienen puntas de diamante retráctiles para que el Josué se aferre al terreno, independientemente de lo difícil o peligroso que este sea. El cuerpo —continuó, mientras le daba unas palmadas tan afectuosas que parecía estar mimando a un cachorro— está hecho de una aleación de acero al molibdeno, prácticamente imposible de penetrar con armamento convencional.

Travis se preguntó si resistiría igual de bien los letales rayos amarillos de las vainas de batalla, o los misiles o láseres que habían arrasado Harrington, o cualquier otra desagradable y potencialmente definitiva sorpresa que los alienígenas tuviesen guardada en su arsenal. La inmaculada y brillante armadura gris de los Josués tenía un aspecto formidable, el diseño de aquellos vehículos de asalto era más aerodinámico, menos anguloso que las máquinas que había visto arrasar Francia en las viejas películas bélicas, y cada torreta en forma de cúpula estaba equipada con armas duales de gran calibre y considerable diámetro, una montada encima de la otra. Pero, aun así, ¿cómo respondería el orgullo de Taber en el campo de batalla? Travis supuso que, al final, solo había un modo de comprobarlo.

—Los Josués pueden funcionar con un único piloto —dijo Taber—, aunque hay espacio para tres en la cabina de control de su interior, a la que se puede acceder desde unas escotillas frontales y traseras. Una batería de cámaras y sensores proporcionan un flujo constante de información a los operarios, convirtiéndose en sus ojos y sus oídos y evitando así la necesidad de que sean ellos los que tengan que otear el exterior, lo que los haría vulnerables al enemigo. Estas cañoneras que veis en las secciones frontal y trasera, así como en los laterales, una vez activados los sistemas

de asalto del Josué, pueden funcionar como lanzacohetes, lanzallamas o ametralladoras, en función de lo que elija el operario. La torreta puede girar trescientos sesenta grados, y las dos armas —añadió, señalando los dos cañones que apuntaban hacia delante en perfecta armonía— pueden moverse y estacionarse de forma independiente. Incluso pueden apuntar hacia arriba para hacer frente a ataques aéreos, una capacidad muy útil dada la posibilidad de entablar combate con esas vainas de batalla, ¿eh?

—Muy impresionante, capitán Taber —aceptó Travis—. Me pregunto por qué no ha desplegado los Josués hasta ahora.

Taber reaccionó con cierta incomodidad a aquella crítica velada.

—Por dos motivos perfectamente válidos desde un punto de vista militar, señor Naughton.

—Mis científicos y yo ya nos hemos ocupado con éxito del primero de ellos —interrumpió la doctora Mowatt—. A la tripulación del Josué le resultaría engorroso llevar trajes protectores durante la operación y hasta comprometería su eficacia, poniendo en peligro sus vidas. Sin embargo, mientras el virus de la enfermedad aún flote en el aire, todo adulto que se aventure a la superficie no tiene otra opción que ponérselo. En vista de ello, lo que hemos hecho ha sido diseñar e instalar en la cabina de los VAJ una versión en miniatura del sistema medioambiental que protege el Enclave de un ataque biológico. Las cabinas de control son ahora completamente independientes, capaces de reciclar oxígeno e invulnerables a ataques biológicos. En otras palabras, nuestra tripulación será capaz de operar en la superficie con total seguridad, motivo por el cual hemos esperado hasta este momento para enseñaros los Josués, ahora que podemos desplegarlos, al menos en teoría.

—¿En teoría? —Travis reaccionó en cuanto oyó la palabra.

—Nuestro segundo problema —dijo Taber—, son los escudos de los alienígenas. No puedo enviar a los Josués mientras esos escudos sigan en pie.

Travis negó con la cabeza, frustrado.

—Pero ¿y los chicos que podríamos rescatar? Si los Josués son tan fantásticos... ¿por qué no hace nada por ellos?

Simon miró a Travis con intensidad mientras escuchaba sus palabras. Porque, caramba, menuda labia gastaba Travis Naughton. Era de lo más convincente. ¡Pero qué indignado sonaba! No era de extrañar que él, Simon, se hubiese dejado llevar por su cantinela de ayudar a los demás, engañado por aquello de hacer lo correcto. Travis debería haber sido actor. Porque todo aquello no era más que una actuación. Simon estaba convencido de ello. Tenía que serlo, ¿verdad? Porque, ¿acaso no era el mismo muchacho de ojos azules que discutía entonces con Taber acerca de rescatar a unos chicos (chicos a los que, por cierto, no conocía, a los que nunca había visto y a los que nunca había hecho una promesa), el mismo Travis que había abandonado a

Simon, su supuesto amigo, dejándolo a su suerte a bordo de la nave de los cosechadores, solo una vez más?

Vaya si lo era.

Había confiado en Travis. Había confiado en él más que en nadie. Eso era lo que le dolía. Y Travis le había fallado como todos los demás, como la vida, y Travis debía sufrir por ello, debía ser castigado por sus actos y darse cuenta de ellos. La guapa de Jessica también, y Mel, estuviese donde estuviese, y Tilo, y Clive y Coker, sobre todo Coker, todos ellos verían y comprenderían que Simon Satchwell no era solo el blandengue de las gafas, un debilucho, una víctima. Podía cambiar las cosas. Y no iba a permitir que nadie le tosiese, nunca más. Tenía nuevos y poderosos amigos. Tenían que verlo. Tenía que mostrárselo.

Sin embargo... ¿y si estaba equivocado con respecto a Travis?

Cabía la posibilidad de que la versión de su supuesto protector sobre los acontecimientos que tuvieron lugar a bordo de la nave de los cosechadores durante la fuga fuese, bueno, cierta. No era del todo imposible que Travis hubiese querido buscarlo pero que también hubiese otros que dependían de él. Podía haberse dado el caso de que sintiese genuina culpa y arrepentimiento por haber dejado atrás a Simon, al verse obligado a velar por los demás. El alivio y la alegría de Travis al ver a Simon de nuevo podían, era una posibilidad, ser auténticos.

Simon estaba confundido, hecho un lío. En la nave de los cosechadores se sentía totalmente convencido. La versión del comandante Shurion acerca de lo que había ocurrido le persuadió de la cabeza a los pies; todo debía ser tal y como lo describió el cosechador; y que Simon se las devolviese todas juntas a Travis y al resto era lo mínimo que estos merecían. No se puede traicionar a un traidor. Y lo que habían hecho era imperdonable. Sin embargo, lejos de la influencia de Shurion, rodeado por todos los demás, con Travis presente, diciendo lo que diría Travis, haciendo lo que haría Travis, siendo él mismo, Simon dudó. Aunque el hecho de que lo hubiesen abandonado lo dejó a las puertas de la muerte, parte de él quería volver a creer en Travis y estar integrado con sus iguales. Parte de él quería perdonar.

Se estaba librando una batalla en su interior. Por un lado, la amargura por el trato que había sufrido recientemente y durante años; por otra parte, la lealtad que había sentido hacia Travis desde antes de la llegada de la enfermedad. ¿Quién era el auténtico merecedor de su confianza, Travis o el comandante Shurion? ¿Cuál era su lugar? Tenía que estar seguro, convencido, antes de tomar una decisión que no podría deshacer. Así que miró a Travis con intensidad mientras escuchaba sus palabras.

—Entonces supongo que solo nos queda una opción, ¿no es así? —decía el muchacho de pelo castaño—. Es tan obvio que me sorprende que no lo hayamos hecho hasta ahora. —Todo el mundo, incluidos Mowatt y Taber, lo miraban con asombro—. Queremos dejar los escudos de los cosechadores fuera de combate para

dar a los Josués la oportunidad de darles a las naves, ¿no es así? Pues muy sencillo, solo tengo que dejar que me vuelvan a capturar...



—No me gusta —dijo el capitán Taber después de que todos se congregasen de nuevo en la sala de reuniones.

Mel también se contaba entre ellos, tan pálida y lánguida que los demás concluyeron que, tal y como Jessica les había hecho creer, estaba enferma. La chica de cabello moreno no hizo nada para refutar aquella suposición. Respondió a las preguntas de sus amigos sobre su salud afirmando que se encontraba bien, de verdad, y pidiendo disculpas por haberse perdido la reunión hasta entonces; dijo que se sentaría a escuchar y que enseguida se pondría al corriente de lo que había pasado durante su ausencia. Cuando tuvo que elegir silla, optó por la que estaba más apartada de Jessica, alejándose todo lo posible sin llegar a abandonar la mesa. Jessica no le había preguntado cómo se encontraba. De todas formas, nadie pareció notar la tensión que había entre las dos. Había asuntos más importantes que atender.

—No me gusta esa idea en absoluto —reiteró Taber.

—Con todo respeto, señor, no le tiene que gustar —apuntó Travis—. La cuestión es si el plan puede funcionar o no, y yo creo que sí puede. Me dirijo a la colina Vernham, me encuentro voluntariamente con los recolectores, vuelvo al interior de la nave de los cosechadores, contacto con Darion de nuevo y lo convengo para que sabotee o anule los escudos de algún modo.

—De algún modo —enfaticó Tilo—. ¿Así convencerás a Darion de que nos vuelva a ayudar? Por lo que nos has contado hasta ahora, Travis, antes tampoco es que fuese todo un revolucionario. ¿Qué te hace pensar que reunirá el valor para jugarse la vida por segunda vez para ayudar a unos terrícolas inferiores? Podrías acabar en un criotubo... y no conseguir nada. —Hablaba como si estuviese preocupada por lo que le pudiese suceder a Travis, aunque evitase su mirada.

—Tilo tiene razón, Travis —afirmó Jessica—. Para empezar, ¿cómo puedes estar seguro de que te enviarán a la misma nave? Y aunque así sea, no sabemos si descubrieron la traición de Darion después de que huyésemos. Puede que él mismo esté encerrado mientras hablamos, y lo único que podrá sabotear desde allí es tu plan. Es demasiado arriesgado. Es demasiado... impredecible.

—¿Y qué no lo es en estos días? —dijo Travis.

—¿Y si el comandante Shurion, o un evaluador, o alguien te reconoce antes de que puedas ponerte en contacto con Darion? —Antony defendía la postura de Jessica—. Y además, ¿cómo piensas dar con él?

—Bueno, la respuesta corta es que no lo sé. —Travis rió sin ganas—. No lo sé. No lo sé. No lo sé. Pero lo que sí sé es que tenemos que hacer algo y creo que lo que propongo es un «algo» constructivo. —Miró a todos los presentes alrededor de la mesa, como si suplicase—. Quiero decir, ¿y si soy capaz de encontrar a Darion? ¿Y si neutraliza los escudos? Los Josués podrían convertir sus malditas naves en chatarras y dar el pistoletazo de salida para el contraataque de la raza humana. Eso merece algún que otro riesgo, ¿o no? ¿Doctora Mowatt? ¿Capitán Taber?

La directora científica se volvió hacia su colega, el militar.

—Podríamos enviar un ojo vigía con él para seguir la situación lo mejor posible.

Taber parecía estar cavilando tras su mirada cansada.

—Una vida a cambio de la oportunidad de una victoria significativa. Quizá tenga razón, señor Naughton. Su plan tiene sentido desde un punto de vista militar. Pero ¿y si lo descubren o reconocen? ¿Y si lo torturan hasta revelar la ubicación del Enclave?

Tilo se estremeció al pensar en la combinación de «Travis» y «tortura».

—Ni siquiera saben que este lugar existe —dijo Travis—. ¿Cómo iban a obligarme a decirles dónde se encuentra?

Taber deliberó.

—Me encantaría volver a combatir, enfrentarme al enemigo de una vez.

—Entonces ya sabe lo que tiene que decir —lo apremió Travis.

—No debe emprender la misión solo —dijo Taber—. Si le sucediese algo...

—Pero ¿eso es un sí?

—Yo iré con Travis —dijo Antony—. Me ofrezco voluntario.

Mel pudo ver la admiración y el cariño en el rostro de Jessica cuando esta miró al antiguo delegado del colegio Harrington mientras le estrechaba la mano. Otra puñalada en su corazón.

—Gracias, Antony —dijo Travis mientras asentía.

—No puedo dejar que acapares toda la gloria para ti solo, ¿no? —Antony rió, un poco nervioso.

—A mí también me gustaría ir —solicitó una nueva voz, haciendo que seis pares de sorprendidas cejas adolescentes se levantasen al unísono. Ofrecerse a afrontar un peligro garantizado era algo que nadie esperaba de Simon Satchwell—. ¿Por qué me miráis así? —*Si ellos supiesen...*

—No. No tienes por qué, Simon. Pero te agradezco que te ofrezcas a ello —dijo Travis.

—¿Crees que no estoy a la altura?

—Claro. Quiero decir, por supuesto que lo estás. Nos gustaría mucho que vinieses con nosotros, ¿no es verdad, Antony? —Antony expresó que sí, que, de hecho, le encantaría—. Pero acabas de escapar de la nave de los cosechadores. Quizá deberías descansar un poco antes de... Puede que sea lo mejor, Simon. ¿No lo cree, capitán

Taber?

En público, el capitán Taber afirmó que al señor Satchwell le vendría mucho mejor un periodo prolongado de descanso. En privado, seguro que pensaba que no querría que un debilucho como el señor Satchwell estuviese implicado en la operación que estaba a punto de tener lugar.

—Si tan seguro estás, Travis —dijo Simon. Bueno, si iba a contactar con el comandante Shurion, tendría que encontrar otra manera—, Richie podría ir con vosotros.

Para este, ofrecerse voluntario sí que era un concepto totalmente alienígena. Pero iba a tener que decir que sí.

—Bueno, yo...

Todos tenían sus miradas clavadas en él. Naughton. Morticia. Tony Clive, el niño pijo. Quería decir que sí... parte de él, al menos. La parte a la que su madre siempre pensó que le vendría bien ingresar en las fuerzas armadas. La parte que era capaz de sentir orgullo y valor, que sospechaba que había cosas que estaban bien y cosas que estaban mal. La parte que había mantenido oculta durante años, como un prisionero en una celda, una celda cuya llave no había encontrado hasta ahora. Quizá la había perdido. Y Richie se encogió de hombros y cerró la boca, frunció el ceño y bajó la cabeza hasta mirar a la mesa. Maldito Satchwell, por sacar a la luz su cobardía.

—Bueno, pues entonces vamos nosotros dos y ya está. —El tono de decepción en la voz de Naughton era evidente.

—Quizá debería acompañaros una de las chicas —propuso la doctora Mowatt—. Los cosechadores parecen una cultura bastante sexista. Quizá presten menos atención a una mujer.

—Yo voy. —Tilo y Jessica hablaron al unísono.

—No, para nada. —Travis y Antony también, y por el mismo motivo. Mel vio sus respectivas miradas clavadas en sus novias. Nadie la miraba a ella.

—Pero Travis...

—Pero Antony...

—Iré yo. —Mel habló con tanta decisión que todo el mundo se la quedó mirando—. Quiero ir. No quiero quedarme aquí. —No con Jessica. Quería estar lo más lejos posible de ella.

—Pero, Mel, ¿estás segura de que estás en condiciones de...?

—Estoy bien, Trav. No me pasa nada en absoluto. Puedo hacerlo. Déjame hacerlo. Déjame ser la chica del grupo, por favor.

Travis parecía un poco confundido por su vehemencia, pero...

—Vale, Mel. Por lo que a mí respecta, si quieres venir, adelante. ¿Antony?

El estudiante de Harrington también aprobó que Mel participase en la misión, al igual que la doctora Mowatt y el capitán Taber. Mel ya era parte del grupo. Dejaría el

Enclave al día siguiente, temprano, acompañada por los chicos, y eso le gustaba.

Y si no regresaba jamás, pensó, pues tanto mejor.

—¿A qué venía eso, Simon? —dijo Travis mientras el chico de las gafas lo conducía a su habitación. Cuando estuvieron dentro cerró la puerta, como si sospechase—. Si todavía estás enfadado por no venir mañana con Antony, Mel y yo, no tienes motivos. Necesitas tiempo para recuperarte después de lo que has pasado. Todos lo necesitamos, pero al menos nosotros nos teníamos los unos a los otros. Sabes que, si no fuese por eso, te querría conmigo, ¿verdad?

—No es eso —dijo Simon, tenso—. Es por Coker.

—¿Richie?

Y por ti, Travis, pensó Simon con amargura. Es cuestión de decidir si confío en ti o si me pongo del lado del comandante Shurion sin contemplaciones. Así que supongo que también es por mí. Por todos. Lo que digas durante los próximos minutos decidirá el futuro de todos nosotros. Esta es tu prueba.

—¿Qué le pasa a Richie?

—Coker no merece estar aquí con nosotros, en el Enclave, Travis. No merece ser uno de los nuestros.

Travis hizo una mueca de extrañeza. Pensaba, o en eso confiaba, que Simon había dejado atrás su fijación con Richie.

—¿No habíamos aclarado esto cuando salimos de Wayvale? —Para Travis era fácil decirlo. Richie Coker no había convertido su vida en un infierno durante años. Debería ser justo con Simon.

—Travis, cuando Mel y tú votasteis si Coker se unía a nosotros, recuerdo que dijiste, porque no lo he olvidado, que lo necesitábamos por si tuviésemos que pelear. Bueno, pues ya no lo necesitamos para eso, ¿no? No con todas las armas que tiene el Enclave dos plantas por encima de nosotros.

—Bueno, no, en ese sentido supongo que tienes razón, pero...

—Y Mel dijo que si se pasaba de la raya una sola vez lo obligaríamos a marcharse y tú no te opusiste, Travis. Tenemos que estar con aquellos en quienes confiamos, ¿verdad?

Travis frunció el ceño.

—Creo que intentas decirme algo, Simon. ¿Por qué no vas al grano?

—No puedes confiar en Coker, Travis. Ninguno de nosotros puede. —E independientemente del verdadero propósito de aquella conversación, Simon así lo creía—. Dijiste que cambiaría, pero no ha cambiado. Creíste que se reformaría, pero sigue siendo el mismo pedazo de cabrón que siempre ha sido.

—Simon. —Travis reaccionó como si lo hubiesen golpeado físicamente. No recordaba haber oído al chico de las gafas decir una palabrota nunca antes. No le sonaba natural. No sonaba como Simon.

—Me pegó, Travis.

—¿Qué? ¿Cuándo? —No es que Travis no creyese a Simon, pero...

—En Harrington. Durante la fiesta. La noche que llegaron los cosechadores. Coker me pegó hasta dejarme tirado en el suelo y me amenazó con que volvería a hacerlo, y con intereses, si te contaba a ti o a Antony lo que sabía de él.

—Y... ¿qué es lo que sabes de él?

—Durante la batalla contra Rev y los moteros, estuve en la primera planta con Giles para supervisar e informar de las fuerzas de Rev y de su plan de ataque.

—Ya me acuerdo.

—Bueno, pues más tarde, estaba bajando las escaleras para ir al patio, donde luego me viste, cuando por el camino vi a Richie. —El odio se dibujó en el rostro de Simon—. Corriendo escaleras arriba. Alejándose de la batalla. Dejando que los demás arriesgásemos nuestras vidas mientras él huía y se escondía en los dormitorios. ¿Ves a lo que me refiero, Travis? Coker es un cobarde. Solo está interesado en salvar su propio pellejo. Si tuviese que traicionarnos a los cosechadores o algo así para ello, lo haría. Sin pensárselo dos veces. No puedes confiar en él.

Travis frunció el ceño. La descripción de Simon del poco heroico comportamiento de Richie sonaba bastante factible.

—Eso que me cuentas que hizo Richie es grave, Simon. Es grave. De eso no cabe duda.

—Es imperdonable, Travis.

—Bueno, imperdonable... Quizá está tardando más en cambiar de lo que esperábamos. Pero creo que está aprendiendo. Quiero decir, sé que no estabas ahí, pero cuando huimos de la nave, Richie cogió un subyugador y se mantuvo a nuestro lado. Un cobarde no se comporta así.

Simon resopló, cínico.

—Claro, y tampoco se niega en redondo a acompañaros a Antony y a ti mañana, ¿verdad? ¿Qué pasa, Travis, que él puede elegir cuándo hacer lo correcto? No pensaba que te gustase esa forma de comportarse. No se puede confiar en Coker.

—De acuerdo. Para abreviar la discusión, vamos a asumir que no. ¿Qué propones hacer al respecto, Simon? ¿Sacarlo del Enclave de una patada en el culo? ¿Que lo llevemos de vuelta a Harrington y lo dejemos ahí abandonado?

Como me abandonaste a mí, pensó Simon.

—Exacto —dijo.

—No podemos. —Travis se encogió de hombros—. No podemos hacer eso. Aunque el comportamiento de Richie no tuviese perdón, y eso que creo que se está volviendo menos egoísta y va dejando su pasado de matón atrás, no podemos echarlo así como así. Los cosechadores lo capturarían, lo meterían en un criotubo y lo convertirían en un esclavo para el resto de su vida. Nadie merece eso.

—Coker, sí —protestó Simon.

—Sé que todavía tenéis asuntos pendientes, Simon, pero si pudieses darle una oportunidad a Richie... Para empezar, demostrarías ser más hombre que él.

Simon oprimió los labios hasta formar una fina y amarga sonrisa.

—Así que me estás diciendo que Coker se queda. Pese a todo.

—Tenemos que permanecer unidos, Simon. Estamos juntos en es...

—No. Travis. Ahórrame el discursito. Entonces, eso es lo que me estás diciendo, ¿no? Que pese a lo que te he contado, pese a lo que quiero, Coker se queda. No me gustaría que quedase ni la menor duda al respecto.

Travis contempló a su amigo con extrañeza.

—Richie se queda —dijo.

—Muy bien. Muy bien. Gracias por dejarlo todo bien clarito. —Simon se volvió para que Travis no pudiese ver las lágrimas en sus ojos, que quemaban como gotas de ácido—. Ya sé cuál es mi papel.

Y de qué lado estoy, pensó Simon. Ya que Travis insistía en mantener a escoria como Coker dentro del grupo y tenerlo en más alta estima que a él, a este solo le quedaba una opción. *Y que Travis asuma las consecuencias*.

Jessica reflexionaba sobre la Historia. El señor Franks les dijo que aquellos que no aprendían de los errores del pasado estaban condenados a repetirlos. Era un profesor un poco pesimista, el señor Franks; Jessica siempre había imaginado que prefería sumergirse en el pasado porque no podía afrontar los sucesos del presente. Entendía su situación. Él decía que nadie aprendía realmente nada, que la raza humana nunca mejoraba o avanzaba sustancialmente, no donde importaba, al menos: en los corazones, en las mentes; por lo tanto la Historia era, en esencia, un ciclo, una repetición. Diferentes épocas, sí. Diferentes nombres. «Pero la misma mierda de siempre», le susurró Mel al oído por aquel entonces, cuando Jessica se alegraba de tenerla tan cerca.

Repetición.

Un amanecer en Harrington, días atrás, Travis y Antony se habían marchado para contactar con una nave alienígena. Otro día, otro amanecer (según los relojes), en otro lugar, los adolescentes volvían a prepararse para emprender un nuevo viaje hacia la nave de los cosechadores. En esta ocasión sus intenciones eran distintas, cierto, y dado que sus anteriores compañeros no se encontraban disponibles, solo se les unió una persona más, pero Jessica seguía teniendo la impresión de que todo aquello ya había ocurrido antes. El ciclo de la Historia.

Rezó por que se rompiese por una vez, para que hubiesen aprendido lo bastante de su anterior encuentro con los cosechadores como para, en esta ocasión, ser más listos que los alienígenas y derrotarlos.

Los siete adolescentes se reunieron en la sala de descanso antes de que la expedición se pusiese en marcha. Travis, Antony y Mel llevaban vaqueros y sudaderas entregados por el capitán Taber: no sería una buena idea que los capturasen ni con la ropa de trabajo del Enclave ni con el uniforme gris del procesamiento de esclavos de los cosechadores.

Jessica abrazó a Travis, lo hubiese hecho independientemente de cómo fuese vestido, y le rogó que se cuidase, que volviese sano y salvo. Era como su familia. En cuanto a Antony...

—¿Sabes? —le dijo—. Podría acostumbrarme a que me rodees con tus brazos. Quiero acostumbrarme, Antony. No dejes que este sea el último momento en el que me abrases. No hagas ninguna tontería ahí fuera.

—No tienes que preocuparte por mí —dijo Antony, convencido.

—No puedo evitarlo. ¿Y sabes qué? No quiero evitarlo. Lo que quiero hacer es esto. —Antes de la enfermedad, Jessica nunca hubiese soñado con ser tan lanzada con un chico. Abrazó a Antony a la altura del cuello, lo atrajo hacia sí hasta quedar pegada a él y levantó su boca hasta encontrar la suya. Sus labios se tocaron, saboreándose. Y así se quedaron un rato. Después, se separaron. Entonces, Jessica permaneció en silencio. Pero solo por un rato—. Ten cuidado, Antony.

Y debería haberle dicho lo mismo a Mel, que merodeaba por la zona, taciturna y aislada pero decidida, como si se muriese de ganas por ponerse en marcha. Mel era su mejor amiga... o lo había sido. Pero Jessica no sabía cómo dirigirse a ella, cómo acercársele, cómo arreglar las cosas o incluso si sería posible. Era mucho más fácil ignorarla. Y para Mel era más sencillo y más seguro guardarse sus sentimientos, no hablar de ellos, encerrarlos para que no diesen lugar a interpretaciones. Porque Jessica aún quería a Mel, como amiga. Aún rezaba porque no le pasase nada malo, ni aquel día ni ningún otro. Y en el fondo quería abrazarla. Solo que no se atrevía.

Tilo se aproximó a Travis desde atrás. Él sintió su cálido aliento cosquilleándole la nuca.

—Así que Jessica y Antony están juntos —observó.

—Eso parece, desde luego.

—¿Qué te parece?

—Les deseo lo mejor. Creo que hacen una pareja estupenda.

—Yo pensaba lo mismo de Travis y Tilo.

—¿Pensaba? —Travis se volvió para mirarla. Se veía en sus ojos que ambos estaban dolidos.

—Bueno, es que últimamente no hacen más que meter la pata, ¿no te parece?

—Yo creo que es culpa de él. A veces es un idiota. No para con la cantinela de que hay que tener perspectiva y ver el conjunto, lo cual no está mal, pero a veces olvida que la belleza está en los detalles.

—No, yo creo que la culpa es de ella. Es impaciente de narices. Lo hace todo corriendo. No piensa. Sobre todo con lo físico. Quiere... necesita contacto físico. Así es ella.

—No es un crimen. Pero creo que se ha llevado algún que otro chasco en ese sentido. Resulta que sé que no es exactamente un veterano. De hecho, nunca, aunque cueste creerlo, nunca ha estado con una chica. Nunca ha dormido con... bueno, ya sabes.

—No creo que a ella eso le importe lo más mínimo. Sé que no le importa. Y sé que lamenta que él piense que ella lo está forzando a hacer algo para lo que no está listo. Pero la cuestión es que ella está algo confundida con respecto al sexo y el amor. Cree que son lo mismo.

—Pueden serlo. Deberían serlo.

—Solo que a veces no lo son. Es algo que ha descubierto por las malas.

—Y a veces lo son. Lo serán para Tilo y Travis. Y creo que... pronto.

—Creo que ella estará dispuesta a esperar. Querrá hacerlo. Y las cosas buenas merecen la espera.

—De todas formas, no debería esperar eternamente. Creo que él querrá hablar largo y tendido de unas cuantas cosas cuando este asuntillo de los cosechadores haya terminado. Creo que entonces Tilo y Travis podrán estar juntos. Por fin.

—Eso espero, Trav. En serio.

Ella puso su mano sobre su pecho, como quiso hacer cuando su piel estaba al descubierto. Él la acercó a sus labios y le besó los dedos, aproximándola a él.

—Yo también. Te he echado de menos, Tilo. Siento lo que pasó la otra noche.

Sintió el cuerpo de él bajo la ropa y pensó que no tardarían en volver a estar juntos.

—Trav —dijo mientras él pasaba de los dedos al cuello y del cuello a la boca—, no sé qué haría sin ti. Eres el único chico, Travis, el único chico del mundo.

Así que Travis y la hippie acabaron enrollados. Como Tony Clive y Barbie. Richie pensó, arrepentido, que quizá debería haberse ofrecido voluntario para aquella estúpida misión suicida, después de todo. Quizá hubiese sido su billete para un morreo y siempre podría escaquearse en cuanto intuyese que las cosas se torcían. Por lo menos Morticia parecía triste, aunque dudó que se sintiese tan mal como él.

Maldito Simoncete. Justo cuando Richie había empezado a cambiar de opinión con respecto a aquel pringado y cuatro ojos, justo cuando casi estaba empezando a sentir por Satchwell algo parecido al respeto, Simoncete tuvo que ir y pifiarla poniéndolo a él, a Richie, en aquel brete, humillándolo delante de los demás, demostrando que se había merecido todas y cada una de las palizas que Richie y sus amigos le habían propinado durante años. Se las merecía.

Los demás habían pasado a mirarlo de otro modo desde aquello. No como si lo

odiasen a muerte ni nada parecido, tampoco como si sospechasen de él o del modo en el que lo miraba Morticia incluso después de que los hubiese salvado de la banda de Bufón en Wayvale, antes de saber de la existencia de los cosechadores. Ya no le eran hostiles. Era como si no les importase lo más mínimo lo que había hecho o quién era. Pasaban. Como si no esperasen nada bueno de él. Como si ya les hubiese decepcionado en demasiadas ocasiones. Había tenido su oportunidad... y la había cagado.

No como a Naughton, por supuesto. Naughton no solo se había ofrecido voluntario a regresar a aquella maldita nave de los cosechadores, sino que aquel plan tan estúpido había sido idea suya. Encontrar a ese tal Darion, confiar en un alienígena... Richie no confiaba en nadie. Bueno, la verdad es que aquello no era del todo cierto.

Confiaba en Naughton, maldita sea.

Y quería lo que Naughton tenía. Se preguntó cómo sería dejar de ser Richie Coker durante una temporada, olvidarse de ser Richie Coker. Pasar a ser Travis. Que la gente respondiese ante él como lo hacían con Travis Naughton. La hippie, por ejemplo, Tilo, que en aquel instante estaba aferrada a Naughton, llorosa, derramando sus lágrimas sobre su piel, frotándose contra su cuerpo como lo haría con el suyo cada vez que le apeteciese, cuando quisiese, con solo decir una palabra. Menudo bajón. Si Richie fuese Travis, ella haría todo eso con él. Ojalá.

Y mientras las parejas se despedían y Richie y Mel hacían rancho aparte, Simon observó al grupo con creciente desprecio. Sus sórdidas relacioncitas. Su patético plan. ¿Realmente pensaba Travis que iba a funcionar? Seguramente. Creía saberlo todo. Pero no era así. Simon también sabía alguna que otra cosa.

Por ejemplo, que el momento de dar a conocer su nueva lealtad estaba cerca. Que el traidor Darion y todos los demás estaban condenados.

Hubiese sido fantástico dar un paseo rodeados por los árboles y el rumor de la naturaleza durante la primavera anterior; cálida, brillante, pacífica. Sin embargo, pensó Travis, el contexto lo era todo. En aquella ocasión no había habido ni enfermedad ni cosechadores. Entonces había ambos y el paisaje no le proporcionaba ninguna tranquilidad, por mucho que intentase relajarse.

Los tres adolescentes habían abandonado el Enclave horas atrás. A una distancia prudencial, el ojo vigía flotaba tras ellos, retransmitiendo cada detalle de su viaje al centro de seguimiento y comunicaciones del Enclave. Travis y Antony no iban precisamente despacio, pero Mel se dirigía en dirección a la colina Vernham a tal velocidad que parecía a punto de echar a correr, como si la persiguiesen.

—Mel, frena —dijo Travis, tras ella—. Tenemos que permanecer unidos. La idea es que nos capturen, no que nos separemos.

—Tranqui, si encuentro a los cosechadores pegaré un grito —respondió Mel, volviéndose hacia sus compañeros y caminando de espaldas—. Pero pensé que los Romeos querrían estar solos para intercambiar notitas sobre sus Julietas.

—Ahora mismo tenemos cosas más importantes en las que pensar que en nuestras relaciones —dijo Travis... y deseó que Tilo no se encontrase en ese momento en el centro de seguimiento y comunicaciones, escuchándolo.

—Los chicos no piensan en otra cosa que en relaciones, si sabes a lo que me refiero.

—Pues la verdad es que no y, francamente, no estoy seguro de querer. —Travis empezaba a preguntarse si haber incorporado a Mel al grupo no habría sido un error. Se comportaba de una manera extraña, despreocupada—. Tú no te alejes demasiado de nosotros, Mel.

—No te preocupes, solo soy una chica. Tarde o temprano necesitaré que me protejáis, machotes —dijo, sarcástica.

—Debo admitir —confesó Antony— que me sentiría más seguro si nos hubiésemos equipado con los subyugadores o con parte del arsenal del capitán Taber.

—¿Y hacer que los cosechadores se nos echasen encima de inmediato? —preguntó Travis, perplejo—. Qué buena idea, Antony.

—Bromeaba, Travis —dijo Antony, excusándose.

—Oh. —*Sí, obviamente.*

—Puedes asumir un cierto grado de sentido común en los demás, ¿lo sabías, Travis? No eres el único capaz de pensar de forma racional.

—Por supuesto que no. Lo siento, Antony. No quería sonar tan... será el estrés, supongo. No hago más que pensar en todas esas posibilidades a las que no les di tanta importancia en el Enclave... Como por ejemplo, qué pasará si no encontramos a Darion. Aquí fuera, donde podría aparecer un recolector o una vaina de combate de un momento a otro, dan más miedo, ¿no te parece?

—Estaremos bien. Si nos andamos con cuidado. Si recordamos para qué estamos aquí. En Harrington nos enseñaban que el bien siempre acaba triunfando.

—Eso espero. —Travis pensó que lo más prudente sería no echar por tierra la opinión de Antony recordándole lo que le había ocurrido al propio colegio Harrington. Además, la certidumbre de su amigo lo animaba—. Y Antony, si lo que he dicho antes te ha molestado, lo siento. Me alegro de que estés aquí. No solo de tener a alguien conmigo, sino de que ese alguien seas tú. Creo que hemos demostrado que hacemos un buen equipo.

—Un equipo, sí —dijo Antony, con segundas intenciones—. En el que los dos miembros son iguales.

—Como tiene que ser. —Travis miró hacia delante—. En cuanto a Mel... no sé qué mosca le ha picado últimamente, pero le pasa algo.

Antony pensó que se hacía una idea, pero optó por mantener un diplomático silencio. Primero quería tener una pequeña charla con la chica de cabello negro, pero, como Travis había dicho, aquel no era el momento para despistarse.

Sobre todo por el hecho de que, en aquel instante y de improviso, Mel se puso a hacerles señas, gesticulando con urgencia para que se uniesen a ella.

—¡Trav! ¡Antony! ¡Venid a ver esto!

Los chicos corrieron hasta llegar a su lado seguidos de cerca por el ojo vigía.

—Dios mío —dijo Travis, boquiabierto.

Los adolescentes se encontraban en la linde del bosque, desde la que el terreno descendía en una suave pendiente hasta formar un llano cubierto de hierba antes de volver a ascender de nuevo, conduciendo a la floresta que se encontraba a unos doscientos metros ante ellos. En el largo camino a su izquierda crecían densos matorrales y pequeñas arboledas ofrecían cobijo. A la derecha, altas colinas de empinada pendiente. Pero el objeto de su atención se encontraba en la explanada que se extendía a sus pies, caminando a duras penas sobre ella. Decenas de jóvenes, o quizá cientos, una gran multitud. De todas las edades. Desde adolescentes de dieciséis a diecisiete años a niños de cuatro y cinco. Los mayores llevaban a los jóvenes. Otros iban cogidos de la mano, caminando en filas de varias docenas de chicos. Despeinados. Desharrapados. Con sus expresiones vacías y sus ojos vidriosos fijados en un punto imaginario que flotaba ante ellos y por encima de sus cabezas. Caminando en silencio y de forma inconsciente, como si fuesen trigo recién segado mecido por la brisa. Al unísono. Como un solo ser. Todos ellos. De izquierda a derecha, caminaban en la misma dirección.

—Son refugiados —murmuró Mel, con el ceño fruncido—, y no hay nadie para salvarlos, Trav... —Como si él tuviese la respuesta.

—No. Esto no tiene buena pinta —se quejó Travis—. Esto no tiene buena pinta, para nada. ¿Sabes adónde se dirigen? —Apuntó hacia la colina más elevada—. A la colina Vernham. ¡Van a darse de bruces con los cosechadores!

—No pueden hacer eso. No saben lo que les espera —dijo Mel, visiblemente nerviosa—. Tenemos que detenerlos, Trav.

—Lo sé. Lo haremos. —Se volvió hacia el ojo vigía—. ¿Nos has oído? ¿Lo ves desde aquí? Quédate para no asustar a los niños. Vamos a advertirlos. En marcha —apremió a Antony y a Mel.

Puede que por primera vez desde que abandonaron el Enclave, los tres adolescentes actuaran con genuina preocupación.

—¡Quietos! ¡Esperad! ¡Eh! —gritaron mientras corrían ladera abajo hacia los chicos.

Sin embargo, eran demasiados. Mel sintió que el corazón se le encogía en el pecho. ¿Qué podían hacer, habiendo tantos? Algunos de ellos serían incapaces de

oírlos. De hecho, parecía que ninguno en absoluto los escuchaba. Porque no se detuvieron y no esperaron. Seguían avanzando, como conducidos por un impulso que no pudiesen controlar. No parecieron reparar en los recién llegados, ni siquiera cuando Mel y los chicos corrieron hasta colocarse ante ellos.

—¡Tenéis que parar! ¡Volved por donde habéis venido! Escuchadnos. Por ahí vais directos hacia los alienígenas. —Travis y Antony hacían aspavientos con los brazos, enfrentando a la muchedumbre con la cruda realidad, gritando como profetas en la naturaleza—. Son cosechadores. Son esclavistas. Volved. Si seguís adelante, los alienígenas os convertirán en esclavos. Deteneos. Esperad. Escuchadnos.

Aquello no iba a funcionar.

Mel pensó que eran como el rey Canuto^[2] intentando contener la marea. Antony y Trav tenían buenas intenciones, pero también límites. Y era más fácil convencer a una persona que a cien.

La multitud no parecía tener ningún líder propiamente dicho, del mismo modo que un rebaño de ovejas, pero había varios adolescentes de mayor edad que avanzaban unos pasos por delante del resto. Quizá tuviesen alguna influencia. Mel corrió hacia uno de ellos, una chica con el pelo color caoba enmarañado y el labio ensangrentado, que llevaba a un niño pequeño y sollozante seguida por otros tantos. Mel se interpuso en su camino.

—Escuchadnos. No podéis seguir por aquí. Es peligroso. Los alienígenas... —Se estremeció. El rostro de la chica no tenía ninguna expresión. Otra de las chicas tenía la mirada muerta. No parecían conscientes, ni siquiera vivas. Eran zombis, autómatas. Mel miró a los niños que las acompañaban y comprobó que su estado era el mismo. Como Jessica después de la enfermedad. Pero a Jessica habían conseguido traerla de vuelta—. Podemos ayudaros si nos escucháis —gritó Mel a una de las chicas mientras la sujetaba por los hombros. Pero la chica se sacudió de encima a Mel y continuó su camino, como una máquina sujeta a un programa.

Más adelante, en la fila, Travis y Antony estaban teniendo el mismo poco éxito a la hora de detener el imparable avance. La horda de jóvenes era como una marea avanzando sobre ellos, una corriente que no podían detener ni desviar. Se vieron limitados a gritar, a hacer gestos, a correr de un joven a otro, a sujetarlos de los brazos, a sacudirlos de los hombros. No sirvió para nada. Era como intentar despertar a los muertos.

En mitad de la multitud, los adolescentes volvieron a reunirse.

—Travis, esto es horrible —dijo Mel a la vez que le recorría un escalofrío—. Es como si les hubiesen borrado la mente.

—Han roto sus espíritus —dijo Travis, sombrío—. No tienen fuerzas para defenderse. No tienen voluntad para pelear. Ya se han rendido. No es solo culpa de la enfermedad y los cosechadores; estos son los chicos que la sociedad ha producido.

—Travis, ¿y si...? —Antony parecía más que sorprendido ante su propia idea—. ¿Y si saben adónde se dirigen?

Y sobre la colina Vernham, alzándose hacia el cielo despejado, apareció la brillante cuchilla plateada del primer recolector, seguida de otra. Sobrevolando el denso bosque hacia la explanada, hacia la masa de jóvenes. Dos hoces gemelas listas para la cosecha de esclavos.

Las vainas de batalla emergieron de las naves como burbujas sopladas por un niño en una tarde de verano.

—¡No! —gritó Mel, como si quisiese negar la realidad—. ¡No!

Y entonces al fin escuchó un sonido procedente de los niños que la rodeaban. Mel recordaba haber oído aquel sonido de boca de los miembros de Harrington que languidecían en la celda a bordo de la nave de los cosechadores, condenados a la esclavitud. Era el gemido agónico del alma. En aquel momento sonó amplificado, subió de volumen, creció hasta convertirse en un chillido de puro miedo, el de una presa que sabe que el depredador está a punto de caer sobre ella.

E incluso entonces había signos de pasividad. Algunos de los jóvenes levantaron los brazos mostrando las manos, miraron hacia arriba mientras imploraban con los ojos entrecerrados, como los adoradores de un dios que al fin hubiese llegado a la Tierra. Algunos incluso echaron a correr hacia delante, presos de una desesperación maníaca que les sugería que los alienígenas les proporcionarían cobijo y ayuda.

Cuando estuvieron a su alcance, las vainas de batalla abatieron a los primeros.

La mayoría de los chicos, sin embargo, echó a correr.

Los cuerpos zarandearon a Mel mientras el pánico se extendía y los jóvenes huían en estampida. No podía resistirlos, apenas era capaz de mantenerse en pie. Iban a derribarla, a pisotearla sobre la tierra. O quizá la arrastrasen con ellos, como el océano arrastra una brizna de paja, y jamás volviese a ver a Travis o a Jessica para poder explicarse y rogarle otra...

Travis la cogió de la mano y la sujetó con fuerza.

—Permanezcamos juntos, ¿vale? —Sus ojos brillaban como estrellas azules.

Las vainas de batalla empezaron a emitir destellos brillantes. Los haces blancos se precipitaron hacia la tierra, acompañados por el frío crepitar de los rayos de energía. Aquellas esferas de cristal y plata sobrevolaron aquella masa de jóvenes disparando a discreción, sin apenas fallar. Los chicos quedaban congelados con una expresión de terror, pero no tardaban en desplomarse sobre la tierra y caer inconscientes.

Mel divisó a los cosechadores enfundados en sus armaduras en el interior de las vainas, ataviados con sus cascos negros con forma de animal que ocultaban sus verdaderos rasgos; blancos y pálidos, sí, pero oscuros a ojos de Mel.

—Cabrones —maldijo.

—¿Qué hacemos? —dijo Antony mientras un niño de diez años que había echado

a correr a toda velocidad se desplomaba sobre la tierra a su lado, con el rayo de energía brillando sobre su cuerpo como si lo envolviese una capa de hielo—. Intentad que no os alcancen o... bueno, aunque queremos que nos capturen, ¿no? —No parecía muy entusiasmado ahora que se presentaba la oportunidad.

—¿Y los chicos, Trav? —preguntó Mel.

Travis no tuvo tiempo de tomar una decisión. De repente, acompañado de una voluta de humo, de entre la protección de los árboles al otro extremo de la explanada cubierta de hierba, apareció un cohete surcando el aire. *Como lanzado por una bazuca*, tuvo tiempo de considerar Travis antes de que alcanzase a una sorprendida y desprevenida vaina de combate, haciéndola saltar en pedazos. Del cielo cayeron fragmentos retorcidos y calientes de metal. El piloto del vehículo habría muerto, sin duda. *Bien*. Y mejor aún, parecía que las vainas de batalla no estaban protegidas de los ataques por el mismo escudo que la nave nodriza. Quizá necesitase más potencia de la que aquellas esferas monoplaza eran capaces de generar.

El capitán Taber estaría interesado en ese detalle.

—¡Travis! —gritó Mel mientras señalaba, al mismo tiempo que el origen del cohete se hacía evidente gracias al rugir de los motores y los aullidos de celebración. Del bosque emergieron más de diez motos, conducidas por adolescentes vestidos de cuero. Una carga de la brigada de la Luz^[3] con una caballería algo más posvictoriana. También aparecieron varios coches y curtidos cuatro por cuatro, uno de ellos con el techo arrancado. En el asiento trasero iba un chico con un lanzacohetes, disparando un nuevo proyectil hacia las vainas. Muchos de sus compañeros también iban armados. Con escopetas. Con fusiles. ¿Eso que sonaba era el traqueteo de una ametralladora? Pero Travis dudó que las balas supusiesen un problema para las vainas de batalla.

—¿Pero qué...? —gritó Mel.

Algunas de las vainas se desviaron del objetivo principal de los cosechadores para contraatacar al enemigo. Los rayos de energía se precipitaron sobre los vehículos sin llegar a alcanzarlos, ya que aquellos blancos eran más difíciles de acertar. Las motos zigzagueaban a toda velocidad entre los haces.

Avanzaron hacia los niños que huían, yendo en su misma dirección, y siempre que podían los moteros frenaban, cogían a algunos de los chicos y los subían al asiento trasero de sus motos antes de volver a ponerse en marcha, acelerando hasta que las ruedas chirriaban sobre la hierba. Los coches intentaron la misma maniobra, aminorando la marcha mientras sus ocupantes apremiaban a los chicos a subir. Los aterrados jóvenes se apelotonaron en los asientos traseros.

—Es una misión de rescate —dijo Travis al caer en la cuenta.

Un trío de Harleys se detuvo a su lado, con un asiento libre para cada uno de ellos.

—No me lo puedo creer —dijo boquiabierto.

—Pues será mejor que te lo creas. Volvemos a vernos, chaval —dijo Rev.



Era él, sin ninguna duda. Aquella piel de aspecto insalubre y llena de granos, aquellos rasgos vagamente lupinos, eran suyos.

—Subid, que estáis perdiendo el tiempo. —Rev señaló con el pulgar el asiento que tenía tras él—. A no ser que queráis que esas malditas cosas os den una buena descarga.

—¿Trav? —Los compañeros de Rev habían hecho la misma oferta a Mel y a Antony.

Aquel no era el momento de explicar que de hecho, sí, querían que los cosechadores los abdujesen. Sin embargo, cada segundo que los tres motoristas permanecían a la espera de su grupo los ponía en peligro. Y Travis no podía permitirlo.

—En marcha —dijo.

—Así me gusta. —Rev asintió mientras Travis se colocaba tras él; Mel y Antony se subieron a las otras dos motos—. A mover el culo. —Y puso en marcha el motor.

La Harley aceleró tanto que Travis sintió el tirón en el asiento trasero y tuvo que asir la chaqueta de cuero de Rev para sujetarse. Rev le gritó que se agarrase fuerte. En un pasado no muy lejano, Travis hubiese esperado que el motero aprovechara la oportunidad no solo para provocar que saliera despedido de la moto, sino para hacerla pasar sobre su cabeza mientras estaba tendido en el suelo. Desde el peaje en el que se encontraron por primera vez a su enfrentamiento en el colegio Harrington, no se podía decir que Travis y Rev fuesen íntimos amigos.

Quizá las cosas habían cambiado.

Mientras Rev avanzaba como un experto a través de los muchachos que corrían y lloraban, Travis miró hacia atrás. El chico del lanzacohetes seguía a lo suyo, solo que las vainas de batalla, conscientes de la presencia de aquella arma, volaban más allá del alcance de los proyectiles. Las impotentes trayectorias de los cohetes concluían en la tierra, donde su detonación no tenía el menor efecto.

El adolescente que los disparaba debió de caer en la cuenta de que la situación no pintaba bien. Le gritó algo al conductor de uno de los cuatro por cuatro, posiblemente algo en la línea de «Vamos a largarnos de aquí echando leches», dado el súbito acelerón al que sometió el conductor al vehículo. Sin embargo, hubiesen necesitado la velocidad de un avión para huir de las vainas de batalla. Media docena de rayos de

energía amarillos aparecieron desde el cielo. Solo uno de ellos tenía la capacidad de destrozar un coche y todo cuando contuviese, pero impactaron todos a la vez.

La explosión supuso el fin de cualquier resistencia. Las fuerzas de Rev se retiraron en bloque, llevando consigo a todos los niños que podían transportar a bordo de los vehículos. Los desamparados chicos que aún huían a pie tuvieron que buscar refugio como buenamente pudieron. Solo unos pocos llegaron a los árboles que se encontraban a su alrededor. Los rayos de los cosechadores los abatían sin esfuerzo ni piedad.

Y los recolectores también entraron en acción, flotando por encima de la tierra sobre la que descansaban los niños, activando sus rayos tractores. Los jóvenes flotaron lentamente, abrazados por aquella luz blanca que los atraía con un gesto casi paternal hacia el interior de la nave. Docenas de ellos se elevaron al unísono, como almas ascendiendo al cielo. Solo que no sería allí donde despertarían, sino en las celdas de las naves esclavistas.

—Pobres cabrones, ¿eh, chaval? —preguntó Rev, haciéndose oír por encima del rugido del motor—. Bueno, ya les daremos lo suyo a estos alienígenas.

A Travis le hubiese gustado preguntar qué quería decir exactamente con eso, pero el motero se vio obligado, de improviso, a llevar a cabo una maniobra evasiva extrema. Las vainas de batalla los sobrevolaban a ambos lados, creando un fuego cruzado de rayos de energía hacia el que se dirigían de cabeza. Rev hizo virar la moto de izquierda a derecha y esta obedeció como si fuese parte de él, pero las ruedas se deslizaban peligrosamente sobre la hierba. Un patinazo pronunciado, un pequeño error por parte de Rev o un lapso en su concentración y los recolectores tendrían dos esclavos más para cosechar. Uno de los rayos pasó a escasos centímetros del hombro de Travis. Otros impactaron a la izquierda, como si los quisiesen cercar en el interior de una verja letal. Pero Rev no se amilanó. Rev aullaba de puro placer, desafiante y temerario.

Cuando la Harley se adentró entre los árboles del extremo más alejado de la explanada, Rev golpeó el aire con el puño e hizo un corte de manga a las vainas de batalla. La mayoría de las motos también lo habían conseguido. Travis vio, aliviado, a Mel y a Antony. Las vainas de batalla se elevaron sobre el bosque y parecieron regresar para capturar a los niños que aún no se habían puesto a cubierto.

Travis volvió a respirar con normalidad. No era la primera vez que el bosque les salvaba la vida.

—¿Qué queréis decir con que los habéis perdido? —Tilo se levantó de su asiento en el centro de seguimiento y comunicaciones con incredulidad—. ¿Qué pasa, al ojo vigía se le metió algo en la lente o qué?

—El ojo vigía funciona perfectamente —replicó la doctora Mowatt, como si sugerir lo contrario fuese una especie de insulto—. Se ve claramente, ¿verdad?

Desde luego, Tilo veía claramente. Al igual que todo el mundo en el centro de seguimiento y comunicaciones: Jessica, Simon y Richie, la doctora Mowatt y el capitán Taber y un cuarteto de técnicos que trabajaban en los paneles de control y las pantallas. Estas retransmitían todo lo que el ojo vigía captaba; desde una ubicación segura entre los árboles, una explanada cubierta de chicos inconscientes, conducidos por el rayo tractor de los recolectores hacia su cautiverio.

—Por desgracia —admitió la directora científica—, solo podemos ver lo que capta el ojo vigía.

—Bueno, si se acercase más —protestó Jessica—, podríamos ver un poco mejor.

—Aumente el zoom al máximo, Stephen —ordenó la doctora Mowatt a uno de los técnicos—. Esto es todo cuanto podemos hacer. No podemos permitir que los cosechadores avisten el ojo vigía y se apoderen de él. Podría conducirlos hasta nosotros.

—Menudo espíritu de sacrificio se respira en este lugar, ¿eh? —murmuró Tilo.

Al menos entonces pudo ver los rostros de los caídos, chicos y chicas que deberían estar dormidos en sus camas, en sus casas, no tirados en la hierba bajo la despiadada mirada de guerreros alienígenas. Tilo observó los rostros, demasiados, pero no reconoció a ninguno de ellos. Travis no se encontraba entre las víctimas (tampoco Antony ni Mel). No estaba segura de si aquello era motivo de alegría o de abatimiento.

—Puede que los recolectores ya los hayan capturado —observó Simon con frialdad.

—Quizá, pero me pareció ver a Mel subida a una moto —dijo Jessica. Desde luego se habían llevado a una chica, cuyo pelo moreno flotaba tras ella. Podría tratarse de Mel—. No puedo estar segura. Dios mío, cuántos niños...

—El plan era que los capturasen —dijo Simon—. ¿Por qué iban a querer huir?

—Si no los hubiésemos perdido de vista entre la multitud... —protestó Jessica.

—No te preocupes por eso, Tilo. —La voz que la tranquilizaba provenía de una inesperada fuente: Richie—. Naughton sabe lo que hace. Estará bien. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —preguntó Tilo.

—Pongamos que no están entre las bajas —asumió Jessica—. Pongamos que se han ido con esos motoristas...

—No creo que nuestro viejo colega Rev estuviese entre ellos —murmuró Richie—. Perdedor.

—¿No podríamos enviar el ojo vigía en su busca, doctora Mowatt?

—Podríamos —dijo la directora científica.

—Pero no lo haremos —replicó el capitán Taber—. Hay demasiada actividad alienígena como para asumir el riesgo que supondría para nuestra propia seguridad el hecho de perder un ojo vigía, como ya ha apuntado la doctora Mowatt. Programe la

unidad para su retorno al Enclave, señor Macy. El señor Naughton, el señor Clive y la señorita Patrick comprendían los riesgos de la misión cuando la aceptaron. Ahora no tenemos otra alternativa que esperar a que se pongan en contacto con nosotros y rogar por poder escucharlos. Sean prisioneros de los cosechadores o no...

—De ahora en adelante —rememoró Jessica las palabras de Taber—, están solos. Como ella.

Habían salido hace poco del centro de seguimiento y comunicaciones con el mensaje de que en caso de que hubiese noticias, los informarían inmediatamente, sin importar la hora. Tilo parecía deseosa de tener compañía y no le quitó el ojo de encima a Jessica ni por un momento, pero la chica rubia se excusó. Por el momento, prefería estar sola.

Quizá se tuviese que ir acostumbrando.

Las tres personas que más unidas estaban a ella, las tres personas que más significaban para ella en el mundo, se habían ido. Estaba por ver si su ausencia resultaría tan dolorosa y permanente como la de sus padres; rogó a Dios que no fuese así, pero no tenía ninguna garantía. Cabía la posibilidad de que no volviese a ver a Travis o a Antony nunca más. O a Mel. Mientras vagaba por los pasillos vacíos del Enclave, Jessica tuvo que asumir aquella posibilidad, preparar su mente y su cuerpo para ello.

Le vino a la cabeza una vieja frase que recordaba. Pensó que quizá perteneciese a un filósofo, a ese del nombre alemán que sonaba como si alguien hubiese estornudado: «Lo que no nos mata, nos hace más fuertes». Ya, bueno, pero ese filósofo alemán no había tenido que pasar por la enfermedad e, inmediatamente después, la llegada de los cosechadores. Pero tenía razón. Le asombraba lo mucho que una persona era capaz de soportar después de todo, era casi irracional, hasta el punto de dar miedo. Incluso ella pudo sobrellevarlo, ella, la princesita de Ken Lane, la pequeña Jessica con lazos en el pelo que cuando fuese mayor iba a casarse con un príncipe con un vestido rosa (ella, no el príncipe) para vivir felices y comer perdices... en un mundo que ya no existía. Estuvo a punto de no conseguirlo, por supuesto. La muerte de sus padres casi quebró su espíritu. Pero gracias a Travis (y a Mel), gracias al amor que sentían por ella, sobrevivió. Y sobreviviría. Y su espíritu era fuerte en su interior, quizá más fuerte de lo que nunca antes había sido.

Pero ¿podría seguir adelante sin aquellos a los que había amado? Sería muy duro. ¿Quién lucharía por ella entonces?

Tendría que defenderse sola.

El sonido de los disparos la alertó de adónde la habían conducido sus pasos. Quizá, después de todo, no hubiese llegado a aquel sitio por azar. Se encontraba en el campo de tiro del piso superior. Un puñado de soldados uniformados practicaban sus habilidades con las armas, imaginando sin lugar a dudas que sus objetivos no eran

humanos de madera pintada, sino cosechadores de carne y hueso.

Uno de los soldados, un hombre joven que parecía haber nacido sin cuello, la llamó:

—Eh, nena, ¿quieres tocar mi arma? —Parecía que lo que le faltaba de cuello le sobraba de chulería.

Jessica hizo una pausa y consideró la propuesta. En el pasado se hubiese sentido cohibida o se hubiese ruborizado al oír las palabras del chico, se hubiese avergonzado. Entonces, sin embargo...

—Si lo que quieres decir es que vas a enseñarme a disparar el fusil que tienes entre las manos, creo que podría.

—Así me gusta —rió el soldado—. Ven aquí. ¿Cómo te llamas?

—Jessica —dijo ella mientras cogía el arma que le ofrecía y comprobaba el peso con sus manos, como si la estuviese evaluando.

Tendría que defenderse sola.

Se incorporaron a una carretera y siguieron por ella durante varios kilómetros antes de detenerse en un área de descanso en la que, en el pasado, las familias hubiesen parado para almorzar. *Se acabó eso de los almuerzos*, pensó Travis, *al igual que las familias*. Sin embargo, seguía habiendo enemigos... Por lo menos no parecía que los cosechadores los hubiesen seguido.

—Bueno, ¿cómo te va, chaval? —preguntó Rev, afable, después de bajarse de la moto.

—He estado peor —respondió Travis con cautela—, aunque también he estado mejor.

—Como todos, ¿no? —dijo Rev con una carcajada—. Cabrones alienígenas. —Eché un vistazo al área de descanso—. Pero bueno, no ha salido mal la cosa. Hemos perdido a unos y hemos ganado otros. —Las fuerzas originales del pandillero habían sufrido bajas, aunque las motos más pequeñas y maniobrables, aparcadas junto a la del líder, habían conseguido evadir los rayos de las vainas de batalla al igual que dos de los coches, de los cuales salían niños pequeños que aún seguían sollozando—. Así que hemos salido... ¿cómo se dice...? —Miró alrededor, como si esperase que alguien lo ayudara con su vocabulario, pero nadie lo hizo—. Bueno, ¿qué más da? Les hemos dado una patada en el culo a los aliens, ¿que no?

Antony y Mel se unieron a Travis.

—¿Estáis bien? —les preguntó.

—Claro —dijo Mel—. ¿Y tú?

—Todavía lo estoy decidiendo —murmuró Travis, recordando la ocasión anterior en la que se vio rodeado por Rev y sus lacayos.

—¿Por qué pones esa cara, chaval? Seguimos vivos, ¿no? Espera, ya sé por qué. —Rev sonrió—. No confías en mí, ¿verdad?

—Si tenemos en cuenta nuestros anteriores encuentros, no debería sorprenderte, ¿no?

—Supongo. Te he apuntado a la barriga. Tú me has apuntado a la cabeza. — Volvió su atención hacia Antony y Mel—. Os reconozco. Tú —dijo señalando a Mel— estabas con el chaval este en el peaje, ¿verdad? Y tú —a Antony—, tu eres el delegadísimo o como se llame de ese colegio para niños pijos que intentamos tomar. No estoy seguro de cómo os llamáis. —Le dieron sus nombres—. Vale, bueno, pero tampoco pongáis esa cara como si se fuese a acabar el mundo. Porque no se va a acabar. Olvidaos de toda la mala leche que nos traemos. ¿Cómo se dice...? Enterremos el hacha de guerra. Lo pasado, pasado está. Lo que quiero decir es que podéis confiar en mí.

—¿Qué es lo que ha cambiado, Rev? —quiso saber Travis.

—Todo. Los alienígenas han llegado y lo han cambiado todo... ¿o es que no te has dado cuenta? —Rev soltó una mordaz carcajada—. Tú y yo, chaval, todos nosotros, ahora estamos en el mismo bando. Somos nosotros contra ellos. Se acabó la chorrada esa de los custodios de la Reina Carretera. Ahora somos el movimiento de resistencia humano, como los franchutes durante la guerra.

—Me alegro de oír eso, Rev —dijo Travis. Por supuesto, quería creer que la gente podía cambiar para mejor, que la gente era capaz de redimirse. Esperó que así hubiese sido con Richie, y todavía lo esperaba. Pero también le gustaba pensar que ya no era tan inocente. Había gente que no cambiaba nunca. Y otros, por deprimente que fuese asumirlo, cambiaban a peor—. Veo que os habéis hecho con un arsenal.

—Sí, ya te lo contaré todo cuando volvamos a la base, chaval. ¿No te mola cómo suena eso de «volver a la base»? Pero, oye, ¿y vosotros qué hacéis aquí fuera? Pensaba que estaríais escondidos detrás de los muros del colegio ese.

—Harrington —matizó Antony, molesto—. El colegio Harrington, y nunca nos escondemos, como bien sabes.

—El colegio ya no existe, Rev —dijo Mel—. Y sus muros ahora son ruinas. Los cosechadores lo destrozaron.

—¿Quiénes?

—Los alienígenas.

—Qué cabrones. Quiero decir, si nos lo hubiésemos cargado nosotros cuando éramos... vamos, que hubiese sido distinto. Pero esto... —Rev entrecerró los ojos—. ¿Cómo sabéis que se llaman cosechadores?

Travis se lo explicó. Le habló de la caída de Harrington y de cómo fueron capturados. De su aliado y la fuga, aunque no mencionó a Darion por su nombre (más valía prevenir que lamentar). Del Enclave. Y de su plan acerca de volver a ser capturados.

—No me extraña que no estuvieses convencido de subirte a la moto —dijo Rev

—. Pero te equivocas, chaval. Me decepcionas. Estás confiando en la gente equivocada.

—Si te refieres al capitán Taber y a la doctora Mowatt —dijo Antony—, te recuerdo que son bastante mayores que nosotros, que tienen experiencia...

—¿En qué? —replicó Rev—. ¿En invasiones alienígenas? Cualquier chaval que lea cómics o vea *Star Trek* o *Dr. Who* sabe más de alienígenas que un puñado de carcamales con uniformes o batas blancas, o yo qué sé qué. Son adultos. Engañaron al mundo entero. Sabían de qué iba todo el asunto antes de la enfermedad y todavía lo saben. No confiéis en ellos.

—Tonterías —protestó Antony.

—¿Y eso de confiar en un alienígena? Tienes que ir a que te miren la cabeza, chaval —recomendó Rev mientras negaba con la suya, incrédulo—. Igual durante nuestro pequeño malentendido te llevaste un golpe. Somos nosotros contra ellos y no estoy abierto a... ¿cómo se dice...? Negociaciones.

—Bueno, pues si es como dices —le advirtió Travis—, va a ser una masacre, y no a tu favor.

—No te creas, chaval. —Rev se dio unos golpecitos con el dedo en la nariz—. Ven a ver lo que hemos encontrado. Esos cabrones alienígenas se van a llevar una sorpresa.

Simon esperó con la infatigable paciencia de las víctimas. ¿En cuántas ocasiones había pasado descansos y horas del almuerzo en el colegio agazapado bajo las escaleras o debajo del escenario de la sala de teatro (su escondrijo favorito cuando la puerta no estaba cerrada), oculto en el interior del armario de la limpieza, entre fregonas y desinfectantes, en silencio, quieto, casi sin respirar, preparado para pasar ahí el resto del día, el resto de su vida si así conseguía evitar a Richie Coker y a los de su calaña, la extorsión y las amenazas, las burlas y los golpes?

Así que para él era fácil quedarse mirando el centro de seguimiento y comunicaciones desde una distancia prudencial hasta que uno de los operarios abandonó la sala para tomarse un descanso que ni había solicitado ni le había sido concedido.

Simon siempre había sabido que nadie cumplía sus tareas como es debido. La indiferencia de la gente hacia su responsabilidad era lo que creaba víctimas, lo que permitía las palizas. Sin embargo, por una vez agradeció la falta de rigor de los demás. En cuanto el operario desapareció por el pasillo, Simon se coló en el centro de seguimiento y comunicaciones, como una rata en busca de comida.

Cerró la puerta después de entrar y se preguntó por dónde empezar. Las pantallas, que en aquel momento solo mostraban distintas perspectivas de los alrededores del Enclave, eran irrelevantes. Simon no quería hacer uso de la capacidad de seguimiento del centro, sino de las comunicaciones.

Para contactar con el comandante Shurion, específicamente.

Pero la práctica resultó no ser tan sencilla como la teoría. Pensaba que bastaría con sentarse ante la consola (cosa que ya había hecho) y pulsar un botón para abrir un canal a través del cual comunicarse con la nave de los cosechadores. Sin embargo, la realidad era que había demasiados botones para pulsar y si cometía un error, lo descubrirían. Las manos de Simon planearon sobre el panel de control de la consola, como un mago que estuviese a punto de hacer un truco. Si lo encontraban allí, entonces sí que...

—Simon, ¿qué haces aquí?

Se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta, tan deprisa que a punto estuvo de tirar la silla.

—Yo... eh... doctora Mowatt...

La directora científica le habló con tono comprensivo mientras entraba en la sala.

—No tienes que preocuparte tanto, Simon. Te comprendo.

—Ah, ¿sí? —Simon tragó saliva.

—Por supuesto. Estás preocupado por tus amigos, ¿verdad? Pero no tienes que venir al centro de seguimiento y comunicaciones para comprobar cómo les va. El capitán Taber ya os ha dicho que en cuanto tengamos noticias de ellos, os las transmitiremos.

—Claro. Eso me tranquiliza... gracias, doctora Mowatt. —*Gracias, vaca idiota*, pensó Simon mientras exhalaba un suspiro de alivio—. Será mejor que... —Y señaló a la puerta.

—¿Por qué no vas a buscar a tus otros amigos? —le propuso la doctora Mowatt—. Y, Simon, ánimo. Seguro que al final todo acaba saliendo tal y como tú quieres.

Antes de la enfermedad, aquel lugar había sido un restaurante, una franquicia destinada a saciar el apetito de motoristas embarcados en largos viajes. Travis había comido en varios de ellos en el pasado, con sus padres al principio, solo con su madre después. Los camareros tenían por costumbre regalarle figuritas de plástico moldeado que, en un alarde de optimismo, llamaban juguetes; al principio pensó que aquello se debía a que él les caía bien, y el detalle hacía que ellos también le cayesen bien. Sin embargo, con el tiempo descubrió que repartir juguetes entre los niños solo era una política de la compañía, un gancho comercial para entrar en el lucrativo mercado familiar. Desde entonces, la comida que servían nunca le supo igual de bien.

Aquel restaurante en particular contaba con garaje y estaba pegado a un pequeño hotel. Parecía muy ajetreado. Varias docenas de motos, pertenecientes a los modelos más modernos, grandes y rápidos, estaban aparcadas en los alrededores junto a camionetas del Ejército, jeeps y más de una decena de cuatro por cuatros.

—Parece que Rev y sus amigos se han mudado por todo lo alto —observó Mel.

Y así era. Travis nunca había visto a los moteros como flautistas de Hamelín, pero

de un modo u otro, se les habían unido un montón de niños: los recién llegados se incorporaron a la marabunta de chavales que residía en el hotel y enseguida se sintieron como en casa, ya que la compañía de los demás les inspiraba confianza. No tardaron en subir y bajar las escaleras a todo correr, aullando a pleno pulmón.

—Parece que no te importa que los miembros más jóvenes de tu comunidad hagan lo que quieren —dijo Antony mientras olfateaba el aire—. En Harrington no hacíamos las cosas así.

Rev se encogió de hombros.

—Pues así es como hacemos las cosas aquí, Ant.

—Con «ony». Antony.

—Yo creo que está bien —dijo Mel, y no solo para molestar a su compañero rubio—. Deja que los niños jueguen. Deja que se olviden de todo por un rato.

Un niño de nueve o diez años se desplomó sobre el suelo a los pies de Mel, gruñendo de dolor y protestando exageradamente, sujetándose el vientre como si estuviesen a punto de salirse las tripas de un momento a otro. Su amiga, una niña de su misma edad, corrió hacia él y se plantó ante el caído, formando una pistola con los dedos y apuntándolo.

—Te pillé. Estás muerto, cabrón alienígena —chilló.

—Soy un cabrón alienígena —gimió el chico—. Y estoy muerto ¡Urgh! —Y levantó las manos, como si se rindiese ante lo inevitable.

—Así aprenderás, por haber matado a mi mamá —chilló la niña mientras le pateaba la pierna a su amigo—. Y por haber matado a mi papá. Cabrón alienígena.

—Muy bien, Olivia —dijo Rev, dando su aprobación—. Así me gusta.

Y la expresión de Antony comunicó de un modo más efectivo que la telepatía que, definitivamente, en Harrington no hacían las cosas así.

Travis buscó dos rostros conocidos entre las caras de los adolescentes de la banda de Rev.

—¿Qué le ha pasado a Fresno? —preguntó, finalmente—. ¿Sigue con vosotros?

—¿Quién? Ah, sí. Fresno. —Rev esbozó una sonrisa maliciosa—. El que estuvo liado con tu novia antes que tú, chaval, ¿es ese, no? No he vuelto a verlo desde la paliza que nos disteis en el colegio de Ant. Pensaba que estaría muerto.

—No. Lo dejamos marcharse, como a vosotros —dijo Travis.

—Pues ni idea, entonces. —A Rev tampoco parecía importarle—. Igual lo han capturado los aliens.

—¿Y qué hay de...? No sé, esperaba ver a una chica vestida de cuero.

—Stevie. —Rev frunció el ceño en un gesto que podría entenderse como de dolor—. Sí, Stevie, eso. —Pero su voz seguía conservando un tono de indiferencia—. Se la llevaron. La capturaron los aliens. Lo vi. Se cayó de la moto. Estábamos escapando de ellos y le dije que se sujetase, pero... sí, Stevie. No la volveré a ver.

—Lo siento —dijo Travis, en parte por haber dudado de que Rev se hubiese pasado a los buenos, en parte por la pérdida de la chica vestida de cuero. Quizá ambos hechos estuviesen relacionados.

—Ya, bueno, qué coño, ¿qué más da Stevie? Venga ya. —Rev condujo con brío a los tres adolescentes a la salida del hotel hasta llegar al restaurante—. Esto es lo que quiero que veáis. Vais a flipar. Hasta tú, Ant.

El restaurante ofrecía un menú postenfermedad muy distinto, con el potencial de causar algo bastante peor que una indigestión. Allí había ametralladoras y otras armas automáticas, así como munición para todas ellas. Granadas apiladas en cajas, como si fuesen huevos. Más lanzacohetes de mano como el que Travis, Mel y Antony habían visto en acción. Misiles en abundancia. Aquel lugar que en el pasado acogía a viajeros para que disfrutasen de sus desayunos albergaba ahora un arsenal.

Mel silbó.

—Supongo que aquí estará prohibido fumar, ¿no?

Antony pensó que si Harrington hubiese estado equipado con aquel armamento, quizá aún seguiría en pie y su título de delegado aún significaría algo.

Travis pensó que no era suficiente, ni por asomo. No bastaría para plantar cara a las vainas de batalla y atravesar los escudos de las naves. A fin de cuentas, Rev no era más que otro David, solo que vestido de cuero en vez de con un taparrabos.

Pero el motorista parecía convencido de que su arsenal lo convertía en Goliat.

—Mola lo suyo, ¿eh? ¿Chaval? Encontramos un arsenal del Ejército al otro lado de Willowstock. Parecía bastante improvisado. Y había un montón de soldados muertos... por la enfermedad. Todo esto estaba allí. Había mucho más, pero solo tenemos espacio para esto. Además, mejor no tener todas las armas en el mismo sitio, y con esto es suficiente para lo que tenemos pensado.

—¿Así que tienes un plan, Rev? —preguntó Travis.

—Ya te digo si lo tengo, chaval. Vamos a llevarnos por delante a unos cuantos alienígenas y rescatar a algunos de los nuestros.

—¿No estarás pensando en atacar la nave de los cosechadores, verdad? —dijo Antony.

—Todavía no —dijo Rev—. Primero tenemos otro objetivo, uno más fácil. Cerca de aquí hay una casona muy pija, de esas que las abuelas solían visitar por si veían a la reina, a algún noble o a alguien así tomando el té...; la residencia Clarebrook. Los aliens han levantado un campo de prisioneros a su alrededor, un campo de concentración. Está lleno de niños. Pero después de esta noche, después de que utilicemos estas monadas, ya no lo estará.

—¿Vas a liberar a los chicos? —dijo Mel.

—A todos, nena. —Rev guiñó un ojo—. ¿Quieres un poco de acción? A mí me parece que sí. Tengo un asiento libre en mi moto.

—¿Trav? —Mel parecía estar deseándolo. Le brillaban los ojos. Demasiado, pensó Travis, como si no fuese capaz de controlarse del todo.

—Pero ese campo... ¿no estará vigilado? —dijo.

—Probablemente, chaval —admitió Rev, de buen humor—. Pero no pasa nada. Así tendremos algo a lo que disparar.

—Pasará si resulta que son más que vosotros. —Travis frunció el ceño—. Tienes que planear la operación, Rev, primero tienes que informarte de cuántos son los cosechadores, sus defensas, todo eso. No querrás que esto se convierta en un ataque suicida, ¿verdad?

Travis pensó que en los ojos vidriosos y brillantes de Rev había algo irracional, tan inescrutable y distante como el propio motero. Tenían el mismo aspecto que los de los chicos que marchaban camino de los recolectores. Era una especie de locura, una incapacidad de sobrellevar la pesadilla en la que se había convertido la realidad. Travis pensó que a Rev no le importaba que su ataque al campo de prisioneros tuviese éxito o no. Iba a ser estrepitoso y violento, y con eso bastaba.

—No pasa nada, chaval —rió Rev—. Te preocupas demasiado. Hay planos del lugar, por si quieres echarles una ojeada. Nosotros ya nos lo conocemos. Escucha, esta es tu oportunidad. ¿Te apuntas o no? Has peleado contra mí. ¿Por qué no me demuestras que ya no hay rencores ni rencillas entre nosotros, para variar?

—Venga, Trav —lo animó Mel.

—Si funciona, estaremos salvando a niños de las celdas —observó Antony, aunque parecía más preocupado por el condicional que Mel.

—Todavía puedes dejar que te capturen, si es lo que quieres —dijo Rev—. Cuando nos marchemos, tú te quedas atrás y listo. Pero al menos habrás liberado a otros chicos. De todos modos, sales ganando.

Travis no estaba muy seguro de aquella afirmación, pero a Rev y a Antony no les faltaba razón. Después de todo, él mismo había animado al capitán Taber a llevar a cabo acciones directas contra los cosechadores. Era arriesgado, pero...

—De acuerdo, Rev —decidió—. Cuenta con nosotros.

Solo esperó que Tilo lo entendiese.

Había comido poco durante el almuerzo, e incluso menos durante la comida. No es que Richie soliese prestar atención a los hábitos alimenticios de Tilo, pero sabía que el apetito era un buen indicador del estado de ánimo de una persona, y cómo se encontrase la hippie aquel día era importante para él. Tenía que prestar atención si quería que su plan saliese como lo tenía previsto.

Si iba a seducirla.

Ella se quedó en la cantina después de que todo el mundo se hubiese marchado. Todos salvo él, claro. Ella se sentó ligeramente encorvada sobre la mesa con los brazos cruzados mientras tiraba con los dedos de los codos de su túnica, los hombros

hacia delante y cabizbaja, ocultando su rostro. No parecía feliz. Todo lo contrario, más bien. Ni siquiera reparó en que Richie seguía allí, en el otro extremo de la mesa.

A él le preocupaba Jessica. Pensaba que las dos chicas que se habían quedado en la base, cuyos novios andaban perdidos en territorio hostil, permanecerían unidas hasta recibir noticias para apoyarse la una a la otra, como hacían las chicas cuando iban al baño de los bares y discotecas a charlar sobre quién les gustaba y quién no. Si Jessica estuviese con ella, a Richie le hubiese supuesto un problema, pero por algún motivo llevaba una temporada encerrada en sí misma, a lo suyo, dejando sola a Tilo. Como en aquel instante, por ejemplo.

Era un buen momento para actuar.

Se levantó. Primera elección: ¿debería sentarse ante ella o a su lado? Ante ella podría mirarla a los ojos con más facilidad. A su lado, podría pasarle el brazo por el hombro para consolarla. Richie no se engañó a sí mismo pensando que Tilo se quedaría mirando encandilada a sus ojos, que eran de un anodino tono parduzco y tenían un aire porcino. Sentarse a su lado parecía una idea mejor.

—Eh, Tilo —dijo.

Ella levantó la mirada lentamente.

—¿Richie?

—¿Cómo lo llevas? —Y se sentó a su lado.

—Pues muy mal, la verdad. —Ella se alejó un poco—. Lo siento, Richie. Ahora no soy muy buena compañía. Preferiría estar sola, si no te importa.

De eso nada. Nada de estar sola. Vaya si le importaba. Y sabía que no lo decía en serio. A la hippie no le gustaba estar sola.

—Naught... Travis va a estar bien, ya verás.

—¿Seguro? —preguntó, sombría.

—Fijo que sí. No permitiré que le pase nada malo. Sabe que hay una nena preciosa esperándolo.

Tilo esbozó una débil sonrisa.

—Los cumplidos no son lo tuyo, Richie. —Pero sonaron bien, aunque hubiese incluido la palabra «nena». Los cumplidos eran mimos sin llegar a tocar. Si Travis la hubiese llamado preciosa...

—Pero claro, si yo fuese Travis —dijo Richie—, no hubiese dejado sola a una chica como tú, en primer lugar, ni siquiera para salvar al maldito mundo.

—Te creo, Richie. Por eso no eres Travis. Él no es egoísta, como tú... quiero decir, de ese modo. Para él, los demás son lo primero.

—Para él, tú deberías ser la primera. Para mí lo serías. Si fuese, ya sabes, él.

—¿Por qué hablas así, Richie? —dijo Tilo con naturalidad. No parecía quejarse.

Richie arqueó las cejas al mirarla. Parecía desvalida, vulnerable y muy, muy deseable... pero no quería seducirla en aquel momento. La seducción le resultaba

fría, calculada, cínica, algo parecido al matonismo. No podía hacerle algo así a Tilo.

Sin embargo, la deseaba. No solo por querer aquello que Naughton quería, no solo por eso. La quería para él. Para Richie Coker.

—No me gusta que estés triste —dijo él—. Una chica como tú...

Tilo se volvió hacia él, curiosa e insegura.

—Nunca deberías estar triste. O sola.

—No estoy... —empezó Tilo. Pero se rindió. Porque era así como se sentía. ¿Dónde estaba Travis? Por Dios, ¿por qué no estaba allí, con ella? Quería, no, necesitaba abrazarlo, besarlo, que la hiciese sentir importante y viva. Pero solo estaba Richie—. No sé a qué estás jugando, Richie, pero preferiría que no dijese cosas así. Estoy con Travis. Lo sabes. Estoy con Travis.

—Pero Travis no está aquí.

—Bueno, pero eso no significa que puedas plantarte aquí e intentar aprovecharte de mí cuando... no me encuentro bien. —Como hizo Fresno. Fresno la había engañado, la había explotado, le puso sus manos de sobón encima. Ella había jurado no volver a cometer aquel error. Debería ser fácil no repetir los mismos errores.

—Pero Travis podría estar aquí. Contigo.

—No... —Debería ser fácil.

—Cierra los ojos. Solo... ciérralos.

—¿Qué quieres decir? No voy a cerrar los ojos por ti, Richie. Esto es ridículo. ¿Por qué...?

—Ciérralos —dijo Richie—. Imagina que Travis está aquí.

—Pero no lo está.

—Entonces no tienes nada que perder, ¿verdad? Ciérralos —le pidió Richie, refiriéndose a los ojos miel de Tilo.

Los cerró.

—Voy a arrepentirme de esto. Ya me estoy arrepin...

—Chsss... —susurró Richie. Las cosas no estaban saliendo según lo planeado, según lo esperado, pero en aquel momento podía fingir, por un rato, que era quien él quería ser y quien Tilo quería que fuese—. Travis está aquí.

—Richie, tú...

—No hables. No abras los ojos. No hagas nada. Limítate a imaginar. A sentir. Una mano. —Apretó la palma de su mano izquierda contra la espalda de Tilo. La chica se estremeció y dejó escapar un suave susurro, pero en aquel momento no se apartó. En lugar de eso, se incorporó y arqueó la espalda, y Richie acarició su omóplato y le apretó el hombro izquierdo—. Otra mano. —Entrelazó los dedos con los de ella, liberando a su mano derecha del incesante hurgar en el codo de su túnica. Todavía tenía los ojos cerrados. Tilo estaba soñando—. Podrían ser las manos de Travis, ¿verdad? No puedes notar la diferencia, ¿verdad que no?

—Pero no lo son.

—Pero no puedes sentir la diferencia. No es algo físico. Una mano es una mano. Es lo mismo con el resto... si Travis estuviese aquí, no podría resistirse.

Richie se inclinó hacia delante y besó a Tilo en los labios. Demasiado ansioso. Con la lengua como un ariete. Y en aquella ocasión Tilo retrocedió, y Richie pensó que acababa de cargarse su oportunidad, y no sabía qué haría si eso ocurriese... pero la chica no abrió los ojos, el hechizo no se rompió.

—No. Así no. Con cuidado. Despacio. Travis besa...

—Enséñame. Enséñame cómo besa Travis. Yo seré Travis para ti, Tilo, si me dejas.

Y ella le enseñó. Y le dejó. Porque, al fin y al cabo, unas manos fuertes eran unas manos fuertes, y ella era débil, y necesitaba contacto humano, calor humano. Y casi podía imaginar (casi) que Richie era Travis si seguía teniendo los ojos cerrados. Que es como los tuvo en la cantina.

Pero estaban abiertos cuando Richie la condujo a su habitación.

Rev les enseñó un tosco garabato que aspiraba a representar con exactitud la situación del campo de prisioneros. Por cómo lo describía Rev, el diseño le recordó a Travis a los campos de concentración para prisioneros de guerra que había visto en películas y documentales, un recinto cuadrangular con hileras de barracones en los que alojar a los reclusos, cercado por una verja alambrada y con puestos de vigilancia en las esquinas, como atalayas.

—Pero hay un par de diferencias —añadió Rev—. Los barracones... bueno, los he llamado así por llamarlos de alguna manera, pero parecen hechos de un plástico chungo de los aliens, en vez de madera inglesa de toda la vida. Parecen montículos, son curvos, sin esquinas. Los puestos de vigilancia están sellados, pero tienen una especie de ventana de cristal o plexiglás en la parte superior, así que puedes ver a los aliens que hay dentro... suelen estar entre cuatro y cinco al mismo tiempo. Y la verja no es una alambrada corriente, chaval. Es una especie de campo de fuerza, controlado desde los puestos de vigilancia. Jez... —Uno de los tenientes de Rev, que en aquel momento se encontraba a su lado, asintiendo—. Los ha visto encenderlo y apagarlo para dejar entrar y salir a las patrullas. Sí, patrullas a pie. Hay un montón de alienígenas con armadura, pero supongo que podremos ocuparnos de ellos. No tienen vainas.

—¿Ninguna? —preguntó Travis—. A los cosechadores no parece gustarles viajar por carretera. ¿Cómo llevan a los niños al campamento?

—Jez dice que los recolectores esos los dejan cerca del campamento —explicó Rev—, y después los conducen a pie hacia el interior. La residencia Clarebrook es un pedazo de propiedad y el recinto está fuera, en los terrenos. Ese es otro punto a nuestro favor. Los barracones de los alienígenas están en el interior de la casa, así que

si pegamos rápido y con fuerza a esos cabrones, podríamos largarnos de allí antes de que se les ocurra pedir refuerzos.

—¿A qué escala está dibujado el campamento? —preguntó Antony.

—Jez cree que cada lado debe de medir unos doscientos metros —dijo Rev.

—¿Y cómo vamos a atravesar el campo de fuerza? —quiso saber Travis. Pensó en los misiles que no consiguieron atravesar los escudos de la nave de los cosechadores.

—No te agobies, chaval —lo tranquilizó Rev, confiado—. Ya lo tengo cubierto. Atacaremos los puestos de vigilancia, les echaremos todo lo que tenemos encima. Los machacaremos y así nos quitaremos de encima el campo de fuerza. Una vez desactivado, entramos y empezamos a liberar a la gente. ¿Contento?

—No del todo —dijo Travis—. ¿Y si hay un mecanismo de control del campo de fuerza en otra parte?

Rev se quedó mirando a Travis durante un momento.

—¿Sabes una cosa, chaval? A veces eres un aguafiestas.

—Trav —le dijo Mel—, tenemos que intentarlo.

—Bien dicho, nena. Deberías escuchar a la de negro, chaval —dijo Rev con admiración—. Esta sí que es una chica que sabe cómo divertirse. Querías un plan y aquí lo tienes. En cuanto haya oscurecido, nos pondremos en marcha.

Para entonces, Rev ya se había motivado más que de sobra. No paraba de dar vueltas con su moto, pateando la carretera con sus botas y blandiendo una ametralladora como si hubiese visto a los cosechadores antes que el resto de su grandilocuente equipo de asalto hubiese salido siquiera del hotel y el restaurante. Con una excepción. Mel iba montada en el asiento trasero de la moto de Rev.

A Travis no le gustaba la idea de que Mel compartiese vehículo con el motero. Así se lo hizo saber cuando ella le dijo que Rev había hecho los preparativos a conciencia.

—Estarías más segura con Antony o conmigo —le aconsejó—. Rev toma demasiados riesgos innecesarios. Ya has visto cómo es. Imprudente. Como si le gustase el peligro porque sí.

—Quieres decir... ¿como si no le importase lo que le fuese a ocurrir? —había dicho Mel.

—Exacto.

—Entonces gracias, Trav. Me has convencido. Me voy con Rev. —Y se marchó para transmitirle las buenas noticias al motero antes de que Travis tuviese tiempo de preguntarle qué quería decir con eso.

Sin embargo, podía llegar a cambiar de opinión conforme se aproximase el momento de dirigirse al campo de prisioneros. Con esa esperanza, Travis se cruzó con Mel. Llevaba una chaqueta larga de cuero que Rev le había prestado. Travis se

preguntó si habría pertenecido a Stevie. No quería que Mel acabase como la antigua compañera de Rev.

—Todavía no estás armado, Trav —le reprochó con humor, moviendo el dedo índice—. Será mejor que te des prisa. Si no te andas con cuidado, te dejaremos atrás y te perderás toda la diversión. Va ser un fiestón por todo lo alto. Te lo garantizo. —Y sacó con las dos manos sendas granadas de los abultados bolsillos de la chaqueta.

—Mel, no estoy seguro de que sea muy sensato por tu parte llevar eso encima.

—¿Sensato, Trav? —Se rió con sorna—. Se acabó el ser sensato. Voy a acabar con esa basura alienígena o...

—¿O qué? —Travis cada vez se sentía más preocupado—. ¿O qué, Mel? —Le sujetó de los codos—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? —La chica reaccionó con otra carcajada que sonó parecida a un sollozo—. Suéltame, Trav. Por favor. Sabes que no me gusta que me toquen los chicos.

—Pero no soy solo un chico. Soy tu amigo. Ven con Antony y conmigo, Mel.

—Lo siento, chaval. —Rev cogió la mano de Trav y el codo de Mel y los separó—. Tres son multitud encima de una moto, y Mel ya ha tomado su decisión... chica lista. Venga, prepárate. Nos vamos.

—Mel... —Un último ruego.

Que cayó en oídos sordos.

—Cuídate, Trav.

Todos los oídos fueron sordos más tarde, cuando decenas de motores volvieron a la vida al unísono, emitiendo un rugido desafiante como el gruñido de un león. Travis no tuvo más remedio que alejarse a regañadientes de Mel y Rev. Estuvo a punto de chocar con Antony.

—No te ha escuchado —comentó el chico rubio.

—No la deberíamos haber traído con nosotros —dijo Travis, preocupado—. Debería haber dicho que no, debería haber insistido.

—No es culpa tuya. —Antony frunció el ceño en dirección a Mel, recordando el mal sabor de boca que le dejaron sus falsos besos—. No sabe lo que hace. —Y el dolor en la mirada de Mel cuando Jessica y él la dejaron sola—. Tenemos que ayudarla.

—Ya te digo, sobre todo si Rev continúa con su estupenda imitación de Custer en Little Big Horn^[4]. Vamos.

Travis y Antony corrieron hasta llegar a la moto que les habían asignado. A su alrededor, otros vehículos se ponían ya en marcha, con los cañones de armas automáticas asomando por sus siluetas y las luces de sus faros atravesando la noche; las motos ya se habían adelantado, los jeeps y los todoterrenos (varios de ellos ocupados por adolescentes armados con lanzacohetes) iban tras ellas, y por último un

par de camiones del Ejército con cubierta de lona, desplegados con el objetivo de reunir a los niños liberados tras haber desactivado el campo de fuerza.

Antony se situó tras el manillar con torpeza, ya que su práctica a la hora de conducir se limitaba a la experiencia con *quads* y vehículos similares, con los que recorría los terrenos de su familia. Travis se sentó tras él.

—¿No vas a llevar un arma? —preguntó Antony, sorprendido.

—Esta noche no me preocupan los cosechadores, Antony —dijo Travis entre dientes—. Me preocupa Mel.

—Ya somos dos. —Y puso la moto en marcha.

El vehículo aceleró de golpe. Quizá debería haberle explicado a Travis cuántas veces había chocado con los *quads* en los viejos tiempos. Pero, sin duda, su amigo hubiese entendido aquel detalle como una excusa para cambiar de sitio y que Antony se viese relegado a ser el pasajero. Y los delegados del colegio Harrington no se conformaban con ir de paquete.

Podía conseguirlo, aunque aquella moto fuese más potente que cualquier otro vehículo que hubiese manejado con anterioridad. Podía hacerlo si la velocidad estuviese bien como estaba, o si solo tuviese que concentrarse en la dirección, pero tener que controlar velocidad y dirección al mismo tiempo... Estuvieron a punto de sacar a otro motorista de la carretera y esquivaron por los pelos la parte trasera de un camión del Ejército.

—¡Antony! —le gritó Travis al oído—. Puede que los cosechadores quieran matarnos, pero de ti sí que no lo esperaba.

—Perdón —gritó—. No, eh... no estoy acostumbrado a conducir sin casco.

Pero, paulatinamente, consiguió controlar aquella máquina. El único problema era que para ello tenía que aminorar la velocidad un poco. Lo que significaba que Rev y las motos que iban en cabeza alcanzaron a ver el campo de prisioneros mucho antes que ellos.

Mel lo vio por encima del hombro de Rev. Se parecía bastante a su descripción, aunque ella hubiese preferido verlo de día. De noche, aquel lugar tenía un aspecto siniestro, fantasmal. Los barracones y los puestos de vigilancia, circulares y a gran altura, como si caminasen sobre zancos, habían sido construidos con materiales luminiscentes y emitían un brillo azulado en la oscuridad. Igual que el entramado pulsante del campo de fuerza, que cubría los puestos de vigilancia. Mel creyó oír el murmullo de la energía desde la protección que ofrecían los árboles, aun a varios cientos de metros del campo.

—Mira qué luz... es perfecta, maldita sea. Veremos perfectamente adónde hay que disparar —anticipó Rev, regodeándose.

Tenían que apagar las luces de sus vehículos al abandonar la carretera para internarse en la arboleda que conducía a la residencia Clarebrook. Así los alienígenas

no los verían venir. Ese era el plan. Las luces debían estar apagadas durante las primeras fases del asalto, para ocultar el número de atacantes, para utilizar la oscuridad como camuflaje. Ese también era el plan.

Pero Rev estaba improvisando.

—¡Encended las luces! —aulló—. ¡Todo el mundo con las luces encendidas! ¡Que esos cabrones vean quiénes les están disparando!

Y los haces de luz atravesaron la oscuridad hasta llegar al campo de prisioneros como los filos de unos asesinos. Bajo aquel súbito destello, Mel pudo ver los rasgos de Rev incluso con más claridad que durante el día. Eran los de un lunático. Reía como un maníaco y los estaba conduciendo al desastre, y eso la asustaba. Pero no tanto como un detalle sobre sí misma.

No le importaba.

Rev sostuvo su ametralladora y disparó varias andanadas hacia las copas de los árboles.

—¡Al ataque! —gritó—. ¡Al ataque!



El asalto empezó bien. O eso pensó Mel.

Tras una orden de Rev, una andanada de disparos centelleó desde el follaje..., quizá demasiado lejos del campamento como para causar daños, pero como declaración de intenciones era insuperable. Los primeros cohetes atravesaron el aire con un silbido, pero se quedaron cortos y aterrizaron para explotar inmediatamente a varios metros del puesto de vigilancia central. Sin embargo, sus llamas escarlatas avivaron la furia de los atacantes.

Las fuerzas de Rev avanzaron, desgarrando el suelo sobre el que pasaban. El histérico sonido de los disparos, el silbido de los misiles, los gritos de los atacantes y los rugidos alimentados por gasolina de los motores conformaron una cacofonía que merecía reclamar la victoria por sí misma. El viento acariciaba el rostro de Mel, cuyo pelo flotaba tras ella mientras Rev conducía la moto hacia el campo de prisioneros. Ella lo rodeaba con sus brazos, con sus sentidos alerta, sintiéndose viva. El caos, la violencia, la anarquía que la rodeaba era como sus pensamientos, como su estado de ánimo, como ella. Y cuando un cohete impactó contra el campo de fuerza y sacudió la pantalla azul con un atronador destello, cuando las defensas de los cosechadores temblaron mostrando su vulnerabilidad, pensó honestamente que las cosas iban bien.

Sin embargo, los cosechadores habían reparado en ellos.

De los puestos de vigilancia surgieron refulgentes destellos, barriendo el terreno que se extendía ante ellos. La luz cegó a Mel, al igual que a Rev, que soltó una sarta de insultos. Le daba la sensación de que aquella luminosidad le quemaba. Se sentía expuesta y desamparada, como un insecto bajo un microscopio.

Después llegaron los rayos amarillos.

Y los aullidos se convirtieron en gritos. El arma de energía de los cosechadores no lanzaba rayos intermitentes, sino que era un haz continuo que barría todo cuanto tocaba. Los tres puestos de vigilancia proyectaban sendos haces sobre el perímetro del campamento por el que avanzaba la banda de Rev, desatando el caos. Las motos que eran demasiado lentas para reaccionar a tiempo y los vehículos que carecían de la movilidad para apartarse de su camino fueron incinerados por los rayos amarillos en llameantes explosiones. Las motos reventaron como petardos y sus ocupantes se convirtieron en puro fuego en un destello, un espectáculo que sería hermoso de no ser por los gritos y los restos ennegrecidos y calcinados, por la carne quemada hasta el

hueso.

Por Dios, si la llegaban a tocar, si uno de aquellos rayos la tocaba... Un momento de dolor insoportable y luego... Mel se preguntó si sentiría dolor o solo paz. Una vez muerta, ¿seguiría soñando con Jessica?

—¡Mierda! —Rev aceleró la moto mientras pasaba por debajo de los letales barridos de los rayos. Estaban a punto de llegar al campo de prisioneros, pero ¿de qué serviría? El campo de fuerza se alzaba inexpugnable ante ellos. Aquella superficie azul absorbía las balas de Rev como si estuviese disparando al agua. Mel sintió que, aunque le quedase muy poco tiempo por delante, le hubiese gustado haberles dado un poco más de esperanza a los niños cautivos.

El puesto de vigilancia central explotó.

Puro azar, por supuesto. Un cohete lanzado con mejor intención que puntería. De algún modo, el proyectil no se desvió de su trayectoria. El autor del disparo incluso tuvo tiempo de vocear un grito triunfal antes de que los rayos amarillos de las torres que coronaban las esquinas lo redujesen a cenizas. Pero por lo menos su última acción fue positiva.

El puesto de vigilancia ardió. En su interior, cosechadores ataviados de negro se retorcían y gritaban en llamas. Los atacantes que habían sobrevivido se vieron recompensados con una consecuencia aún mejor: el campo de fuerza que protegía el perímetro del complejo se desvaneció.

Travis y Antony lo vieron parpadear y desaparecer mientras atravesaban el campo, que ya no estaba despejado, sino cubierto por chatarra humeante, como piras funerarias. Un camión del Ejército ardía como una tea, como un cadáver con ruedas. Una moto explotó a su izquierda y sus ocupantes salieron disparados. Pero otros seguidores de Rev ya estaban en plena retirada.

—No los mires, Antony —lo apremió Travis—. Mira a Rev. Mira a Mel. —Ambos iban en cabeza de los pocos restos de la carga, sobrepasando los puestos de vigilancia hasta adentrarse en el campo de prisioneros—. Tenemos que ir tras ellos.

—Lo sé —dijo Antony—. Eso haremos. —Sabía que cada segundo contaba. Los cosechadores podían reparar el campo de fuerza de un momento a otro.

—¡Sí, sí, sí! —oyeron ante ellos. Rev estaba aullando y Mel chilló de alegría mientras se adentraban en el complejo. Sin embargo, no fueron recibidos por niños felices de que los fuesen a rescatar, sino por soldados de los cosechadores vestidos con armaduras negras que se unieron a la refriega con subyugadores y otras armas de energía. Rev devolvió los disparos con su ametralladora—. ¿Qué? ¿Queréis pillar? ¿Queréis pillar cacho, cabrones alienígenas?

Mel hurgó en sus bolsillos en busca de granadas mientras el corazón le latía a toda velocidad. El suelo tembló bajo los pies de los cosechadores. Los alienígenas que aún conservaban sus piernas huyeron, dispersándose.

Pero se reagruparon. Y traían refuerzos. Y el puñado de motoristas que se había adentrado en el complejo junto a Rev y Mel se vio obligado a dar vueltas en círculos al no tener espacio para hacer mucho más. Se estaban convirtiendo en objetivos. Huyeron allí donde pudieron.

Hasta que de pronto, ni siquiera pudieron retirarse. El último vehículo acababa de adentrarse en el complejo cuando un chisporroteo eléctrico señaló la puesta en marcha del campo de energía, una barrera azul que encerró a los pocos adolescentes supervivientes en el interior del campamento.

Mel cayó en la cuenta de que aquello era el fin.

Así que no le sorprendió cuando un rayo de los cosechadores alcanzó a la moto y, de pronto, ya no estaba sujeta a Rev, sino volando, cayendo. El impacto contra el duro suelo le sacó buena parte del aire de los pulmones, pero no todo. Le quedó lo suficiente para seguir viva y, milagrosamente, sin un hueso roto. Rev, por otra parte...

Era el fin, y a Mel no le sorprendió que estuviera moribundo.

De su boca manaba sangre mientras yacía con la columna destrozada. Le recordó al modo en el que acabó su padre cuando le llegó la hora.

—Lo hemos conseguido... ¿verdad que sí, nena? —dijo Rev entre toses, con debilidad—. Les hemos dado su merecido a esos... cabrones alienígenas, ¿verdad?

—Del todo —dijo Mel, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se fue. Estaba muerto. Los vivos no tenían esa mirada. Rev. Se preguntó cuál sería su verdadero nombre.

Cabrones. Tenía razón. Cabrones alienígenas. Encontró una última granada en su bolsillo. Una última oportunidad de acabar con todo en un destello de gloria... aunque no lo mereciese. *Muy bien, Melanie*, se dijo a sí misma. *Ponte en pie*.

Los cosechadores avanzaban hacia ella, encontrándose todavía a unos veinte metros de distancia. Podía alcanzarlos con la granada. Y ellos podían alcanzarla a ella con los subyugadores. Pero ¿quién alcanzaría a su enemigo primero? Echó el brazo hacia atrás para lanzar el explosivo y tanteó en busca de la anilla.

Travis chocó contra ella, llevándola al suelo.

—No. ¡No! —Le quitó la granada y la tiró a un lado—. No vas a hacer que te maten.

Y entonces ella se echó a llorar, y de sus ojos manaron lágrimas como una herida profunda y letal manaría sangre.

—Trav, por favor. Suéltame. Déjame... No lo merezco. No merezco salvarme.

—Mel, claro que lo mereces. Por supuesto que sí. Te quiero.

—No, no digas eso. No merezco que se me quiera. Trav, no sabes...

—Esto, Travis... —Antony estaba de pie, a su lado. Tenía las manos en alto, en un signo de rendición, al igual que los pocos supervivientes.

Travis miró hacia arriba hasta contemplar a los guerreros que los rodeaban.

Suspiró. Rev estaba muerto y su ataque había fracasado... en todos los aspectos, salvo en uno. Travis, Antony y Mel habían sido capturados una vez más por los cosechadores.

Simon empezaba a pensar que era un espía nato. Ser el saco de todos los golpes tenía muchos aspectos en común con ser un agente secreto. Aprendías a valorar el silencio, a hacerte invisible. Planeabas con antelación y no dabas nada por hecho.

Así que incluso entonces, en mitad de la noche, sabía cómo mantenerse alerta. No debería de encontrarse con nadie entre su habitación y la salida del Enclave, pero no podía estar seguro. Coker y sus matones tenían la costumbre de aparecer en el momento más inesperado y en aquel lugar solo podía saberse la hora gracias a los relojes, ya que la iluminación del Enclave era constante en todo momento.

Había decidido, después de que esa idiota de la doctora Mowatt lo hubiese encontrado en el centro de seguimiento y comunicaciones, que el único modo de contactar con el comandante Shurion era seguir el ejemplo de Travis (como había hecho siempre) y dirigirse por su propio pie hacia la nave de los cosechadores. En cuanto se encontrase con un alienígena, Simon solo tendría que explicarle quién era, que este le comunicase su nombre al comandante y listo. La misión sería un éxito, mandarían a Darion a la mierda, y con razón, y Simon sería libre de la vida de esclavitud que les sería impuesta a sus antiguos amigos... oh, y no cabía duda de que Shurion desataría la muerte y la destrucción sobre el Enclave. Simon revelaría la existencia de aquel lugar como un añadido, para demostrar que realmente era un agente valioso.

En caso de que el comandante Shurion empezase a pensar lo contrario.

Porque en aquel momento le urgía cumplir su misión. Cabía la posibilidad de que Shurion encontrase a Travis antes de que Travis encontrase a Darion, o puede que incluso diese con el Enclave por sus propios medios. Eso podría llevarle a pensar que Simon era leal a su antiguo bando, a los humanos. Podría considerar a Simon un enemigo de los cosechadores, en vez de un amigo.

El terrible recuerdo de la celda de desechos regresó a su mente.

Pero Simon no se había topado con nadie que le hiciese preguntas incómodas acerca de por qué estaba rondando los pasillos del Enclave a la una de la madrugada. Había un par de soldados de patrulla, pero Simon se apartó de su camino y no repararon en él. Hizo lo mismo con uno de los científicos de la doctora Mowatt, que parecía tan distraído por sus propios pensamientos que no hubiese notado la presencia de Simon aunque este le hubiese saludado gritando a pleno pulmón. Hasta entonces todo había salido bien. Nadie se daría cuenta de que se había marchado hasta la hora del almuerzo. Simon sentía que ya casi estaba fuera.

Había guardias en la salida.

Vigilaban la zona tranquilamente, custodiando la primera escotilla mientras reían

y bromeaban. Simon deseó que los cosechadores acabasen con ellos de un modo horrible.

Por supuesto. Tilo y Jessica habían hablado de ello, pero él no les prestó atención. Era parte de la rutina que las salidas estuviesen siempre vigiladas para evitar que el personal huyese. *Maldita sea. ¡Maldita sea!* Simon apretó los puños, frustrado. Estaba atrapado bajo tierra junto a todos los demás. Pero no podía dejarse llevar por el pánico. Daba igual. Tenía que haber un modo de comunicarse con el comandante Shurion.

Tenía que haberlo.

El cabecilla al mando del destacamento de los cosechadores en la residencia Clarebrook ni siquiera contemplaría la posibilidad de que un personaje tan ilustre como un miembro de las Mil Familias estuviese cerca del complejo de esclavos antes de que el ataque de los terrícolas hubiese sido completamente repelido y la seguridad restaurada a conciencia. Incluso entonces, no veía con buenos ojos que su superior inspeccionase el emplazamiento y a los terrícolas capturados personalmente. El cabecilla no creía apropiado que el heredero de un linaje tan puro y reverenciado se aproximase a una especie alienígena sucia y degenerada.

Pero Darion insistió.

El cabecilla en persona acompañó al descendiente de Ayrion al campamento, escoltado a su vez por soldados cosechadores. Insistió en que llevasen puesto el casco. El oficial no quería jugársela en lo que respectaba a la seguridad del hijo del comandante de la flota, por motivos profesionales y porque su propia vida dependía de ello.

—Mis guerreros están despejando los vehículos y los restos de los terrícolas, lord Darion —le informó el cabecilla mientras el grupo se aproximaba al campamento—. He desplegado patrullas por los bosques de la zona para asegurarme de que no hay alienígenas allí escondidos y he solicitado una unidad de vainas de batalla de la Furion para ampliar el rango de búsqueda y encontrar la base de operaciones de los asaltantes.

—Buen trabajo, cabecilla —dijo Darion, sabiendo que eran precisamente halagos lo que el soldado esperaba recibir—. Muy buen trabajo, de hecho. —Su tono de voz se tornó mustio al pasar ante una enorme hoguera que iluminaba el cielo nocturno, a la que estaban siendo arrojados los cuerpos ya carbonizados de los atacantes terrícolas con toda naturalidad, como si fuesen troncos o combustible, como si fuese basura para quemar. Todos ellos eran jóvenes, observó Darion, a su pesar. Obviamente. Los jóvenes eran los únicos que quedaban por matar.

Se preguntó si alguno de aquellos cadáveres irreconocibles sería el de Travis Naughton.

Rezó porque no fuese así, pero de ahí a alegrarse porque Travis se encontrase

entre los prisioneros mediaba un trecho. Por algún motivo, Darion estaba seguro de que su amigo terrícola estaba implicado en aquel ataque frustrado al campo de prisioneros. Cuando Dyona y él recibieron las noticias del asalto en su residencia temporal de la mansión Clarebrook, deseó que fuese parte de una acción de la resistencia terrícola organizada. Quizá Travis Naughton hubiese seguido su consejo y se hubiese puesto en contacto con lo que quedaba de los ejércitos humanos, de cuya existencia había pruebas. Pero enseguida resultó evidente que aquel ataque de tres al cuarto era obra de una banda adolescente pobremente organizada y carente de medios que fue despachada de forma expeditiva.

Darion pensó que si los miembros adultos de la raza humana hubiesen confiado más en los jóvenes en los tiempos previos a la enfermedad, si les hubiesen dado más responsabilidades y les hubiesen animado a cuestionarse la sociedad en la que vivían y sus ortodoxias, a tener ambiciones reales y alcanzables, a apuntar alto en sus vidas, a desarrollar una genuina individualidad y a reconocer su propio potencial, su unicidad... En ese caso, los miembros de la joven generación hubiesen podido encontrar el modo de no convertirse en esclavos, hubiesen reunido la fuerza para resistir y, finalmente, acabar con la opresión de los cosechadores.

Pero, por lo poco que Darion había aprendido hasta entonces de la sociedad terrícola, parecía que esa actitud no había sido la dominante durante los últimos días de la humanidad como dueña de aquel planeta. Los adultos en los puestos de poder parecían decididos a desmantelar las estructuras de sangre, la familia, que unían a las generaciones y existían en cualquier cultura saludable que guiase a sus miembros jóvenes hacia la independencia y una madurez positiva. Qué necios e ignorantes habían resultado ser aquellos mal llamados líderes. Darion tenía la impresión de que la sociedad terrícola siempre había clasificado a los adolescentes como una especie de subespecie, tratándolos con sospecha o con miedo, o explotándolos a través de productos e imágenes de mercadotecnia, imponiéndoles una conformidad disfrazada de individualidad. Darion pensó que no le sorprendía haber escuchado de boca de los evaluadores de la Furion que la calidad general de los esclavos no llegaba a lo esperado. Mostraban escasa iniciativa, fruto de unas vidas en las que recibieron todo hecho. Los jóvenes terrícolas eran, en aquel momento, un bien bastante decepcionante.

No había muchos como Travis Naughton.

Y si Travis se encontraba entre los prisioneros, ¿qué haría él, Darion, al respecto? ¿Ayudar al chico una vez más o ignorarlo? ¿Condenar al adolescente a la esclavitud o ponerse en peligro otra vez, para protegerlo de semejante destino? Shurion ya sospechaba que había estado implicado en la fuga a bordo de la Furion... Además de la visita de Dyona, aquel debió de ser el otro motivo por el que el comandante Shurion lo quería fuera de su nave. Quizá Darion estuviese siendo espiado en secreto.

Quizá, si demostraba reconocer a Travis, descubrieran su traición. ¿Qué debía hacer?

El campo de fuerza parpadeó para permitir el acceso de los cosechadores al complejo.

—Por aquí, lord Darion —dijo el cabecilla, conduciéndolo hacia el barracón en el que tenían retenidos a los cautivos.

Travis estaba sentado en un banco, intentando consolar como buenamente podía a Mel, que no paraba de sollozar, mientras Antony aguardaba, ansioso, al lado de ella; sin embargo, dirigió su atención hacia la puerta en cuanto esta se abrió.

—En pie, esclavos —gritó el cosechador ataviado de negro, y la docena de supervivientes perteneciente a la banda de Rev obedeció a la primera.

Entonces Travis vio al cosechador de la armadura dorada.

—¿Es Darion? —preguntó Antony en voz baja.

Y cuando los cosechadores se quitaron los cascos, Travis asintió. Era Darion. Quizá su suerte fuese a cambiar. *Buena falta me hace.*

Sin embargo, Travis no miró a la cara al aristócrata de los cosechadores. No se atrevió a hacer nada que pudiese poner en un compromiso a su aliado. Si es que, después de todo, Darion seguía siendo su aliado.

Pero la situación no parecía tener buena pinta, en ninguno de los dos aspectos.

—Menudo hedor el de este lugar —observó Darion, arrugando la nariz en una mueca de repulsa—. Estoy seguro de que estos terrícolas no tienen el más mínimo concepto de higiene personal. Debería haberlos lavado antes de mi visita, cabecilla.

—Sí, lord Darion. Acepte mis más sinceras disculpas.

—Y qué feos son. Me sorprende que nuestros asesores hayan soportado tocarlos. —Darion caminó ante la fila de prisioneros, estudiándolos a cada uno de ellos como si examinase una colección de repugnantes pero fascinantes insectos. Se detuvo ante Antony—. Cuánto pelo. Primitivo. Degenerado. Mirad a esta hembra, por ejemplo —refiriéndose a Mel—. Su cabello es como el de un animal salvaje.

—¿Debería arrancárselo de raíz, lord Darion? —se ofreció el cabecilla.

—No, no. Que lo decidan sus dueños, una vez haya sido vendida. —Y Darion suspiró al detenerse ante Travis—. Quizá debería haberme quedado en la residencia como me propuso, cabecilla. Estos terrícolas no tienen nada de mi interés. —Se volvió, dándoles la espalda, y se encaminó hacia la puerta—. Vámonos.

—Como desee, lord Darion.

Y Travis reparó en la mirada alarmada de Antony y en la de Mel. Darion se estaba marchando, los estaba abandonando. El plan de Travis se estaba viniendo abajo. Lo único que había conseguido era condenar a sus amigos y a sí mismo al cautiverio y la esclavitud. Había fracasado. Justo cuando no podía permitirse fracasar.

Darion se encontraba en la puerta.

—Ahora que lo pienso —dijo, dubitativo—, quizá debería llevar a cabo una

última entrevista para mis estudios. Que... mmm... —Y miró hacia los prisioneros como si estuviese eligiendo el sabor de un helado—. Traed al macho de pelo castaño y ojos azules a mis aposentos a primera hora de la mañana.

Tilo se despertó odiándose. Puede que hubiese pasado la noche odiándose en sueños, pero aquello no fue tan duro porque al menos no estaba despierta. Pero entonces sí lo estaba, y era consciente de que lo mínimo que merecía era darse asco. También debería sentir, y así fue, algo de vergüenza. Y amargo arrepentimiento. Y todos los malos sentimientos posibles. Por lo menos, cuando se incorporó, estaba sola en su habitación. Richie no estaba en la cama, lo cual era todo un alivio, dentro de la gravedad de la situación. Ya que, después de todo, el daño estaba hecho.

Se sacudió las sábanas de encima. Le gustó la idea de darse una ducha. Quizá aún tuviese parte del olor de Richie Coker sobre su piel.

Sin embargo, antes de satisfacer aquella necesidad utilizó el sistema interno para contactar con el centro de seguimiento y comunicaciones. Nada. No había noticias de Travis ni de los demás. «Que no haya noticias es una buena noticia», le dijo el operario en un intento por animarla tras oír el inconfundible tono de desánimo en su voz. Tilo pudo haberle respondido que la ausencia de noticias podía significar perfectamente que las malas solo estaban tardando en llegar, pero el motivo de su sufrimiento no tenía nada que ver con el operario del centro. No era culpa de nadie más que de ella.

—Maldita sea, Tilo, mira que eres idiota. —Una vez en el baño se quitó el camisón por la cabeza y miró su rostro en el espejo de cuerpo entero. En él se dibujaban los rasgos del arrepentimiento y contrición del pecador, pero aquello no bastaba para aliviar su dolor—. Mira que eres idiota. —Tilo maldijo su reflejo. Preferiría no tener motivos por los que hacer penitencia.

Y el espejo también le reveló los fríos detalles de su anatomía desnuda. Su madre, llamada Deborah Darroway de nacimiento pero Marjal por elección, le solía decir que nunca se avergonzase de su cuerpo. Aquel fue el elemento central de su charla sobre «las verdades de la vida» que mantuvo con su hija cuando esta tenía once o doce años. «Y, cielo, no quiero que pienses en ellas como las verdades de la vida, sino como la belleza de la vida. Las verdades no entienden de sentimientos, que son los que determinarán lo que hagas con tu cuerpo y con los chicos.» Así que su cuerpo nunca debía ser motivo de vergüenza o miedo. Ni su cuerpo, ni lo que necesitase. Ni lo que desease. O adónde quisiese conducirla... o con quién. «El cuerpo siempre sabe qué es lo correcto», le aseguró su madre, porque lo que sentía era natural, y lo natural era bueno. La naturaleza era buena.

En aquel momento Tilo no estaba muy segura de estar de acuerdo con su madre en aquel aspecto (aunque deseó que Marjal siguiese viva para poder discutirlo). Su cuerpo, desde su punto de vista, tenía tendencia a decepcionarla, a traicionarla y a

alejara de lo que realmente quería para dejarla en manos, literalmente, de gentuza como Fresno y Richie cuando tanto su cabeza como su corazón sabían que con quien quería estar era con Travis. Parecía que algunas partes de su cuerpo eran un poco más lentas a la hora de darse cuenta de ello. ¿Y cómo se sentía entonces? Nada bien. Un poco sucia. Un poco facilona... muy facilona, de hecho. Después de pasar la noche con un chico, una no debería desear no haberlo hecho. Debería querer volver a dormir con él, volver a estar a su lado, una vez más.

Y ella ni siquiera quería volver a ver a Richie Coker.

Si Marjal estuviese ahí, Tilo le hubiese dicho que se equivocaba. El amor físico, el sexo, podía ser natural y desde luego no era algo de lo que avergonzarse, pero no constituía una respuesta en sí mismo. No te hacía feliz. No te satisfacía. Para ello tenías que querer con la mente y el cuerpo al mismo tiempo, pensar y sentir. Tenías que esperar a que apareciese alguien en tu vida que te atrajese en ambos niveles, que despertase tus emociones y estimulase tu cerebro, y si eso significaba tener que esperar, entonces había que esperar y ser paciente. Las relaciones superficiales solo producían placeres superficiales. Puede que Tilo siempre lo hubiese sabido, en el fondo. Puede que todo el mundo lo supiese. Pero ahora creía en ello.

Quizá Fresno y Richie le hubiesen hecho un favor a largo plazo.

Travis, pensó ella, no tiene que enterarse de lo de Richie.

Por ese motivo, en cuanto salió de la ducha (muy caliente, por cierto) pero antes de desayunar, Tilo llamó a la puerta de Richie, rezando por que nadie pasase por allí y la viese.

—Tilo. Hola. —Richie ya estaba vestido (gracias a Dios), pero por desgracia, parecía más que dispuesto a que eso cambiase—. ¿Quieres repetir?

—No exactamente, Richie —dijo mientras hacía una mueca—. ¿Podemos hablar?

—Claro. Precisamente esta noche hicimos de todo menos hablar. —Esbozó una débil sonrisa. Richie Coker no había nacido con una imaginación desbordante, pero se hacía a la idea de en torno a qué giraría la conversación. La dolida expresión de Tilo le decía todo lo que necesitaba saber.

Él solo esperaba que ella se alegrase de volver a verlo. Después de lo que habían hecho.

—Lo que ocurrió anoche, Richie...

No había tratado a Tilo como a las otras chicas, las mosconas que andaban detrás de él, de Russ y de Terry Niles. Con ella se había esforzado. Quería que Tilo disfrutase.

—Lo que ocurrió... no sé cómo decirte esto, Richie, porque no quiero herir tus sentimientos ni nada de eso... lo digo en serio, pero lo que sucedió ayer por la noche no debería haber pasado.

—No debería haber pasado —repitió Richie, débilmente.

—Ha sido... ha sido un error, una tontería... ha sido mi culpa, Richie, mi culpa. Debería haber tenido un poco más de cabeza, pero me dejé llevar por mis preocupaciones sobre Travis y estaba muy sensible, y necesitaba... pensé que necesitaba consuelo, alguien que estuviese conmigo, y tú estabas allí y... y no debería haber pasado. Debería haberme controlado.

—Pues sí, igual sí que deberías —dijo Richie, arrepentido. Pero no dejaba de alegrarle el que no hubiese sido así.

—Lo siento.

—No eres la única.

—Lo que quiero decir es que lo de esta noche no puede volver a ocurrir. No debe volver a ocurrir. Tú y yo no podemos...

Claro que no, pensó Richie, llanamente. Porque él se había esforzado al máximo, pero seguía sin ser Travis. Nunca lo sería. Naughton era demasiado bueno para él. Tilo era demasiado buena para él.

—Quiero a Travis, Richie.

Claro que sí. ¿Cómo no iba a quererlo? *Mierda*.

—Se me olvidó por un momento, pero ahora lo sé.

—Pues llámame la próxima vez que tengas amnesia, Tilo —dijo Richie, con una risa vacía.

—Lo que quiero decir, Richie, es que he venido a pedirte un favor, un favor muy grande y también un poco injusto, la verdad, pero espero...

—Esperas que no sea el cabronazo que crees que soy —anticipó Richie—. El cabrón que todo el mundo cree que soy.

—Richie, no quería...

—La clase de desgraciado que le restregaría a Travis, en cuanto volviese, que ha estado liado con su novia mientras él estaba fuera salvando el mundo. No quieres que Travis sepa lo de esta noche, Tilo, y te acojona que se lo pueda decir. Para cubrirme las espaldas, para liarla, para separaros. Para hacer daño a Travis. Para hacerte daño a ti. Cosas que un cabronazo haría sin pensárselo dos veces.

Tilo se encogió de hombros.

—Tienes razón. No quiero que Travis lo sepa. Y no quiero que se lo cuentes... yo, desde luego, no lo haré. No estoy segura de que me perdonase.

—¿Ni siquiera si se lo explicases como un momento de debilidad, o algo así?

—Travis no lleva muy bien lo de los momentos de debilidad. No puede enterarse, así que... estoy a tu merced, Richie.

Este volvió a reír, con tan poco humor como la primera vez.

—Tú no me conocías antes, Tilo. En Wayvale. Cuando Trav, Morticia y Simoncete me conocían. ¿Y sabes una cosa? Me alegro de ello. Porque entonces yo era un cabrón. De la cabeza a los pies. Por aquel entonces le hubiese contado a Travis

lo que ha pasado con todo lujo de detalles, con sonidos y todo. Joder, se lo hubiese contado a todo el mundo solo para haceros sufrir, para hacerme sentir... poderoso. Pero tienes razón, Tilo. Ya no estamos allí. Los tiempos han cambiado. Richie Coker... está intentando cambiar. No quiero hacerte daño. Nunca te... Vamos, que nuestro secreto está a salvo. No le diré ni una palabra a Travis.

—¿Me lo prometes? —dijo Tilo, con una expresión a medio camino entre la duda y el alivio.

—¿Te gustaría que lo de anoche no hubiese ocurrido? —dijo Richie—. Pues no ocurrió.

—Gracias, Richie. Gracias. —Y lo abrazó—. Te veré en el desayuno.

—Sí, nos vemos. —La vio marcharse, y en parte se alegró de ello. Richie Coker no quería que nadie lo viese llorar.

Era la segunda vez que Travis se encontraba en los aposentos de Darion. Sin embargo, al contrario que la primera, el entorno de inspiración georgiana de la residencia Clarebrook le proporcionaba una reconfortante sensación de familiaridad; el elegante mobiliario de estilo Regencia de las habitaciones, los retratos de damas y caballeros que vivieron entre aquellas paredes, los libros y decorados y los retazos del pasado... Un pasado que pertenecía a los habitantes de la Tierra.

Travis deseó poder estar así de seguro con respecto al futuro.

Darion, vestido con su armadura dorada, se encontraba ante la chimenea. Pidió a su escolta de guerreros que los dejaran solos y fue entonces cuando Travis se atrevió a hablar.

—Darion, me alegro de verte...

—Y yo me alegro de ver que estás bien, Travis Naughton —respondió el cosechador, y realmente era sincero, lo cual quizá resultaba un poco sorprendente—. Aunque esperaba no volver a encontrarte preso...

—Bueno, ahora te lo explico —dijo Travis—. Pero antes, escucha, dos de mis amigos fueron capturados conmigo. Sé que te estoy pidiendo mucho, pero ¿sería posible traerlos aquí también? Preferiría que no estuviésemos separa... —Las palabras del adolescente se congelaron en su boca. Otro cosechador entró en la habitación. Un tipo de alienígena que no había visto hasta entonces.

Una hembra de la especie.

O eso fue lo que supuso. Así lo sugerían las curvas de la recién llegada, aunque pocos rasgos más la diferenciaban de Darion. Su vestimenta dorada era idéntica (lo que significaba, supuso Travis, que también pertenecía a las Mil Familias) y ambos carecían completamente de pelo. La ausencia de líneas de expresión o arrugas en la piel blanca de la hembra denotaba que tenía la misma edad que Darion, mientras que las cartilagosas orejas, la nariz chata de boxeador, los ojos carmesíes y la boca escarlata eran rasgos que compartía con los cosechadores machos. Qué mala suerte,

pensó Travis. Las mujeres de aquella especie debían de tener un maquillaje muy, muy bueno (o los hombres un sentido de la estética muy poco desarrollado, lo cual era más probable). De hecho, el único distintivo facial entre los dos sexos parecía ser que la hembra se había adornado la protuberancia ósea de la frente, tatuada con símbolos arcanos que le recordaron a Travis a los empleados en brujería.

Miró a Darion para que este le indicase qué hacer y tensó de nuevo todo su cuerpo para adoptar la postura propia de un prisionero.

—Erguido para llamar la atención, ¿eh? —dijo la mujer con una sonrisa burlona—. Menudo efecto tengo en los hombres.

—Dyona —dijo Darion con indulgencia—. Tranquilo, Travis. Puedes relajarte. Ya le he hablado de ti a Dyona.

Travis estaba más confundido que tranquilo.

—¿Quién...?

—Sí, Darion —le reprendió la mujer, mientras estudiaba a Travis con la mirada—. ¿Dónde están tus modales? Preséntame a tu amigo terrícola como es debido.

—Travis Naughton —obedeció Darion—, es un honor presentarte a Dyona, del linaje de Lyrion de las Mil Familias. Mi prometida.

—¿Tu qué? —soltó Travis.

—Su prometida —repitió Dyona, lentamente—. Su pretendiente. Su pareja. Su otra mitad. Su futura mujer. La luz de su vida. ¿Te suenan estos términos, o es un error de nuestros traductores?

—No, están... Bueno, felicidades —balbuceó Travis.

—Muchas gracias —dijo Dyona—, aunque a veces me pregunto si Darion es digno de mí. Me he fijado en que no le quitas los ojos de encima a mi belineo, Travis.

—¿Disculpa? —dijo mientras tragaba saliva.

—Mi belineo. El término anatómico para describir la protuberancia ósea que tenemos sobre nuestros ojos. —Dyona le dio unos golpecitos con el dedo para concretar—. Hasta ahora nunca has visto uno adornado, por supuesto. Solo las hembras de nuestra raza tienen derecho a engalanarse.

—Es, hum... muy bonito —dijo Travis.

—Tiene más habilidades sociales que un Corazón Negro —apuntó Dyona a Darion—. Pero gente como él vivirá en la esclavitud mientras gente como Shurion siga pensando, erróneamente, que son sus amos.

—Por favor, ¿podemos...? Mis dos amigos... —les recordó Travis.

Darion le habló de ellos a su prometida, después Travis les dio sus nombres y los describió.

—Sé que Darion te ha explicado que es un alienólogo, Travis —dijo Dyona—. Como yo. Enviaré a Etrion para que traiga a tus amigos con el pretexto de servirme de utilidad para mi trabajo. Podemos confiar en Etrion. Su linaje ha servido al mío

durante siglos.

—Gracias —dijo Travis con sinceridad—. Muchas gracias. Dyona.

—Puede que aún tengas más que agradecer a mi prometida, Travis —dijo Darion, orgulloso. El adolescente lo miró, confundido—. Dyona es miembro del movimiento disidente de los cosechadores.

Mel y Antony estaban apiñados en el barracón con los restantes miembros de la banda de Rev. A Travis se lo había llevado un guardia de los cosechadores hacía un rato y desde entonces, nada.

—Quizá se hayan olvidado de nosotros —le dijo Antony a una taciturna y desaliñada Mel.

—Ojalá fuésemos nosotros los que nos olvidásemos de ellos —contestó la chica. Le faltó añadir: «Ojalá lo olvidase todo».

—Travis le contará a Darion todo lo que ha sucedido —supuso Antony—. No se olvidará de nosotros. Nos llevarán con él, o algo así. Apostaría por ello. Si llevase dinero encima. O si mis padres no desaprobasen el juego.

—¿Tus padres tenían acciones o bonos, Antony? —preguntó Mel.

—Por supuesto.

—Pues ahí lo tienes. ¿Qué era la bolsa salvo un montón de jugadores trajeados? Y manejando el dinero de los demás, para colmo. Hay más honestidad en una casa de apuestas o en un casino de Las Vegas que en la City de Londres. Pero claro, está bien que los de clase alta os embolséis dinero sin habérselo ganado. En cuanto un trabajador intenta meter el morro, se encuentra con que es una trampa. Pura hipocresía. ¿Banca de inversiones? Se me ocurre un nombre mejor... y rima.

Antony sonrió.

—Eso ya me gusta más.

—¿El qué? ¿La palabra? Me sorprende que alguien con una educación tan refinada como la tuya sepa cuál es.

—No. El hecho de que te enfades y hables. Que defiendas lo que crees. Eso ya es más propio de ti, Mel.

—Una vuelta a las costumbres —protestó la chica.

—Sabes que Travis está preocupado por ti.

—Pues no se lo he pedido.

—¿Y cuándo tiene que pedirle un amigo a otro que se preocupe por él? —sentenció Antony—. Se ha dado cuenta de que estás... diferente, y todos esos riesgos innecesarios con Rev daban a entender que querías que te matasen. —Mel, sintiéndose culpable, apoyó el cuerpo en el banco para evitar mirar a Antony a los ojos—. Pero no sabe por qué. Ni Jessica ni yo le hemos dicho nada. —Hizo una pausa—. ¿A qué vino lo de la otra noche, Mel?

—A que soy imbécil —dijo ella, aliviada al comprobar que Jessica no había

compartido con Antony el desenlace de la historia. Mel tampoco iba a contárselo; solo había un chico en el mundo al que pudiese llegar a confesarle su debilidad, y no se encontraba allí.

—No merecía que me utilizases de ese modo —le criticó Antony con tacto.

—Lo sé.

—Y Jessica tampoco merecía encontrarse en una situación tan embarazosa.

—Lo sé. Lo sé, lo sé, ¿vale? Perdón. —Mel se volvió hacia Antony, con tono suplicante—. Lo siento.

—¿Creías que le sería infiel a Jessica o algo así, Mel, es por eso por lo que lo hiciste? ¿Querías demostrar que lo haría? —Era evidente que Antony quería comprender el motivo de sus actos—. Porque no lo haré. Nunca. Tengo... intensos sentimientos hacia Jessica.

¿Ah, sí?, pensó Mel con amargura. ¿Intensos sentimientos? ¿Qué puñetas significa eso? ¿Es que no podía decirlo? ¿Acaso la vida de clase media alta de Antony en el interior de un colegio privado, basada en la respetabilidad y el decoro, había eliminado aquella palabra de su cuidado y cultivado vocabulario? ¿Amaba a Jessica? Porque Mel, sí. ¿Sentía que se le encogía el corazón cuando no la veía? Porque Mel, sí. ¿Moriría por ella?

Porque Mel, sí.

—Sé que te gusta, Antony —admitió con un suspiro, como si reconociese una derrota—. No volveré a molestarte.

—Ambos queremos que Jessica sea feliz, ¿verdad? —continuó Antony—. Así que deberíamos estar juntos. Deberíamos ser amigos.

—Y somos amigos, Antony —dijo Mel, forzando una débil sonrisa para reafirmar sus palabras.

—Me alegro. Y Jessica también se alegrará. Así que se acabaron las escapadas salvajes subida en una moto, Mel. Tenemos que seguir vivos. Después, cuando regresemos al Enclave, tú y Jessica podréis sentaros juntas, discutir vuestras diferencias y reconciliaros.

Como si fuese a ocurrir.

—Eres todo un diplomático, ¿eh, Antony? —Negó con la cabeza, pesimista.

—¿Hay algo que no me estés contando, Mel?

—Así que propones que nos sentemos, nos reconciliemos y que tengamos un final feliz. —No sonaba convencida—. Voy a contarte un chiste, Antony. Resume perfectamente cómo me siento. Un hombre va al médico y le dice: «Doctor, no sé qué hacer. Veo el mundo a mi alrededor y me parece un lugar oscuro y deprimente, y siento que no pertenezco a ningún lugar. Veo a la gente a mi alrededor y siento que no conozco a nadie. Estoy desesperado, doctor. La vida ha perdido todo su sentido para mí y no estoy seguro de que pueda recuperarlo». Y el médico le responde: «Necesita

animarse, eso es todo. Tiene que recordar que la vida puede ser divertida. Resulta que el gran payaso Grimaldi está en la ciudad y esta noche va a montar un espectáculo en el teatro. Vaya a ver a Grimaldi el payaso. Si alguien puede recordarle el sentido de la vida, es él». Y el hombre dice... y el hombre dice: «Ese es el problema, doctor. Yo soy Grimaldi». —Las lágrimas brillaban en el interior de los ojos de Mel—. «Yo soy Grimaldi».

—Me temo que no te... —dijo Antony—. Que no te entiendo.

La puerta del barracón se abrió. La silueta oscura de un guardia de los cosechadores apareció en el umbral.

—De modo que si el Enclave puede ponerse en contacto con los líderes de vuestra organización —concluyó Travis—, quizá podamos contraatacar.

—Yo que tú no me haría ilusiones tan rápido, Travis —le advirtió Dyona mientras caminaba por la habitación en la que ella, Darion y el adolescente aguardaban el regreso de Etrion, que les traería a Mel y Antony—. Me temo que nuestro movimiento de disidencia no sigue esa estructura. No tenemos un único dirigente o un grupo que ejerza el liderazgo con el que poder contactar, con tenientes a su cargo y activistas a los que organizar. No hay una cadena de mando como tal. Trabajamos en igualdad, como individuos que se reúnen cuando y donde pueden para protestar. ¿Sabes lo liberador que resulta, por cierto, operar en libertad e igualdad cuando todos los aspectos de nuestra sociedad son rígidos como códigos marciales y tan inflexibles y jerárquicos? Por supuesto que no. Y alégrate de ello, Travis. Pero me temo que en este momento te encuentras ante la representación del movimiento disidente en la Tierra al completo.

Travis observó a los dos cosechadores.

—¿Habla por ella o por los dos? —preguntó a Darion.

—No lo sé, Travis. No puedo prometer... —Se revolvió, incómodo—. Ya te he ayudado a escapar. Os ayudaré a ti y a tus amigos a escapar de nuevo, pero más que eso...

—Por los dos, Travis —contestó Dyona, abrazando a Darion a la altura del cuello—. Ya lo convenceré. —Y si los cosechadores tuviesen labios, el beso de Dyona hubiese sonado con un chasquido húmedo al separarse de los de su pareja—. Mi querido prometido es más valiente de lo que piensa.

Eso espero, pensó Travis. ¿Y dónde estaban Antony y Mel?

—Nuestra unión fue concertada cuando ambos éramos niños, ¿te acuerdas, mi amor? —le dijo Dyona, divertida—. Los miembros de las Mil Familias solo pueden casarse con otros miembros de las Mil Familias, por supuesto. Para mantener puros los linajes de sangre. Y pensaron que unir los linajes de Ayrion y Lyrion fortalecería el ya de por sí alto prestigio de ambas familias. Compartimos el mismo tótem, como puedes ver.

Pero Travis no lo veía.

—Todos los linajes de los cosechadores adoptaron, hace mucho tiempo, un animal nativo de nuestro mundo como tótem —explicó Darion—. Un dios familiar, si lo prefieres. Se dice que el poder de los dientes y garras, el valor y la ferocidad que la naturaleza otorga a las bestias y aves escogidas por cada linaje, se transmite a los corazones de los guerreros cosechadores.

—Esos ridículos cascos que nuestros soldados llevan en combate —añadió Dyona—, están basados en el tótem de un animal que les proporciona protección espiritual. En mi opinión, una armadura más gruesa sería más eficaz.

—El tótem del linaje de Ayrion es un *scarath* —dijo Darion—, una bestia felina parecida al tigre dientes de sable de vuestro periodo prehistórico. El linaje de Dyona también alaba al *scarath*.

Dyona emitió un gruñido juguetón y simuló unas garras con los dedos, arañando el pecho de Darion.

—Dos tigres emparejados —explicó ella—. ¿Ahora entiendes por qué pensaron que sería una buena idea? Imagina si supiesen cuánto despreciamos ambos su enfermizo sistema.

Y su gruñido, que hacía un momento había sido divertido, se convirtió en una expresión genuinamente amenazadora, y el desprecio que había en su tono de voz hacia su propia raza era más que evidente. A Travis le desconcertó aquella actitud. Puede que Dyona del linaje de Lyrion fuese un poco inestable.

—Travis —dijo ella—, ¿sabías que, en nuestro idioma, utilizamos la misma palabra para decir «esclavo» y «alienígena»? Pues ahora lo sabes. Mi gente fundó nuestra civilización de acuerdo con dos creencias: que todas las especies del universo se dividen en fuertes y débiles, y que los fuertes tienen derecho a explotar y dominar a los débiles. Perdón, tres principios. El tercero es que los cosechadores son fuertes, la raza más poderosa de todas. —Resopló con desprecio—. ¿Empiezas a ver por qué incontables generaciones de nuestra propia gente han justificado la práctica de la esclavitud y contribuido en cuerpo y alma a la expansión del comercio interestelar de esclavos? Cuando la tecnología nos lo permitió no alcanzamos las estrellas, Travis: las aplastamos con puño de hierro.

»Pero lo que comenzó como una afirmación del poder y la superioridad cultural de los cosechadores se ha convertido en una necesidad económica. Nuestra raza depende de los beneficios generados a partir del comercio de esclavos, sin los cuales nuestra sociedad se desmoronaría. Por ello, la necesidad de conquistar planetas como la Tierra se perpetúa. Los cosechadores nunca se detendrán hasta que alguien los obligue, Travis, y pese a que para mi vergüenza he nacido en el seno de esta raza, haré lo que esté en mi mano para detenerla.

Dyona tenía los puños apretados. Darion se los acercó a la boca y los besó.

—Mi amor —dijo.

—Como verás, Darion y yo pensamos lo mismo. —La alienóloga sonrió—. Han sido nuestras creencias, y no nuestros linajes, lo que han alimentado nuestro amor. Compartimos el punto de vista que mi prometido sin duda te habrá explicado, Travis: todas las culturas son valiosas y todas las razas son iguales. La esclavitud es una abominación. Por eso puedes confiar en nosotros para salvar a tu gente y a ti mismo.

—Me alegro de oírlo —dijo Travis.

—Pensamos lo mismo, Dyona, así es —admitió su pareja—, pero nos expresamos de distinto modo. Tú condenas a toda nuestra raza sin piedad, hasta al último de sus miembros. Yo... prefiero persuadirlos. Estoy seguro de que nuestra gente puede darse cuenta de los errores que han perpetuado y cambiar. Si estamos convencidos de que la bondad reside en los corazones alienígenas, no podemos negarnos a aceptar el mismo principio en nuestra propia especie. Es nuestra sociedad la que nos ha hecho como somos, no sus miembros.

Todo un diplomático. ¿Dónde estaba Antony cuando se le necesitaba?, se preguntó Travis con una medida sonrisa. Él y Darion se llevarían bien. Entonces, la sonrisa desapareció. ¿Dónde estaba Antony?

—¿Crees que el comandante Shurion también es bueno en el fondo, mi amor? —preguntó Dyona con escepticismo.

—Puede. Es posible. Tiene que serlo, ¿no?

Pero antes de que Dyona pudiese responder o de que Travis los interrumpiese para preguntar si era normal que Etrion tardase tanto en traer a los prisioneros del campamento, alguien llamó a la puerta. Travis no tenía de qué preocuparse. Etrion había regresado.

Solo.

Dios mío. Travis sintió que la sangre se le helaba en las venas. Está solo.

—Me temo que es demasiado tarde —dijo el sirviente de los cosechadores—. Parece ser que el comandante Shurion ha dado órdenes de que conduzcan a los supervivientes del ataque terrícola a la Furion. Los prisioneros ya no se encuentran en el complejo. —Se volvió hacia Travis—. Hemos perdido a tus amigos.



—¿Dónde está Travis? ¿Qué le ha pasado a Travis? —El hecho de que ella, Antony y los otros diez desafortunados que habían combatido con Rev estuviesen siendo conducidos sin el menor miramiento por los pasillos de un recolector hacia una celda de los cosechadores (qué duda cabía) parecía importarle menos a Mel que la ubicación de su mejor amigo. Travis tenía que estar bien. Tenía que estarlo. Mientras así fuese, había esperanza, puede que incluso para ella—. ¿Antony?

—No lo sé, Mel. No puedo... —Pensar. Y efectivamente, no podía hacerlo con un guerrero cosechador encañonándolo constante e innecesariamente con su subyugador por diversión. Pero tenía que pensar. Travis no había ido a por ellos. En vez de eso, habían sido arrastrados al recolector que había aterrizado en una explanada cercana a la residencia. No hacía falta ser un genio para deducir su destino y su propósito... el procesamiento ya había sido lo bastante humillante la primera vez. Pero ¿significaba aquello que Darion se había negado a ayudarlos? ¿O que, de algún modo, la culpa era de Travis? Un estudiante de Harrington, especialmente un delegado, nunca dejaría en la estacada a sus amigos.

Y sí, los llevaron a una celda. Desnuda, metalizada. El modelo habitual. Los adolescentes fueron arrojados al interior para que empezasen a lamentar su destino.

—Casi esperaba encontrar a Trav aquí dentro —dijo Mel—. Pero me alegro de que no sea así. —Cruzó la celda hasta llegar al panel de observación y miró alrededor. Parecía que en el recolector estaban teniendo lugar los últimos preparativos antes del despegue.

—Pero tu primera pregunta ha sido muy acertada —dijo Antony—. ¿Dónde está? Creo que deberíamos considerar la posibilidad de que Travis haya fracasado en la misión.

Mel se dirigió hacia el chico rubio con compasión.

—Travis nunca fracasa.

—Bueno, tu lealtad es admirable, Mel. —Ojalá él pudiese despertar semejante fidelidad—. Pero creo que para escapar vamos a tener que apañárnoslas solos, en lugar de esperar a que Travis o Darion aparezcan.

Tenía razón en lo último. Minutos después, quien entró en la celda no era ni Travis ni Darion, sino una hembra de los cosechadores vestida con una armadura dorada y acompañada por guerreros vestidos de negro que insistió en que Antony y Mel fuesen con ella.

—Es algo que siempre he dicho —afirmó Mel—, si quieres un trabajo bien hecho, que lo haga una mujer. Ella —refiriéndose a Dyona— estuvo magnífica, Trav.

Esta tenía un brazo en torno a Mel, mientras con el otro estrechaba la mano de un precavido Antony. Los aposentos de Darion y Dyona en la residencia Clarebrook se estaban convirtiendo en un destino de lo más popular.

—La verdad es que el modo en el que Dyona se dirigió al capitán del recolector fue impresionante, Travis —confirmó Antony.

—Hago lo que puedo —dijo Dyona, fingiendo modestia—. ¿Verdad que sí, amor mío?

—Desde luego —afirmó Darion, con menos humor—. Y puedes ser de lo más convincente.

—Trav, el tío ese, el capitán —dijo Mel con una sonrisa—, coge y le dice a Dyona que va en contra del protocolo descargar mercancía de esclavos una vez han subido a la nave sin permiso escrito del comandante de una nave esclavista. Y Dyona le dice que los protocolos son para criaturas inferiores a las Mil Familias, y que si el comandante Shurion no se entera no tiene por qué afectarle, y que dos esclavos más o menos no suponen ninguna diferencia, al fin y al cabo, y que necesita un hombre y una mujer para sus estudios de alienología, y que si el capitán le permitiese llevárselos se lo tomaría como un favor personal. Y va y dice: «Nosotros, los miembros de las Mil Familias, somos valiosas amistades, capitán». Y luego: «Pero peligrosos enemigos». Y el capitán se arruga y parece un poco más pequeño, algo así. —Alrededor de un centímetro, si es que la medida entre el dedo índice y el pulgar de Mel era exacta—. Y Dyona se sale con la suya y aquí estamos.

—Dyona —dijo Travis—, no sé cómo agradeceréte.

—Espero que no con un beso —objetó la cosechadora, cubriéndose su boca desprovista de labios con los dedos—. Acepto la igualdad de razas, pero todo sea dicho, los terrícolas sois muy feos.

—Supongo que depende del cristal con el que se mire —rió Travis—. Lo de la belleza, quiero decir.

—No es así según la tradición de los cosechadores —respondió Dyona—. Nuestra gente tiene un dicho: «La belleza está en la sangre».

—Por favor —protestó Darion—. Me alegro muchísimo de que los tres volváis a estar juntos, pero no es momento de cháchara. —Se separó de sus compañeros y caminó lentamente, casi con petulancia, hacia la ventana.

—¿Estás enfadado porque actué mientras tú solo mirabas, mi amor? —se burló Dyona, y después se dirigió hacia los adolescentes en voz baja—. Siempre le da por enfurruñarse.

A Travis eso no le preocupaba. Lo que le preocupaba era la inutilidad de Darion como aliado. Porque, la verdad, mientras Antony y Mel estaban siendo conducidos a

bordo de un recolector, Darion del linaje de Ayrion se puso a cavilar acerca de qué hacer, cómo minimizar riesgos, cómo maximizar las posibilidades de éxito, lo cual está muy bien si tienes el lujo de disponer de tiempo para elaborar tus planes, pero cada segundo era vital, cada instante, precioso. Solo Dyona cayó en la cuenta de ello y se dirigió hacia el recolector pese a la oposición de su pareja. Puede que su conducta fuese errática, pero al menos parecía resuelta y decidida cuando hacía falta. ¿Podría Travis afirmar lo mismo de Darion?

—Yo no me... no seas infantil, Dyona —protestó Darion desde la ventana, observando los terrenos de la residencia Clarebrook como si temiese que la represalia inmediata por el crimen de su prometida tomase forma en el comandante Shurion y su guardia de cosechadores avanzando hacia ellos—. Puede que sea heroico y emocionante actuar sin pensar, pero los actos tienen consecuencias, y si tenemos en cuenta que lo que hemos hecho constituye una traición a todos los principios de nuestra gente, las consecuencias podrían ser severas.

—¿Así que preferirías haber dejado a Antony y a Mel en las celdas del recolector? —replicó Dyona, indignada.

—Solo creo que... hubiese sido más sensato esperar a que hubiesen llegado a la Furion antes de traerlos. Dos terrícolas menos con cien prisioneros a bordo hubiese llamado menos la atención que dos terrícolas menos de un grupo de doce. Como el capitán del recolector se lo piense dos veces e informe a Shurion de tus acciones, amor mío...

—No lo hará. —Dyona ni siquiera consideró esa posibilidad—. Pertenezco al linaje de Lyrion.

—Lo que quiero decir —trató de aclarar Darion, dirigiéndose hacia los adolescentes y su prometida— es que a veces lo más inteligente es esperar.

—Con todo respeto, Darion —dijo Travis—, no podemos esperar. Si lo que queremos es la libertad de nuestra gente, los segundos van pasando. Tenemos que atacar a vuestras fuerzas, hacer que al menos se lo piensen dos veces a la hora de ocupar la Tierra, y tenemos que hacerlo ya.

—Te escuchamos —dijo Dyona, y Darion no la contradujo.

—Ya os he hablado del Enclave —continuó Travis—. Pues bien, hay un motivo concreto por el que teníamos que volver a encontrarte, Darion. Supongo que habréis estudiado nuestras religiones principales antes de comenzar la invasión. ¿Qué sabes de Josué?

Y resultó que algo sí que sabía. Pero al cabo de un rato, los dos alienólogos supieron de la existencia de «los» Josué. Y lo que el capitán Taber creía que podían conseguir de no ser por los escudos de las naves de los cosechadores. Y el modo en el que Travis, Antony y Mel esperaban que Darion los ayudase.

—¿Queréis que sabotee los escudos? —repitió el cosechador sin el menor

entusiasmo cuando Travis hubo terminado.

—¿Es posible? —preguntó el adolescente.

—Es posible.

—¿Lo harás?

—¿Y permitir que vuestros tanques, los Josué... destruyan la Furion? ¿Conmigo a bordo?

Travis arqueó las cejas. No había pensado en ello.

—¡Ja! No te preocupes por detalles sin importancia. —Dyona se dirigió hacia su pareja y lo abrazó a la altura de los hombros—. Darion es lo bastante listo como para no hundirse con el barco, ¿verdad que sí, mi amor? Recuerda que hay procedimientos de evacuación de emergencia.

—Para nosotros —le recordó Darion—. No para los terrícolas que están en los criotubos y las celdas. Podrías matar a más miembros de tu propia especie que de la mía, Travis.

—Maldita sea. —Porque tampoco se le había ocurrido aquella terrible e irónica posibilidad. Puede que Darion tuviese razón al hablar del valor de la paciencia.

—Hay una solución para cada problema —intervino Antony—. Eso nos enseñaron en Harrington.

—¡Por supuesto! —exclamó Dyona—. Los criotubos no tardarán en estar llenos, ¿verdad, Darion?

—Si no lo están ya —contestó su pareja.

—¿Y por qué es eso una buena noticia? —quiso saber Mel.

—Porque extraerán la remesa completa de la Furion para transportarla a la crionave que está orbitando vuestro planeta, para reemplazarla por una nueva con criotubos vacíos. Pero mientras tanto, apenas habrá terrícolas a bordo de la Furion, si es que hay alguno.

—Así que, si atacamos entonces... —Travis imaginó la nave de los cosechadores en llamas—. Darion, tienes que ayudarnos.

—No sé, Travis. —El cosechador negó con la cabeza—. Si hago lo que tú me dices, muchos de los míos morirán. Por mi culpa.

—Se lo merecerán, amor mío —dijo Dyona, con fría crueldad.

—Tú solo los ves como esclavistas, Dyona —apuntó Darion— y, por lo tanto, imposibles de perdonar. Tú, Travis, Antony y Mel solo los veis como alienígenas, como enemigos... y no es que os culpe. Pero también son padres e hijos. Maridos. Hermanos. No son monstruos. Tiene que haber otro modo de resolver nuestro conflicto entre especies que no incluya un derramamiento de sangre.

—Una vez tuve esa esperanza —dijo Antony, abatido.

—No lo hay —dijo Travis—, Darion.

—Darion, por favor. —Mel pensó que una voz femenina contribuiría.

—Simpatizo con vuestra causa, amigos míos, ya lo sabéis —dijo Darion con un suspiro—, pero necesito tiempo. Necesito...

Etrion entró de nuevo como una exhalación. Travis pensó que su linaje debía de haber estado al servicio del de Dyona desde tiempos inmemoriales, pues parecía haber ganado ciertos privilegios a consecuencia de ello. Como el derecho a interrumpir a un miembro de las Mil Familias en mitad de una frase sin ser castigado.

Sin embargo, cuando explicó a toda velocidad el motivo con una voz aterrada, lo último en lo que pensó cualquiera de los presentes fue en castigarlo por su impertinencia.

—Los ha ejecutado —reveló Etrion—. El comandante Shurion. Ha ejecutado al resto de los terrícolas que fueron capturados con... —Y señaló con la cabeza a Travis, Antony y Mel—. Los terrícolas responsables del ataque al campamento no fueron conducidos a la Furion para ser procesados, sino que los llevaron a la celda de desechos. Y acabaron con ellos en cuanto llegaron.

—Dios mío. —Travis solo había odiado a una persona en el pasado... odiado, no solo rechazado o despreciado, sino aborrecido con una intensidad oscura, casi autodestructiva, y esa persona era el yonqui que mató a su padre. En aquel momento, los objetivos de su odio se multiplicaron por dos.

—Si... —Antony cayó en la cuenta, asustado—. Si nos hubiésemos quedado en el recolector...

—Nosotros también estaríamos muertos. —La expresión de Mel era ilegible—. Del todo.

Darion se hundió en una silla de trescientos años como si de pronto tuviese la misma edad. Agachó la cabeza hasta apoyarla sobre sus manos.

—Y eso no es todo —dijo Etrion—. Shurion está retransmitiendo la ejecución a través de todos los canales, con la esperanza de que los combatientes de la resistencia humana reciban la señal y aprendan las consecuencias de desafiar la voluntad de sus nuevos amos. Eso dijo. Ha grabado un mensaje. —Etrion miró de un lado a otro de la habitación, como pidiendo disculpas—. Pensé que querrían saberlo.

—Has obrado correctamente, Etrion. Gracias —dijo Dyona—. Ya puedes dejarnos. —Y así lo hizo. Dyona se volvió hacia su prometido—. ¿Darion? —Extendió el brazo para tocarlo.

—No. —Darion se puso en pie de un salto. Sus rasgos parecían más duros, más hoscos, y su belineo se asemejaba a los nudillos de un puño apretado, lleno de ira... de odio, pensó Travis, y sus ojos parecían lava. Era un Darion que los adolescentes no habían visto nunca antes.

Ni tampoco Dyona, al parecer.

—¿Darion? ¿Mi amor? ¿Adónde vas?

Este se encaminaba con paso firme hacia la puerta.

—Espera aquí, Dyona. Esperad todos.

—Iré contigo...

—Espera aquí. —Y los dejó solos.

Dyona intentó camuflar su asombro y su pesar con una risa.

—Cuando quiere es de lo más mandón, ¿verdad? —Pero no engañó a nadie.

Travis, Antony y Mel la apoyaron con débiles sonrisas. La habitación se sumió en un silencio que, evidentemente, iba a durar tanto como la ausencia de Darion. Sin embargo, el alienólogo solo se marchó unos minutos.

Regresó trayendo consigo un fino disco del tamaño de una mano.

—Lamento lo que ha sucedido —dijo—. Las noticias de Etrion... Lamento muchas cosas. Mi cobardía, principalmente.

—¿Cobardía? ¿De qué hablas, amor mío? —preguntó Dyona, con gesto confundido.

—Pues mi indecisión, si lo prefieres. Mis dudas a la hora de actuar. Mi obsesión con la precaución. Al final, el resultado es el mismo. Si me hubieses escuchado, Dyona, si hubiésemos retrasado la liberación de Antony y Mel hasta que hubiesen embarcado en la Furion tal y como yo propuse, nuestros amigos no se encontrarían entre nosotros. Mi falta de resolución los hubiese condenado a muerte. Se hubiesen perdido vidas inocentes y la culpa hubiese sido mía. Lo siento. Os pido perdón a todos. Lo lamento profundamente.

—No pasa nada, Darion —dijo Mel, comprensiva—. Estamos aquí. Estamos vivos.

—Pero muchos otros no —dijo Darion—, y muchos más tampoco lo estarán a menos que aquellos que creemos en la libertad, la hermandad y la igualdad de todas las razas encontremos en nuestro interior (por fin, en algunos casos) el valor para plantar cara al mal de la esclavitud y oponernos a aquellos que lo defienden, sea quien sea, no importa el precio. Dyona, antes he dicho que pensamos del mismo modo pero que no nos expresamos igual. Ahora, hablaremos con una sola voz. Desde este momento, prometo ser un disidente de acción tanto como de palabra.

—Darion. —Dyona abrazó a su prometido.

Travis intercambió miradas con Antony y Mel. La conversión de Darion a la acción directa era dramática y heroica (se sentía orgulloso del alienólogo), pero ¿en qué se materializaría el nuevo compromiso del cosechador con la causa?

No tardó en descubrirlo.

—Haré lo que me pides, Travis. Regresaré a bordo de la Furion cuanto antes para que podamos coordinar el asalto de los Josués con el momento en el que retiren los criotubos. Entonces, en ese instante, deshabilitaré los sistemas primarios de la nave: defensa, vuelo, comunicaciones. Sé cómo hacerlo. La Furion no tendrá ni escudos ni escapatoria, y el comandante Shurion no podrá pedir ayuda. —Darion esbozó una

oscura sonrisa—. Tenemos un dicho en nuestro planeta natal: «Un scarath sin garras no tarda en morir». Creo que podemos proporcionarle la primera victoria a vuestra gente en su guerra contra los cosechadores.

—Pero ¿cómo sabremos cuándo atacar? —La perspectiva de la victoria era inspiradora, pero Travis era consciente de que no había que dejar de lado los aspectos pragmáticos.

—Podéis contactar conmigo con este disco de comunicación. —Darion les enseñó a los tres adolescentes lo que había traído—. Es un dispositivo parecido a vuestros teléfonos móviles.

—Genial —dijo Mel—. ¿Significa eso que también podemos bajarnos vídeos de programas cutres de los cosechadores?

—Se sostiene colocando los dedos en estas hendiduras. —Cinco, convenientemente espaciadas en el reverso del disco. Darion les hizo una demostración—. Funciona mediante este teclado. —En uno de los lados del objeto había un sistema informático en miniatura, que incluía un altavoz y un auricular—. Os enseñaré qué hacer, pero hay otra cosa que debería mencionar antes, un posible peligro que nos afecta a todos.

—Adelante —dijo Travis. Desde la enfermedad, habían tenido que hacer frente a innumerables peligros. Dudó que ninguna «posible» amenaza llegase a preocuparle demasiado.

Por supuesto, estaba equivocado.

—Shurion ha reclutado un espía para encontrarte, Travis. No sé quién es, pero es un miembro de vuestra especie. Shurion sabe que un cosechador a bordo de la Furion os ayudó a escapar. Sabe que conocéis la identidad del traidor y espera que su agente la descubra.

Travis se encogió de hombros con toda tranquilidad.

—Bueno, no creo que debamos preocuparnos mucho por ello. ¿Cómo va a encontrarnos el espía ese? ¿Cómo va a saber quién soy? Travis Naughton no era un nombre que estuviese en boca de todos antes de la enfermedad.

—Ya se ha ocupado de eso —dijo Darion—. El agente de Shurion fue capturado con el resto de vosotros en el colegio Harrington.

—¿Qué? —intervino Antony—. ¿Un miembro de Harrington, un traidor? Imposible. —Pero se preguntó... ¿y si era Leo Milton?

Travis no dijo nada e intentó que su rostro no denotase nada en absoluto. Pero sabía quién era.

—¿Se os ha unido alguien desde que huisteis de vuestro cautiverio? —continuó Darion—. ¿Alguien que también afirmase haber huido de la Furion?

—No —dijo Travis con aplomo, una afirmación que hizo que sus compañeros lo mirasen con asombro. Saltaba a la vista que Mel y Antony recordaban lo que había

tenido lugar recientemente de un modo muy distinto. Pero no le contradijeron. Su mirada cómplice hizo que permaneciesen en silencio... por el momento.

—Bueno —añadió Darion—, si alguien aparece de la nada, alguien a quien conozcas, Travis, con una historia como la que te he advertido, no lo creas. Ese será tu traidor.

Estrecharon las manos de Darion y Dyona, descubriendo que la carne de los cosechadores solo se diferenciaba de la de los humanos en la pigmentación, les dieron las gracias y le desearon a Darion en particular buena suerte en la tarea que había aceptado llevar a cabo. Intercambiaron sinceros anhelos, puesto que sus vidas pronto dependerían del joven alienólogo, y sentimientos tan honestos como recíprocos. Después huyeron de la residencia Clarebrook ocultos bajo un manto de oscuridad y se adentraron en los terrenos que la rodeaban.

Solo cuando ya se habían alejado a varios kilómetros de los cosechadores y la noche era tan densa como el bosque que los rodeaba, Antony pidió hacer una pausa.

—¿Para qué? —se quejó Travis—. Deberíamos continuar. Tenemos que volver al Enclave cuanto antes...

—Es posible —admitió Antony—. Soy consciente de ello, y no sé lo que pensará Mel, pero creo que hay un asunto en cuestión que deberíamos discutir antes de llegar. En una palabra: Simon.

—¿Qué pasa con Simon? —Travis agradeció que sus compañeros no pudiesen ver su rostro claramente en la oscuridad, su expresión de dolor e incredulidad, la apabullante desilusión que se reflejaba en sus ojos.

—Trav, Antony tiene razón —dijo Mel—. Ya sabes qué pasa con Simon. ¿Por qué no le dijiste a Darion que tiene todas las papeletas para ser el espía?

—Primero, porque no quería decir nada que hiciese que Darion se lo pensase dos veces antes de jugarse el cuello para ayudarnos. Segundo, porque no creo que sea verdad. Simon... no puede ser un traidor.

—¿Por qué no? —inquirió Antony—. ¿Porque tú lo dices, Travis? ¿Porque no quieres que lo sea? No todo el mundo resulta ser como te gustaría. Esto es la vida real, no una novela en la que puedes crear y controlar a tus propios personajes y...

—De acuerdo, Antony —le cortó Mel sin miramientos—. Gracias por el análisis intertextual. —Después se volvió hacia Travis, más sosegada—. Ya, ya sé que te va a costar aceptar que precisamente sea Simon cuando precisamente él te debe tanto, cuando de no ser por ti estaría pudriéndose en Wayvale o metido en un criotubo, pero tienes que ser honesto contigo mismo. Tienes que reconocer que la cosa no pinta bien para Simon. Si te pones a pensar en su historia, quiero decir, a fondo, con sentido crítico, eso de que estuviese horas a bordo de la nave de los cosechadores y se encontrase por casualidad con una escotilla de salida...

—Haces que suene como una coincidencia, pero no fue así, Mel —se resistió

Travis, pero a duras penas—. Simon dijo que encontró un mapa de la nave en una pared...

—Hmm. Sigue sonándome mal. Lo siento, Trav.

—Puede que a Travis le preocupe que le haga quedar mal —comentó Antony, ácido—. Pero la cosa no va contigo, Travis. Que haya un traidor entre nosotros nos pone en peligro a todos. Simon podría haber dado con el modo de contactar con sus amos cosechadores...

—Si lo hubiese hecho, ¿crees que Darion seguiría libre? —le rebatió Mel.

—No. Tienes razón. Pero me reafirmo en lo que he dicho —insistió Antony—. Tienes que valorar la situación fríamente, Travis, no emocionalmente. Leo Milton me traicionó cuando creía que podía confiar en él. ¿Por qué no iba a traicionarte Simon Satchwell?

Porque..., pensó Travis, recordando al lloroso y acobardado Simon del colegio Wayvale. La víctima. El perdedor. Vulnerable y sin amigos. Y recordó lo que le había prometido a Simon antes de la enfermedad, antes de los cosechadores: «Si necesitas ayuda..., si necesitas un amigo, aquí lo tienes». ¿Acaso Simon no le había creído? ¿Por qué no habría podido ser más fuerte?

—Vale —admitió Travis a regañadientes—. Es posible. —Las palabras le quemaban en la boca, como plomo fundido—. Simon podría ser el agente de Shurion. Pero no voy a condenarlo de buenas a primeras. Sigue siendo Simon. Mel, sigue siendo el Simon al que hemos conocido durante años. Empezamos juntos en el colegio. No voy a... Le daré la oportunidad de defenderse.

—Pero Trav —dijo Mel, que no parecía muy convencida—, puede limitarse a negarlo todo. No tenemos pruebas...

—Yo sé cómo podemos conseguir una —dijo Antony.

Mientras el antiguo delegado del colegio Harrington detallaba su plan, a varios kilómetros de distancia Darion y Dyona, del linaje de Ayrion y Lyrion respectivamente, se sentaron por última vez en la habitación en la que las generaciones de los Clarebrook, muertas desde hacía mucho tiempo, se reunieron en el pasado. Bebieron vino en copas de cristal, habiendo encontrado la bebida de su gusto durante su breve estancia.

—Me hubiese gustado haber podido pasar más tiempo juntos —dijo Dyona, apesadumbrada.

—Parece como si los acontecimientos conspirasen en nuestra contra —reconoció Darion—. Como si quisiesen separarnos.

—Y acercarnos, al mismo tiempo. —Dyona sonrió—. En aspectos mucho más importantes.

Su pareja suspiró.

—Todos mis pensamientos se despejan cuando estoy contigo, mi amor. ¿Qué haré

cuando te hayas ido?

—Lo correcto, Darion —dijo Dyona.

—Haga lo que haga cuando regrese a la Furion mañana —musitó—, morirá gente. Terrícolas o cosechadores. Alienígenas o nuestra propia gente.

—Los inocentes o los culpables, Darion —dijo Dyona—. Esos son los términos que importan.

—Lo sé. Aquí, esta noche, contigo, lo sé. Espero reunir las fuerzas para saberlo cuando esté solo. Tú me das esa fuerza, Dyona.

—No. —Se aproximó a él—. Puede que lo pienses, pero yo solo soy tu espejo, Darion. Lo que ves en mí no son más que tus propias cualidades reflejadas. La auténtica fuerza, la auténtica resolución, mi amor, viene del interior, de la voluntad, la determinación y la confianza en uno mismo. —Puso la mano sobre su pecho—. De un corazón noble. Cuando llegue el momento, no dudarás.

Y Darion abrazó a su prometida. Y rezó por que estuviese en lo cierto.

Travis siguió sonriendo. Le resultó fácil cuando él, Antony y Mel encontraron el camino de vuelta al Enclave sin incidentes y la colina se abrió, dándoles la bienvenida. Fue una respuesta sincera y natural cuando se reunieron con ciertas personas que fueron corriendo a recibir a los recién llegados después de que pasasen por el proceso de descontaminación. Tilo volvía a estar en sus brazos, juntando sus labios con los suyos con la frecuencia de un adicto. Jessica también lo estrechó y le dio un beso, mucho menos sexual pero no por ello menos afectuoso. Se alegraba honestamente de ver de nuevo al capitán Taber y a la doctora Mowatt, incluso a Richie, que le estrechó la mano con una humildad nada propia de él y murmuró que se alegraba de volverlo a ver, eso sí, sin mirarlo a los ojos.

Sin embargo, al encontrarse con Simon la sonrisa fue falsa, congelada, forzada. Una mentira.

—Sabía que todo os iría bien —le dijo el adolescente de las gafas, estrechando la mano de Travis y dándole una palmada en la espalda—. Ya se lo dije a los demás. Les dije: «Travis estará bien, no os preocupéis». —Él también sonreía, con idéntica falsedad si las sospechas de Antony y Mel resultaban ser ciertas.

—Parece que confías un montón en mí, Simon —dijo Travis—. No sé si me lo merezco.

—Claro que sí —afirmó Simon.

Y hasta entonces no vio ningún gesto en su rostro que diese a entender que había estado conspirando con el comandante Shurion contra su propia especie. No había ningún matiz en sus gestos o su expresión que denotase que era un traidor. Que podía ser un traidor, matizó Travis para sí, a fin de animarse. Incluso después de la enfermedad, el acusado era inocente hasta que se demostrase lo contrario. Si el plan de Antony funcionaba, lo sabrían con toda seguridad, y entonces Travis podría

permitir a sus facciones que reflejasen sus verdaderos sentimientos; de alivio y reforzada confianza o... Pero no quería pensar en la alternativa.

Hasta entonces, Travis seguiría sonriendo.

Estaba tan centrado en Simon que pasó por alto la breve mirada de culpabilidad que se cruzaron Richie y Tilo.

—Te he echado de menos —le dijo Tilo, pese a ello—. Lo digo en serio, te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

—No vuelvas a ir a ninguna parte sin mí, Travis, ¿vale? Te necesito. Sin ti... no soy fuerte.

—Pues entonces parece que te vas a quedar conmigo —dijo Travis—, y ¿sabes qué? Me encanta la idea. —Porque podía confiar en Tilo. Porque Tilo no era ninguna traidora.

A su lado, Jessica se encontró con Mel bajo la seguridad que le aportaba el brazo de Antony sobre sus hombros.

—Bueno, entonces, ¿seguís de una pieza? —preguntó ella, con cierta incomodidad.

—Más o menos —dijo Mel—. Por fuera, al menos.

—Mel está bien. Ha estado bien todo el rato, ¿verdad que sí, Mel? —dijo Antony.

—Me alegro —dijo Jessica—. Lo digo en serio. —Y hubiesen tenido la oportunidad de reconciliarse, de perdonarse con un abrazo o incluso de estrecharse la mano para renovar su amistad. Jessica sabía que era ella la que tenía que moverse, y quería hacerlo, ya que parte de ella se alegraba muchísimo de ver a Mel de nuevo sana y salva. Quería abrazar a su amiga y decirle que todo iba a ir bien, que estaban en paz.

Pero no pudo.

En la sala de reuniones, Travis y Antony narraron sus recientes aventuras, con los sarcásticos comentarios de Mel a modo de acompañamiento. Rev y el ataque al campo de prisioneros. Dyona. El hecho de que Darion aceptase sin titubeos ponerse de lado de los terrícolas. El disco de comunicación. Sorprendentemente, los tres jóvenes parecían haber olvidado la advertencia de Darion sobre la presencia de un agente de los cosechadores entre ellos.

Jessica estaba asombrada por el súbito cambio de carácter del motero.

—Supongo que nunca se sabe de lo que alguien es realmente capaz —observó.

—Ya te digo —gruñó Mel.

Taber y Mowatt estaban más interesados en el disco de comunicación, que había sido esterilizado para evitar el riesgo de contaminación y que viajaba de mano en mano alrededor de la mesa para que todo el mundo lo estudiase, como en un concurso de televisión.

—Nos proporciona una línea directa con Darion —dijo Travis—. Y totalmente segura, además.

—De hecho —añadió Antony—, creo que podríamos contactar con la propia nave de los cosechadores mediante el disco de comunicación, si quisiésemos.

—Pero vamos, nadie en su sano juicio querría —añadió Mel.

—En absoluto —dijo una voz que Travis preferiría no haber oído.

—Dada su importancia —dijo él—, creo que deberíamos dejarlo en el centro de seguimiento y comunicaciones hasta que estemos listos para entrar en contacto con Darion, capitán Taber.

—Una idea muy sensata —reconoció Taber, dando su aprobación. Extendió la mano—. ¿Puedo ocuparme del dispositivo, señor Satchwell?

—Oh —dijo Simon—. Por supuesto.

Qué detalle por parte del tal lord Darion, pensó Simon, proporcionarme los medios para demostrar lealtad al comandante Shurion y evitarme un doloroso final. En el caso de Darion, por supuesto, sería exactamente lo contrario. Tendría que dejarse caer por la celda de despojos algún rato que tuviese libre para darle las gracias al cosechador personalmente.

Quizá Travis también mereciese su gratitud, por dejar el disco de comunicación al alcance de su mano, trayéndolo al Enclave con la estúpida inocencia de los troyanos conduciendo el caballo de madera al interior de sus impenetrables muros. Aunque, por otra parte, no creyó que a Travis le fuese a parecer apropiado que le diese las gracias en aquellas circunstancias. Simon esbozó una fina sonrisa, como la que el comandante Shurion le lanzó durante su última entrevista, anticipando el triunfo. La sonrisa de alguien fuerte, pensó Simon.

Avanzó a través de pasillos desiertos hacia el centro de seguimiento y comunicaciones. Sobre ellos, el cielo nocturno extendía un manto negro. Bajo tierra, la oscuridad había sido desvanecida, pero aquellos a quienes estaba a punto de traicionar permanecían dormidos. *Idiotas. Y ellos que se creían tan listos. No tienen ni idea.*

Reconoció el disco de comunicación en cuanto lo vio. El comandante Shurion le había mostrado uno, le había enseñado cómo manejarlo antes de concluir que a su agente le costaría explicar qué hacía con aquel dispositivo encima en caso de que lo descubriesen. Así todo, lo único que Simon tenía que hacer era enviar al vigía del centro de seguimiento y comunicaciones a perder el tiempo con una argucia que ya había ideado (si es que se encontraba en su puesto, para empezar) y podría contactar con la Furion a su antojo. Y no identificaría a un traidor a modo de sacrificio, sino a dos. Darion y Dyona.

Una hembra de los cosechadores. Idéntica, al parecer, a los machos de la especie, a excepción de las partes propiamente femeninas. Simon arrugó la nariz, asqueado.

Esperó que el comandante Shurion no hubiese planeado emparejarlo con una chica de los cosechadores como parte de la recompensa que, imaginaba, recibiría de forma inminente por sus servicios a la causa de los esclavistas. Las chicas de su propia raza ya eran lo bastante malas (aunque no fuesen físicamente desagradables), riéndose de él a sus espaldas y cosas así. De hecho, la mitad de las veces también se reían en su cara. Burlándose de él. Mofándose. Humillándolo. Haciendo que se sintiese pequeño, desgraciado, menos hombre. Demostrando su lamentable e inexcusable falta de criterio babeando en torno a neandertales como Coker y no dándole jamás una oportunidad a él, a Simon. Fulanas como Cheryl Stone merecían esa clase de castigo, para que aprendiesen. También Mel y Tilo. Hasta Jessica. Eran todas iguales. Siempre en su contra.

Pero las cosas iban a cambiar, muy pronto, con un único uso del disco de comunicación. Entonces, supuso Simon, cuando acompañara al cosechador, las chicas empezarían a tratarlo de otro modo, le rogarían que tuviese el detalle de fijarse en ellas. Se arrodillarían y se plantarían a sus pies. Y entonces habrían cambiado las tornas. Entonces se arrepentirían de haber rechazado a Simon Satchwell.

Todos se arrepentirían. Hasta el último de ellos. Los matones y quienes lo atormentaban lamentarían haberse reído de él. Porque los años de persecución habían terminado para Simon.

Ante él se encontraba el centro de seguimiento y comunicaciones.

Estaba vacío. Perfecto. No había nadie para verlo entrar y cerrar la puerta. Nadie para escuchar su voz... o su corazón, que retumbaba en su pecho como un hombre atrapado que estuviese aporreando la puerta, rogando salir. Como una advertencia.

Pero Simon la ignoró. No era el momento de echarse atrás. Había hecho su elección. El comandante Shurion tenía razón cuando dividió a todos los seres vivos entre los débiles y los fuertes. Simon se había contado durante demasiado tiempo entre los primeros.

Cogió el disco de comunicación de la consola. Introdujo los dedos en las hendiduras. Lo acercó hacia sí. Lo encendió.

En unos segundos, por fin, de forma irrevocable, Simon Satchwell se uniría a los fuertes.



—Yo que tú dejaría eso donde estaba, Simon.

—¿Qué? —preguntó Simon, atónito.

—Ahora mismo, a poder ser. —Era Travis, con gesto adusto. De algún modo, se encontraba en el umbral de la puerta. Entrando en la estancia. Con Antony Clive tras él. Y el capitán Taber. Y la doctora Mowatt.

Y un par de soldados armados.

—No entiendo nada —fingió Simon con una sonrisa—. ¿Qué pasa, Travis?

—Este es el centro de seguimiento y comunicaciones, Satchwell —le recordó el capitán Taber, omitiendo el «señor» de forma intencionada—. Sus cámaras pueden apuntar hacia dentro y hacia fuera. Hemos estado esperando a que se descubra usted solo.

—¿Que me descubra...? —Simon sintió que estaba empezando a temblar—. No sé de qué está hablando.

—Darion sabía que Shurion había reclutado a un informador, Simon —dijo Antony—, un espía, aunque no sabía quién. Nosotros sí. El comandante Shurion te dijo cómo contactar con él, ¿verdad?

—No. —Simon negó con la cabeza, a la desesperada—. No, no, no. Esto no es lo que parece. Estaba preocupado... y de pronto... de pronto pensé, ¿y si el disco de comunicación es como una especie de baliza, algo que revele nuestra posición a los cosechadores? Quiero decir, no se puede confiar en que un sucio alienígena diga la verdad, ¿a que no? Este cacharro podría conducir a los cosechadores hasta aquí mismo.

—Así hubiese sido si te hubiésemos dejado solo cinco minutos más, desde luego. —Antony se dirigió a Simon con una mezcla de pena y sarcasmo—. Traicionando a tus amigos. Nunca hubieses sido un digno alumno de Harrington, Simon.

Este se volvió hacia Travis, buscando comprensión.

—Travis, sabes que nunca haría algo así, ¿verdad? Me crees, ¿a que sí? No estaba traicionando a nadie. Solo estaba comprobando el disco de comunicación por si...

—Simon —lo interrumpió Travis, claramente decepcionado a juzgar por su voz—. Basta de mentiras. Es demasiado tarde para mentir.

Por un segundo, Simon contempló la posibilidad de seguir defendiendo su inocencia.

—No te estoy mintiendo, Travis, tienes que... —Los soldados avanzaron hacia él

hasta quedar cada uno a un lado—. Creerme, tienes que... —La doctora Mowatt le arrebató el disco de comunicación de la mano con el tacto de una madre quitándole un objeto peligroso a un niño—. Creerme.

—Lo siento, Simon. —Entonces, en el rostro de Travis no había la menor sonrisa. Solo pesar y desconcierto. El ceño fruncido, contrito—. Me gustaría creerte.

—Bueno, si lo hicieses, serías tan imbécil como ese cabrón retrasado de Coker.

—¿Eh? —El súbito cambio en el tono de voz de Simon sorprendió a Travis.

El chico de las gafas rió. Con frialdad. Le encantaba la confusión del que había sido su protector. Porque ya no tenía sentido seguir fingiendo. Contactar con el comandante Shurion era imposible. Tendría que conformarse con que sus mal llamados amigos descubriesen cómo los había engañado, y saber que él, Simon Satchwell, era más listo que ellos.

—Pues claro que soy el espía de los cosechadores, Travis. Por supuesto que iba a traicionaros. ¿Por qué si no iba a estar rondando por aquí en mitad de la noche? ¿Yendo a por algo para picar?

—¡Simon!

Travis sonaba angustiado y Simon lo disfrutó. Él había sentido aquella emoción en muchas ocasiones. Hacer que otro sufriese el mismo dolor que él era una especie de victoria que le daba fuerzas.

—Fui elegido, Travis. El comandante Shurion me eligió a mí para ser su agente —afirmó impenitente, incluso orgulloso—. Y volveré a ser su agente cuando los cosechadores hagan polvo vuestros Josués y maten a Darion y encuentren este appestoso agujero en la tierra y lo destruyan. Cuando todos vosotros seáis esclavos, yo seré libre. Cuando estéis en el interior de criotubos, yo viviré en la abundancia. Cuando no seáis nada, yo seré alguien.

Travis pensó que aquel no era Simon. No el Simon que él conocía. El adolescente de las gafas parecía estar cambiando ante sus ojos: sus rasgos se retorcían y contorneaban, volviéndose grotescos y crueles, y su boca se convirtió en un rictus de satisfacción. Lo que le hubiese ocurrido a Simon a bordo de la Furion lo había cambiado, lo había roto, y con los pedazos había creado algo nuevo, algo que llevaba la marca de los cosechadores. Una figura consumida por el odio hacia todos aquellos que lo rodeaban. O puede que lo único que hubiesen hecho los alienígenas fuese revelar al auténtico Simon Satchwell, una posibilidad que hizo que Travis se sintiese asqueado.

—Ahora soy alguien, Travis. Fui elegido.

—Llévenselo —gritó el capitán Taber.

Travis contempló, abatido, cómo los soldados sacaban a Simon de la estancia. Sintió la mano de Antony estrechándole el hombro. Escuchó sus palabras.

—Lo siento, Travis.

Y asintió, descorazonado.

—Ambos lo sentimos, Antony. Ambos lo sentimos.

—No me lo puedo creer. No puede ser cierto. —La mirada de Jessica viajaba rápidamente entre Antony y Mel, como si esperase que uno de los dos se rindiese de un momento a otro y admitiese que la revelación de que Simon era un traidor enviado por los cosechadores era una especie de broma retorcida y de mal gusto. Imaginó que Antony debía de tener una buena razón para reunirlos a todos en su habitación antes del desayuno, pero no esperaba que fuese por un motivo como aquel. Travis fue el único que no apareció. Al parecer, estaba ocupado con otro asunto.

—No cabe duda —dijo Antony, con un suspiro—. Le pillamos con las manos en la masa, utilizando el disco de comunicación, y confesó. Peor aún, no mostró el menor remordimiento. Más bien lo contrario, de hecho. Era como si se regodease en su traición. Afectó mucho a Travis, lo digo en serio.

Jessica podía comprenderlo.

—Pero estamos hablando de Simon. Simon Satchwell. Lo conozco.

—La verdad es un asco cuando no encaja con lo que esperabas, ¿eh, Jess? —observó Mel.

Jessica buscó apoyo en Tilo o Richie, pero la pelirroja se limitó a encogerse de hombros, mientras que Richie, sentado en la cama, parecía más dispuesto a mirar a la pared que a los ojos de cualquiera de sus compañeros.

—Pero conozco a Simon desde que teníamos cinco años. Empezamos juntos el colegio. —Jessica empezó a sentir una creciente nostalgia—. Recuerdo cuando mi madre me dijo, susurrando, que tenía que ser buena con el pobre de Simon porque no tenía ni mamá ni papá, e intenté ser maja, pero yo quería ser feliz y Simon siempre parecía muy triste. Quizá podía ver lo que le depararía el futuro.

—Lo dudo —dijo Mel—. Si hubiese visto venir la enfermedad, lo más seguro es que se hubiese ahorcado. Y no hubiese sido el único.

—Pero ¿qué le ha podido conducir a ello? ¿A traicionarnos, quiero decir? —dijo Jessica—. A traicionar a sus amigos.

—Quizá nunca nos vio como tales —sugirió Mel—. No creo que Simon estuviese muy familiarizado con el concepto de la amistad. ¿Tú qué crees, Richie?

—Vete al cuerno, Morticia —dijo sin dejar de mirar a la pared, con sus poderosos hombros caídos.

—¿Le estás echando la culpa a Richie, Mel? —la acusó Jessica—. ¿Por lo que ha hecho Simon? No me parece justo.

—Anda, pues yo creo que es de lo más justo —replicó Mel—. Porque la traición de Simon no ha salido solo de él. Richie estaba ahí, a su lado, para echarle una mano en cada paso... por así decirlo.

—¿De qué hablas, Mel? —Incluso Antony parecía confundido—. Richie no

estaba a bordo de la Furion cuando Simon firmó su contrato de Judas con el comandante Shurion.

—Físicamente no —aceptó Mel—. No literalmente, pero su presencia sí que estaba, ¿verdad que sí, grandullón? Estabas en la cabeza del pobre Simon como siempre has estado. ¿Quieres que les cuente a Tilo y a Antony los detalles de tu pasado de matón, basura? ¿Cómo convertiste la vida de Simon en el colegio en un infierno, robándole el dinero, humillándolo, maltratándolo hasta que tenía miedo de su propia sombra, hasta hacer que sospechase y desconfiase de todo y de todos...?

—¿Es eso cierto, Richie? —inquirió Tilo, asombrada—. Ya se veía que Simon y tú no os llevabais bien, pero esto...

—Aun así —protestó Antony—, no le veo la relevancia.

—¿Ah, no? —Mel inclinó la cabeza a un lado—. Entonces tus padres tiraron el dinero mandándote al colegio de pijos, Antony. Pues claro que es relevante. Convirtió a Simon en un traidor. Cada vez que alguien lo llamaba cuatro ojos a gritos, o Simon el Simplón, o cualquier otro apelativo que le adjudicaran en los pasillos, en el patio. Ya te los imaginas. No muy imaginativos, pero no hace falta ser un genio de la creatividad para hacer daño a alguien. Puede que por eso la mayoría de matones sean unos cretinos. Sí, y cada vez que se metía con Simon, cada vez que le daba un tortazo, una patada, cada vez que le ponía la zancadilla o lo provocaba (ya fuese Richie o los imbéciles de sus colegas), cada vez que lloraba y se preguntaba por qué a él, y sí, cada vez que quería morirse, hacían de él alguien con potencial para convertirse en un aliado de los cosechadores. Porque lo que vivimos nos convierte en lo que somos. Tú convertiste a Simon en lo que es. ¿Me oyes, grandullón? —Llegó al otro lado de la habitación con dos zancadas y le dio una colleja a Richie en la nuca, cubierta por su oscuro y corto cabello.

—¡Mel! —Jessica abrió los ojos de par en par.

—¿Me oyes? —Porque el matón no reaccionó—. Hiciste que Simon creyese que todo el mundo lo odiaba. Y ahora Simon odia al mundo entero. Por eso nos traicionó. Es tu culpa, imbécil de mierda. Espero que estés orgulloso de ti mismo. —Mel soltó una breve y sarcástica carcajada—. Aunque también es nuestra culpa. Porque lo consentimos. Porque dejamos que lo maltratases. Porque, a veces, incluso nos uníamos. Así todo era más sencillo, es más fácil burlarse y abusar de alguien sin implicarse.

Richie murmuró algo.

—¡Anda, si habla! —bufó Mel.

—¿Richie? —Tilo lo animó un poco más.

—No... orgulloso. —Sonaba como una radio que estuviese recuperando la frecuencia paulatinamente—. No estoy orgulloso. —Richie se puso en pie, frente a sus compañeros. Su rostro tenía una expresión sombría y sus ojos..., bueno, si no

fuesen los ojos de Richie Coker, podría achacarse su rojez a las lágrimas—. No estoy orgulloso de nada de lo que hice antes de la enfermedad. Sé que no me creeréis, por lo menos los que me conocíais entonces, pero si pudiese cambiar lo que hice, lo haría. Lo haría. Pero cuando estaba en el colegio, lo que le hacía a Simoncete me parecía inocente, no sé, para echarse unas risas. No pensaba en qué efecto tendría en él. Él era una víctima fácil, y vamos, que así es como eran las cosas, débiles y fuertes, y no me parecía... no me parecía estar haciendo nada malo.

—Si te lo hubiese parecido, ¿hubieses parado?

Richie agachó la cabeza. El problema no era la pregunta de Antony Clive. El pasado era el pasado y no había forma de cambiarlo. Lo hecho, hecho está. Pero, por Dios, si Morticia tenía razón y la culpa de la traición de Simon era suya... Podría haberlos condenado a todos a la muerte o la esclavitud. A Jessica, a Naughton... a Tilo. ¿Cómo podría subsanar algo así? ¿Cómo podría hacer las cosas bien, al día siguiente o al otro, si tenía la capacidad de controlar cada uno de sus actos? Eso era lo que importaba. Richie haría cualquier cosa para no tener que afrontar una vez más la fría condena escrita en las miradas de quienes lo rodeaban, la hostilidad a la que estaba siendo sometido.

Y Simoncete, cuya vida había sido destrozada, arruinada más allá de cualquier posible solución antes de la enfermedad y de los cosechadores. Por él.

Antes de morir, su madre se avergonzó de él. Quizá, por primera vez, entendió el porqué. Por primera vez, Richie Coker se avergonzó de sí mismo.

Un último intento, pensó Travis. Un último esfuerzo por llegar al viejo Simon, a quien conocía. Antony y Mel podían contarles a los demás todo lo que necesitaban saber sin que Travis se encontrase presente. Para él era más importante intentar que Simon entrase en razón que volviese a unírseles por su propia voluntad. Si fracasaba, entonces harían las cosas al estilo del capitán Taber. Pero haría todo lo posible para conseguirlo.

Se lo debía a Simon.

—No sé a qué has venido, Travis —dijo el muchacho de las gafas con una risa mientras apoyaba la cabeza sobre las manos, tumbado en la cama de la habitación que se había convertido en su celda—, pero estás perdiendo el tiempo.

Parecía que la cosa no iba a ser fácil.

—¿Eso crees? —Travis apoyó la espalda contra la puerta y se cruzó de brazos—. Si no quisieses hablar, podrías haberte negado a verme.

—Me daba la impresión de que ahora soy un prisionero. Hasta que mis nuevos amigos encuentren el modo de llegar aquí y me liberen, de un momento a otro. El caso es que los prisioneros no suelen estar en posición de negarles nada a sus carceleros. Como las víctimas y los matones, Travis, ahora que pienso en ello. Podrías pedirle a Coker información al respecto, ahora que los dos sois íntimos

amigos.

—No son tus amigos, Simon.

—Definición de amigo: alguien en quien puedes confiar, alguien de quien puedes depender, alguien que te defenderá. Alguien que está ahí cuando lo necesitas.

—¿Crees que puedes confiar en el comandante Shurion, Simon? —Travis mantuvo un tono de voz calmado, intentando sonar razonable—. No puedes. Te está utilizando. Seguro que eres consciente de ello, en el fondo.

—Pues la verdad es que no.

—Somos tus amigos.

—Oh, claro. Desde luego. —Simon se incorporó y chasqueó los dedos—. Mira que soy tonto. Y en ese «somos» está incluido Richie Coker, la clase de amigo que cualquiera querría, siempre y cuando le gusten las palizas y sufrir años de persecución. Y ese «somos» también incluye a Jessica y a Mel, que apenas llegaban a mirarme a la cara, mucho menos a dirigirme la palabra en el colegio, y que en el mejor de los casos llegaban a tolerarme. Me has convencido, Travis. Del todo, en serio. Menudos colegas con los que me he ido a juntar.

—Yo soy tu amigo, Simon.

—Sí, ya te he oído decir eso antes.

—Lo soy. Puedes confiar en mí. —Sus ojos azules buscaban los del otro chico con urgencia. Le mostró las manos—. Podemos superar esto. Podemos arreglar las cosas con Richie, lo que tú quieras. Pero no te separes de nosotros, Simon. No perteneces a los cosechadores.

Y por un momento, Travis creyó que sus palabras estaban funcionando.

—Confié en ti, Travis. Antes de la enfermedad. Y después, por un tiempo. —Y en ese instante, Simon pareció volver en sí y sus rasgos se suavizaron, recordándole a Travis al chico que fue en el pasado—. Cuando decías que podía fiarme de ti. Cuando dijiste que estarías ahí cuando te necesitase. Encajabas en la definición de amigo. Y eso fue lo que pensé que eras.

Definición de un momento: un periodo de tiempo que pasa rápidamente y que no vuelve jamás. Travis masculló para sí.

—Pero entonces antepusiste los intereses de Coker a los míos. —El rostro de Simon volvió a ensombrecerse—. En más de una ocasión, te di todas las oportunidades del mundo para hacer lo correcto, Travis, y elegiste ignorarlas. Pero entonces me dejaste tirado a bordo de la Furion, solo y asustado, e iban a matarme. —Se puso en pie, airado y asustado—. Iban a eliminarme como si no fuese nada, como si fuese la mugre de sus zapatos. ¿Y dónde estabas cuando te necesitaba, Travis? ¿Dónde estabas? —Caminó hacia él, gritándole en la cara—. Enrollándote con Tilo o dándole palmaditas en la espalda a Antony, llevándote el mérito de la fuga, ¿qué más da a quién dejases atrás?

—No, Simon. No fue así.

—¿No? ¿No fue eso lo que hizo el bueno de Travis? Es tan valiente. Es tan fuerte. Puedes confiar en que el bueno de Travis defenderá lo que es justo y hará lo correcto. Sí, claro. Cuando le conviene.

—Te equivocas, Simon. Intenté... —El sentimiento de culpa le golpeó como una ola. Le había fallado a Simon. Era un fracasado—. Quería ayudarte...

—Para quedar bien. Para parecer noble e impresionar a las tías...

—No.

—Con Tilo funcionó, a menos que lo que le gustase fuese el puñetazo en la boca. Igual le gusta el rollo duro. Yo que tú tendría vigilados a Tilo y a Richie si estuviese en tu lugar, Trav.

—No digas ni una palabra más, Simon. —Sus puños se apretaron como si actuasen por su cuenta.

—¿Por qué no? ¿Qué pasa, te molesta que te toquen el ego, que te ataquen la autoestima? Porque así es como funcionas, Travis, esa es la razón de tu pose y tus principios y tu moralidad justa y siempre correcta. Hace que te sientas bien contigo mismo. Es pura fachada. Me la jugaste una vez, pero ahora lo veo claro. Veo perfectamente lo que eres. Eres un vanidoso, ¿verdad que sí? Estás borracho de ego y quieres que todos demos un sorbo.

—Eso no es verdad.

—Solo te preocupas por ti. Los demás no te importan una mierda.

—Simon, no...

Una gota de veneno.

—Ni siquiera tu padre muerto.

Y Travis se abalanzó sobre él antes de darse cuenta, y la sangre de Simon estaba en sus nudillos y Simon estaba tumbado sobre el suelo, con un hilillo de color escarlata naciendo de su nariz, mientras observaba divertido al chico que lo había golpeado.

—Eso está mejor, Trav. No puedes convencerme para que cierre la boca, así que me obligas rompiéndome la nariz.

—Simon, lo siento. No quería... —Dio un paso adelante para ayudar a levantarse al chico, pero Simon lo apartó, rechazando su mano.

—No, no. Claro que querías, Travis, y has demostrado lo que quería decir. Poder. Fuerza. En eso sí se puede confiar. En eso es en lo que puedes depender a la hora de protegerte... y no en la gente. Y los cosechadores tienen más poder del que puedes imaginar. Quiero un poco de él, Travis. Merezco un poco después de la mierda de vida que he tenido, ¿no te parece?

Travis cerró los ojos. No quería pensar. Si lo hacía, corría el riesgo de reconocer que sus esfuerzos habían sido inútiles. Simon estaba más allá de toda redención. Lo

habían perdido.

—Por eso estás perdiendo el tiempo, Travis. Ahora estoy con los cosechadores.

De acuerdo. Es el turno del capitán Taber. Travis suspiró.

—Entonces no te importará ayudarlos, ¿verdad que no?

El comandante Shurion se sorprendió de oírlo... precisamente a través del disco de comunicación.

Simon le explicó que el traidor se lo había entregado a Travis para poder mantenerse en contacto. No le quitaban el ojo de encima, lo que explicaba el retraso de Simon en ponerse en contacto con el comandante, así como la necesaria brevedad de su mensaje. No tenía mucho tiempo. Era una pena que el oficial de comunicaciones de los cosechadores que recibió su transmisión no le hubiese pasado con el comandante Shurion antes.

Shurion no estaba interesado en los detalles. Solo en los nombres. En uno en particular.

No le alegró mucho saber que el traidor se llamaba Tyrion. A bordo de la Furion no había ningún Tyrion. El traidor le había dado a su aliado terrícola un nombre falso para protegerse.

De hecho, decir que el comandante Shurion no se alegró mucho era un modo muy suave de decirlo.

Pero Simon confiaba en poder redimirse. Después de todo, estaba escondido en el mismo lugar que Travis Naughton y junto a un montón de esclavos en potencia... casi un centenar de adolescentes, todos en buen estado. Si capturaban a Travis Naughton, podían persuadirlo para identificar al traidor personalmente, lo que solucionaría los problemas del comandante. Simon podía ayudar a los cosechadores a capturar a Travis dirigiendo un recolector directamente a la guarida de los adolescentes. Sería cuestión de...

Curiosamente, el comandante Shurion no parecía muy dispuesto. Simon tuvo la impresión de que los recolectores tenían una disponibilidad muy limitada en aquel momento. Pero al final, la tentación de desenmascarar al traidor fue demasiado grande.

¿Dónde? En el pueblo de Otterham.

¿Cuándo? Tenían que darse prisa, ya que Travis estaba hablando de cambiar de ubicación. Al día siguiente. A primera hora.

Tendrían que enviar el recolector a primera hora.

Alguien se aproximaba, por lo que Simon avisó que tendría que cortar la transmisión. Confió en haber sido digno de la confianza del comandante Shurion.

—Buen trabajo, Simon —dijo el cosechador, dando su aprobación.

Un veredicto que el capitán Taber confirmó cuando el muchacho de las gafas dejó el disco de comunicación en la mesa que tenía ante él.

—Vuestra pequeña jugarreta no os va a salvar —advirtió Simon—. Incluso sin recolectores ni vainas de batalla, incluso si Darion desactiva todos los ordenadores de la nave, los cosechadores serán demasiado fuertes para vosotros. Os aplastarán.

—Ya nos preocuparemos de ello —se limitó a decir Taber—. Señor Naughton —que se encontraba al lado del oficial—, informe a lord Darion de que nuestro ataque comenzará al alba. Aconséjele que esté listo.

—Pero antes de que lo hagáis —interfirió Simon, mirando a su izquierda y su derecha, a los soldados que lo rodeaban, a los cañones que apuntaban hacia él—, ¿crees que podrías quitarme estas malditas armas de la cara?

Cuando Darion hizo su obligatoria aparición en el puente aquella tarde, no encontró al comandante Shurion sentado en su sillón de mando, sino ante la ventana que se extendía desde el techo hasta el suelo, altanero, contemplando el exterior con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

Lo cual le parecía bien a Darion. Que sonriese mientras pudiera. Al día siguiente, el comandante luciría una expresión bien distinta. Antes, ese mismo día, el alienólogo había estado conspirando con Travis.

—Ah, lord Darion —lo recibió Shurion, con una cordialidad muy poco habitual en él.

—Comandante —respondió Darion—. Esta noche parece de buen humor.

—Desde luego. Me gusta la noche en este planetucho tan desagradable. —Shurion disfrutó de la perspectiva del valle que se extendía ante él hasta sumirse en un pozo de oscuridad, cubierto por árboles que parecían los rígidos dedos de hombres ahogándose—. Me gusta ver cómo la oscuridad extingue la luz y cubre toda la Tierra. Me recuerda lo inevitable que es nuestra victoria sobre las razas inferiores, nacidas para ser esclavas.

—Asumo, entonces, que las operaciones están marchando según lo previsto.

—Oh, desde luego. —A Shurion parecía ofenderle que Darion sospechase lo contrario—. Nuestro primer contingente de esclavos está siendo despachado hacia la crionave mientras hablamos. En cuanto los recolectores hayan regresado, podremos empezar a cosechar una nueva remesa.

—Excelente. —Darion pensó que resultaría convincente que mostrase su aprobación.

Shurion rió en voz baja.

—Más sujetos para sus estudios, ¿eh, lord Darion? —El alienólogo abrió la boca, por instinto, para defenderse, pero un gesto del comandante hizo que sus protestas resultasen innecesarias—. No quiero faltarle al respeto, mi señor. Es un placer tenerlo de vuelta con nosotros, como espero demostrar en breve. Pues esta noche me encuentro de tan buen humor que hasta se me podría convencer de que permitiese a la hermosa Dyona del linaje de Ayrion permanecer a bordo de la Furion. Sería todo un

privilegio para este humilde servidor acoger no ya a uno, sino a dos miembros de nuestras benditas Mil Familias. —Su sarcasmo era más que evidente.

—Creo que su humor se debe a algo más que al momento del día y a la transferencia exitosa de los criotubos, comandante —dijo Darion—. ¿Es posible que ya haya desenmascarado al traidor que se encuentra en su tripulación? —No pudo evitar la pulla.

Pero la satisfacción de Shurion parecía inalterable.

—Pronto, lord Darion. Muy pronto.

—Me alegra oírlo. —¿Y cuál era el término pintoresco y expresivo que los terrícolas empleaban para referirse a alguien que no les gustaba? El término estaba relacionado con la ilegitimidad, los linajes, una cuestión íntimamente relacionada con los cosechadores. Ah, sí—. Pero estaré aún más impresionado al verlo —dijo Darion. «Bastardo».

Los dos cosechadores se enfrentaron sobre el puente que se erguía ante el oscuro valle y se sonrieron el uno al otro, odiándose, y deseando en secreto que el día siguiente fuese el último de su oponente.

Los técnicos de la doctora Mowatt se arremolinaban en torno a los Josués. Había que comprobar los sistemas de los doce vehículos de asalto, revisarlos de nuevo y luego volverlos a examinar. No podían permitirse que nada saliese mal al llegar el alba, cuando las máquinas se aproximasen a la nave de los cosechadores. Un cable suelto aquí o un circuito defectuoso allá podía dar lugar a la muerte del operario de uno de los Josués y el fracaso de la misión.

—Los errores conducen a la tumba. —Se trataba del lema del capitán Taber.

Los técnicos contaban con la ayuda de los operarios de los Josués. Travis, que junto al resto del grupo observaba la actividad junto a Mowatt y Taber pese a la hora, los contó. Veinte. Cuando la capacidad máxima de los VAJ era de tres hombres por vehículo, por lo que precisarían de un total de treinta y seis. El problema no iba a radicar en la maquinaria, sino en el personal.

Quizá pudiese hacer algo al respecto.

—Capitán Taber. ¿Señor? Quiero ir con ellos —anunció de pronto—. Quiero ser parte del equipo que ataque la Furion.

—Travis, no. —Tilo le tiró del brazo, como si esperase que fuese a saltar al interior de una cabina de control a través de la escotilla abierta en aquel preciso instante.

—Sí, Tilo. Es algo que quiero hacer. —Estrechó su mano, intentando transmitir confianza—. Es algo que tengo que hacer. —Su confrontación con Simon le había hecho daño, más del que había confesado a Tilo o a los demás. Había plantado las semillas de la duda en su mente. ¿Estaría Simon en lo correcto, aunque fuese un poco? ¿Sería posible que el liderazgo que ejercía Travis sobre el grupo fuese

interpretado como un ejercicio de vanidad? ¿Estaba más interesada una parte de él, por pequeña que fuese, en dar una buena impresión antes que en hacer lo correcto?—. Capitán Taber, por favor, déjeme montar en los Josués. —Porque combatir a los cosechadores era, sin atisbo de duda, lo correcto. No había segundas intenciones. No había luces y sombras. Ni dudas.

—Señor Naughton, aplaudo su valor —dijo el capitán Taber—, pero usted no es ni un operario formado para pilotar un VAJ ni un soldado.

—Ahora todos somos soldados —contestó Travis—. Todos nosotros. ¿Y acaso no he demostrado que puedo defenderme? Y no sé, puedo ser de ayuda. Es posible que se dé el caso de que alguien tenga que salir del Josué o algo así, no sé, pero... además, no necesito un traje protector ni nada de eso, así que podría hacerlo. Deme la oportunidad, capitán Taber —le rogó el adolescente—. Por favor.

Y la mente de Taber viajó por sus cuarenta años de servicio militar y recordó a otros hombres jóvenes desesperados por probarse en el campo de batalla, decididos a enfrentarse a sí mismos y aprender quiénes eran realmente, porque en la guerra siempre había dos enemigos en potencia: el hombre con el uniforme de otro país y el hombre que se encuentra en el interior de uno, en su corazón, en su alma. Y Taber envidió la pasión y la juventud de Travis Naughton, perdidas ambas hace ya mucho. Había vivido demasiado. No podía entrometerse en el camino del muchacho. No podía negarle su oportunidad de conocerse a sí mismo.

—Muy bien, señor Naughton —accedió—. Puede acompañar a Parry en el Josué 7.

—¿Está seguro de que es una buena idea, capitán Taber? —se opuso la doctora Mowatt.

—Usted es la directora científica del Enclave —dijo Taber—. El despliegue de los Josués es una cuestión militar.

—Como desee. —La mujer se encogió de hombros—. Espero que sepa lo que está haciendo.

—Pues yo sí que lo sé, y no vas a volver a dejarme atrás, Travis. —Le resultaría difícil mientras Tilo estuviese enganchada al cuerpo del chico de cabello castaño—. Voy a ir en ese maldito tanque contigo. Y ni se te ocurra decir que no.

—No creo que sea capaz de decir nada, Tilo. Me estás cortando la circulación. —Pero en su interior, Travis gritaba para sí mismo: ¡Sí, sí, sí!

—¿Capitán Taber? —dijo Tilo—. Si Travis puede unirse al equipo de asalto, yo también puedo, ¿verdad? Se supone que estamos en la era de la igualdad de sexos, ¿no?

El capitán Taber parecía convencido de que no solo los hombres tenían que demostrar su valía. Asintió con la cabeza.

—No creo que sea apropiado por mi parte quedarme atrás mientras Travis y Tilo

arriesgan sus vidas. —Antony dio un paso al frente.

—Con Brandon, señor Clive —dijo Taber—. Al Josué 9.

—Y si Tilo puede ir con Travis, yo puedo...

Una voz interrumpió a Jessica.

—No me parece en absoluto sensato que todos los jóvenes formen parte del equipo de asalto —le comunicó la doctora Mowatt al oficial del enlace militar—. Teniendo en cuenta su libertad de movimientos en la superficie, creo que sería mejor que alguno de ellos se quedase aquí, en el Enclave.

Antony sujetó a Jessica por los hombros y la miró a los ojos con intensidad.

—La doctora Mowatt tiene razón, Jessie. Será mejor que te quedes aquí. Y, además, tienes que sentarte a arreglar las cosas con alguien. —Su mirada guió la de Jessica hacia Mel.

—Yo voy contigo, Antony —dijo Mel, levantando las manos para evitar cualquier posibilidad de ser la única en quedarse—. O con Trav. O en un Josué que no sea ni el siete ni el nueve.

—Esta vez no, Mel —dijo Antony y, por desgracia para ella, Travis no le contradijo. Porque podía enfadarse con Antony, pero jamás podría enfadarse con Trav... aunque, por algún motivo, no lo hizo. Mel sintió un tono cálido e incluso dulce en la voz del muchacho rubio. Cayó en la cuenta de que confiaba en él casi tanto como confiaba en Travis—. Creo que ya he entendido la broma del chiste que me contaste en el campo de prisioneros. No tienes por qué ser Grimaldi. Puedes elegir no serlo. —Antony estrechó la mano izquierda de Jessica y la derecha de Mel. Las acercó hasta que sus dedos se rozaron—. Jessica, Mel. Mel, Jessica. Ya está. Presentadas de nuevo. Ahora, independientemente de vuestros problemas, podéis solucionarlos. Antes de que volvamos. ¿Entendido?

Si así fue, ninguna de las dos chicas pareció dispuesta a ponerse manos a la obra.

—¿Quién es Grimaldi? —quiso saber Jessica.

—Bueno, pues si vas a estar aquí, no hace falta que yo me quede. —Richie habló con su habitual tono de pasota, pero su rostro se tornó rojo cuando los demás se volvieron hacia él, francamente sorprendidos. ¿Sorprendidos? Era mucho mejor que «asqueados»—. Supongo que podría acompañar a Tony en una de esas latas... si te parece bien, y eso —dijo a su posible compañero.

—Llámame Antony, Richie —le pidió el delegado del colegio Harrington—. Y sí, me parece bien.

—¿Qué te parece? —le dijo Travis a Tilo en voz baja—. Richie Coker ofreciéndose voluntario a ponerse en peligro. Quizá le quede algo de dignidad, después de todo.

—Yo —dijo Tilo— no estaría tan segura, Travis.

El capitán Taber reunió a los adolescentes y les dijo que les vendría bien dormir

unas horas, sobre todo a aquellos que iban a formar parte del equipo de asalto. La partida de los Josués hacia la Furion estaba programada para las cinco en punto y no podía sufrir retrasos.

Al alba, comenzaría el contraataque de la raza humana contra los cosechadores.



El cielo lucía la tonalidad de una piedra, iluminado por un amanecer parsimonioso, tan lento, pesado y gris como una capa de granito que sepultase la Tierra. En sus aposentos, Darion, insomne, pensó en la luna que orbitaba en torno al mundo natal de los cosechadores, reservada para las tumbas de las Mil Familias, ya que las élites de su sociedad se diferenciaban del vulgo tanto en la vida como en la muerte. Kilómetros y kilómetros de mausoleos, un satélite habitado solo por los guardianes de las criptas y visitado de vez en cuando por los afligidos familiares de un linaje que hubiese perdido a un miembro, el cual pasaría a estar bajo la custodia de los centinelas. Un complejo de tumbas dedicado a los herederos de Ayrion se extendía sobre una superficie del tamaño de una ciudad. Darion pasaría a engrosar su población el día de mañana.

Si es que sobrevivía para entonces.

Activó con una palabra la pantalla de sus aposentos y su tono de voz, seco y vacilante, le sorprendió. Contempló sus manos: sus dedos temblaban como los de un anciano. En la cultura terrícola, por lo que sabía, el color blanco solía asociarse a la cobardía y el miedo. Aquella mañana, Darion sintió que su piel lucía un tono adecuadamente simbólico. Cerró los dedos hasta formar dos puños. Aquel no era el momento de sentir miedo.

Sería mejor no cavilar acerca de los sepulcros de sus ancestros y quitarse de encima aquellos morbosos pensamientos. Su gente tenía un dicho: «La muerte visita a quienes piensan en ella». Se planteó pensar en Dyona, un motivo para vivir. O mejor todavía, no pensar en nadie, sino centrarse en cuerpo y alma en la tarea que tenía que llevar a cabo.

En la pantalla, Darion vio al último recolector que quedaba a bordo de la Furion despegar y abandonar la nave. Shurion había mordido el anzuelo. Para cuando los recolectores llegasen a Otterham y no encontrasen ni a Travis Naughton ni al espía de los cosechadores, ya sería demasiado tarde. Los terrícolas ya habrían lanzado su ataque.

Sin embargo, buena parte de su éxito estaba aún en sus temblorosas manos.

Darion se sentó ante el ordenador. La costumbre de los cosechadores era invocar a los espíritus del ancestro y el valor del tótem del animal antes de emprender cualquier tarea en la que la vida corriese peligro. Pese a ello, Darion dudó que fuese

lo más adecuado, dada la naturaleza de su misión.

—Que lo que es justo me haga fuerte —murmuró, en su lugar.

Pese a no ser un guerrero nato, Darion se preparó para acabar con la Furion.

A varias cubiertas de distancia, el comandante Shurion también contemplaba cómo los recolectores despegaban hasta surcar el cielo gris. Su corazón, o lo que quedaba de él, estaba embriagado de emoción. Su momento de redención, de reivindicación, estaba al alcance de su mano. La costumbre de Shurion de vestirse con el traje ceremonial completo le pareció especialmente adecuada aquel día. Negro y dorado. Su sumisión y su ambición, cara a cara en un dramático contraste.

Se sentó inclinándose hacia delante en su sillón de mando, impaciente, y aunque no lo supiese en aquel preciso instante, sus puños estaban tan apretados como los de Darion. Si los recolectores tenían éxito en su misión, si aquel repugnante esclavo que se había rebajado a traicionar a su propia especie había dicho la verdad (cosa que Shurion no dudaba), entonces tendría al traidor en cuestión de horas.

E incluso si los recolectores fracasaban por cualquier motivo, Shurion no habría fracasado. Un buen comandante siempre tiene un plan de emergencia.

Si el renegado trataba de traicionar a los suyos una vez más, su intentona lo haría caer de una vez por todas...

Las escotillas de los Josués giraron hasta cerrarse del todo.

—Cabina de control sellada —informó Parry, un hombre en la treintena, de cabello moreno, con la cabeza cónica y unos ojos que no parecían pestañear nunca—. Activando sistemas ambientales. —En el panel ante el que se encontraba se encendió una luz verde—. Sistemas ambientales operativos. Comprobando los sistemas de propulsión, supervisión y armamento por última vez.

Travis pensó que por lo menos el tal Parry parecía saber lo que hacía, lo cual resultaba alentador si tenía en cuenta que tanto su vida como la de Tilo dependían de él. Le daba la impresión de que había pasado mucho tiempo desde la última vez en la que fue capaz de depositar su confianza (menos aún de forma voluntaria) en un adulto.

Pero no le quitó el ojo de encima a Parry y estudió sus maniobras, absorbiendo, memorizando. La enfermedad y los cosechadores le habían enseñado a no dar nada por hecho.

Tilo le estrechó la mano.

—¿Estás bien? —Él sonrió y se volvió hacia ella, bañado por la gélida luz azul del interior de la cabina—. No es demasiado tarde para quedarse con Jessie y con Mel, ¿sabes?

—Me temo que sí que es demasiado tarde —dijo Parry, que no parecía molestarse en resultar comprensivo—. Todos los sistemas están completamente operativos. Estamos listos para ponernos en marcha.

—No pasa nada. Estoy bien. De verdad, Travis. Quiero estar aquí. —Y le apretó la mano con fuerza.

—¿Hmm? —Parry hizo una mueca—. Nada de intimidaciones en el vehículo, por favor. ¿Os habéis abrochado los cinturones? —preguntó, como si sospechase que de no ser así los adolescentes se echarían uno encima del otro en cualquier momento.

De hecho, el cinturón de seguridad era tan firme que Tilo apenas podía moverse. La cabina de control de los Josués era circular y cónica, con el techo justo debajo de la torreta de cañones gemelos, tan bajo que provocaba claustrofobia. Tanto este como las paredes estaban cubiertos de luces, interruptores, medidores y otros instrumentos, hasta el último centímetro. En torno al perímetro de la cabina, a idéntica distancia unas de otras, había tres consolas con un abanico de pantallas que proporcionaban información visual del entorno inmediato del vehículo de asalto, que en aquel momento consistía en otros Josués y algunos ajetreados técnicos. Tilo supuso que la idea, en caso de disponer de un equipo completo de personal entrenado, era que cada consola estuviese manejada por un operario. De todos modos, las sillas estaban ancladas a un riel circular, por lo que podían deslizarse a la izquierda o a la derecha de ser necesario. Ella acercó la suya a la de Travis todo lo posible. O por lo menos, eso intentó.

Pero aunque el sistema ambiental hacía que el aire permaneciese purificado y fresco, Tilo sintió que sudaba, que sus manos estaban húmedas. Los espacios cerrados no le molestaban especialmente, pero estaba tan acostumbrada a vivir al aire libre («¿Para qué necesitamos tejas y escayola?», solía decir Roble. «El cielo es el tejado de la Naturaleza.») que encontrarse metida en la cabina del Josué, del tamaño de un ataúd, le resultaba un tanto chocante.

—A todo el personal de los Josués, últimas comprobaciones completadas —anunció la doctora Mowatt a través del comunicador—. Estamos abriendo la escotilla primaria de salida. Procedan en formación y buena suerte a todos.

—¿Estáis listos? —preguntó Parry.

—Porque aquí —dijo Brandon en el Josué 9— ya estamos en marcha.

Y a Richie le sorprendió con qué silencio. Apenas podía oír el motor del vehículo.

—Es magnético —le recordó Antony—. ¿No estabas prestando atención a lo que acaba de decir Brandon?

El operario del Josué, más cercano a los cuarenta que a los treinta, calvo en buena parte de la cabeza, miró por encima del hombro a Richie y se echó a reír.

—Creo que Coker tiene la cabeza en otra cosa que no son las unidades de propulsión de esta monada, ¿verdad, Coker?

Más o menos. Por ejemplo, pensaba en el hecho de que en aquel momento estaba más asustado que nunca antes en toda su vida, más asustado de lo que nadie podía llegar a soportar antes de convertirse en un guiñapo tembloroso y balbuceante.

Acojonado, hablando claro. Aunque Richie no lo reconocería ante Antony Clive. Y tampoco le impediría seguir formando parte del equipo de asalto.

—¿No te parece —dijo, tartamudeando— que sería mejor que te fijases hacia donde vas?

Brandon rió de nuevo.

—Aquí dentro no hay váter, Coker, así que como te mees en los pantalones te va a tocar dejártelos puestos. A menos que apuntes al enemigo antes.

—Vale, un humorista —refunfuñó Richie—. Nos han encasquetado a un humorista.

—Esto... Richie —dijo Antony—. ¿No estarás pensando en vomitar, verdad?

En el centro de seguimiento y comunicaciones, una docena de pantallas retransmitían el avance de los Josués. El capitán Taber y la doctora Mowatt dividían su atención entre los doce vehículos.

Jessica y Mel solo estaban interesadas en dos de ellos.

Los vehículos de asalto habían salido del túnel, dejando atrás la colina bajo la que se ocultaba el Enclave. Sus carcasas grises de molibdeno se dirigieron hacia el bosque como una especie más rápida, más grande y más agresiva de tortuga, con su brillante metal resplandeciendo bajo la luz del alba. Formaron una extensa línea. Cuando llegase el momento, el plan era rodear la nave de los cosechadores y disparar desde todas las direcciones.

Jessica pensó que parecían muy poderosos. Por sí mismos, en cualquier caso. Al verlos adentrarse en el bosque, reduciendo a astillas los árboles que cometieron la necedad de interponerse en su camino, podía llegarse a pensar que los Josués aplastarían cualquier resistencia, que arrollarían sin piedad a cualquier enemigo. Pero ¿cómo se las apañarían contra la colosal nave esclavista de los cosechadores, aquel rascacielos conocido como la Furion? ¿Qué aspecto tendrían en comparación con su objetivo cuando este se encontrase a la vista? Como Gulliver en el país de los gigantes, imaginó. Como pequeños insectos a los que aplastar.

Antony. Travis. La habían vuelto a dejar sola y...

Una mano estrechó la suya. Furtiva. Culpable.

No estaba sola. No del todo. No, si no quería estarlo.

—Todo va a ir bien, Jess —dijo Mel, con una débil sonrisa de disculpa.

Y Jessica no rechazó su mano, aunque ese cruel gesto fuese su primer impulso. No podía hacer daño a Mel, tal y como estaban las cosas. De hecho, cayó en la cuenta de que después de todo se alegraba de contar con ella a su lado, y aquella certeza llenó su corazón de alegría.

Cuando Mel se atrevió a apretar la mano de su amiga, Jessica le devolvió el gesto.

En el puente de la Furion, el técnico de los cosechadores no podía creer lo que

indicaban los instrumentos, sin hacer saltar las alarmas. Su respuesta fue bastante más ansiosa, sobre todo porque era su deber comunicar aquella inexplicable información al comandante Shurion.

—¿Comandante, señor?

—Técnico. —Shurion miró al operario desde su silla elevada, con la generosa tolerancia de un dios.

—Parece... parece que estamos experimentando un fallo de los sistemas, comandante.

—¿Ah, sí? —Shurion hizo descender la silla, con una expresión inescrutable en su rostro.

—Las armas. Los escudos. Las comunicaciones. Incluso nuestros sistemas de vuelo. Parecen... eh, temporalmente fuera de servicio.

—¿Qué pretende decirme, técnico? —preguntó Shurion con calma—. ¿Acaso mi nave ha dejado de funcionar, a todos los efectos?

—Eh... —Una gota de sudor se formó en la huesuda frente del cosechador.

—¿Sabe a qué se debe esta imperdonable situación?

—En... en este momento, no, comandante Shurion, señor. —Ya casi esperaba que lo enviase a la celda de despojos.

Pero la boca de Shurion formó una sonrisa escarlata. Echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Entonces será mejor que lo descubra yo mismo. Corazones Negros, conmigo.

—Los numerosos guerreros cosechadores que se encontraban en el puente obedecieron a toda prisa. Shurion se irguió, imponente, y su rostro ya no transmitía buen humor sino odio, reflejado en su ardiente mirada—. Por fin. Por fin. El traidor es nuestro.

Los Josués avanzaron a través del bosque como apisonadoras. Su armadura apartaba cualquier obstáculo sin el menor esfuerzo y sus orugas avanzaban imparables, compensando de forma automática los desniveles del terreno para que los vehículos de asalto no aminorasen su velocidad. Las máquinas avanzaban como guerreros hacia su destino.

En el interior del Josué 9, Richie pudo ver a través de la pantalla que el vehículo arrancaba troncos de árboles como si fuesen cerillas en su camino hacia la colina Vernham, pero el impacto de la colisión no se transmitía al interior de la cabina. Richie no llegó a percibir ni un movimiento ni un ruido desde la silla en la que se encontraba, paralizado de miedo. Lo cual estaba bien. Si el viaje estuviese siendo más movido, su estómago, que ya estaba bastante revuelto, hubiese tirado la toalla y expulsado el desayuno. De pronto, cayó en la cuenta de que estaba aferrándose a los reposabrazos de la silla con tanta fuerza que sus nudillos empezaban a parecer tan prominentes como el belineo de los cosechadores. Miró a los lados. Tony Clive

también se había dado cuenta... ¿y cómo era posible que el niño pijo pareciese tan tranquilo, como si estuviese dando una vuelta en el yate de papá un domingo por la tarde?

—¿Y a ti qué te pasa? —gruñó Richie, a la defensiva.

—Nada —dijo Antony—. ¿Y a ti?

—Nada.

—Bien. Entonces estamos igual.

Aunque Antony era consciente del evidente terror que sentía su compañero, no desprestigió a Richie Coker por ello. Por algún extraño motivo, empezaba a admirar al antiguo matón, a desarrollar empatía hacia él. Allí estaba Richie, muerto de miedo, pero esforzándose por contener aquella emoción y superarla. Independientemente de que lo consiguiese o no, el hecho de que lo intentase ya era digno de elogio. Y lo que resultaba más admirable de aquel esfuerzo, reflexionó Antony, era que venía de un gamberro irresponsable al que seguramente le hubiesen diagnosticado un desorden antisocial antes de la enfermedad.

Antony también estaba asustado, pero la educación que había recibido tanto en el colegio como en su casa le había enseñado a controlar sus sentimientos, a ocultarlos como si fuesen secretos. Lo importante era la razón, no las emociones. Y sin embargo, en muchas ocasiones, Antony rondaba bajo el pergamino del honor en la sala de Harrington, contemplando los nombres en él inmortalizados, que rendían homenaje a los caídos en el barro de Passchendaele o el Somme, en los desiertos del norte de África o en las junglas de Birmania, o en la larga y sangrienta marcha hacia Berlín. «Dedicado a la memoria de aquellos miembros de Harrington que pagaron el más alto sacrificio luchando por la justicia y la verdad en las dos guerras mundiales. Que descansen en paz y sean recordados con gloria». Adoraba los nombres de aquellos hombres muertos desde hacía tiempo, quienes siendo jóvenes se encontraron en el mismo lugar que él, vestidos con idéntico uniforme, y los recitaba como si fuesen parte de una oración, y se preguntaba cómo se habrían sentido cuando llegó la hora, cuando los obuses gritaban y las balas chillaban; cómo se sentiría él en esa situación letal, en el fragor de la batalla, en una guerra.

No tardaría mucho en averiguarlo.

El terreno empezó a inclinarse poco a poco, paulatinamente, y las puntas de diamante de los Josués trabajaron a fondo para mantener el ritmo mientras el mapa en relieve generado en la pantalla representaba de forma gráfica la pendiente de la colina Vernham.

—Un minuto hasta establecer contacto visual con el objetivo —informó Brandon a los científicos del Enclave y a los adolescentes que lo acompañaban a bordo del VAJ.

La pantalla mostró al Josué 8 a su izquierda y al Josué 10 a su derecha, avanzando

al unísono, subiendo con una perfecta sincronía. Antony sintió que el corazón le latía con fuerza, una excitación desbocada, un entusiasmo incontenible. Quería gritar y sollozar y reír y abrazar a alguien, abrazar a Jessica, aunque su acelerado corazón le pedía algo más que sexo. Quería abrazar la vida misma, aferrarse con fuerza a ella, sujetarla como a un niño pequeño y protegerla. Porque la vida era lo máspreciado e importante de todo.

Merecía la pena pelear por ella. Morir por ella.

Los nombres en el pergamino del honor. Antony los recordaba. *Adams, J. C.*, repitió en silencio. *Addison, C. L. L.; Amory, D. E.*

Los Josués alcanzaron la cima de la colina Vernham y se posicionaron en ella, apuntando al fin al enemigo. La colosal Furion los esperaba debajo.

—Dios mío —dijo Brandon, boquiabierto—. Esperemos que vuestro colega alienígena haya hecho su trabajo.

—Joder, Antony —dijo Richie entre dientes—. Esto va en serio. Va muy en serio.

—Lo sé —dijo el muchacho rubio. *Brumby-Ellis, G. W.; Caversham, T.*

¿Clive, A. R.?

—Avancen y ataquen. —El capitán Taber gritó las órdenes a kilómetros de distancia—. Equipo de asalto Josué, fuego a discreción.

La puerta protestó con un: «Acceso a los aposentos de lord Darion denegado», pero no sirvió de nada. Los intrusos habían traído consigo un dispositivo de pirateo. Shurion y sus Corazones Negros entraron antes de que la puerta se hubiese abierto del todo. Los guerreros ya tenían sus subyugadores a punto.

Darion se puso en pie de golpe sin soltar el ordenador.

—¿Qué está pa...? —Pero era obvio lo que pasaba—. Ordenador...

Shurion cogió al alienólogo por la garganta, interrumpiendo sus palabras.

—Me temo que no, lord Darion. —El sarcasmo hizo que el rango perdiese todo su significado—. ¿No te parece?

—Quitadme las... ¡Soltadme de una vez! —Dos guerreros estaban sujetándole los brazos, colocándose los tras la espalda—. Pertenezco a las Mil Familias. Haré que os arranquen la carne de los huesos por esta afrenta.

—Debo insistir, mi señor —dijo Shurion con una maligna sonrisa—, pero me temo que no. —Sin embargo, dejó de sujetarlo e hizo un gesto a sus subordinados para que hiciesen lo mismo.

—En cuanto mi padre se entere de este ataque contra mi persona, Shurion... — Darion se esforzó por transmitir autoridad, por aparentar control, pero era difícil. Shurion lo sabía. Hasta entonces lo había sospechado, sí, pero entonces, de algún modo, estaba seguro. Tenía tanto miedo que le temblaban las piernas hasta el punto de tener que esforzarse por permanecer en pie.

—Claro que se enterará —le garantizó Shurion—. El comandante de la flota

Gyrion conocerá hasta el último detalle de este deplorable incidente, sobre todo el más relevante, sorprendente y desdichado de todos ellos, lord Darion. El hecho de que tú, su propio hijo, sea el traidor de la raza de los cosechadores.

—Eso es del todo ab... absurdo —tartamudeó Darion—. Ordenador, borrar programa.

—Es demasiado tarde, Darion. —Shurion rió—. Mocosito débil y patético. Traidor. Puedes borrar toda la memoria de tu ordenador, pero aun así sabríamos para qué lo has utilizado. ¿Para desactivar los sistemas de armas de la Furion, quizá? ¿Para desactivar nuestros escudos? ¿Para negarnos la capacidad de volar? ¿Para dejarnos incomunicados y desvalidos? Supongo que eso significa que tus sucios amiguitos, los esclavos, están a punto de atacarnos, ¿eh? Mientras nuestro último recolector está lejos, ¡qué conveniente!

Darion rogó a todos los dioses de los cosechadores que así fuese. Rezó por ello. Que el ataque comenzase en aquel momento. Tenía que tener lugar en ese preciso instante. ¿Por qué se retrasaba la gente de Travis? ¿Dónde estaban?

¿Acaso se había sacrificado para nada?

—Sabotaje y conspiración, lord Darion —apuntó Shurion—. Dos crímenes más que añadir a tu letanía de delitos. Delitos capitales.

—No sé de qué está hablando —dijo, en un último y desafiante intento—. Es usted el que se está ganando a pulso un puesto en la celda de despojos, comandante Shurion. ¿En serio cree que mi padre o el tribunal de las Mil Familias valorarán el testimonio de un plebeyo como usted sobre el de uno de los suyos? —En ese caso, no dejaría de ser irónico que el sistema que Darion odiaba acabase por salvarlo de la ejecución.

—Puede que no crean mi testimonio —aceptó Shurion—, pero tengo pruebas frías, objetivas e incontrovertibles que presentar a los miembros del tribunal cuando tu triste y patético caso sea llevado a juicio.

—Puede que haya infiltrado a un espía entre los terrícolas para descubrir el nombre del traidor —supuso Darion—. De ser así, dudo que encuentre fiable su testimonio... o que siquiera consiga dar con él.

—Oh, ¿así que ya estabas al corriente? —Shurion asintió—. Entonces nuestro recolector está perdiendo el tiempo, ¿no? Entonces también sabrías que después de que los esclavos se fugasen mandé instalar un programa de reconocimiento en la red principal de la nave, de modo que cualquier futura interferencia con los sistemas informáticos de la Furion fuese rastreada hasta conducir a su origen y al miserable criminal de su autor. Y nos ha conducido a este ordenador, Darion. A ti.

Darion movió la boca para hablar, pero no podía decir nada. Era el fin. Le había llegado la hora.

—¿Qué sucede, lord Darion? —se burló Shurion—. ¿Te comió la lengua el

scarath? —Acercó su rostro al del alienólogo, con una expresión de puro odio dibujada en su cara—. Me alegro tanto de que seas el traidor, como siempre sospeché. Demuestra que tenía motivos para odiarte. Debería hacer que te ejecutasen ahora mismo. Debería hacerlo personalmente. Acabar contigo con mis propias manos y verte morir me proporcionaría la satisfacción más absoluta... después de los problemas y la humillación que tus patéticos actos de traición me han provocado. Pero... —añadió, resistiendo a duras penas el llevar a cabo su deseo— tu posición privilegiada aún te protege. De momento. Debemos garantizar que un miembro de las Mil Familias sea sometido a un juicio justo. Serás juzgado por las antiguas leyes de nuestra gente, pero que no te quepa la menor duda, Darion, de que se te encontrará culpable y que ese será el fin de tu lamentable vida. Y yo estaré ahí, regodeándome.

—Estás enfermo, Shurion —espetó Darion con una mueca de repulsa—. Estás completamente enfermo.

Shurion parecía más divertido que afectado por aquella valoración de su persona.

—No ofende el que quiere, sino el que puede —dijo—. Pero quizá debería darte las gracias, Darion. Puede que no te des cuenta, pero en el fondo me has ayudado. Tú y tus despreciables amiguitos de la disidencia queréis derrocar nuestro sistema social en beneficio de escoria alienígena, para salvar a los esclavos. Yo también quiero una revolución en nuestro Gobierno, hijo de Ayrion, pero para mi propio beneficio, para satisfacer mis ambiciones y para convertirme al fin en quien merezco ser, el primero entre los cosechadores. Cuando llegue el momento no se te juzgará solo a ti, Darion, sino a toda la clase social que representas, las decadentes, moribundas e incompetentes Mil Familias. En el futuro, ¿qué cosechador racional tolerará o aceptará ser gobernado por una élite que afirma ser incorruptible, pero que en realidad genera traidores? El derecho de las Mil Familias a ejercer la autoridad sin discusión será puesto en entredicho, la tiranía del linaje tocará a su fin. Tu padre y los suyos caerán, y aquellos que piensen como yo se harán con las riendas del poder y dará comienzo una nueva era dorada para los cosechadores. Y la galaxia gemirá de dolor bajo el yugo de la esclavitud. Tus Mil Familias están obsoletas, Darion: un hombre es aquello que consigue ser, y yo voy a convertirme en alguien grande.

—¿Ha terminado ya? De lo contrario, comandante, voy a pedirle permiso para sentarme. Me cansa escucharle despoticar como un loco.

Shurion rió en voz baja.

—Entonces le enviaré a un lugar donde podrá descansar. Llévadlo a las celdas. —Exultante, vio cómo sus guerreros sacaban a Darion de la habitación. Si creyese en los dioses, cosa que no hacía, Shurion les hubiese dado las gracias por aquel momento. Sentía el pecho henchido de orgullo. Se sentía fuerte, supremo. No había nada que no pudiese hacer.

Recibió un mensaje del puente. Una falange de tanques terrícolas había aparecido

sobre la cima de la colina, en su flanco izquierdo.

—¿Y qué? —bufó Shurion.

—Que nuestros sistemas de armamento y defensa están desconectados, comandante. ¿Y si los terrícolas atacan?

Nada podía hacerle daño.

—Que ataquen.

Mientras los Josués descendían por la colina Vernham, Travis supo que los próximos segundos serían decisivos. Determinarían si Darion había sido fiel a su palabra. Si tenían una oportunidad. Si quedaba esperanza.

Los vehículos de asalto salieron al unísono de la última sección de cobertura que ofrecía el bosque. Y dispararon. Uno a uno los cañones tronaron en la línea, primero el arma superior, seguida al cabo de un instante por la inferior, que produjo el más violento de los ecos. Los Josués lanzaron una andanada de veinticuatro proyectiles y las cabinas de control temblaron.

Tilo reaccionó de forma instintiva con un grito. Travis extendió su brazo hacia ella.

Los misiles alcanzaron la Furion.

E inmediatamente, sus carcasas grises se desintegraron, convirtiéndose en llamaradas naranjas y amarillas. Pero no eran esos los colores que Travis estaba pendiente de ver sobre la nave, sino el azul, el tono añil etéreo a la par que invulnerable de los escudos de los cosechadores.

No apareció.

Los escudos habían sido desactivados.

—¡Sí! ¡Sí! —Travis aulló de júbilo. Y Tilo. Y Parry.

La Furion tembló bajo el impacto de los proyectiles y su casco argento se hundió, se quemó, se resquebrajó. Se oscureció. El color del metal quemado era de lo más bonito aquel día.

Travis sintió que el corazón le latía a toda velocidad. Hubiese dado un salto de no ser por el cinturón de seguridad. Por lo menos pudo abrazar a su novia.

—Darion lo ha conseguido. Lo ha conseguido.

—¡Oh! ¡Lo adoro! —celebró Tilo—. Bueno, en realidad no. Quiero decir...

En el Enclave también celebraron el momento cuando en las pantallas del centro de seguimiento y comunicaciones brillaron los destellos de los misiles al explotar. Los técnicos vitorearon desde sus consolas. La doctora Mowatt, que parecía veinte años más joven, aplaudió; sus ojos brillaban de alegría tras sus gafas de concha.

Mel y Jessica se abrazaron.

—Todo va a ir bien. De verdad. —La voz de Jessica se entrecortaba por la emoción.

—Te lo dije. —También la de Mel.

El capitán Taber fue el único que se mostró comedido, limitándose a mover con nerviosismo su bigote del mariscal Montgomery. Sabía que el último disparo de la batalla contaba más que el primero. Era consciente de que el daño infligido a la nave de los cosechadores era meramente superficial y de que la ausencia de escudos no significaba que no tuviesen ninguna posibilidad de devolver el golpe. Siguió gritando órdenes.

—A todos los operarios de los Josués, intensifiquen el ataque ahora que tenemos ventaja. Pero permanezcan alerta. Puede que los alienígenas aún sean capaces de desplegar sus propias armas.

Travis escuchó la voz de Taber y coincidió con el militar. Sin embargo, independientemente de la capacidad ofensiva de la Furion en circunstancias normales, parecía incapaz de desplegarla en aquel momento. Obra de Darion.

Una segunda andanada procedente de los Josués bombardeó la nave sin oposición, y las explosiones reverberaron por el valle mientras el humo y el fuego ascendían hacia el cielo. El casco plateado se hundió a causa de los golpes, sin llegar a romperse. Era tenaz. Pese al significado de los nombres de los vehículos de asalto, los muros no cayeron.

—Parece que si queremos hacerle un agujero a ese cabronazo vamos a tener que acercarnos todavía más —murmuró Parry—. Bueno, pues eso podemos hacerlo. Agarraos, chavales.

—Avancen y rodeen al enemigo —les instruyó el capitán Taber—. Utilicen todos los medios a su alcance. Pongan fin a esta batalla.

El puente tembló cuando la Furion fue alcanzada por la salva de misiles, pero el comandante Shurion no. Estaba sentado en su sillón de mando alzado a su máxima extensión, como un rey, riéndose a carcajadas de los técnicos vestidos de rojo que correteaban caóticamente de un ordenador a otro, comprobando desesperados el estado de la nave esclavista y luchando a brazo partido por restaurar los sistemas sabotados. Shurion ni siquiera se planteó por un segundo que aquella tarea fuese imposible. No tenía la menor duda acerca de su eventual y completa victoria sobre la patética escuadra de minúsculos tanques terrícolas.

Se sentía invencible, elegido. Era como si el destino mismo obedeciese a su voluntad. Revelar que Darion era el traidor haría realidad sus ambiciones políticas, y aplastar la incursión terrícola reforzaría su reputación militar.

Quizá, después de todo, hubiese merecido la pena viajar a aquella bola de barro olvidada de la mano de Dios.

—La integridad del casco en los sectores uno, tres, cuatro y siete se encuentra solo al sesenta por ciento, comandante —le informó un técnico, ansioso—. La integridad de los sectores dos, cinco y seis está por debajo del cuarenta y cinco por ciento. ¿Comandante?

—En otras palabras —respondió Shurion, condescendiente—, el casco permanece intacto.

Un segundo técnico se unió a su compañero.

—Comandante, hemos conectado todos los sistemas. Tardaremos un poco en reiniciarlos del todo, pero...

—¿A qué capacidad operamos ahora?

—Puede que al cincuenta por ciento, comandante, pero cualquier gasto energético considerable podría retrasar...

Shurion rechazó las observaciones del técnico con un gesto de su mano.

—La mitad de nuestra fuerza es más que suficiente. Un cosechador vale por diez esclavos.

El puente tembló cuando un misil detonó dos niveles por debajo. El fuego lamió las ventanas. El primer técnico tragó saliva.

—¿Activo los escudos, comandante Shurion? —Su tono de voz evidenciaba que quería hacerlo.

—Comandante, señor, traigo información sobre los vehículos terrícolas. —La súbita intromisión de un tercer técnico pospuso la contestación de Shurion—. Nuestros instrumentos indican que su fuente de energía es magnética.

—¿Y qué?

—Nuestros instrumentos pueden rastrear la energía magnética residual que han dejado los vehículos a su paso, que nos llevará hasta el punto del que proceden.

—¿Pues a qué esperamos? —dijo Shurion, jubiloso—. A la base de los terrícolas, esté donde esté. —Devolvió su atención al primer técnico—. Informe al capitán Myrion de que sus órdenes han cambiado.

—Por supuesto, comandante. —El técnico sintió subir sus ánimos—. ¿Le digo que vuelva aquí? —Y volver a bajar.

—Por supuesto que no —bufó Shurion—. Que siga las coordenadas que le vamos a enviar, que localice la base de los terrícolas y que no deje piedra sobre piedra.

—Sí, comandante —dijo el técnico completamente abatido, aunque por suerte para él, Shurion no se percató de su actitud.

—No necesitamos ayuda. No queremos refuerzos. Aplastaremos a estos esclavos impertinentes nosotros mismos. La ira de los cosechadores es digna de verse cuando se provoca... y los terrícolas van a descubrirlo.

Azul.

Un sorprendente y luminoso destello azul que transmitía, por extraño que fuese, serenidad.

—Mierda —dijo Richie, a bordo del Josué 9—. Han recuperado sus malditos escudos.

Cuando los misiles impactaron contra su objetivo, las detonaciones fueron igual

de estruendosas y las llamas igual de calientes, pero la efectividad de aquellas armas diseñadas para abatir la nave enemiga se vio reducida a cero. Tuvieron el mismo efecto que lanzar huevos contra una pared.

—¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué? —A Richie se le ocurrió que regresar al Enclave sería una buena idea. De hecho, con largarse de allí e ir a cualquier parte le valía.

—Vamos a ver si a esos bastardos les gustan nuestros lanzacohetes —dijo Brandon, activando las cañoneras laterales del Josué. Dos cohetes gemelos se unieron a la refriega con un siseo.

Para acabar siendo absorbidos por los escudos de los cosechadores.

—Tenemos más armas, ¿verdad? —preguntó Richie, deseando que así fuese.

—Y más tiempo —añadió Antony—. Por lo menos no están devolviendo los disparos.

Podría haberse mordido la lengua.

Precedidos por un chisporroteo y un cegador destello amarillo, de la Furion surgieron docenas de rayos de energía procedentes de hileras de hendiduras que aparecieron de improviso de algunas de las cubiertas, extendiéndose a ambos lados de la estructura en forma de hoz de la nave. La tierra tembló y estalló alrededor de los Josués bajo aquella vorágine de luz que prendía todo cuanto tocaba, convirtiendo el terreno llano en infernales abismos.

Travis hizo un rápido cálculo de sus posibilidades a bordo del Josué 7. Teniendo en cuenta las circunstancias, no tenían ni una.

—Retirada. Parry, tenemos que retirarnos. Como esos rayos nos alcancen... — Los escudos funcionaban. Los sistemas de armas estaban operativos. ¿Qué le había ocurrido a Darion?

¿Lo habrían encontrado? ¿Estaría muerto?

—No podemos huir si no nos lo ordenan, chaval —dijo Parry, virando el Josué a la izquierda para evitar un haz de energía. La cabina de control dio un violento bandazo.

—Aquí estamos demasiado expuestos. Necesitamos cobertura para poder reagruparnos. ¡Olvídate de las órdenes! —gritó Travis—. ¿Qué hay del sentido común?

—¡Trav! ¡Dios mío!

Tilo estaba mirando las pantallas por el rabillo del ojo, así que pudo ver el fin del Josué 6. Los rayos de energía de los cosechadores habían cavado una ardiente trinchera en la tierra y el Josué había caído en ella. Las puntas de diamante de sus orugas anclaban el vehículo al terreno, trasladándolo a una superficie en la que pudiese maniobrar. El vehículo podría haberse salvado de no haber recibido el impacto directo del siguiente rayo. Las unidades de propulsión magnéticas del Josué 6 explotaron. Su armadura se hizo pedazos. Las escotillas salieron disparadas como

corchos de champán. Su orgullosa torreta fue consumida por las llamas. Ninguno de sus ocupantes pudo sobrevivir.

—Travis. —Y Tilo utilizó ambas manos para estrechar la de Travis, implorándole que la tranquilizase, que le asegurase que saldrían de esta, que escaparían de la devastación que tenía lugar a su alrededor. Que sobrevivirían. Que seguirían vivos. Quería vivir.

Travis sintió su miedo. De algún modo, el hecho de saber que ella buscaba consuelo en él lo ayudó a controlar el suyo.

—Tilo, no va a pasarte nada. No lo permitiré. Te lo prometo. —Aunque le había dicho prácticamente lo mismo a Simon, quien le había traicionado.

—¡Taber! —gritó Parry a través del sistema de comunicaciones—. Capitán Taber, ¿me recibe? Conteste, por el amor de Dios. ¿Qué demonios hacemos ahora?

Pero en el centro de seguimiento y comunicaciones reinaba el silencio, la siniestra y terrible quietud que tiene lugar cuando se ha asumido un desastre. Los restos ardientes del Josué 6 podían verse a través de la pantalla. Las lecturas de las constantes vitales de sus dos operarios mostraron sendas líneas rectas.

Mel pensó que por lo menos no eran los ocupantes de los Josués 7 y 9 los que habían muerto, e inmediatamente se avergonzó de ello. Como si las vidas de Travis y Tilo, las de Antony y Richie valiesen más que las de otra gente. Aunque, para ella... Miró a Jessica. La chica rubia tenía la misma expresión de culpabilidad en el rostro.

Y los años que la doctora Mowatt había recuperado ante la perspectiva de la victoria regresaron, con intereses, bajo la sombra de la derrota. Lo mismo le sucedió a Taber, que parecía estar encogiendo, literalmente, en su uniforme. Ninguno de los dos parecía capaz de asumir aquel revés de la fortuna.

Así no iban a ninguna parte.

—Capitán Taber —dijo Mel. Las voces de los operarios de los Josués que aún seguían vivos, entre ellos Parry y Brandon, clamaban por el sistema de comunicación pidiendo instrucciones—. Haga algo. Tenemos que ayudarlos. Tiene que decirles qué hacer. —El oficial del Ejército se quedó de pie, con la boca abierta, como un zombi. Definitivamente, así no iban a ninguna parte. Mel le cogió de los hombros y lo zarandeó—. Capitán Taber.

Sus ojos le asustaron. Eran los ojos vacíos de un hombre muerto. Eran los ojos de su padre.

—No hay nada que podamos hacer por ellos —dijo Taber, devastado—. O por nosotros. No podemos hacer nada.

Jessica se unió a Mel.

—Pues entonces ordéneles que salgan de allí. Que se retiren. Que se replieguen. O como se diga. Tienen que largarse de allí o morirán.

—Señor —informó uno de los técnicos—. Josué 2.

Estaba ardiendo. Su escotilla se abrió. De ella emergió un hombre. Era difícil reconocer de quién se trataba a causa de las quemaduras. No tenía una voz con la que gritar. No tenía ojos con los que ver. No podía respirar. Se desplomó sobre el cuerpo del Josué y murió.

—Bueno, pues si usted no se lo dice, lo haré yo. —Mel se lanzó hacia el sistema de comunicaciones.

La doctora Mowatt llegó primero.

—A todos los Josués, abandonen la misión. Retirada. Sálvense.

Era un principio. Los corazones de las dos chicas latieron con fuerza mientras los vehículos aceleraban hacia el refugio que ofrecían los bosques; Los VAJ 7 y 9 humeaban, pero por lo demás no habían sido dañados.

—Venga, Trav —murmuró Mel con urgencia—. Venga chicos, daos prisa.

—Doctora Mowatt, capitán Taber. —Supieron que el técnico traía malas noticias por su tono de voz—. El radar... ha detectado un gran objeto volador no identificado aproximándose rápidamente a nuestra posición. Está dentro de nuestro rango visual. Lo mostraré en la pantalla.

Un recolector, como un ave de presa de acero y plata.

—¿Viene de la Furion? —Jessica frunció el ceño—. ¿Cómo es posible?

—Tiene que ser el que desviamos hacia Otterham —supuso Mel—. Me imagino que no encontró ni a Travis ni a Simon allí, se enfureció, y ahora viene a buscarlos aquí.

—¿Cómo sabe que estamos aquí? —Jessica se volvió hacia la doctora Mowatt hecha un manojo de nervios.

—No lo sabe —afirmó la mujer—. Es imposible que lo sepa.

—¿Eso que dice es un hecho científico fundado, doctora Mowatt? —preguntó Mel—. ¿O no es más que lo que le gustaría creer? Porque a mí me da la impresión de que sabe adónde va.

—Y por qué —susurró Jessica.

De los extremos de la estructura en forma de hoz del recolector surgieron sendos misiles.

—¡Vienen hacia nosotros! —gritó el técnico, una observación del todo innecesaria.

El grupo que se encontraba en el centro de comunicaciones y seguimiento vio en las pantallas cómo los misiles abrían agujeros en la colina que se encontraba sobre ellos, como heridas en la carne. El Enclave tembló. Se escuchó un rugido, como un terremoto lejano.

Del vientre del recolector surgieron vainas de batalla, como paracaidistas el día D^[5].

—Dios. Mío. —Mel no tenía ni la más remota idea de cómo los cosechadores

habían descubierto la existencia de la base o su ubicación. Pero el hecho relevante estaba perfectamente claro.

Estaban atacando el Enclave.



Incluso desde su celda, Darion pudo percibir el fragor del combate. Aun cuando se tapó los oídos y gritó a pleno pulmón.

El sonido de sus amigos siendo masacrados.

Porque ya habían restaurado los escudos y los sistemas de armas. Los técnicos cosechadores eran de lo más eficientes. La pequeña unidad de vehículos de asalto de Travis no supondría rival para una Furion completamente operativa. Josués, ¿fue así como los llamó Travis? Por Josué, el personaje de la Biblia cristiana al que Dios ayudó a derribar los muros de Jericó. No era de extrañar que las fuerzas del Enclave estuviesen condenadas. No podían reclamar ayuda a Dios para que les garantizase la victoria, teniendo que contentarse con Darion del linaje de Ayrion.

Darion el fracasado.

Había fallado a Travis. Había fallado a Dyona. Se había fallado a sí mismo.

En el puente, mientras supervisaba la destrucción de los terrícolas, Shurion se estaría riendo. De él.

Darion recorrió la celda lentamente, desesperado. ¿Y por qué no iba Shurion a alegrarse? Había ganado. Darion había perdido. El comandante lo había llamado «mocosito débil y patético» y no le faltaba razón. Era débil. Solo le quedaba ser arrastrado ante un tribunal de las Mil Familias, un juicio, el inevitable veredicto y la muerte. Un final solitario y lamentable. El fin de un cobarde. Hubiese sido mejor morir como posiblemente estuviesen muriendo Travis y sus camaradas en aquel momento, con valor, desafiantes, luchando por una causa noble, defendiendo aquello en lo que creían.

Si su vida terminase de ese modo, por lo menos Dyona estaría orgullosa de él.

Y su caminar se volvió más raudo, más decidido. Pensó en su ancestro Ayrion cabalgando hacia una muerte segura en el campamento enemigo en vez de morir de viejo, un fallecimiento que hubiese sido considerado propio de débiles, vergonzoso. Darion nunca había entendido la filosofía de su predecesor. Pero entonces sí lo hizo. Resultaba irónico que encontrase socorro en su linaje al cabo de tanto tiempo.

Quizá no fuese demasiado tarde. Quizá no hubiese fracasado aún. Travis podía seguir vivo y, si no fuese así, todavía podía vengarlo.

Darion tenía una última opción para vencer al comandante Shurion y atacar a su propia gente. Una alternativa sencilla. Darion, nacido del linaje de Ayrion de las Mil Familias, tendría que morir.

Las pantallas les contaron todo cuanto necesitaban saber. Los misiles de los recolectores habían abierto heridas atroces en la colina, desgarrando el terreno como si fuese carne que poner al descubierto, como si fuese hueso, la carcasa de metal que protegía el Enclave. Otro impacto bastaría para perforarla, dejando las instalaciones y a sus escasísimos ocupantes sin ninguna protección.

Las vainas de batalla aterrizaron en las proximidades. De ellas salieron soldados cosechadores ataviados con armaduras negras como la noche y cascos que evocaban a feroces bestias, empuñando armas oscuras del tamaño de fusiles. Pese al parecido, Mel imaginó que serían un poco más avanzados que sus contrapartidas humanas: sus cañones concluían en puntas blancas que brillaban como rayos láser. Esperó no tener que enfrentarse a aquellas armas, pero dudó que fuese a tener tanta suerte.

Los cosechadores formaron en disciplinadas filas y se dirigieron hacia el Enclave. En el interior de la base, la alarma chillaba como un niño asustado.

—Todo el personal a posiciones defensivas. Código: Rorke's Drift^[6]. —La doctora Mowatt sonaba confiada a través del sistema de comunicaciones—. Los cosechadores deben ser rechazados a cualquier precio. —Sus ojos, sin embargo, mostraban una realidad bien distinta. Se volvió hacia uno de los técnicos—. Y será mejor que nos pongamos los trajes de protección.

—Sí, doctora Mowatt. —El técnico activó un interruptor y un panel en la pared se abrió, revelando un armario sacado de la imaginación de un escritor de ciencia ficción que contenía una hilera de trajes plateados diseñados para cubrir el cuerpo entero, incluyendo la cabeza, con un visor a la altura de los ojos y filtros en la nariz y la boca. Los técnicos empezaron a ponérselos. A toda prisa.

—¿Deberíamos...? —Jessica señaló aquella indumentaria.

—Los trajes de protección sirven para protegernos del virus de la enfermedad en caso de que el aislamiento del Enclave se vea comprometido —dijo la doctora Mowatt—, así que no tenéis que preocuparos por ello. Y me temo que no detendrán un rayo de los cosechadores.

—No, pero puede que un subyugador sí lo haga —dijo Mel—. ¿Dónde los guardáis? Venga, dejádnoslos. Jessie y yo haremos nuestra parte.

—Vuestra «parte» —dijo la doctora Mowatt—, es quedaros aquí... de momento, al menos. —Se dirigió a su compañero—. Capitán Taber.

El militar estaba mirando las pantallas como si lo hubiesen hipnotizado, con la mirada perdida. No podía creer lo que retransmitían las imágenes. Una nave alienígena pulverizó la entrada del Enclave. Los cosechadores cruzaron el umbral en masa y avanzaron túnel abajo hacia la primera escotilla.

Estaban bajo asedio. El enemigo estaba allí. El enemigo iba a por él.

—Taber, espabile. No debería estar aquí. Sus hombres lo necesitan.

—Tanto como un tiro en la cabeza —murmuró Mel.

La alarma sonó con una nueva nota y una luz roja intermitente brilló sobre la puerta del centro de seguimiento y comunicaciones.

—¿Un incendio? —preguntó Jessica, preocupada.

—Peor —dijo la doctora Mowatt—. Un incendio puede apagarse. Significa que han atravesado el sistema de aislamiento. El Enclave está abierto al exterior. Tengo que ponerme... esto —añadió mientras forcejeaba por entrar en el traje de protección.

—El enemigo está aquí —advirtió el capitán Taber.

—Así es. —Mel dividió su mirada entre el oficial y las pantallas. Los soldados estaban enfrentándose a los cosechadores en las escotillas. Los primeros disparaban sus ametralladoras, los segundos, rayos láser. Los gritos y los alaridos eran universales—. ¿Ves eso? Abre esos ojos de viejo, Taber. Echa un buen vistazo. El enemigo está llegando en masa, ¿qué piensas hacer al respecto?

Cayó en la cuenta de que iba a por él. El enemigo. La muerte. La había evitado durante medio siglo mientras otros caían; al principio, antes de ascender de rango, quienes morían eran siempre mayores, pero durante mucho tiempo los muertos habían sido más jóvenes que él, chicos casi demasiado jóvenes como para afeitarse, adolescentes que prácticamente acababan de salir del colegio. Los había visto morir a manos del enemigo, y el hecho de que los jóvenes muriesen mientras los ancianos se sentaban en sus bases de mando, o en sus casas, o en los clubes de caballeros o en el Congreso, enviando a inocentes a las líneas del frente sin reconocer el coste, le parecía terrible, antinatural. Quizá por ello la enfermedad solo había afectado a los adultos y salvado a los jóvenes, para corregir el desequilibrio de la historia. Y entonces, al fin, el enemigo iba a por él. Solo podía enfrentarse a él como un hombre.

—¿Que qué pienso hacer, señorita Patrick? —dijo mientras extraía la pistola de su funda—. Voy a enfrentarme al enemigo y a combatir. Buenos días.

Saludó, se volvió sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—¡Capitán Taber! —lo llamó la doctora Mowatt—. Póngase un traje de protección.

Taber se detuvo y miró hacia atrás.

—No, gracias, doctora Mowatt —dijo.

Un trueno lejano. La alarma. La luz intermitente sobre la puerta. Simon había sido encerrado en su habitación con un guardia fuera de la estancia, pero aun así sabía lo que estaba sucediendo.

Los cosechadores estaban invadiendo el Enclave.

Rió con nerviosismo, apretó los puños y los sacudió arriba y abajo, como un hinchador de fútbol celebrando un tanto de su equipo. Se dirigió hasta la puerta.

—¿Oyes eso, soldadito? —le gritó al guardia—. ¿Sabes lo que es, lo que significa? Significa que si me dejas salir igual le hablo bien de ti al comandante Shurion. Cuando mis amigos lleguen aquí, me liberarán de todos modos. Vienen a

por mí.

Sin embargo, Simon no pudo ocultar su sorpresa cuando el soldado abrió la puerta.

—No te emociones —dijo el militar mientras accedía al interior—. Tú no vas a ninguna parte. Atrás. Contra la pared. —Simon obedeció, llevándose las manos a la cabeza por si acaso y alejándose a una distancia prudencial del carcelero. Porque el soldado no era mucho mayor que él y no parecía muy estable, por no decir que el fusil automático con el que le apuntaba temblaba en sus manos—. Quiero... —Y pulsó un interruptor en el que Simon no había reparado hasta entonces, abriendo un compartimento en el que colgaban una especie de trajes protectores.

Para prevenir el contagio de la enfermedad. Lo que significaba que el Enclave ya no era seguro. Los aliados de Simon ya estaban dentro.

En ese caso, tenía que irse. No tenía más que identificarse ante ellos y todo iría bien. Comenzaría una nueva vida.

—Está bien, está bien —le dijo Simon al soldado, con calma—. Coge lo que quieras.

La puerta solo estaba a unos metros de distancia. El soldado no lo perseguiría sin el traje puesto.

—No te muevas.

—No me estoy moviendo.

Y no lo hizo hasta que el guardia fue a por el traje protector, bajando su arma durante un segundo, volviendo su atención de Simon al compartimento por un instante. Fue entonces cuando se movió. Corrió hacia la puerta a toda velocidad.

El soldado maldijo y puede que volviese a apuntar con su fusil, incluso quizá disparase. Pero Simon no lo supo. No le importaba. Nadie era mejor que Simon Satchwell a la hora de correr al sentirse amenazado. Cruzó la puerta, se adentró en el pasillo y acertó con respecto a las prioridades del guardia.

Simon era libre.

La situación pintaba tan mal como el capitán Taber esperaba. El puñado de hombres bajo su mando se afanaba en mantener la línea en el nivel superior, pero los cosechadores habían asegurado una cabeza de puente en las escotillas y su número era abrumador. El aire corrupto por la enfermedad se adentró en el Enclave, pero los soldados bien podrían haber seguido el ejemplo de su oficial y deshacerse de los trajes protectores. No era la enfermedad lo que iba a matarlos.

De las armas alienígenas brotaban rayos de energía que atravesaban con idéntica eficacia carne, ropa e incluso el metal de la maquinaria y los equipos electrónicos tras los cuales intentaban parapetarse los defensores. Las consolas explotaron en nubes de chispas; los cables cortados se retorcieron en todas direcciones. Taber vio un brazo amputado en el suelo, cuya herida había sido cauterizada y de la cual apenas manaba

sangre, mientras la mano continuaba asiendo un fusil. El dueño de aquel miembro se encontraba a poca distancia, con un humeante agujero que le atravesaba el corazón.

Taber comprobó su pistola. Le quedaban seis balas. Esperó poder dispararlas todas.

Varios jóvenes soldados gritaron palabras incomprensibles y pasaron corriendo a su lado, batiéndose en retirada. Sus ojos cubiertos por los visores no registraron la presencia de Taber, solo la del enemigo. Un rayo de energía pasó a la derecha de Taber y partió en dos la columna de un soldado que huía. Tras el impacto, no pudo correr mucho más.

Hasta el último hombre había abandonado la posición. Las tropas del Enclave se dispersaron, huyendo en desbandada.

Pero el capitán Taber no huyó. Siguió avanzando. Apuntó con su pistola y se sorprendió. Qué firme era su mano. Qué seguro su caminar. Qué tranquilo se sentía. Como un soldado ha de sentirse cuando todas sus campañas han terminado.

Disparó una bala, y dos, mientras los hombres se cruzaban con él entre gritos de terror.

Disparó una tercera, una cuarta bala, sin apuntar, sin preocuparse por acertar a los cosechadores o no. Lo importante era disparar. Marchar hacia el enemigo. Enfrentarse al miedo.

Un quinto disparo. Ya casi estaba solo, y ante él se extendía una jauría de fieras.

Un sexto. El enemigo había venido a por el capitán Taber.

Se había quedado sin munición, pero no importaba. De todos modos, no iba a tener tiempo de recargar.

Los soldados también se retiraban en las laderas de la colina Vernham.

La ofensiva de los Josués había sido bien planeada y ejecutada, con los vehículos de asalto avanzando al unísono. Pero entonces se habían visto reducidos a una desbandada confusa, caótica y desesperada, y uno tras otro caían bajo las armas de energía de los cosechadores. Antony pensó que si el papel de Brandon no estaba siendo muy espectacular, era fácil adivinar por qué.

El operario del Josué 9 estaba a punto de caer presa del pánico más absoluto: tanteaba los instrumentos con la mirada confusa, yendo de uno a otro como si no los hubiese visto en su vida y maldiciendo los controles como si conspirasen contra él. Parecía que estaba perdiendo la fe en la máquina a marchas forzadas.

Antony concluyó que Brandon no hubiese destacado en Harrington.

—Cálmate, hombre —trató de consolarlo—. Céntrate en lo que estás haciendo. Danos algo de fuego de cobertura.

—¿A qué demonios te refieres con eso del fuego de cobertura, chaval?

—Que gires la torreta. Las armas pueden disparar hacia delante y hacia atrás, ¿no es así?

—Sí, sí. —Aquella característica parecía habersele olvidado por completo a Brandon—. Pero ¿para qué demonios quieres disparar? Los misiles no van a atravesar esos escudos.

—Pero podemos intentarlo —propuso Antony.

Y así fue. Richie vio a través de la pantalla como la torreta giraba sobre sí misma y lanzaba una nueva salva hacia la Furion. Pensó que era como escupirle al viento. Una acción inútil. A Tony Clive le encantaban las acciones inútiles, por lo visto. Como a Naughton. Todo aquel rollo de hacer siempre lo correcto era la acción más inútil sobre la faz de la Tierra. Richie prefería apretar los dientes y los puños y rogarle a Dios que los alejase del alcance de aquellos malditos rayos de energía antes de que redujesen a uno de aquellos pobres cabrones a cenizas.

Y el Josué 12, mutilado, pese a tener la oruga izquierda hecha trizas e inutilizada, disparó las dos armas de la torreta antes de que las de los cosechadores lo alcanzasen. El Josué 5 ardía en llamas mientras sus dos operarios abandonaban el vehículo a través de las escotillas y saltaban a tierra, cubriéndose la cara con los brazos y maldiciendo la situación a gritos antes de que los rayos de energía los obliterasen.

En el Josué 7, la táctica de Travis era la misma que la de Richie, sin que él lo supiese. La arboleda próxima a la cima de la colina no ofrecería mucha protección, posiblemente, pero cuanto más tierra por medio pusiesen, mejor. Los disparos de la Furion empezaban a quedarse cortos. El crujido de los árboles arrancados de raíz cuando el Josué los embistió era casi reconfortante.

—Maldita sea —gruñó Parry—. Hemos perdido el contacto con Taber y Mowatt. El sistema de comunicaciones ha debido de estropearse.

—No te preocupes por eso —lo tranquilizó Travis—. Enseguida estaremos de vuelta en el Enclave.

—¿Estás seguro, Travis? —preguntó Tilo, esperanzada ante aquella perspectiva.

Claro que lo estaba.

—No tienen nada con lo que perseguirnos, Tilo. —Una vez lejos del alcance de la nave esclavista podían regresar a la base, elaborar un nuevo plan y atacar de nuevo. No rendirse jamás.

Entonces escuchó el ensordecedor y desafiante rugido de los motores. La tierra tembló bajo las orugas del Josué.

¿Y ahora qué? ¿Qué demonios pasaba?

Lo vieron en las pantallas. Jamás estarían fuera de su alcance.

Tras ellos, la Furion despegó desde el valle.

Lord Darion no hacía más que protestar. Clyrion, el guardia apostado fuera de la celda, podía oír cada una de las incendiarias palabras del alienólogo, y cada una de ellas le preocupaba sobremanera. Los padres de Clyrion habían sido unos ciudadanos obedientes y respetuosos con la ley; su hijo había sido educado en la obediencia

absoluta hacia las Mil Familias de los cosechadores.

—¿Cómo te atreves a encarcelar a un miembro de las Mil Familias? ¿Cómo osas tratar a un superior como si fuese un delincuente cualquiera? Pagarás por este ultraje, ¿te enteras, guerrero? —le espetó, dirigiéndose a él personalmente a través de la puerta de metal—. Shurion pagará y tú también lo harás, pero no solo tú. Tu linaje también. ¿Me oyes, guerrero? ¿Entiendes lo que digo? Tu maldito linaje sufrirá por haber afrentado, como hoy lo estás haciendo, al descendiente de Ayrion.

Lord Darion dijo más cosas, muchas más, afirmando tener la absoluta certeza de que sería absuelto del execrable delito de traición del que se le acusaba y que, después, el linaje de Ayrion desataría su terrible venganza sobre los implicados en su detención. Clyrion encontró la primera afirmación de Darion perfectamente posible. El hecho de que un miembro de la élite de los cosechadores hubiese sido puesto entre rejas no tenía precedente; que lo encontrasen culpable de un delito era simplemente inconcebible, lo cual significaba que las amenazas vertidas sobre el linaje de Clyrion también debían ser tomadas en serio. Sintió que el pánico empezaba a atenzarlo.

—Lo que me ocurra pesará sobre tu cabeza. ¿Me oyes, guerrero? Sobre tu...

Silencio. Súbito. Absoluto.

Tenía que investigar. Clyrion activó la pantalla que mostraba el interior de la celda. El cuerpo de Darion de las Mil Familias yacía inmóvil en el suelo. ¿Respiraba? Clyrion estuvo a punto de dejar de hacerlo, desde luego. ¿Había sufrido un infarto su prisionero? ¿Se habría suicidado para ahorrarse futuras desgracias mientras él, Clyrion, debía estar vigilándolo? De haber sido así, sería su fin.

Clyrion guardó su subyugador en la funda y pulsó con rapidez el mecanismo de la puerta. En un instante se encontraba en el interior de la celda, arrodillado al lado del prisionero, levantando la cabeza de lord Darion para comprobar sus signos vitales.

Encontró varios. Unos ojos que se abrieron de golpe. Una boca que esbozó una sonrisa de satisfacción.

Una mano que salió disparada hacia el subyugador del guerrero, y lo extrajo de su funda.

—¿Qué...? —Clyrion había sido engañado, pero incluso entonces podía haberse salvado. Si hubiese forcejeado con Darion, si hubiese luchado con él. Debería haber reunido fuerzas para ello. Quizá la deferencia que le había sido inculcada hacia todo miembro de las Mil Familias jugó en su contra. Porque dudó.

Y Darion le disparó.

El guardia se desplomó sobre su propio prisionero, muerto (era evidente que el arma se encontraba en modo letal). Darion apartó el cuerpo, asqueado, y se puso en pie. Parecía que después de todo era capaz de matar; quizá sí fuese un digno descendiente de Ayrion. Aunque sentía las piernas débiles, incluso le temblaban. Pero no había tiempo para preocuparse por eso.

La Furion estaba despegando.

Simon no paraba de correr mientras los pasillos del Enclave parecían temblar a su alrededor, mientras en el nivel superior se libraba un cruento combate. Intentó hilar los disparos, los gritos y las explosiones, como si de ese modo pudiese deducir qué bando iba ganando y cuál estaba condenado a la derrota, si sus nuevos amigos o los antiguos. La proximidad de la batalla le sugirió que los cosechadores llevaban las de ganar y que estaban adentrándose cada vez más en el interior de la base. Se alegró. Su emancipación estaba a la vuelta de la esquina.

Pese a que los pulmones le ardían por la falta de fondo, Simon sonrió.

Avanzó por una de las escaleras que conducían a la planta de ciencia e investigación subiendo los peldaños de metal de dos en dos. Una vez arriba, chocó con algo que estuvo a punto de hacerlo regresar hacia abajo.

—Joder, chaval, pero ¿qué...? —dijo uno de los soldados de una patrulla de tres, todos jóvenes, todos con los ojos abiertos de par en par a causa de la desesperación—. Vas en dirección equivocada. Por ahí vienen los alienígenas.

—Ven con nosotros. Venga, ven con nosotros. Te sacaremos de aquí —apremió un segundo soldado a Simon mientras le cogía del brazo.

—Suéltame. —Y se libró de él con una sacudida, lo que provocó miradas de sorpresa y ceños fruncidos.

El tercer soldado intervino.

—Esperad, ¿este no es el chaval traidor que Taber...? ¡Los aliens!

La observación del primer hombre era correcta. Los cosechadores se dirigían hacia ellos, atacando con una cegadora andanada de rayos de energía.

Simon se precipitó hacia un lado. Los soldados, que habían sido entrenados para reaccionar con una actitud más aguerrida, devolvieron los disparos. O lo intentaron. El soldado que había querido ayudar a Simon ni siquiera fue capaz de apretar el gatillo antes de que le abriesen media docena de agujeros en el cuerpo, a través de los cuales se le escapó la vida. Sus compañeros pudieron disparar, al menos. Un guerrero de los cosechadores con un casco que recordaba a un halcón se desplomó mientras se llevaba la mano a las heridas de su pecho, pero los soldados humanos no llegaron a verlo. Los muertos no ven.

Pero Simon se echó a reír, aliviado.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios. —Levantó las manos para demostrar que no iba armado—. No disparéis. No tenéis por qué hacerme daño. Estoy de vuestro lado. Soy uno de los vuestros.

Los guerreros cosechadores no dispararon. Estaban demasiado entretenidos por la actitud del terrícola.

—Habláis inglés, ¿verdad? Bien, pues soy Simon Satchwell. Soy el agente del comandante Shurion. Trabajo para vosotros.

Una idea que los guerreros encontraron ridícula al principio y algo ofensiva después. Su buen humor se esfumó.

Simon lo notó. Su propia risa se desvaneció en su garganta y su tono de voz se convirtió en el de un ruego.

—Me creéis, ¿verdad? Tenéis que... Llamad al comandante Shurion. Él responderá por mí. Estoy de vuestro lado. —Los cosechadores guardaron silencio, escépticos, hostiles—. Escuchadme. Escuchad. El comandante Shurion dijo que yo era lo bastante fuerte para estar de vuestro lado, que soy un amo, no esclavo. No... no podéis...

Una fila de armas de energía lo apuntó. Como un pelotón de fusilamiento reservado para un traidor.

De los ojos de Simon empezaron a manar fútiles e incontrolables lágrimas tras sus gafas; las lágrimas que había derramado en tantas ocasiones en el colegio, las lágrimas de un chico débil, miserable y asustado. Las lágrimas de una víctima.

—¡He traicionado a mis amigos por vosotros!

Pero a los cosechadores no les importó. Lo mataron de todos modos.

La cuchilla plateada de la Furion sobrevolaba la colina Vernham, y de su panza manaban devastadores rayos que arrasaban la pendiente. La tierra saltaba por los aires como si se tratase de un aerosol, en grandes géiseres negros que arrancaban los árboles de raíz, asolada y devastada por la tormenta que se libraba sobre ella.

El Josué 1 reventó, convirtiéndose en un amasijo de metal retorcido. El Josué 10 cayó, envuelto en llamas, en una oscura grieta. El Josué 4 fue alcanzado por brillantes cuchillas de energía.

Los gritos de los moribundos resonaban a través de los sistemas de comunicaciones de los restantes vehículos.

A Richie aquello no le gustaba en absoluto.

—Por Dios, ¿no podemos apagarlo?

Antony estaba de acuerdo.

—¿Brandon? ¿Te parece?

—¿Que si me parece qué? —El operario miraba de un lado a otro los paneles de instrumentos que se extendían ante él. Nada parecía tener sentido. Nada parecía funcionar—. Esto no va bien. No podemos quedarnos aquí. Somos como patos de feria. Tenemos que largarnos.

Brandon frenó el Josué de golpe y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—¿Qué coño te crees que haces? —gritó Richie.

—¡Tengo que salir de aquí!

Mientras tanto, en el Josué 7, Travis jamás se había sentido tan inútil. La titánica curva de la Furion casi ocultaba el sol, como un eclipse, como un carro de los dioses. Era tan insignificante, comparado con los cosechadores. Intentar resistir el ataque de

los alienígenas era como intentar detener el paso del tiempo. ¿Cómo llegó a pensar que podía marcar la diferencia? Quizá Simon estuviese en lo cierto al decir que se había dejado llevar por la vanidad.

Un rayo de energía procedente del cielo zarandeó el Josué y sus paneles reventaron en una cascada de chispas. Parry gritó y se llevó las manos a su rostro ensangrentado.

Mientras, la oscuridad consumía el interior de la cabina.

Habían perdido el contacto con los Josués, lo cual ya era bastante malo. Y lo que era todavía peor, los desajustes en las comunicaciones hicieron que todas las pantallas del centro de seguimiento y comunicaciones mostraran la caída del Enclave. En cada una de ellas, las fuerzas de los cosechadores arrasaban a los defensores humanos, haciéndolos retroceder hacia el corazón del complejo.

No tardarían en llegar allí.

Pero Mel no iba a esperar de brazos cruzados.

—Escucha —le dijo a Jessica—. Por mí, da igual si nos enfrentamos a esos cabrones o si nos largamos, pero yo aquí no me quedo. ¿Vienes conmigo?

Jessica, al igual que los técnicos, estaba observando la puerta a través de la cual se había marchado la doctora Mowatt hacía unos minutos, acompañada por uno de sus científicos y tras haber prometido que regresaría.

—Supongo...

—¿Supones? Como nos quedemos aquí mirando al techo, tendremos a los cosechadores tan cerca que podremos notarles el aliento.

—La doctora Mowatt nos dijo que esperásemos —dijo Jessica.

—Puede que la doctora Mowatt ya esté muerta —replicó Mel, y desde su punto de vista, no le faltaba razón—. Esto es entre tú y yo. Jessica, no es el momento de...

Pero la doctora Mowatt no estaba muerta. Regresó a la sala con los brazos cargados de armas; los científicos que la seguían también.

—Ahora la ciencia no puede ayudarnos —dijo con sarcasmo—, así que también tendremos que ser soldados.

Todo el mundo se hizo con un arma.

—Tomad —dijo la directora científica, entregando los subyugadores a Jessica y a Mel—. Creo que tenéis más derecho que cualquiera de nosotros a llevarlos.

—Gracias —dijo Jessica.

A Mel le sorprendía la soltura con la que la muchacha rubia parecía estar manejando su subyugador. Para ella, apuntar y disparar ya era suficiente.

—Ahora, vamos a liarla.

—No. —Y la doctora Mowatt se quitó el casco de su traje protector.

—Pero ¿qué hace? —gritó Jessica, estupefacta.

—Quiero respirar mis últimas bocanadas a través de mi nariz y mi boca, no a

través de un filtro —dijo la doctora Mowatt—. No podemos detener a los cosechadores, e incluso si pudiese escapar del Enclave, en la superficie los adultos no tenemos futuro, no con la enfermedad flotando en la atmósfera. Será mejor que... permanezca en mi puesto. Sin embargo, vosotras dos tenéis alternativa. Tenéis que pelear. Tenéis que marcharos.

Sin mediar palabra, la doctora Mowatt se dirigió a un ordenador y empezó a teclear instrucciones.

—Muy bien, pues hay que buscar una salida. Eso estaría bien —dijo Mel—. Quiero decir, tenemos que enterarnos de qué les ha pasado a Travis y al resto. Puede que aún...

—Nada de «puede». Siguen vivos —sentenció Jessica.

—Sí. Eso. Pero ¿cómo llegamos a la escotilla sin darnos de bruces con medio ejército de los cosechadores?

—No tenéis por qué ir hacia ahí. Hay otra salida, Melanie —reveló la doctora Mowatt—. Una salida secreta, si lo preferís, diseñada para este tipo de situaciones. Un túnel que os conducirá al bosque.

—¿Sí? ¿Y cómo llegamos, para empezar?

—Podéis acceder desde la planta de las habitaciones. Os diré cómo en un momento. —Estaba imprimiendo algo, un folio A4 cargado de palabras que le entregó a Jessica.

—¿Qué es esto? —La adolescente ojeó la lista, que parecía contener coordenadas y direcciones.

—Las ubicaciones de los otros Enclaves, con los que no nos atrevimos a contactar. Quizá deberíamos haberlo hecho, pero no lo hicimos. Puede que no quede ninguno, o puede que sí. Es posible que en uno de ellos haya científicos buscando una cura para la enfermedad, o que otro nos otorgue la posibilidad de acabar con los cosechadores. Encontrad ese Enclave, Melanie, Jessica. Buscadlo.

—Lo haremos, doctora Mowatt —prometió Jessica mientras metía el papel doblado en su bolsillo.

—Y sobrevivid. Seguid adelante. Eso es lo más importante de todo. Mi generación está perdida, pero la vuestra no debe seguir el mismo camino. Tenéis que crecer, florecer y ser fuertes. Sois el futuro. Melanie. Jessica. —Tocó con dulzura a ambas chicas en el brazo mientras pronunciaba sus nombres por última vez—. Ahora os llevaré a la salida secundaria y luego mis técnicos y yo retrasaremos a los cosechadores el tiempo que podamos. Buena suerte a las dos. Rezaremos por vosotras.

Y parecía que iban a conseguirlo. Los cosechadores debían de estar ocupados erradicando toda resistencia en los niveles superiores de la base antes de adentrarse en los inferiores; no parecían haber llegado aún a la planta de las habitaciones.

Lo cual no impidió que el corazón de Jessica fuese tan deprisa como sus pasos.

—Ya casi hemos llegado, Mel. Pasillo 12A y después... Mel, date prisa.

La chica de cabello moreno sonrió para sí. Las tornas habían cambiado, concluyó después de recordar la huida de Wayvale, cuando tuvo que cargar con una Jessica catatónica durante todo el viaje. No es que le hubiese importado, aunque al hacerlo hubiese puesto en riesgo su propia seguridad. Por aquel entonces hubiese hecho cualquier cosa por Jessica, incluso dado su vida, porque la amaba y, antes de arruinarlo todo al confesarle la verdad, soñaba con que Jessica llegara a corresponderle su amor.

—Mel, ¿por qué frenas? Vamos.

La verdad era que Mel seguía sintiendo lo mismo. Por eso dijo lo que dijo.

—No voy a ir contigo, Jess.

—¿Qué?

Y se detuvo en mitad del pasillo.

—Tendrás más posibilidades si yo me quedo atrás y contengo a los cosechadores con la doctora Mowatt.

—Pero si ya casi hemos llegado. Podemos escapar las dos.

—No. Ve tú. Yo te seguiré cuando pueda.

—Mel, pero ¿qué estás...? No podrías seguirme. Te matarían.

Y Mel pensó en Rev durante sus últimos momentos, casi resignado, en paz, pese a yacer destrozado en el campo de prisioneros. Quería sentir aquella paz. Aunque fuese un poco.

—No importa. Tampoco es que mi vida importe mucho.

—¡Sí que importa! —protestó Jessica—. A mí me importa. Me importas, Mel.

—Pero tienes que odiarme. Por lo que te dije. No debería haberlo dicho. Lo siento.

—Mel, ahora eso ya no me importa. Nunca debería haberme importado. —Jessica se sintió mezquina y estrecha de miras. Independientemente de cómo evolucionase su relación, había caído en la cuenta de que no podía vivir sin Melanie Patrick—. Y no te odio... no podría. Me pasé, Mel. Lo siento. Me comporté como una niña pequeña. No me hagas arrepentirme más de lo que ya me arrepiento. No te rindas. Eres mi mejor amiga. Te necesito.

—¿De verdad?

—De verdad de la... ¡Mel! —Y apartó a su amiga de en medio al ver a un guerrero de los cosechadores aparecer al final del pasillo, al que abatió con un certero disparo de su subyugador.

—La leche. —Mel abrió la boca de par en par—. Lara Croft, ¿qué has hecho con Jessica?

—Soy yo. Es que he estado practicando —dijo Jessica con modestia.

—Con eso me vale.

Otros dos cosechadores aparecieron tras ellas, después de caer en la cuenta de que en aquella sección del Enclave la batalla aún no había terminado.

Y no terminaría, pensó Mel mientras sentía un renovado amor y orgullo por su amiga. Había redescubierto la razón por la que pelear. Después de todo, pese a todo, quería vivir.

Mel también disparó su subyugador. Al lado de Jessica. Como debía ser.

Triunfasen o cayesen, lo harían juntas.

Siempre había un guardia apostado fuera del arsenal de la nave. El protocolo habitual de una nave esclavista. Darion esperaba encontrárselo. Sin embargo, puede que el guardia no estuviese tan preparado para ver a lord Darion de las Mil Familias cargando hacia él con el subyugador desenfundado.

Y abatiéndolo de un disparo.

El técnico del arsenal debió oír el grito del guardia. Estaba a punto de levantarse de su silla, próxima al panel de control, cuando Darion entró como una exhalación y disparó de nuevo. No llegó a ponerse en pie.

Darion cerró la puerta y fundió sus circuitos de activación con un disparo de su subyugador. Durante un buen rato, nadie entraría en el arsenal.

O saldría.

No era aquel el camino que más le gustaba necesariamente, pero así estaban las cosas. El sacrificio era el motor de la revolución.

El alienólogo echó un vistazo a las reservas de material militar: cientos de armas ordenadas en filas, no solo subyugadores y supresores, sino también minas, misiles de asedio y cargas láser.

Y granadas.

Travis sintió los brazos de Tilo envolviéndolo en la súbita negrura.

—Abrázame, Travis. —Sintió sus lágrimas contra su mejilla—. Si este es el fin, necesito saber que estás aquí.

Su corazón dio un vuelco.

—Aún no han acabado con nosotros —afirmó—. Todavía no.

Y las reservas energéticas de emergencia del Josué se activaron, iluminando la cabina una vez más.

Parry tenía los ojos abiertos, pero no veía nada a través de ellos. Eran un par de cuentas blancas en un fondo rojo. Su cabeza pendía hacia atrás, sus brazos estaban extendidos a los lados y colgaban. No había nada que Travis pudiese hacer por él.

Pero aún podía salvar a Tilo. En ese instante, aquella era la diferencia que podía marcar. Si podía salvar a alguien, si podía mantener a aquella excepcional persona con vida, la lucha, el esfuerzo, habrían merecido la pena. Su padre estaría orgulloso.

Travis examinó el panel de instrumentos que había ante él y recordó qué hacía

cada control de cuando había estado observando a Parry. Tomó una decisión y asió una palanca.

—Agárrate, Tilo.

—¿A ti?

—A todo. Nos largamos de aquí.

Empujó la palanca hacia delante y el Josué se puso en marcha, sacudiendo a los adolescentes con su brusco movimiento. Las orugas machacaron la ya destrozada colina y condujeron al vehículo hacia la cima. Travis apretó los dientes y rezó por que solo necesitase llevar a cabo las maniobras básicas.

—No dejes de mirar las pantallas, Tilo. Necesito concentrarme en... dime dónde está la Furion.

—Trav, la tenemos justo encima.

—Oh, genial. Fantástico. —Forcejeó con los recalcitrantes controles, una batería de luces rojas intermitentes. El Josué estaba más dañado de lo que Travis pensaba.

—No puedo ver a los demás, Trav. Antony y Richie... —El terror en la voz de Tilo era palpable—. Solo quedamos nosotros...

—Y no nos vamos a rendir —afirmó Travis mientras obligaba al Josué a avanzar haciendo uso de los instrumentos y las unidades de propulsión del vehículo, poniendo en ello toda su voluntad. La fe había derribado los muros de Jericó. Y la fe los mantendría a salvo entonces—. No. Nos. Vamos. A rendir.

—¡Travis!

Tilo se alejó de las pantallas a la vez que dejaba escapar un grito, deslumbrada por el brillo que proyectaba en el interior de la cabina el ardiente resplandor de un rayo de energía de los cosechadores.

La tierra sobre la que avanzaba el Josué desapareció, haciendo que las puntas de diamante perdiesen toda utilidad. El vehículo fue pateado como una lata por la bota de un gigante. Los adolescentes intentaron alcanzarse el uno al otro, pero sus miembros no obedecieron. Los cinturones de seguridad los oprimían con fuerza mientras la gravedad los zarandeaba de un lado a otro. El vehículo no se limitó a caer: rodó, retorciéndose mientras se desplomaba por la colina, dando vueltas de campana. La armadura del Josué recibió numerosos impactos, sus instrumentos volvieron a chisporrotear y las luces rojas brillaban con toda su intensidad, alertando de la situación. Aunque su función hubiese quedado obsoleta.

Y en aquella ocasión, cuando la luz principal de la cabina se desvaneció, no fue restaurada.

Pero Tilo se equivocó al creer que el Josué 7 se había quedado solo.

—¡Brandon, no! —gritó Antony—. ¡Como salgamos, moriremos! —Se refería a la potencia de fuego de la Furion. Ni siquiera pensó en el virus de los cosechadores y el hecho de que el operario del Josué no tuviese un traje de protección.

A Brandon tampoco parecían importarle tales cuestiones. El pánico, y no la razón, era lo que lo hacía huir a través de la escotilla: el pánico más puro y desgarrador. Ya no se encontraba en su asiento, sino dirigiéndose hacia el acceso más cercano, rodeado por un anillo de luz.

—Si nos quedamos aquí sí que moriremos. Yo no pienso esperar... vosotros haced lo que os dé la gana.

Brandon escapó a través de la escotilla.

—Tenemos que irnos. Tiene razón. —Richie ya se había quitado el cinturón y puesto en pie—. Además, ninguno de los dos sabe manejar este trasto. Vamos, Tony. —Señaló la escalera de tres peldaños que conducía a la escotilla—. Si nos quedamos aquí, vamos a ser un blanco fácil.

Subió por las escaleras y asomó la cabeza al exterior, contemplando un panorama caótico y desolador. La Furion seguía sobre ellos, aproximándose mientras desataba una nueva andanada de destrucción sobre la colina, una cortina de fuego que avanzaba, inexorablemente, hacia el inmóvil Josué. Richie se estremeció.

—Tony, sal ya. ¿Qué demonios estás haciendo?

La respuesta heló la sangre de Richie en mitad de aquella conflagración.

—No puedo... mi cinturón de seguridad se ha estropeado. Estoy atascado. No puedo salir. ¡Richie!

Este miró al interior del Josué. Vio a Antony forcejeando por liberarse. El cinturón de seguridad, una medida que debía protegerlo, iba a ser la causa de su muerte. Si Richie entendiese el concepto de ironía, aquella situación le hubiese parecido un ejemplo perfecto.

Pero, en líneas generales, Richie Coker solo entendía el concepto de supervivencia.

—Richie, ayúdame —le rogaba el delegado del colegio Harrington—. Ayúdame, por Dios.

¿Y por Richie, qué? Volvió a asomar la cabeza por la escotilla. La Furion se aproximaba. La muerte se acercaba a él en forma de rayos de energía. Si huía en aquel instante, tendría una posibilidad, podría refugiarse en algún lado, podría escapar aunque al hacerlo no fuese más que un miserable matón.

Sin embargo, si se quedaba...

—Richie, ¿es que vas a dejarme aquí? ¡Richie!

Cuando la pantalla de uno de los reposabrazos del sillón de mando notificó una transmisión entrante procedente del arsenal, Shurion se sintió molesto, más que preocupado. ¿A qué creía estar jugando el armero, interrumpiendo el momento de gloria de su comandante? El último vehículo terrícola estaba a punto de ser destruido.

—¿Qué pasa? —gritó Shurion.

Era Darion, con una sonrisa nerviosa en su rostro. Darion había escapado de su

celda y, por alguna razón, se encontraba en el interior del arsenal. Sosteniendo una granada ante él para que Shurion pudiese ver con claridad aquel orbe brillante y letal.

—Pensé que sería mejor avisarte, Shurion. Si ya estabas pensando en cantar victoria... —dijo Darion— creo que sería mejor posponerlo.

—Pero ¿qué estás...? ¿Cómo...? —Los pensamientos se atolondraron en la cabeza de Shurion—. No hagas ninguna tontería, Darion.

—Explícame qué entiendes por «tontería». ¿Te refieres, por ejemplo, a tirar de la anilla de esta granada? Vaya. Sí, teniendo en cuenta todo el material con potencial explosivo que hay aquí, comprendo que lo veas de ese modo. Un pequeño accidente con una granada convertiría la nave en una bola de fuego y a tus retorcidas ambiciones en cenizas, Shurion —reflexionó Darion—. ¿Sabes qué? Me gusta cómo suena eso de hacer tonterías.

Mientras el alienólogo hablaba, los dedos de Shurion se dirigieron hacia el panel de control de su sillón de mando. La transmisión desde el arsenal también apareció en la pantalla principal del puente. El sillón de mando descendió de las alturas. Se alertó a las patrullas de seguridad.

—Admiro tu resolución, lord Darion. —El cual seguía siendo un debilucho en el fondo, pensó Shurion. Aún podía truncar sus evidentes intenciones. El comandante avanzó hasta situarse ante la gran imagen de su enemigo—. De algún modo, te has librado del guardia de tu celda y, como es obvio, ya que estás en el arsenal, también del armero. ¿Los has matado?

—Me temo que sí. Y me temo que la unidad que sin duda has enviado a matarme, Shurion, tendrá problemas para cruzar la puerta.

—Oh, seguro que sí, Darion. —Shurion era consciente de que la tripulación del puente estaba arremolinándose, aterrorizada, en torno a la pantalla—. Puede que haya subestimado tu inteligencia, pero no me he equivocado al juzgar tu coraje..., ¿o debería decir... tu falta del mismo? No tienes la fuerza de voluntad para hacerte saltar por los aires.

—¿Eso crees, Shurion?

El rostro de Shurion articuló una mueca de desdén y desprecio.

—Sé que no lo harás. Eres un amante de esclavos mimado y privilegiado que ha llevado una vida que no se ha ganado, que ha ejercido un poder que no merece. Eres demasiado blando, Darion. Hace falta ser un guerrero para matar.

—Entonces puede que tengamos más en común de lo que jamás imaginaste, Shurion.

De pronto, Darion escuchó un revuelo en el pasillo que conducía al arsenal. La patrulla de seguridad iba a intentar entrar. No podía retrasarse más. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras sus extremidades temblaban.

Iban a tener lugar sus últimos segundos.

—Hago lo que hago —comenzó—, por la igualdad entre razas... —Merecería la pena solo por ver el rostro de Shurion cuando este se dio cuenta de que su muerte también era inminente.

—Espera. Darion, espera. —El pánico empezó a adueñarse de él.

—Lo hago porque hay que poner fin a la esclavitud, porque nuestra gente debe cambiar.

—No puedes... Ni se te ocurra... —Shurion no podía morir. Era inmortal, invencible. No merecía morir. No era justo.

—La llama que aquí enciendo es la llama de la libertad. —Lo último que Darion vio antes de cerrar los ojos fue al comandante Shurion propinando golpes a las pantallas con los puños. *Travis, espero llegar a tiempo.*

—Darion, no. Piensa en Dyona.

Estaba pensando en Dyona. Su mano estaba sobre la suya cuando tiró de la anilla. Sintió que estaba con él.

Escuchó el grito de Shurion.

Después, la detonación.



De algún modo, el cierre se soltó. Richie no supo si los frenéticos tirones que Antony y él le propinaron al cinturón influyeron o no, pero no le importaba. El muchacho estaba libre. Tenían que irse a otra parte urgentemente.

Antes de que el Josué 9 se convirtiese en su tumba.

—Gracias, Richie —dijo Antony, sin resuello—. Te has quedado.

—Ya ves lo idiota que soy —respondió Richie, volviendo la cabeza sobre su hombro mientras subía por las escaleras que conducían hacia la escotilla—. Y yo ahora me largo inmediatamente, puedas o no.

Antony sonrió, jocoso.

—Vaya si puedo.

En cualquier caso, Richie le estaba esperando sobre el Josué para ayudarlo.

—¿Hacíais gimnasia en vuestro colegio para niños pijos, Tony? —preguntó—. Espero que se te diesen bien los cien metros.

—Lo cierto es que fui campeón sénior en esa categoría.

—Debería haberlo sabido. Ojalá pudiese decir lo mismo.

Tenían a la Furion prácticamente encima, tanto que podían sentir con creciente intensidad el calor que emanaban sus rayos de energía. Los adolescentes saltaron del vehículo al suelo. Estaban a un mínimo de cien metros de cualquier cobertura.

Richie maldijo por no estar un poco más cerca.

—Para salir de esta vamos a necesitar un milagro —masculló.

Y entonces la Furion explotó.

Primero escucharon la detonación, un rugiente estallido procedente del corazón de la nave, y el sonido parecía abalanzarse sobre ellos como un trueno de creciente intensidad. La nave esclavista tembló. Los rayos de energía se disiparon. Y, entonces, de las ventanas de cada uno de los niveles manó fuego, como sangre, con una fuerza destructiva tal que arrancó pedazos enteros de la nave y provocó una sacudida que derribó a Richie y a Antony. Los chicos gritaron, tapándose los ojos para protegerlos de un brillo cegador, parecido al de una bomba atómica. Un instante después llegó la explosión, volcánica, consumiendo y devorando todo a su alrededor. La Furion brilló como un sol, como un meteorito ardiente.

Y los meteoritos se caracterizan por una cosa...

—¡Maldita sea! —gritó Richie.

Antony y él echaron a correr a la desesperada colina abajo, a tal velocidad que

hasta permanecer en pie resultaba todo un reto, y cada vez que sus pies se apoyaban sobre la tierra, el dolor se extendía por sus músculos. Tuvieron que esquivar surcos, fisuras y chatarra calcinada sin tiempo para optar por el camino más seguro. Su vida dependía de su instinto, de su instinto y su suerte.

Mientras tanto la Furion gritaba en el cielo, voceando su agonía con un chirrido de metal retorcido que reverberó a través del mundo mientras dejaba tras de sí un rastro de fuego.

Hasta estrellarse contra las pendientes de la colina Vernham.

Richie gritó y echó la vista atrás. Estuvo a punto de detenerse. Hasta caer en la cuenta de que los cosechadores aún no habían cejado en su empeño por matarlos.

El casco con forma de hoz de la nave esclavista se hundió en la tierra, formando un cráter al instante y arrojando toneladas de tierra y rocas mezcladas con árboles arrancados de raíz y los pedazos de los Josués. Y lo que era peor, la inercia de la nave estaba conduciendo su afilada carcasa colina abajo como una brillante avalancha, como si persiguiese a los dos adolescentes intencionadamente.

Correr seguía siendo una buena idea.

Y Richie corrió tan rápido como pudo. Ni siquiera miró atrás. No apartó la vista del frente. Luchó por ignorar las chirriantes amenazas de muerte de la Furion, pero estas lo golpeaban con una intensidad abrumadora, como si fuesen físicas, desorientándolo. Intentó no tropezar y caer.

Pero intentar algo y tener éxito no siempre es lo mismo.

Richie sintió que su pie tropezó con algo mientras corría, precipitándose hacia delante hasta caer de bruces contra el suelo. Rodó y rodó, o rebotó más bien, mientras la boca se le llenaba de sangre y el aire abandonaba sus doloridos pulmones. Cerró los ojos con fuerza. No podía levantarse. Si la Furion iba a pasar por encima de él y destrozarlo, no quería verlo. O quizá lo enterrase la avalancha de tierra oscura. Tensó hasta la última fibra de su cuerpo.

Cuando Antony le tocó el hombro, gritó.

—Vamos, Richie, creo que ahora es momento de celebrar más que de gritar.

—¿Qué? —Se sintió avergonzado.

—Mira.

Y así lo hizo. Y hubiese preferido ocultar las lágrimas de satisfacción que empezaron a manar de sus ojos. La nave se había detenido a docenas de metros de ellos, dejando tras de sí una oscura cicatriz en la tierra, con el extremo más cercano hundido profundamente en la tierra y el otro apuntando hacia los cielos, como si quisiese señalar a todo el que lo viese dónde había aterrizado. La Furion ardía, ardería durante horas, quizá durante días, pero había dejado de ser una amenaza.

—Os hemos ganado —dijo Richie—. Malditos cabrones alienígenas, os hemos ganado.

Pero Antony, que estaba arrodillado sobre la tierra a su lado, negaba con la cabeza. Se dirigió hacia su compañero con angustia.

—¿Dónde están Travis y Tilo?

Travis alejó a Tilo del montón de chatarra en el que se había convertido el Josué 7 en el instante en el que la Furion se estrelló contra la colina, demasiado lejos como para suponerles el menor peligro. El daño, sin embargo, podía estar ya hecho.

Tilo estaba inconsciente.

O peor.

No. Peor no. Travis se negó a contemplar aquella posibilidad. *Solo está inconsciente. No... Por favor, que solo esté inconsciente.*

Magullado y ensangrentado, Travis se las arregló para levantar a Tilo colocando el brazo de la chica sobre su cuello y cargó con ella hasta tumbarla sobre uno de los pocos árboles que seguían en pie, con la espalda apoyada sobre el tronco.

Le tomó el pulso.

—Venga, venga, venga. Sí.

Lo encontró y le dio la impresión de que estaba bien. Sonaba fuerte, como el pulso de alguien que iba a vivir. Pero Travis no era médico. ¿Y si...? *No.* Tilo iba a estar bien. Y cuando despertase...

Travis la besó, en la frente, en las mejillas, en los labios. Le acarició el pelo, del mismo color que las hojas en otoño. Cuando despertase, las cosas serían distintas entre ellos.

—Tenías razón, Tilo —dijo él, casi sin aliento—. Sobre lo que dijiste antes. Prioridades. A veces pienso que no establezco bien las mías. Lo que importa es la gente, es la gente la que hace que la vida merezca la pena... y que merezca la pena pelear por ella y preservarla. Los sentimientos que tenemos el uno por el otro. Estuve a punto de perder la perspectiva, pero se acabó. ¿Me oyes? De ahora en adelante, voy a ser lo que tú quieras que sea. Estoy listo para estar contigo, Tilo, pero... abre los ojos. Abre los ojos y estaré contigo. Siempre estaré contigo.

Tilo frunció el ceño de un modo apenas perceptible. Arrugó la nariz. Se revolvió.

—¿Travis? —Su voz era débil pero clara.

—Tilo. Gracias a Dios. —La abrazó. Cuando se separó de ella, ya tenía los ojos abiertos.

—Trav, ¿con quién... estabas hablando?

—No te preocupes. —Observó su rostro, preocupado—. ¿Qué tal estás? ¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo?

—Solo cuando me río. —Quizá por eso solo consiguió esbozar una débil sonrisa—. ¿Y tú estás bien?

—Ahora sí.

—¿Me he perdido algo?

—Te besé un par de veces.

—¿Mientras estaba inconsciente? Eso es un poco pervertido, Travis.

—No es que estuvieses en condiciones para pedirte permiso.

—Pues por usar tus propias palabras, ahora sí.

Aunque no esperaba que su nueva muestra de afecto provocase aplausos, ni siquiera de los sarcásticos. Un par de figuras familiares aparecieron tras la colina, aproximándose hacia ellos.

—Eh, Naughton —dijo Richie—. ¿Cuándo pensabas empezar a buscarnos, exactamente?

—No sé lo que ocurrió —dijo Travis. Los cuatro adolescentes observaron desde la cima de la colina Vernham la devastación que se extendía a sus pies tras la batalla. Una cortina de humo negro, denso y demasiado lento como para desplazarse a otra parte o disiparse flotaba sobre la colina, en la que aún ardían algunos fuegos y sobre la que yacían los restos calientes de los Josués y el casco crepitante de la Furion, esparcidos sobre la tierra como cadáveres—. Quiero decir, es obvio que Darion colaboró. Los escudos estaban desactivados cuando atacamos. Pero o no pudo mantenerlos desconectados o lo descubrieron, o algo así. No lo sé.

—Puede que Darion fuese el responsable de la destrucción de la nave —sugirió Tilo.

Antony asintió con la cabeza.

—Me temo que eso es lo más probable, Tilo. En cualquier caso, le debemos la vida.

—¿Me estás diciendo que tenemos que darle las gracias a un alienígena idéntico a los que iban a vendernos en un mercado de esclavos intergaláctico, Tony? —A Richie no le gustaba la idea.

—No llegaste a conocer a Darion, Richie —contestó Travis, calmado pero firme—. No sabías cómo era. No empieces a pensar como un cosechador y a juzgar a toda una raza. Darion arriesgó su vida por nosotros... hasta perderla. Es lo máximo que puede hacer una persona por otra. No importa cómo fuese su fin, y dudo que lleguemos a saberlo, pero se ha ganado nuestro agradecimiento, toda nuestra gratitud.

—Gracias, Darion —susurró Tilo, abrazada a Travis.

—Darion —dijo Antony, y añadió mentalmente el nombre del cosechador al pergamino del honor de Harrington.

Richie se encogió de hombros.

—Lo que sea. Buen trabajo, Darion. Para un alienígena.

—Bueno, no es prudente quedarse aquí —dijo Travis—. Si quedase algún superviviente, ya lo hubiésemos encontrado. Me pregunto qué le pasó al operario de vuestro Josué.

—¿Quién, Brandon? —gruñó Richie—. Supongo que ya estará a mitad de camino

del Enclave.

—Sin un traje protector, me temo que no tendrá importancia dónde se encuentre —dijo Antony, con un suspiro—, pero creo que esa es la dirección que deberíamos tomar, la verdad. Y ahora mismo, antes de que vuelva a aparecer el recolector de Otterham.

—De hecho —observó Tilo—, me sorprende que no haya vuelto. Y me alegra, pero también me sorprende.

—Estará persiguiendo sombras —dijo Travis con una amarga sonrisa.

—Esperemos que sean sombras lo único que haya encontrado —añadió Antony.

Descubrieron que no había sido así a medida que se aproximaban al Enclave y vieron el humo que se extendía desde este, dirigiéndose hacia el cielo en una única columna irregular pero que, por lo demás, era tan similar a la oscura y acre nube que flotaba sobre la colina Vernham que los adolescentes supieron que solo podía ser fruto de la violencia. De una violencia catastrófica.

—Dios mío —susurró Tilo.

El Enclave estaba ardiendo. No podía ser otra cosa.

Mel, pensó Travis. *Jessica*. *No*.

—Los muy cabrones lo han encontrado —murmuró Richie, y miró hacia Travis—: ¿Habrá sido Satchwell?

—¿Cómo? —se preguntó Travis—. Simon estaba encerrado. No puede haber... —¿O quizá sí?

—Eso es irrelevante. —Antony avanzó con rapidez—. Puede que los cosechadores aún se encuentren allí. Jessica y los demás necesitan nuestra ayuda.

—¡Tony! —le gritó Richie, tras él—. ¿Vamos a ir desarmados?

Resultó que las armas hubiesen sido superfluas. No había ningún enemigo al que disparar. Los cosechadores se habían marchado, dejando su habitual legado de destrucción.

La colina que en el pasado ocultó el Enclave estaba destrozada. La entrada a la base estaba abierta como la boca de un cadáver y negra como la ropa de un enterrador.

Travis y Antony se adentraron en el complejo sin dudar, con Tilo tras ellos.

Richie se mostró más reservado.

—Esperad un momento, ¿adónde creéis que vais?

—¿Adónde te parece? —contestó Travis.

—¿No estaréis pensando en entrar ahí? Puede que aún haya alienígenas. Parece que el techo se vaya a caer de un momento a otro. Ese lugar es una trampa mortal.

—Jessica sigue ahí dentro —dijo Antony—. Y Mel. Puede que sigan vivas. Y si lo están, da igual que sea una trampa mortal o no, nos necesitarán. —Echó la vista atrás y miró fijamente al chico—. A todos, Richie.

Y Richie los siguió.

El Enclave había sido reducido a ruinas; y su equipamiento, arruinado más allá de cualquier posible recuperación (incluso si los adolescentes supiesen cómo manejarlo). Los arsenales habían sido destruidos o saqueados por los cosechadores. De las plantas inferiores provenían destellos rojos, como si las iluminase una vela de sangre. El suministro eléctrico de emergencia agotaba sus últimas reservas, desvaneciéndose con el tiempo.

Pero proyectaba suficiente luz como para ver los cuerpos.

El capitán Taber yacía cerca de la entrada, pistola en mano. Richie, pensando que el arma le vendría mejor a él que a su dueño original, intentó apropiársela, pero el viejo soldado la tenía asida con tanta fuerza que el único modo de quitársela hubiese sido abrir sus dedos uno por uno, y Richie no tenía estómago para ello.

—Así que Taber murió enfrentándose al enemigo —observó Travis—. No lo hubiese querido de ningún otro modo.

—No hay cadáveres de los cosechadores —observó Antony—. Pero estoy seguro de que nuestro bando acabó con algunos de ellos.

—Puede que se hayan llevado los cuerpos de sus caídos —aventuró Tilo—. Seguro que a los cosechadores les encantan los funerales guerreros.

—Estupendo —dijo Richie, sombrío—. Ya veréis lo bien que reaccionan cuando vean la Furion.

Los adolescentes no tardaron en llegar al centro de seguimiento y comunicaciones, desde donde supusieron que Jessica y Mel habrían estado siguiendo el asalto de los Josués. Sin embargo, las chicas ya no se encontraban allí. Quien sí estaba era la doctora Mowatt y un pequeño grupo de científicos y técnicos. Todos muertos.

—¿Significa eso que escaparon? —inquirió Tilo—. Eso es lo que significa, ¿verdad, Trav? Que están vivas.

Ojalá pudiese decir que sí y que con ello bastase para convertirlo en verdad. Pero Travis ya había intentado devolver la vida a los muertos en el pasado, a la tierna edad de diez años. Entonces no funcionó y dudó que fuese a funcionar entonces. Pero eso no significaba que hubiese abandonado la esperanza. La esperanza era lo que daba sentido a la vida.

—Lo único que significa, Tilo —dijo—, es que Jessica y Mel no están aquí. Así que debemos seguir buscando.

—Eso de buscar está muy bien, Naughton —murmuró Richie bajo la luz titilante—, pero buscar deprisa está aún mejor. —No le gustaba la idea de rondar por el Enclave en la más absoluta oscuridad, tropezándose con cadáveres por el camino.

Encontraron a Simon en la escalera.

—Así que consiguió escapar —dijo Richie—. Simoncete, serás...

—Cállate, Richie. —Travis se arrodilló al lado del cuerpo. Simon estaba tumbado de lado, con las manos y brazos cruzados sobre las heridas, como si quisiese contener el torrente de sangre que había empapado sus ropas hasta llegar al suelo. Se le habían caído las gafas y una de las lentes estaba rota. Travis recordó lo vulnerable que se sentía Simon sin sus gafas. Las recogió, tumbó al muchacho bocarriba y se las puso con delicadeza, como un amigo—. Simon...

Y en la muerte, el sufrimiento, la amargura y el dolor habían desaparecido del rostro de Simon y este parecía inocente en el lugar en el que yacía, más joven de lo que realmente era, y en paz, como si durmiese. Travis lo recordó en la cocina, durante el decimosexto cumpleaños de Jessica, perdido, solo, el objetivo de todas las burlas y cosas aún peores. Bueno, el tormento al fin había terminado. Independientemente de lo que Simon hubiese hecho, Travis lo perdonó. Solo deseó haber podido ayudarlo más.

—Lo siento, Simon —susurró—. Te fallé.

—Travis... —Tilo apoyó la mano en su hombro, consolándolo.

Sintió ganas de llorar. Quiso quedarse más tiempo con Simon, como si al permanecer a su lado lo mantuviese más cerca de la vida. Pero venirse abajo en aquel momento hubiese sido una derrota, y Simon ya se había ido. No volvería. Y no encontraría a Jessica y a Mel quedándose a su lado.

Travis se puso en pie.

—Vamos a buscar por la planta de las habitaciones —propuso.

Vagaron por el bosque sin rumbo alguno, sin saber muy bien qué estaban haciendo. Cuando cayó la noche, cayeron exhaustos al suelo. Tilo propuso hacer un fuego. Al principio Antony se opuso, alertando sobre la posibilidad de que la luz advirtiese de su presencia a otros, posiblemente a los cosechadores, pero luego se quedó sin palabras, perdió el interés, o las dos cosas. Ni Travis ni Richie expresaron su opinión. Tilo encendió la hoguera.

No habían encontrado ni rastro de Jessica o de Mel en el Enclave. Habían inspeccionado todos los pasillos y habitaciones hasta que los apagones se habían vuelto demasiado frecuentes y largos como para atreverse a permanecer en la base subterránea por más tiempo. Se vieron obligados a abandonar su búsqueda bajo la luz escarlata del moribundo Enclave.

El peso del fracaso era desolador, asfixiante. Hasta Richie parecía apesadumbrado. El fuego no les proporcionó calor alguno.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —Tilo formuló la pregunta con cierto tono de desesperanza—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Volveremos al Enclave —dijo Travis—. Mañana, cuando tengamos luz. Haremos antorchas para poder ver, regresaremos, buscaremos y seguiremos buscando hasta que estemos seguros, y quiero decir completamente seguros, de que Mel y

Jessica no están ahí, heridas, inconscientes... o lo que sea.

—Ya no están, Travis —dijo Antony, entristecido—. ¿No te has dado cuenta? No tiene sentido volver al Enclave. Las chicas se han ido. Puede que se las hayan llevado los cosechadores.

—No lo hubiesen permitido —contestó Travis.

—¿Y cómo iban a evitarlo? —Antony suspiró—. Quiero que Jessica y Mel estén sanas y salvas tanto como cualquiera de nosotros, pero tenemos que ser realistas. De un modo u otro, puede que las hayamos perdido. —Y recordó lo que le había dicho a Jessica antes de partir a bordo del Josué 9: «Será mejor que te quedes aquí». Sí, ¿y qué sabía él? Imbécil. Idiota. Jessica le había hecho caso porque confiaba en él (se suponía que los delegados del colegio Harrington eran dignos de confianza), pero dejarla en el Enclave podía haberla matado o condenado a la esclavitud. Lo que le hubiese ocurrido a Jessica era su culpa. La sensación en su corazón daba a entender que quería dejar de latir.

—¿Sabéis? —dijo Richie—. Nunca pensé que diría esto, pero voy a echar de menos a la señorita Morticia.

—¿Qué vamos a hacer sin ellas? —preguntó Tilo, sombría.

—No vamos a hacer nada sin ellas —contestó Travis—. Si no están en el Enclave, estarán en otra parte. Las encontraremos.

—La verdad, Trav —dijo una voz familiar procedente de las sombras que hizo que los cuatro adolescentes se pusiesen en pie, asombrados e incrédulos—, eso tampoco vais a tener que hacerlo.

—Somos nosotras las que os hemos encontrado. —Apareció una segunda voz, tan bienvenida como la primera—. Seguimos el brillo del fuego y las voces.

Jessica y Mel emergieron de las sombras del bosque como fantasmas, hasta adentrarse en la luz del fuego. Sus amigos las miraron boquiabiertos.

—Bueno —dijo Mel—, ¿alguien se alegra de vernos?

Y resultó que las chicas no eran fantasmas. Eran reales. Sus cuerpos estaban tibios y vivos cuando sus amigos las estrecharon y besaron, gritando de júbilo por su regreso aunque los pudiesen escuchar los alienígenas. Incluso Richie besó efusivamente a Jessica y a Mel, y aunque ninguna se sintió particularmente entusiasmada por sus atenciones, las aceptaron por su buena intención y sonrieron. La sonrisa de Mel no se desvaneció cuando Antony reservó el último y más largo abrazo con Jessica para sí, pero tuvo que mirar a otra parte.

Más tarde, y en voz baja, las dos chicas narraron los acontecimientos que rodearon a la caída del Enclave. Mel no dejó de alabar la recién descubierta puntería de Jessica.

—Comparada con ella, yo era una inútil —admitió.

—Entonces es que no has cambiado en nada —se burló Richie.

—¿De qué hablas, Mel? —Jessica saltó en su defensa—. No fue una inútil, para nada.

—Bueno, dicho de otro modo, de no ser por Jess, los cosechadores nos hubiesen alcanzado y nunca habiésemos llegado al túnel, mucho menos al bosque. Y no nos encontraríamos aquí ahora.

—Me alegro de que así sea —dijo Travis, contento.

—Todos nos alegramos —dijo Tilo—. Por fin volvemos a estar juntos.

—Salvo por uno. —Mel frunció el ceño—. No sabemos qué le ocurrió a Simon.

—Nosotros, sí —dijo Antony, y los cuatro que habían combatido a bordo de los Josués contaron su historia.

—Pobre Darion —se lamentó Mel cuando hubieron terminado—. Me caía bien. Pobre Dyona, cuando se enteró.

—Por lo menos murió por una causa en la que ambos creían —dijo Travis—. Puede sentirse orgullosa de ello.

—¿Y qué hay de Simon? —preguntó Jessica—. Sí, nos traicionó, pero aun así... fue uno de los nuestros. No podemos dejarlo tirado en el Enclave. Deberíamos enterrarlo.

—¿Qué? ¿Después de que él intentase enterrarnos a nosotros? —A Richie no le gustaba la idea.

Los ojos de Mel brillaron.

—Jessie tiene razón. Se lo debemos a Simon por su pasado antes de la enfermedad. Sobre todo tú, Richie.

—Vale —dijo Travis, tras comprobar que las diferencias que habían surgido entre Jessica y Mel parecían haberse resuelto. Lo cual suponía un alivio—. Parece que mañana tendremos que regresar al Enclave de todos modos, Antony.

—¿Y después qué? —Tilo volvió al tema original—. ¿Qué hacemos entonces?

Miró alrededor del fuego. Antony estaba abrazado a Jessica mientras Mel, que a falta de alguien a quien abrazar se estaba sujetando las rodillas con los brazos, dividía su atención entre la pareja de rubios y el corazón de las llamas. Ella estaba abrazada a Travis, lo que dejaba a Richie solo (aunque no quiso mirar hacia él por si sus miradas se cruzaban, dando una pista a Travis de algo que no debía saber jamás), al borde de la luz del fuego, a medias entre la luz y la oscuridad. Seis en total. Seis contra los cosechadores.

—¿Que qué hacemos? —quiso saber Travis—. Bueno, es obvio que el armamento que podemos reunir no es lo bastante potente como para poner en aprietos a los cosechadores, pero tiene que haber algún modo de detenerlos. Tiene que haberlo. Y tenemos que descubrir cuál. Eso es lo que tenemos que hacer.

—Ya, bueno, no quiero sonar como un pedazo de aguafiestas, Naughton —protestó Richie—, pero creo que estás pasando un detalle por alto: ¿Cómo?

Travis ya tenía la respuesta preparada.

—Empezaremos por la lista que le entregó Mowatt a Jessie. Encontraremos los otros Enclaves. Si siguen operativos, puede que encontremos ayuda en ellos.

—¿Y si no?

—Entonces, Richie, la encontraremos en otra parte —contestó Travis con determinación—. Porque seguiremos buscando. Nunca dejaremos de buscar, ni de pelear, ni de conservar la esperanza. Los cosechadores lo han tenido fácil hasta ahora. La enfermedad. La invasión, que nos cogió desprevenidos. Al principio no entendíamos la verdadera naturaleza del enemigo al que nos enfrentábamos, pero ahora sí. Estamos preparados. —Travis se aproximó al fuego y las llamas iluminaron su rostro y el brillo ardiente de sus ojos—. Ahora tienen que enterarse de con quién están tratando. Somos seres humanos y no somos una raza inferior. No vamos a rendirnos. Vamos a resistir, nos negaremos a ser esclavos. Vamos a defendernos y vamos a derrotarlos. Los cosechadores lamentarán haber venido a la Tierra. Haremos que se arrepientan. Si creemos en nosotros y somos fuertes, daremos con un modo, cueste lo que cueste, y cuando lo hayamos encontrado, ese día, derrotaremos a los cosechadores.



ANDREW BUTCHER, seudónimo usado por el inglés Andrew James Butcher, también conocido como A.J. Butcher.

Ha sido profesor de inglés en la escuela de gramática Parkstone Grammar, en Poole, Dorset, y actualmente enseña en la escuela Talbot Heath en Bournemouth.

Es el autor de la serie futurista juvenil "Spy high" publicada por Atom Books y traducida a muchos idiomas.

Andrew Butcher se dio cuenta del poder que las palabras tenían a la edad de siete años, cuando consiguió que no le pegasen en el patio del colegio porque «contaba buenas historias». Desde entonces ha intentando seguir contando buenas historias en todas sus novelas.

Actualmente vive en Inglaterra.

Notas

[1] N. del t.: Canción tradicional anglosajona en la que diez personas en una cama van rodando fuera de la misma; por lo tanto, cada estrofa comienza con una persona menos, hasta que termina la canción. <<

[2] N. del t.: Canuto, rey de Inglaterra de origen danés, se sentó ante el mar en su trono y ordenó detenerse a las mareas. Cuando estas siguieron su curso y mojaron sus ropas, aleccionó a sus súbditos sobre lo vacuo que es, en realidad, el poder de la nobleza. <<

[3] N. del t.: Referencia a la carga de caballería británica contra las fuerzas rusas durante la guerra de Crimea, que representa el ideal heroico de la unidad que carga al enemigo aunque se enfrente a la muerte. <<

[4] N. del t.: George Armstrong Custer, comandante de caballería muerto en la batalla de Little Big Horn, 1876, un choque caracterizado por la falta de previsión del bando norteamericano, que subestimó al enemigo. <<

[5] N. del t.: Nombre, en clave militar, del desembarco de Normandía. <<

[6] N. del. t.: Heroica defensa, por la diferencia de fuerzas, que llevaron a cabo las tropas británicas durante la guerra anglo-zulú en enero de 1879. <<